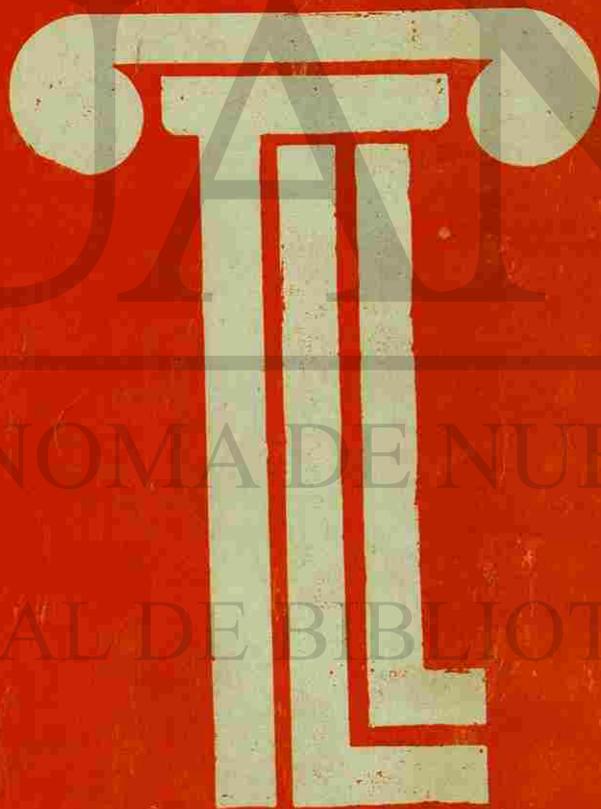


Taller de

Lecturas

Literarias I



Lic. Della C. Hinojosa V.

1950

1950

1950

1950

PN508

H5

v. 1

Ej. 2

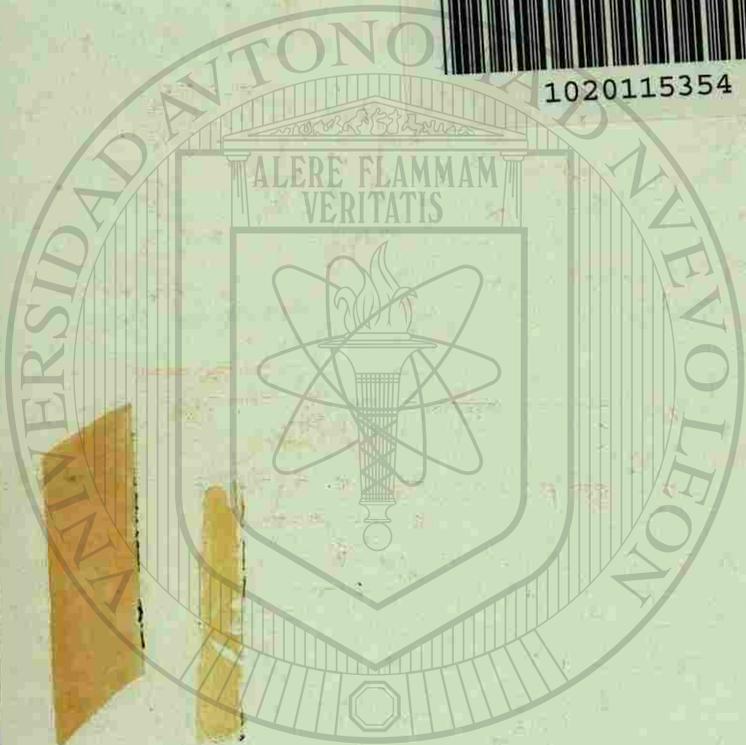
1950

0056-51760

112.6.



1020115354



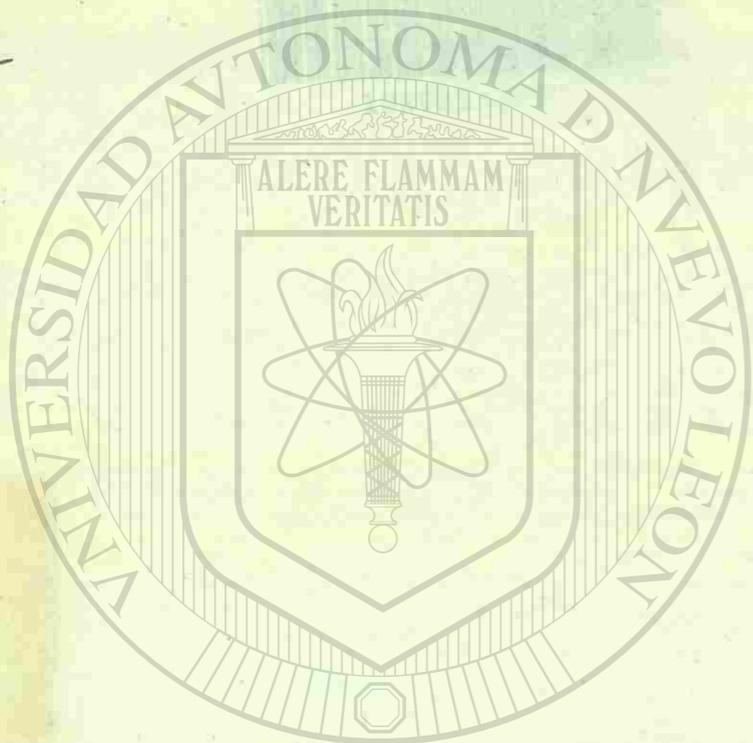
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GH

PNS08
HS
v.1
g.2



UANI

ANTOLOGIA
APUNTES LITERARIOS
ACTIVIDADES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Lic. Delia C. Hinojosa Vielmeg. ®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PORTADA

Arq. Santiago Villarreal V.

FUM

TALLER DE LECTURAS LITERARIAS I

Maria del Carmen Molina
3º Sem.

U. A. N. L.

Factor: Dr. Alfredo Piñeyro López.

DIRECCION GENERAL DE ESCUELAS PREPARATORIAS

Directora: Lic. Elva Villarreal Villarreal

C. I. P. D. E.

Jefe: Lic. Mario Aguilera Mejía

Subjefe: Profr. Oliverio González García



FONDO UNIVERSITARIO

1a. Edición - Agosto, 1982
Ediciones D.G.E.P. - U.A.N.L.
Monterrey, N.L.

Edición elaborada para los alumnos preparatorianos de la U.A.N.L., de acuerdo al programa aprobado por la Comisión Académica del H. Consejo Universitario, en Julio de 1982.

Las obras y autores que integran la Antología fueron sugeridos por la Academia de Taller de Lecturas Literarias de las preparatorias de la U.A.N.L.

Coordinación y

Supervisión Pedagógica: Lic. Ma. de Lourdes R. Segura D.

Lic. Evangelina Salazar R.

Lic. Ma. Angélica Rodríguez V.

Revisado por:

Profra. Ma. Guadalupe Cantú de V.

Lic. Nelly Villarreal Leal

PRESENTACION

La Dirección General de Escuelas - Preparatorias sigue cumpliendo con el objetivo de ofrecer al estudiante los textos básicos para el desarrollo de los programas vigentes, y presenta a ustedes las ediciones para 1982.

En esta ocasión sale a la luz el texto de TALLER DE LECTURAS LITERARIAS I, elaborado por la Lic. Delia Cristina Hinojosa Vielme, maestra de amplia experiencia en el quehacer docente.

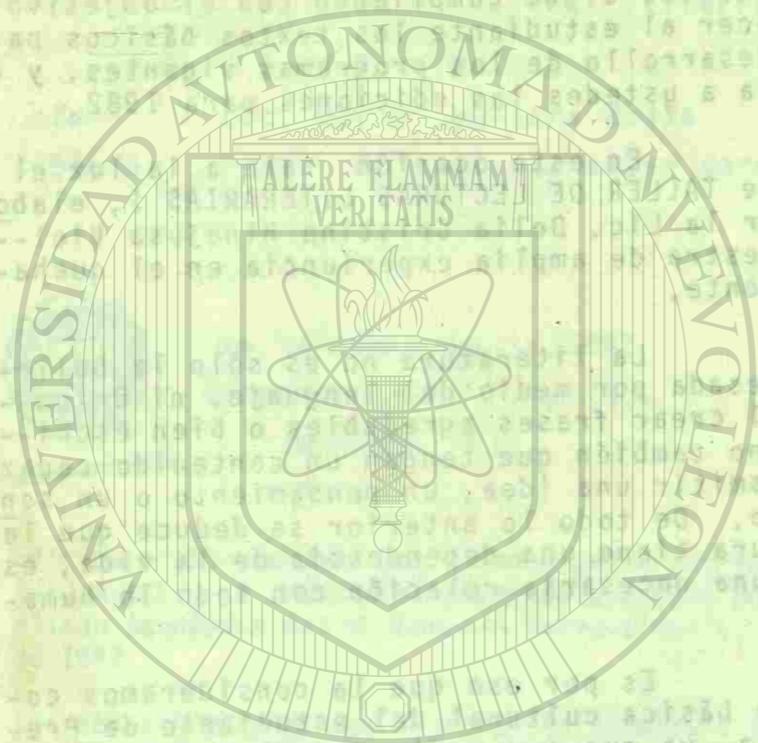
La literatura no es sólo la belleza expresada por medio del lenguaje, ni únicamente el crear frases agradables o bien escritas, sino también que tengan un contenido capaz de transmitir una idea, un pensamiento o un sentimiento. De todo lo anterior se deduce que la literatura tiene una dependencia de la vida, es decir, una necesaria relación con todo lo humano.

Es por eso que la consideramos como parte básica cultural del estudiante de Preparatoria, ya que por medio de ella se transmite el arsenal lingüístico, la intercomunicación entre los hombres y todo el mundo intelectual y espiritual del pasado y del presente.

Esperamos que este auxiliar de la enseñanza sea de utilidad a estudiantes y maestros, para así cumplir mejor con nuestra misión en la Universidad, y por ende, en la Sociedad.

DIRECCION GENERAL DE ESCUELAS PREPARATORIAS.

LIC. ELVA VILLARREAL VILLARREAL.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INTRODUCCION

Amigo alumno, para la elaboración del presente texto se realizó una investigación documental que consistió en consultar las obras de los autores citados en la Bibliografía, los cuales son investigadores especialistas en literatura griega, estética y teoría literaria.

El presente texto está dividido en unidades; la estructura de las tres primeras consta de apuntes teóricos y actividades; las unidades que restan, además de las partes señaladas, se complementan con fragmentos literarios seleccionados y obras literarias íntegras.

La Academia de maestros de Taller de Lecturas Literarias ha escogido esta literatura porque la cultura helénica, con su arte, su ciencia y su filosofía, es el origen de la civilización occidental. Los griegos trascendieron a su época legándonos una cultura universal que influyó en diversos momentos históricos posteriores: En la literatura latina, que fue imitación de la griega; en la Edad Media, donde ejerció una influencia indirecta a través de las traducciones de los autores -

latinos; en Bizancio, donde se conservó la cultura helénica; en el Renacimiento y en el Neoclasicismo, donde ocurrió un retorno a lo griego. Estas influencias abarcan aproximadamente dieciséis --- siglos de la historia.

En este Taller se estudiará a la literatura griega como punto de partida de la literatura --- occidental, ya que fue la creadora de los géneros y subgéneros literarios básicos -epopeya, tragedia, comedia, fábula, historia, oratoria y filosofía- llevándolos a la perfección, circunstancia que la convierte en una literatura clásica.

Amigo estudiante, en el presente texto estudiarás el género épico a través de las epopeyas - de Homero; el género dramático en una Tragedia de Sófocles y en una comedia de Aristófanes; el género lírico en poemas de diversos poetas griegos; y la metodología y teoría adecuadas que te ayuden a comprender y analizar dichos textos como obras de arte, signos comunicadores y productos sociales.

Se espera que la exposición sea clara y sencilla pero a la vez básica y esencial.

¡ E x i t o !

UNIDAD I
LA LECTURA

latinos; en Bizancio, donde se conservó la cultura helénica; en el Renacimiento y en el Neoclasicismo, donde ocurrió un retorno a lo griego. Estas influencias abarcan aproximadamente dieciséis --- siglos de la historia.

En este Taller se estudiará a la literatura griega como punto de partida de la literatura --- occidental, ya que fue la creadora de los géneros y subgéneros literarios básicos -epopeya, tragedia, comedia, fábula, historia, oratoria y filosofía- llevándolos a la perfección, circunstancia que la convierte en una literatura clásica.

Amigo estudiante, en el presente texto estudiarás el género épico a través de las epopeyas - de Homero; el género dramático en una Tragedia de Sófocles y en una comedia de Aristófanes; el género lírico en poemas de diversos poetas griegos; y la metodología y teoría adecuadas que te ayuden a comprender y analizar dichos textos como obras de arte, signos comunicadores y productos sociales.

Se espera que la exposición sea clara y sencilla pero a la vez básica y esencial.

¡ E x i t o !

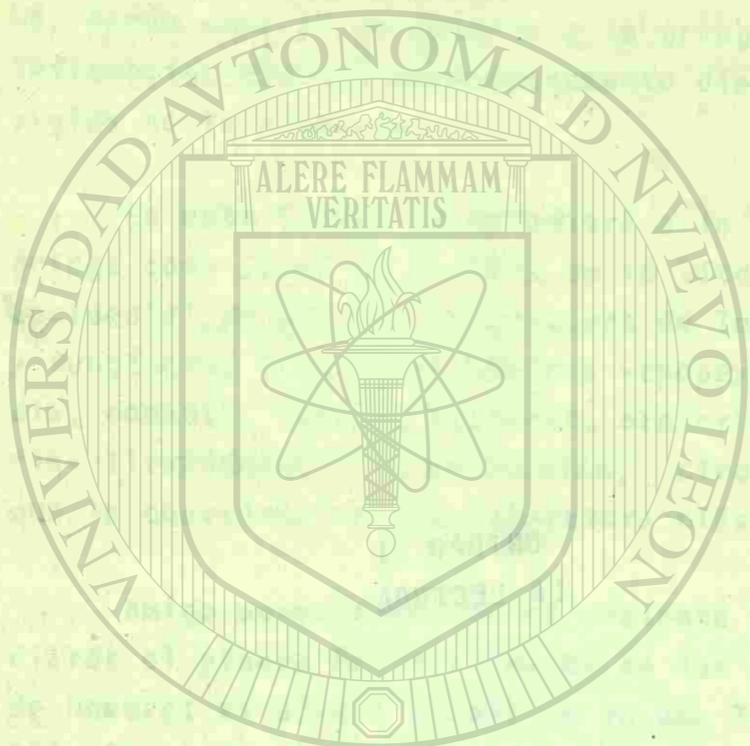
UNIDAD I
LA LECTURA

JUANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIDAD I: LA LECTURA

Obj. Particulares:

Obj. Específicos:

El alumno, al terminar la unidad:

El alumno:

1) Comprenderá el porqué de la importancia de la lectura.

1.1. Distinguirá la función de la lectura.

1.2. Describirá las características de cada una de las lecturas.

1.3. Determinará los problemas que impiden la comprensión de la lectura.

1.4. Detectará el grado de comprensión de la lectura contestando un cuestionario dado y las fallas que impidieron la total comprensión de la misma.

1.5. Diferenciará la connotación de la denotación en ejemplos dados.

2) Sintetizará correctamente las lecturas que le señalen.

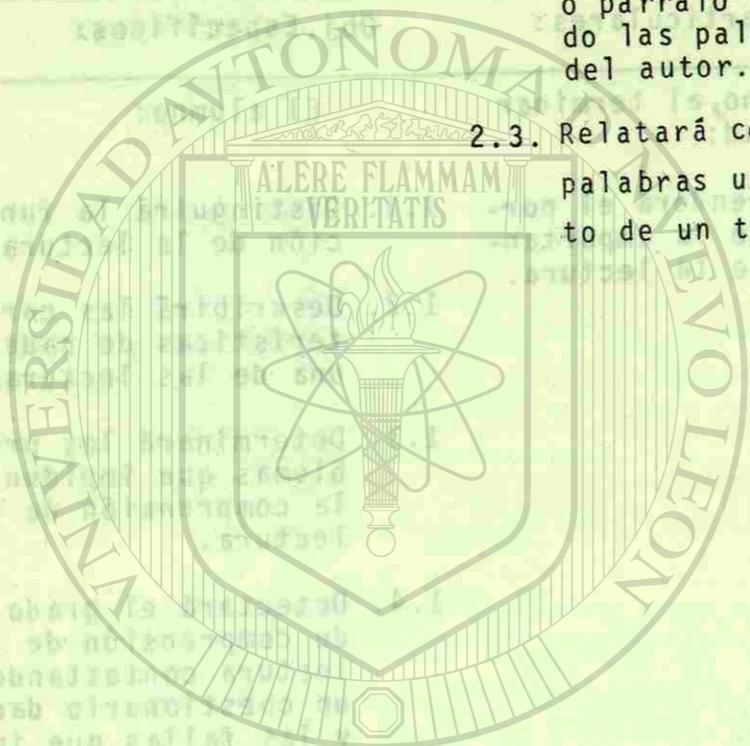
2.1. Identificará los elementos estructurales de la síntesis y del resumen.

Obj. Particulares:

Obj. Específicos:

2.2. Resumirá un texto o párrafo utilizando las palabras -- del autor.

2.3. Relatará con sus -- palabras un fragmento de un texto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIDAD I

LA LECTURA

Antes de empezar con la lectura y actividades propias de cada unidad, reconsideremos la importancia que tiene la lectura como medio de aprendizaje en tu vida de estudiante.

¿Has utilizado la lectura en tus estudios de primaria y secundaria? Seguramente tu respuesta va a ser afirmativa. Y no sólo en tus estudios la has usado, sino también para leer revistas, periódicos, diccionarios, anuncios comerciales, etc. En cada ocasión en que un emisor te envía mensajes a través de palabras escritas y tú como receptor las interpretas, realizas la actividad de leer.

¿Con qué propósito se realiza una lectura? Con el fin de obtener información, recreación, capacitación, especialización y muchos aspectos más.

Hay libros fáciles y difíciles de interpretar. ¿Qué es lo que puede impedir la comprensión de la lectura? Se debe a diversas causas, entre las más comunes están: desconocer el vocabulario-

-elimino este impedimento consultando el diccionario-; desconocer el tema - leo varias veces y -- complemento lo leído con explicaciones del maestro o asesor- e incapacidad para distinguir las ideas principales de las secundarias de un texto-puedo evitar esto practicando la elaboración de síntesis, primero de párrafo, y después de capítulos, confirmando su corrección con el maestro o asesor-.

Cada nuevo tema de estudio al que te enfrentes va a implicar la consulta del diccionario y la realización de diversas lecturas, hasta llegar a su comprensión total, de tal manera que el material de la lectura pueda retenerse, integrarse y jerarquizarse, y el lector sea capaz de elaborar resúmenes, esquemas o cuadros sinópticos.

Para llegar a la comprensión total del texto es menester interpretar la denotación y connotación del mensaje mismo, o sea los elementos que lo integran: la palabra, la oración, el párrafo y el cartel, la película, el gesto, entre otros. La connotación es todo lo que puede sugerir el texto, es decir, la variedad de relaciones e interpretaciones que el mensaje nos inspira.

¿Qué tipo de lenguaje es más connotativo, el científico o el literario?

El lenguaje científico es técnico y objetivo, entre más directo y claro, más científico; el mensaje debe captarse de manera unívoca, mensaje -- cuya interpretación puede ser compleja debido al tema, pero que al final se llega al mismo punto; es un lenguaje donde predomina lo denotativo. En cambio, el lenguaje literario es evidentemente más rico en la interpretación connotativa, debido a los recursos que emplea; una pequeña muestra lo son la metáfora, la comparación, la personificación, la alegoría y el símbolo.

Por otra parte consideremos por qué esta clase se denomina Taller de Lecturas Literarias:

1) El concepto Taller implica actividad -- constante por parte de maestro y alumno.

2) Taller de Lecturas, para que el alumno conozca y practique un método de lectura que le permita comprender y analizar todo lo que lea.

3) Taller de Lecturas Literarias, porque los textos literarios ofrecen una mayor gama connotativa, ya que son formas de comunicación, obras de arte y productos sociales; la interpreta-

ción de mensajes técnicos y científicos la ejercerás en otras materias. Además, los conceptos -- que se utilizan en el Taller de Lecturas Literarias tienen aplicación en otras formas de comunicación, como el cine, el teatro, la televisión, - las revistas, etc.

Para finalizar, citaremos los hábitos de lectura que sugiere León Penagos en "El Libro" y que te ayudarán en el desempeño de tus estudios:

- . Estar en buenas condiciones oculares
- . Leer en lugares iluminados.
- . Tener a la izquierda la luz, cuando se --* lee en lugares iluminados artificialmente.
- . Evitar leer sobre el vientre.
- . Evitar leer en la cama.
- . Evitar leer en posturas incómodas.
- . Interrumpir la lectura para hacer ejercicio durante algunos minutos.
- . Evitar leer en autobuses y en lugares -- ruidosos.
- . Leer sentado, apoyando el libro o revista sobre una superficie.
- . Utilizar obras de consulta.
- . Conocer el funcionamiento de la biblioteca.
- . Conocer el funcionamiento de la hemeroteca.

*Nota Aclaratoria:-Esta afirmación sólo es válida cuando nos referimos a personas diestras.

ACTIVIDADES UNIDAD I

Observaciones: Recuerda, amigo estudiante, que en este Taller estás practicando la metodología de la lectura. A continuación se te presentan diversas actividades donde se formulan preguntas; para que las respuestas sean válidas, eláboralas con tus propias palabras.

I.- 1) Lee la Unidad I

2) Contesta oralmente las siguientes preguntas:

- a) ¿Qué es la lectura?
- b) ¿Con qué propósito se realiza la lectura?
- c) ¿Cuáles son las causas más comunes que impiden la lectura?
- d) ¿Cómo compruebas que realizaste una -- lectura comprensiva?
- e) Explica qué es denotativo y qué es --- connotativo.
- f) ¿Qué vas a practicar en el Taller de - Lecturas Literarias?

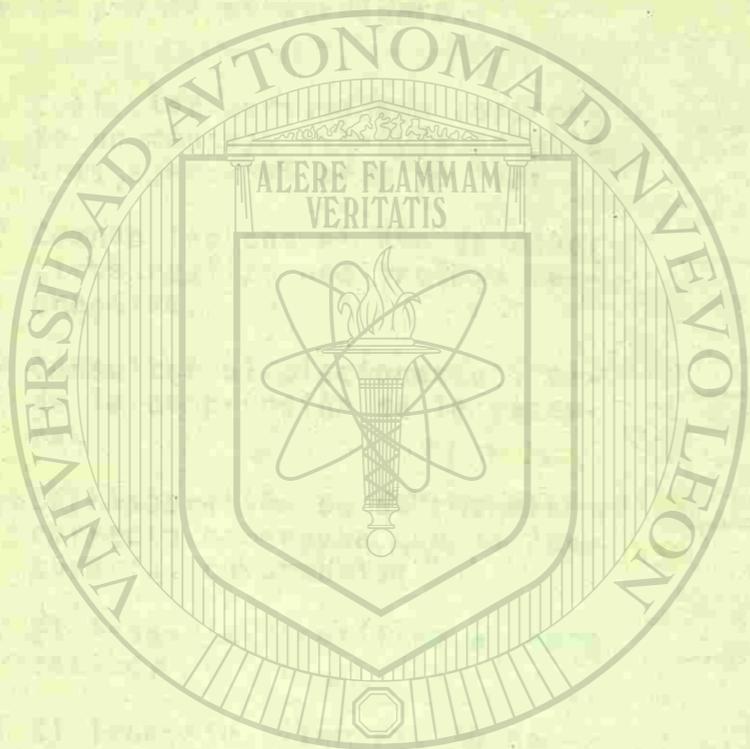
3) Elabora un cuadro sinóptico con el contenido de esta Unidad. Señala los términos- esenciales y sus subdivisiones, si las hay.

AUTOEVALUACION UNIDAD I

Lee los postulados y escribe F si es falso y V si es verdadero.

- 1) Cualquier persona que interprete un mensaje a través de palabras, ejerce el acto de leer. V
- 2) Cuando leo con el fin de divertirme, realizo una lectura recreativa. V
- 3) Consultar el diccionario impide la comprensión de la lectura. F
- 4) La elaboración de un resumen correcto comprueba que la lectura fue comprensiva. V
- 5) El lenguaje científico es denotativo. V
- 6) El lenguaje literario no es connotativo. F
- 7) La palabra Taller significa actividad constante. V
- 8) No es importante conocer el funcionamiento de una Biblioteca. F
- 9) Antes de realizar una síntesis debo efectuar varias lecturas. V

- 10) La comprensión total de un texto exige la interpretación denotativa y connotativa. V

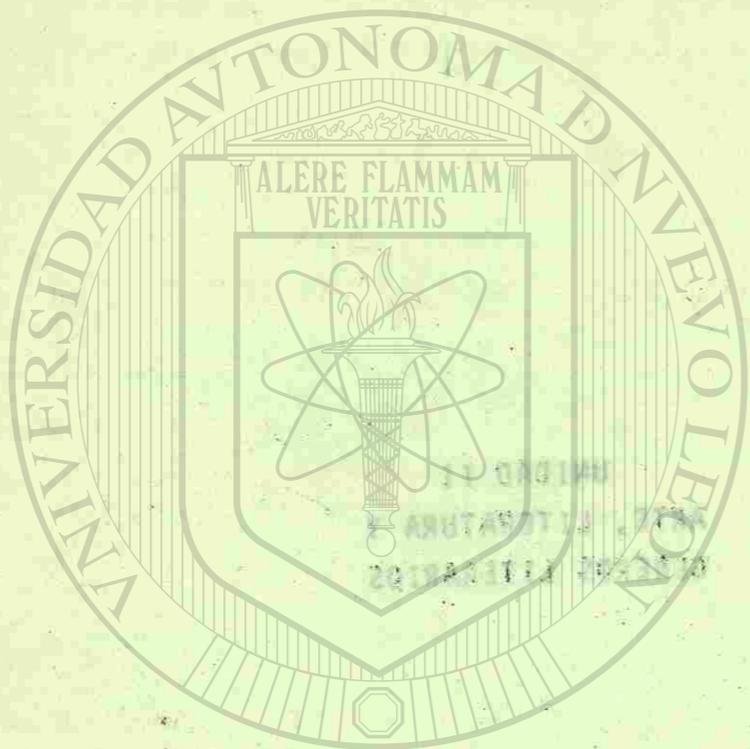


U A N L

UNIDAD II
ARTE, LITERATURA Y
GÉNEROS LITERARIOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIDAD II: ARTE, LITERATURA

Y GENEROS LITERARIOS

Obj. Particulares:

Obj. Específicos:

El alumno:

El Alumno:

1) Ubicará a la literatura dentro de las Bellas Artes.

1.1. Enunciará el significado de la palabra arte.

1.2. Explicará el concepto de belleza y su división.

1.3. Enunciará cuáles son las Bellas Artes.

1.4. Explicará las características de las Bellas Artes.

1.5. Identificará a la Literatura como una de las Bellas Artes

2) Comprenderá la importancia de la Literatura.

2.1. Citará algunas definiciones de Literatura.

2.2. Interpretará la finalidad e importancia de la Literatura.

2.3. Explicará la relación entre la obra

literaria y la So-
ciedad.

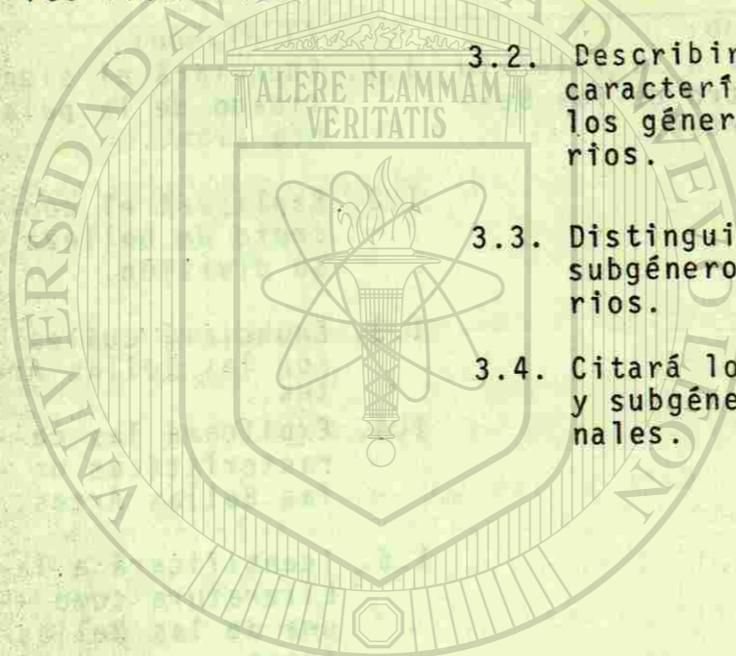
3) Conocerá las caracte-
rísticas de los géne-
ros literarios.

3.1. Definirá el concep-
to de género lite-
rario.

3.2. Describirá las --
características de
los géneros litera-
rios.

3.3. Distinguirá los --
subgéneros litera-
rios.

3.4. Citará los géneros
y subgéneros margi-
nales.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SANTO TOMÁS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIDAD II

ARTE, LITERATURA Y GENEROS LITERARIOS

El primer cuestionamiento al que nos enfren-
tamos en este taller, es tratar de explicar el --
significado de la palabra arte. ¡Tarea difícil!, ya
que esta palabra ha variado su contenido al tra--
vés del tiempo.

Etimológicamente compuesta por la palabra -
latina "ars" y por el término griego "tekne", es
el conjunto de reglas para hacer algo bien.

Desde muy antiguo, aproximadamente en el --
Siglo IV A C, el término "ars" significaba una ha-
bilidad adquirida, - esto es no innata - por el a---
prendizaje de cualquier actividad humana. En cam-
bio con Aristóteles se distinguían ya las artes -
estéticas de las no estéticas, o sea una restric-
ción del significado. Hacia el siglo XII DC, con-
la universidad y Santo Tomás de Aquino y además -
con la separación de las artes liberales, se dis-
tingue a su vez entre artistas y artesanos.

Hacia el siglo XIV, arquitectos, escultores

y pintores son considerados de manera diferente a los artesanos; para el Renacimiento todos los que se dedicaban a una actividad que integraba a la belleza estaban al nivel de la ciencia. En el siglo XVI se quiso sustituir a las artes por las ciencias experimentales y en el siglo XVII el arte figurativo era entendido como ingenio, fantasía y gusto aun más que la técnica. En la Revolución Industrial de los siglos XVII y XVIII ocurre la sustitución de la actividad artesanal, y la creación humana, desde el punto de vista bello, englobó a las profesiones del arte.

Profundizando en las múltiples y diversas respuestas que se han elaborado al tratar de caracterizar el arte, te presentamos, amigo estudiante, la síntesis de Adolfo Sánchez Vázquez (filósofo - investigador de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM), que creemos está más acertada para ayudarte a vislumbrar -en este nivel de estudios - en que te encuentras- la confrontación de ideas - suscitada al tratar de definir lo que es el arte.

A R T E

Platón (428-347 AC) : Es una apariencia respecto de la verdadera realidad -el mundo de las ideas-.

Aristóteles (387-322 AC) : es una reproducción imitativa, especialmente la poesía.

Emmanuel Kant (1724-1804) : es un modo de representación que place en el mero juicio por sí mismo y no mediante un concepto.

Benedetto Croce (1856-1952): es intuición, entendida como expresión o actividad formadora interna.

George Lukacs (1885-1971) : Considera que es un reflejo específico de la realidad.

George W. Hegel (1770-1830): producto de la actividad humana, dirigido a los sentidos, que tiene su fin en sí mismo.

Sigmund Freud (1856-1939): el origen del arte reside en la fantasía inconsciente, y su fun-

ción en nuestra vida psíquica consiste en proporcionar un goce que disfrace y suprima las represiones.

Maritain (1882) : es una virtud del intelecto práctico.

Bertolt Brecht (1898-1956) : el goce del arte es inseparable de la capacidad (que puede ser desarrollada) de observar el arte, esto implica una participación en el trabajo del artista.

Claude Lévi-Strauss -contemporáneo- : lenguaje o sistema de signos cuya función es establecer una relación significativa con un objeto.

Ante la anterior confrontación, has observado la discrepancia existente al tratar de definir el arte por parte de los autores citados que representan a las más variadas doctrinas filosóficas.

Citaremos ahora la definición de Adolfo Sánchez Vázquez.

Adolfo Sánchez Vázquez-contemporáneo-: el arte es una actividad humana práctica, creadora, mediante la cual se produce un objeto material, sensible, que gracias a la forma que recibe una materia dada, expresa y comunica el contenido -- que pone de manifiesto cierta relación con la realidad... la cual entra en la obra de arte como realidad reflejada, idealizada, simbolizada, distorsionada, soñada o negada.

Y por último te presentamos la definición del "Diccionario Enciclopédico de los Tiempos Modernos", de Otta: El arte es el aspecto de la creación humana que se caracteriza por la supremacía de la función estética.

Viene ahora la pregunta ¿qué es estética?

"La estética es una rama de la filosofía que estudia el significado de la belleza; también se ocupa de la naturaleza del arte y de los juicios sobre la creación y apreciación de la obra artística. "Desde un punto de vista filosófico, estudia la génesis de la creación artística de la obra poética, del análisis del lenguaje, de los valores estéticos, de la función del arte en la vida del hombre y de las relaciones que puedan existir entre hombre y materia."

Las definiciones anteriores son de Lorenzo Fuentes; ahora citaremos diversas definiciones que se han hecho acerca de la estética o de la belleza: "Para Platón, lo difícil es lo bello; para Epicuro, lo agradable; para los escolásticos, lo bueno; para San Agustín, el orden; para los neoplatónicos, la inteligencia y el bien; para los neoclásicos, la razón". Para Kant es una finalidad en sí mismo, -lo que despertó en nosotros un sentimiento desinteresado-; para Hegel, es el ideal; Para Schiller, lo que se da y nos complace en mera apariencia.

¿Qué es la belleza, esa cualidad común que se encuentra en la poesía, música, pintura, escultura, danza o arquitectura?

Tratando de resumir las definiciones citadas anteriormente: la belleza es, en concreto, una constelación de valores que podrían ser lo agradable o lo vital, pero que en un sentido distinto producen un efecto estético. "La belleza no es una cosa aparte de los contenidos del arte, sino un ordenamiento de todos ellos en dirección a la belleza." -definición de Samuel Ramos.-

Hay diferentes puntos de vista, con sus estéticas correspondientes: psicológica, hedonista, sociológica, semiológica, etc.

Los mismos creadores de arte, los artistas, están divididos: unos practican el arte puro donde prevalecen los valores estéticos y se excluyen todos los demás, y otros postulan que el arte debe servir para fines útiles a la sociedad.

De todas las funciones que el arte pueda tener -mágico, religioso, político, etc.- hay una función específica que, si se suprime, la obra artística dejaría de ser obra artística: ésta es la función estética.

Se han reconocido en la obra de arte -según Souriau- cuatro modalidades de existencia:

- 1) existencia física = una cosa material
- 2) existencia fenomenológica = disposición concertada y concertante de cualidades sensibles, susceptibles de ser referidas a un sistema ordenado, formando una especie de gama. ®
- 3) existencia "reica" = un conjunto coherente, cósmico, de seres y de cosas más o menos aná-

logos a los de la representación humana ordinaria.

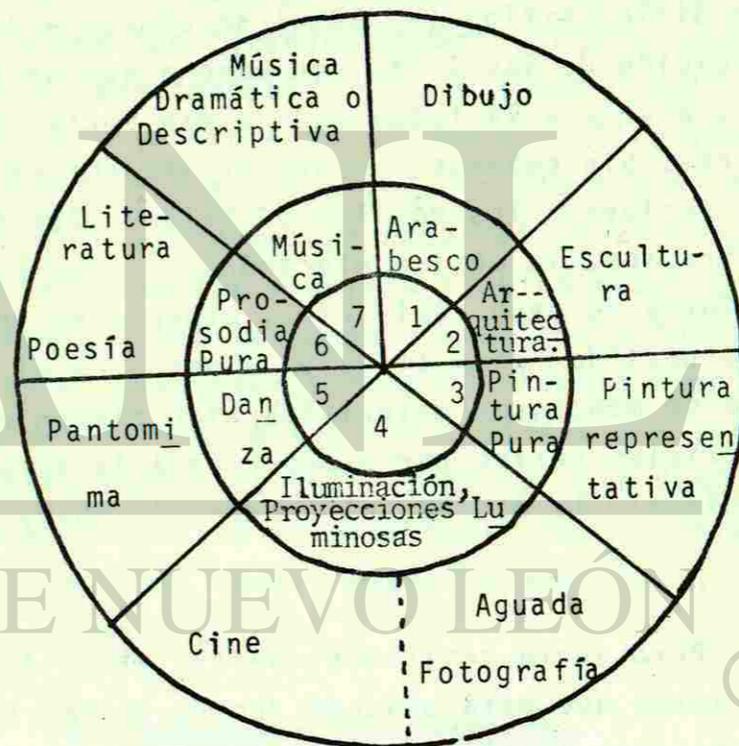
- 4) existencia trascendente = especie de nimbo, de culminación en presencias superiores, más o menos indecibles, y como vislumbradas a través de las presencias más obvias.

Por la existencia física de las obras artísticas y de los elementos de que se valen para ser, las artes se han dividido en artes del espacio - como la arquitectura, escultura y pintura - y artes del tiempo - la literatura, la música o la danza -; artes de la vista y del oído; artes reales o ideales; artes solitarias y artes sociales; artes representativas y artes abstractas; musicales o subjetivas; artes de primer grado - no representativas - y artes de segundo grado - representativas, o sea que reflejan el hombre o la naturaleza -.

Además, la historia y las circunstancias prácticas de la actividad humana han intervenido para formar el conjunto tradicional de las bellas artes, que se puede delimitar por el uso de siete elementos básicos: (ver el esquema siguiente) --
 1) líneas, 2) volúmenes, 3) colores, 4) lumino-

sidades, 5) movimientos, 6) sonidos articulados y 7) sonidos musicales.

Souriau propone el siguiente esquema de la estructura de las bellas artes:



Para aclarar el esquema: recuérdese que las artes del primer grado son las no representativas, en el esquema están en el círculo intermedio; las artes de segundo grado, que son las representativas, están en el círculo exterior; los elementos básicos de que se vale cada arte están representados con números, y ya se explicaron en el párrafo anterior al esquema.

Críticos de arte, y profesores de estética como Gillo Dorfles (n. 1910) se oponen a la clasificación de las artes, en base a que un esquema no abarca a la totalidad de manifestaciones artísticas. Sin embargo, aunque el esquema de Souriau no incluya a los móviles de Calder, los filmes abstractos, la música electrónica o los poemas en forma de pavo real, etc., creemos es un punto de partida para ti, joven alumno. En el esquema no se mencionan materiales, sino elementos; los materiales serían por ejemplo, para la escultura: el mármol, la madera, el bronce, la chatarra, etc.

Pero ahora centremos nuestra atención en la literatura que está ubicada dentro de las bellas artes, como aquella que se vale de la palabra o sonido articulado para producir lo estético.

Con fundamento en las teorías de Wellek y Warren, se hace la distinción entre lo que es literatura y no literatura. Los citados teóricos literarios, en su capítulo de "La naturaleza de la literatura", mencionan que por literatura se puede entender todo lo que está en letra de molde -no en balde el término proviene del latín -- "littera", que significa letra-, o sea cualquier texto impreso o escrito, ésta sería la no-literatura. La literatura propiamente dicha estaría -- formada por las "grandes obras" que, sin importar su asunto, son "notables por su forma o expresión literaria". En síntesis, el término literatura -- parece más adecuado cuando se circunscribe al arte de la literatura, cuyo material es el lenguaje articulado. Wellek y Warren también resaltan la distinción entre lenguaje científico y lenguaje literario; circunscribiendo al primero como puramente denotativo, o sea que tiende a una correspondencia recíproca entre signo y cosa designada; y al literario lo distinguen como sumamente connotativo, es decir, pleno de recuerdos, sugerencias y asociaciones.

Pero pasemos a otro aspecto.

¿Cuál es la función de la literatura?

A través de la historia literaria se advierte la relación e incluso a veces la superposición de la literatura, la filosofía y la religión; sin embargo, se ha tratado en diversos momentos - de separar lo "útil" - lo que no sea malgastar el tiempo- y lo "dulce" - algo que se recompensa por sí mismo- del arte y de la literatura. Siguiendo los criterios de Wellek y Warren: "Cuando una obra literaria funciona bien, las dos notas de placer y de utilidad no sólo deben coexistir, sino - además, fundirse". Otras utilidades de la literatura son: allega conocimiento, aunque de una manera diferente que la historia; en ella acontece -- una intuición o revelación de la verdad; es propaganda, aunque va en contra de lo que es el buen arte - según Wellek y Warren-; es catarsis, término que viene del griego, cuyo significado es liberación de la opresión de las emociones.

Para concluir, Wellek y Warren consideran a la literatura o poesía con muchas funciones posibles, de las cuales la primera y principal es la fidelidad a su propia naturaleza.

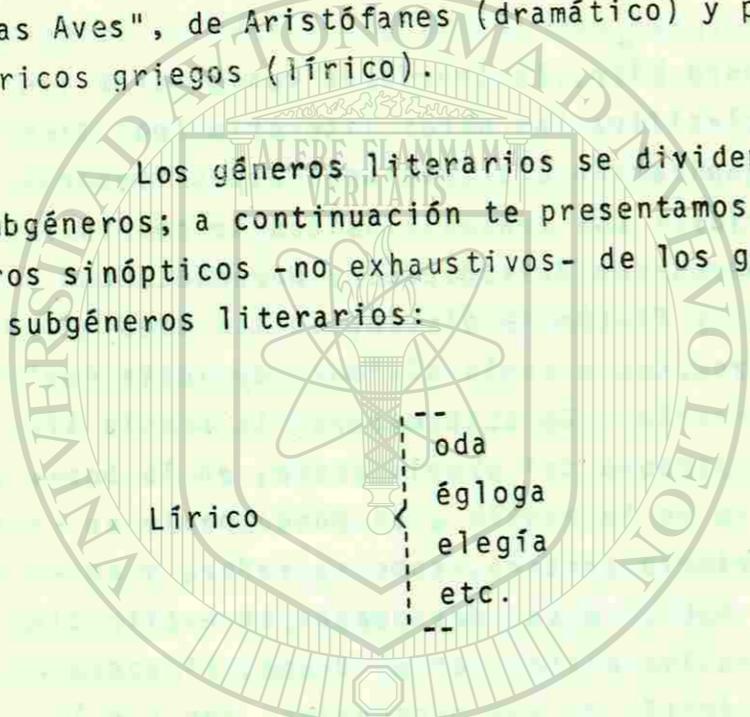
En el Taller de Lecturas Literarias se estudiará a la obra literaria como forma de comunicación, ya que es un signo complejo que intenta-

comunicar; como obra de arte por su tendencia a lo estético; y como producto social, ya que refleja por aceptación o rechazo las características de un medio.

Ahora bien, la teoría de los géneros literarios clasifica las obras literarias por tipos de organización o estructuras específicamente literarias. Los textos clásicos de teoría de los géneros son Aristóteles y Horacio. Con Aristóteles y Platón se distinguen los tres géneros mayores, con arreglo al "modo de imitación" o representación. De esta manera: la poesía lírica es la persona del propio poeta; en la poesía épica -o en la novela-, el poeta habla en parte en primera persona, como narrador, y en parte hace hablar a sus personajes en estilo directo -narrativo mixto-; en el drama, el poeta desaparece detrás de sus personajes, que son los que dialogan. Expresado de manera diferente, son los géneros épico, lírico y dramático, a grandes rasgos. El épico es donde predomina lo narrativo; el lírico versa sobre lo subjetivo y su forma se manifiesta a través de poemas; y el dramático engloba todas las obras que pueden representarse teatralmente. Para que comprendas mejor la característica de los géneros literarios, inclui

mos en el texto, en las siguientes unidades, fragmentos de "La Ilíada" y "La Odisea", de Homero (épico); "Antígona", de Sófocles (dramático); -- "Las Aves", de Aristófanes (dramático) y poemas líricos griegos (lírico).

Los géneros literarios se dividen en -- subgéneros; a continuación te presentamos cuadros sinópticos -no exhaustivos- de los géneros y subgéneros literarios:



Lírico

oda
égloga
elegía
etc.

Epico

epopeya
poema épico
cantar de gesta
romance
novela
cuento
etc.

Dramático

drama
tragedia
comedia
tragicomedia
auto sacramental
melodrama
farsa
entremés
sainete
etc.
zarzuela
ópera
opereta

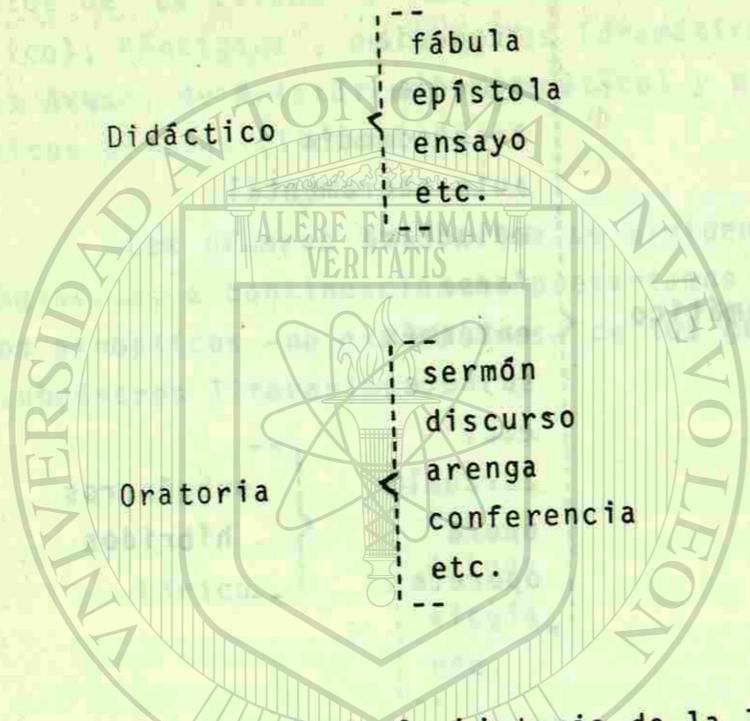
subgéneros
híbridos

Los anteriores géneros eran considerados como artísticos, pero desde los griegos existían otros géneros denominados como marginales:

Histórico

crónica
anales
biografía
memorias





A través de la historia de la literatura se han suscitado polémicas en torno a la teoría de los géneros, una de las más recientes es la que hace R. Jakobson, que relaciona los géneros básicos con las tres funciones primarias del lenguaje, o sea, la función representativa en lo épico, la función incitativa en lo dramático, y la función emotiva en lo lírico. Citemos una definición del diccionario literario de Jara y otros autores:

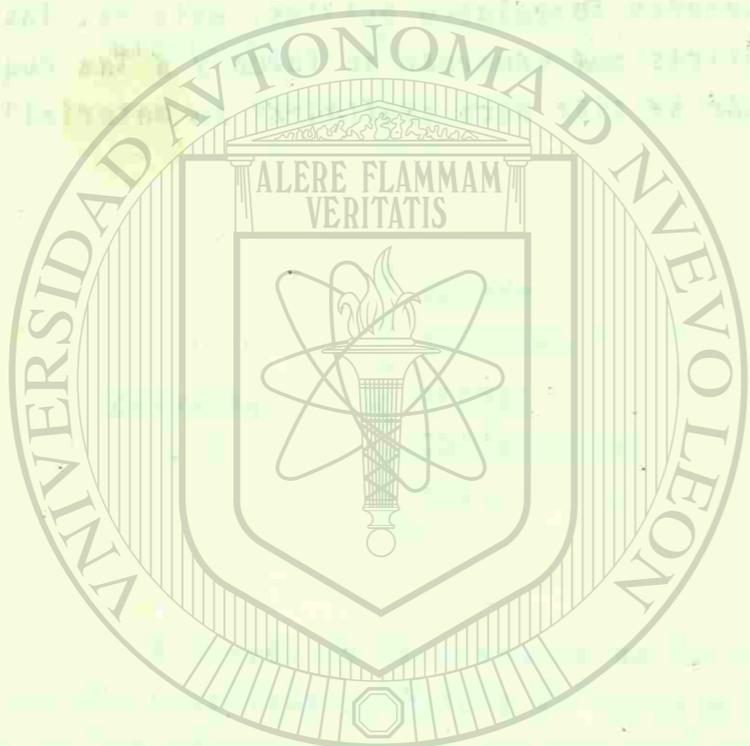
"El concepto de género supone una divi-

sión menor que sirve para destacar los rasgos predominantes en una obra en cuanto a las convenciones, estructuras formales y estilos; esto es, las características que enmarcan su forma y a las cuales el autor se ciñe para configurar su material".

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

✓ ²⁵⁴ ACTIVIDADES UNIDAD II

- 1.- 1) Lee cuidadosamente la Unidad II.
- 2) Ubica en el texto las definiciones de arte, estética y belleza y cítalas en forma oral.

realizado

- 3) Explica por qué se han suscitado polémicas al intentar definir esos términos. (arte, belleza y estética)

Arte - la supremacía de la función estética.
 Belleza o lo que provoca un efecto estético.
 Estético - del arte y de sus funciones, sobre la creación y apreciación de la obra artística.

- 4) a) Localiza el esquema de las artes de Souriau.

b) Enumera las artes esquematizadas.

Música Pantomima Jongo

Dibujos Cine

Escultura Fotografía
Escultura Pintura Aplicativo

- c) Explica cuáles son los elementos de que se vale cada arte para existir.

Pintura - pincelada, colores, luminosidad

Escultura - escultura, martillos, piedras

Música - sonido, articulador, ondas musicales

ritmo musical
 Literatura - palabras libros pensamientos
 Arquitectura - líneas materiales mano de obra
 Danza - música movimiento corporal
 vestuario
 Cine - todas las anteriores

d) Investiga en obras de consulta - diccionarios, enciclopedias - qué artes son reconocidas como Bellas Artes.

Música, Literatura, pintura, escultura, danza, cinematografía

e) ¿Es considerada la literatura como una de las Bellas Artes?

si

f) ¿Cuál es la objeción de Gillo Dorfles para clasificar a las artes?

En base a que un lenguaje no abarca a la totalidad de las manifestaciones artísticas

II. 1) Explica la diferencia que existe entre lite-

ratura y no - literatura, según Wellek y - - Warren.

Xos

La no literariedad se refiere a todo texto impreso o escrito que no empuje a la reflexión y que no provenga de la vida.
 La literatura formada por las grandes obras notables pero no literarias.

2) Investiga, en obras de consulta, otras de definiciones de literatura.

En el que expresa en forma escrita las formas de pensar, los sentimientos, formas de vida de la sociedad.

3) a) ¿El lenguaje articulado es el material de la literatura? si

b) ¿Cuál es la diferencia entre lenguaje científico y lenguaje literario?

1º como básicamente denotativo
 2º connotativo

c) Explica nuevamente -ya lo hiciste en la Unidad I- la diferencia entre denotación y connotación.

1º Tiene una correspondencia recíproca entre signo y cosa designada

2º Plena de Recuerdos, sugerencias y
asociaciones

4) a) Menciona las funciones que ha tenido la
literatura a través de la historia.

Estética y Religiosa

b) ¿Qué función de la literatura es más im-
portante? Expresa tu opinión.

Para mí ambas ya que ambas se
complementan ya q' dan el mundo
de la conciencia la realidad y la
diciendo

c) ¿Por qué es considerada la obra literaria
como un producto social?

Por que nace de la misma
vida de una problemática

d) ¿Qué funciones de la obra literaria vamos
a estudiar en el Taller de Lecturas Lite-
rarias?

Allegar conocimientos y
construir

III. 1) ¿Qué se entiende por género?

División menor y sirve para destacar los
rangos predominantes en una obra en
cuanto a las convenciones estructural
formales y estilos

2) Enumera los tres géneros literarios bási-
cos.

Lirico Epico y Dramatico

3) a) ¿Qué géneros son conocidos como margina-
les?

Historia, Didactico y oratorio

b) ¿Por qué?

Tienen sus propias caracte-
rísticas

4) ¿De qué parte la teoría de los géneros pa-
ra clasificar a la obra literaria?

Parte del tipo organización y estructura
específicas literarias

5) ¿Con qué autores se definen ya los tres gé-
neros mayores?

Aristoteles y Platon

6) Enumera los subgéneros de los géneros

Epico: _____

Lírico: _____

Dramático: _____

NOTA: Recuerda, joven alumno, que los géneros los estudiarás con más detenimiento en las obras de Homero, Sófocles, Aristófanes y poetas griegos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

AUTOEVALUACION UNIDAD II

Juan Lario Aguirre Cantú

1.- Relaciona las columnas colocando el número correspondiente en el paréntesis.

- | | |
|---------------------------------------|---|
| (5) Estética | 1.- Es una constelación de valores que aparte de su significado propio busca el efecto estético. Belleza |
| (3) Artes puras o no representativas. | 2.- Aspecto de la creación humana que se caracteriza por la supremacía de la función estética. Arte |
| (6) Pintura | 3.- Artes de primer grado, que no reflejan al hombre o a la naturaleza. Artes puras o no representativas |
| (7) Función estética. | 4.- Arte que se realiza -- con movimientos. Danza |
| () Música | 5.- Rama de la filosofía -- que estudia el significado de la belleza, -- la creación y apreciación de la obra artística. Estética |
| (1) Belleza | 6.- Arte que se manifiesta a través del color. Pintura |
| (4) Danza | 7.- Propósito específico -- sin el cual la obra dejaría de ser artística. Función estética |
| () Literatura | |
| (2) Arte | |

II.- Subraya la respuesta correcta:

1) Modalidad de existencia de la obra artística a partir de la cual se clasifican -- las diversas artes.

- a) física b) fenomenológica
c) reica d) trascendente

2) Tipo de clasificación que nos permite -- identificar a la literatura como un arte.

- a) representativo b) no representativo
c) mixto d) científico

3) Sonidos a través de los cuales se manifiesta la literatura.

- a) puros b) articulados
c) artísticos d) armónicos

4) Apreciación de la obra literaria como reflejo del medio que la produce.

- a) signo complejo b) algo agradable
c) obra de arte d) producto social

5) Género subjetivo donde impera el yo del poeta.

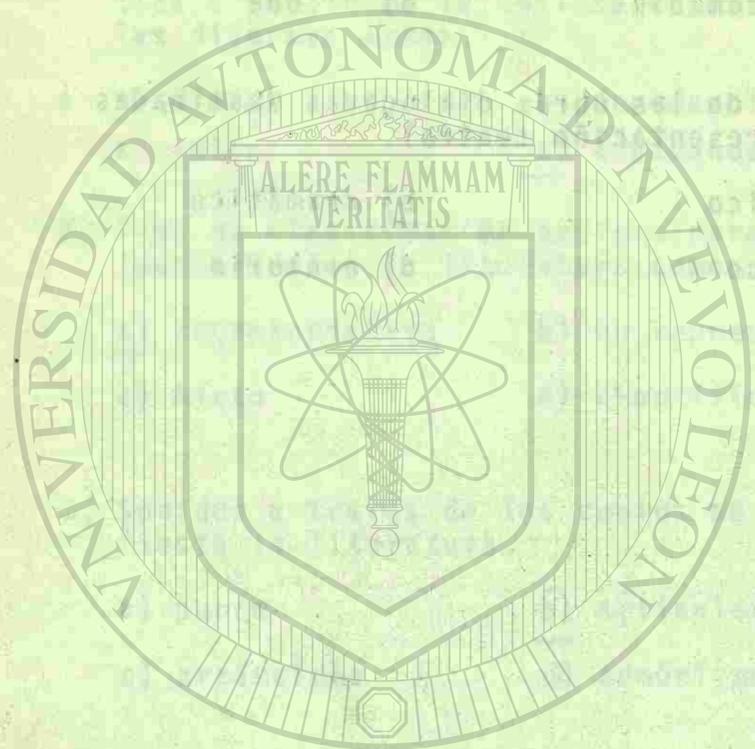
- a) épico b) lirico
c) dramático d) didáctico

6) Modalidad del género épico.

- a) novela b) tragedia
c) comedia d) oda

7) Género de las obras dialogadas destinadas a la representación teatral.

- a) lírico b) dramático
c) épico d) oratorio

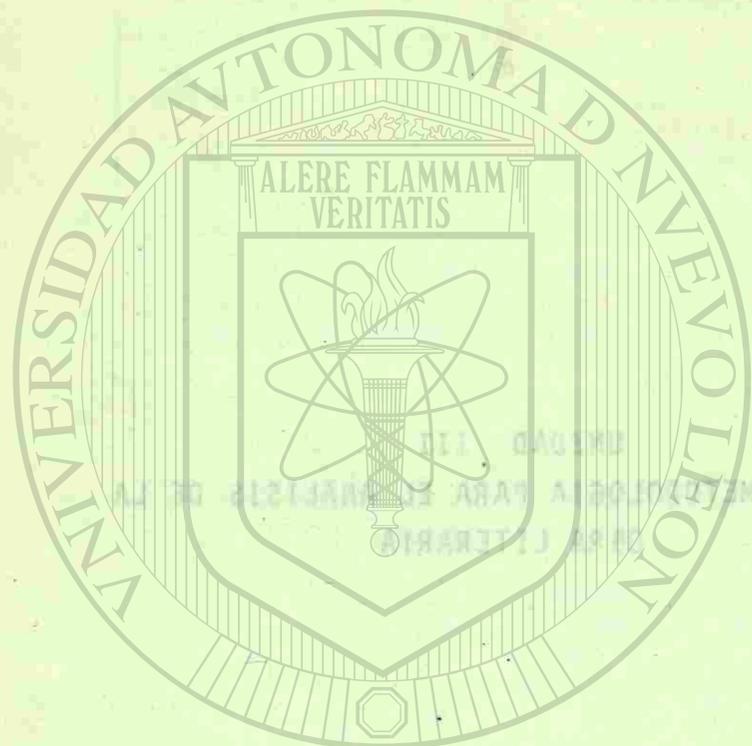


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIDAD III
METODOLOGÍA PARA EL ANÁLISIS DE LA
OBRA LITERARIA

UNIDAD III
METODOLOGÍA PARA EL ANÁLISIS DE LA
OBRA LITERARIA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIDAD III

METODOLOGIA PARA EL ANALISIS DE LA OBRA LITERARIA

Obj. Particular:

Obj. Específicos

El alumno, al terminar la unidad:

El alumno:

1) Comprenderá los elementos que intervienen en el análisis literario de las obras.

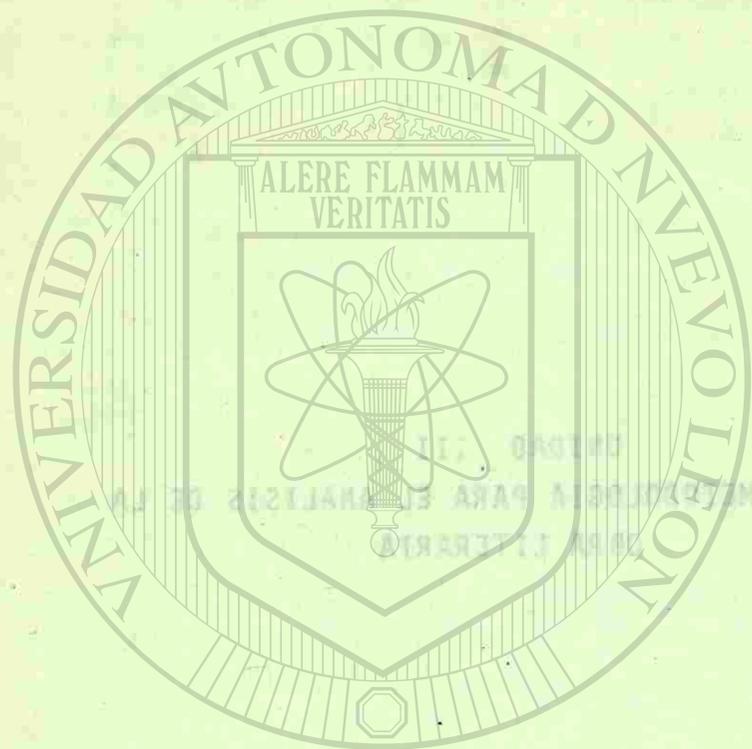
1.1 Distinguirá la relación existente entre la obra literaria y los datos sobre el autor.

1.2 Describirá la relación existente entre el contexto histórico de la época y la obra literaria.

1.3 Explicará en qué consiste el análisis de una obra literaria.

1.4 Definirá el fondo y la forma en la obra literaria.

1.5 Describirá los elementos internos y externos básicos de la obra literaria.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIDAD III

METODOLOGIA PARA EL ANALISIS DE LA
OBRA LITERARIA

Obj. Particular:

Obj. Específicos

El alumno, al terminar la
unidad:

El alumno:

1) Comprenderá los elemen-
tos que intervienen en
el análisis literario
de las obras.

1.1 Distinguirá la re-
lación existen-
te entre la obra
literaria y los
datos sobre el -
autor.

1.2 Describirá la re-
lación existente
entre el contex-
to histórico de
la época y la --
obra literaria.

1.3 Explicará en qué
consiste el aná-
lisis de una ---
obra literaria.

1.4 Definirá el fon-
do y la forma en
la obra litera-
ria.

1.5 Describirá los -
elementos inter-
nos y externos -
básicos de la --
obra literaria.

UNIDAD III
METODOLOGIA PARA EL ANALISIS DE LA OBRA
LITERARIA

Alumno preparatoriano, en puntos anteriores reconociste la importancia de la lectura y ubicaste a la literatura como una de las Bellas Artes - el siguiente paso es conocer un método para analizar obras literarias. En la presente unidad se te proporciona uno que es un extracto del propuesto por Raúl H. Castagnino en su libro "El análisis literario"; en realidad él propone "una ordenación metódica de sucesivos momentos de dicho análisis... un método, un orden, un instrumento para trabajar sobre la obra literaria a través de sus contenidos, estructuras, léxico y estilo".

El análisis de un texto es el paso a seguir después de haber leído comprensivamente. Hay que manifestar que en la lectura de una obra literaria existe lo connotativo, eso que trasciende al signo lingüístico y que puede estar integrado por intenciones, emociones y vivencias. Las palabras tienen un significado convencional, pero cuando están en un contexto o expresadas con cierto ----

matiz, adquieren un nuevo significado: el connotativo.

Sólo hasta que la obra literaria ha sido comprendida connotativamente, puede analizarse. Analizar es descomponer un todo en sus partes, pero veamos la definición de Castagnino: "Análisis, con respecto a la obra literaria, es el examen prolijo que de ella se hace, desintegrándola, procurando separar y considerar los distintos elementos y partes que la componen, hasta lograr penetrar en la idea primera que la originó, hasta hallar ese ritmo misterioso que es la clave del autor." El análisis sirve para saber cómo es y está realizado un texto; la interpretación de una obra trata de averiguar el por qué de su ser; ambos tratan de ser objetivos y de señalar métodos de trabajo como los señalan en la ciencia. En el estudio de la obra literaria el primer paso es el análisis y el segundo la interpretación. La tesis del libro de Castagnino pretende confirmar que "el análisis literario es la introducción sistemática e impostergable a una estilística integral".

La estilística ha suscitado controversias a lo largo de la historia; la estilística integral está entendida... "como ciencia de la literatura, actúa integralmente no sólo porque atiende y procu

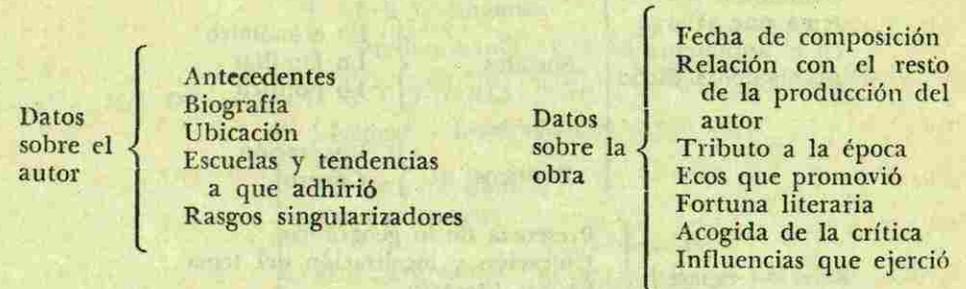
ra desentrañar todos esos factores en lo familiar, lo estético, lo psicológico, lo social, etc., sino también porque necesariamente asimila los datos proporcionados por ramas concurrentes: crítica, historia, preceptiva... la estilística presupone una tarea de progresivo desbrozamiento y penetración en el texto, tanto para arrancarle los secretos de los efectos que produce, de su técnica, del estilo, como para llegar a las vivencias primeras que explican su origen"

La estilística pretende ser la ciencia de la literatura.

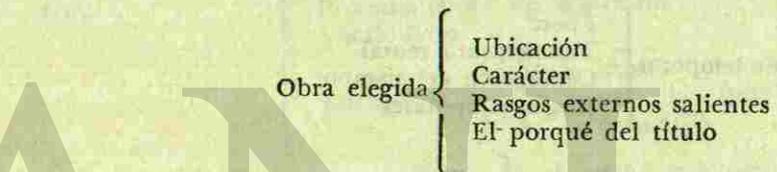
Joven alumno, a continuación te presentamos el esquema propuesto por Raúl H. Castagnino. Al final del mismo verás los elementos seleccionados con los que vamos a integrar nuestro método de análisis, es decir, el que aplicaremos en el Taller de Lecturas Literarias.

Esquema metodológico del análisis literario y estudio estilístico integral de un texto.

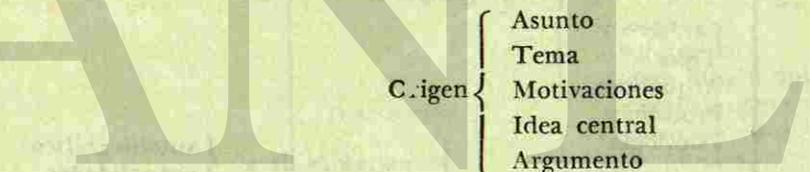
I. — INFORMACIONES AUXILIARES

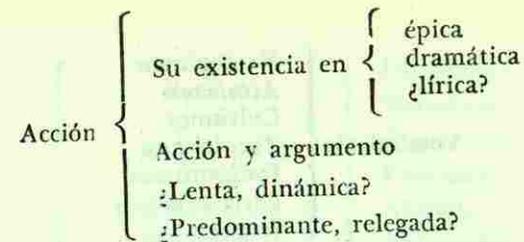
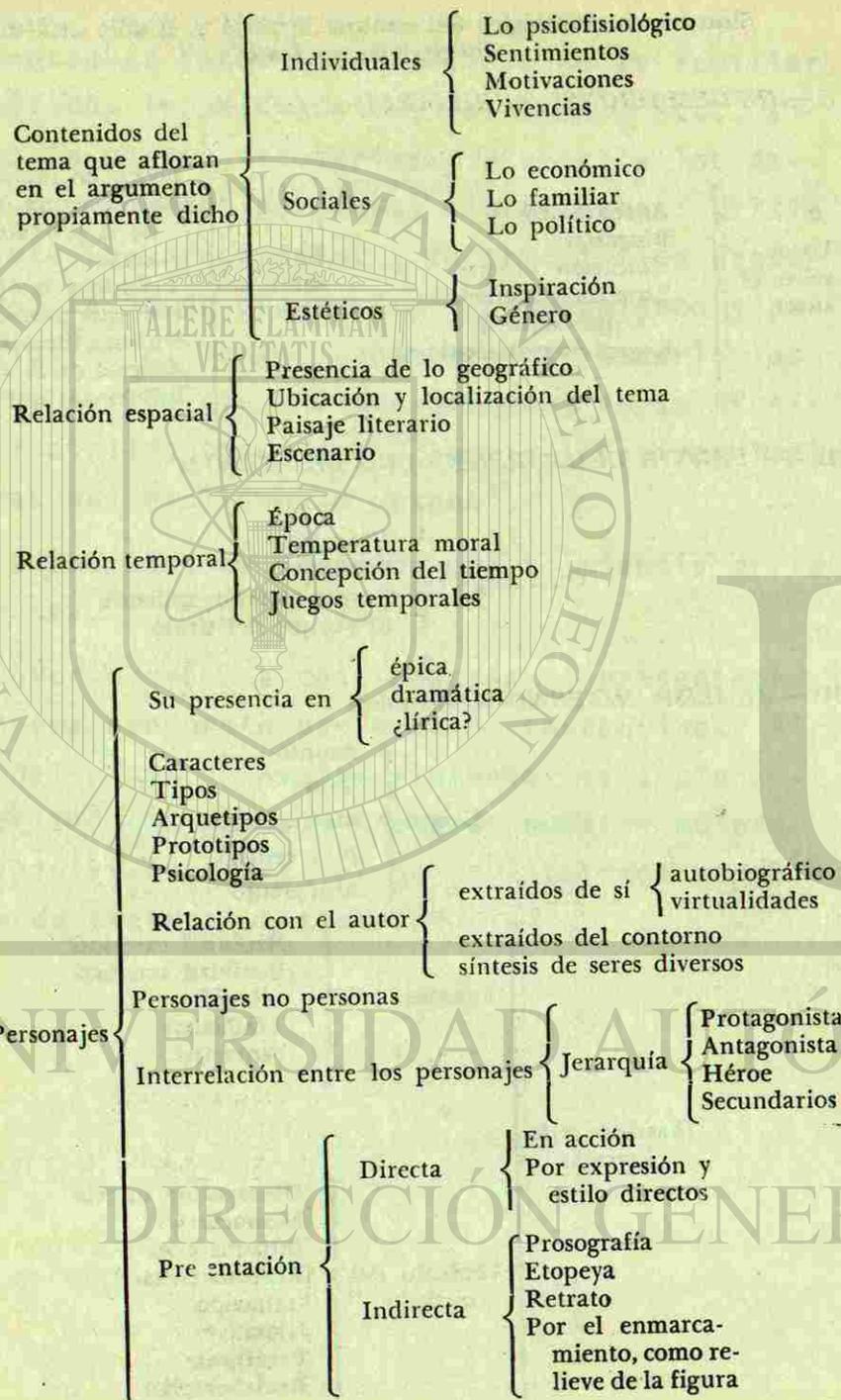


II. — A PARTIR DE LA RELECTURA DEL TEXTO

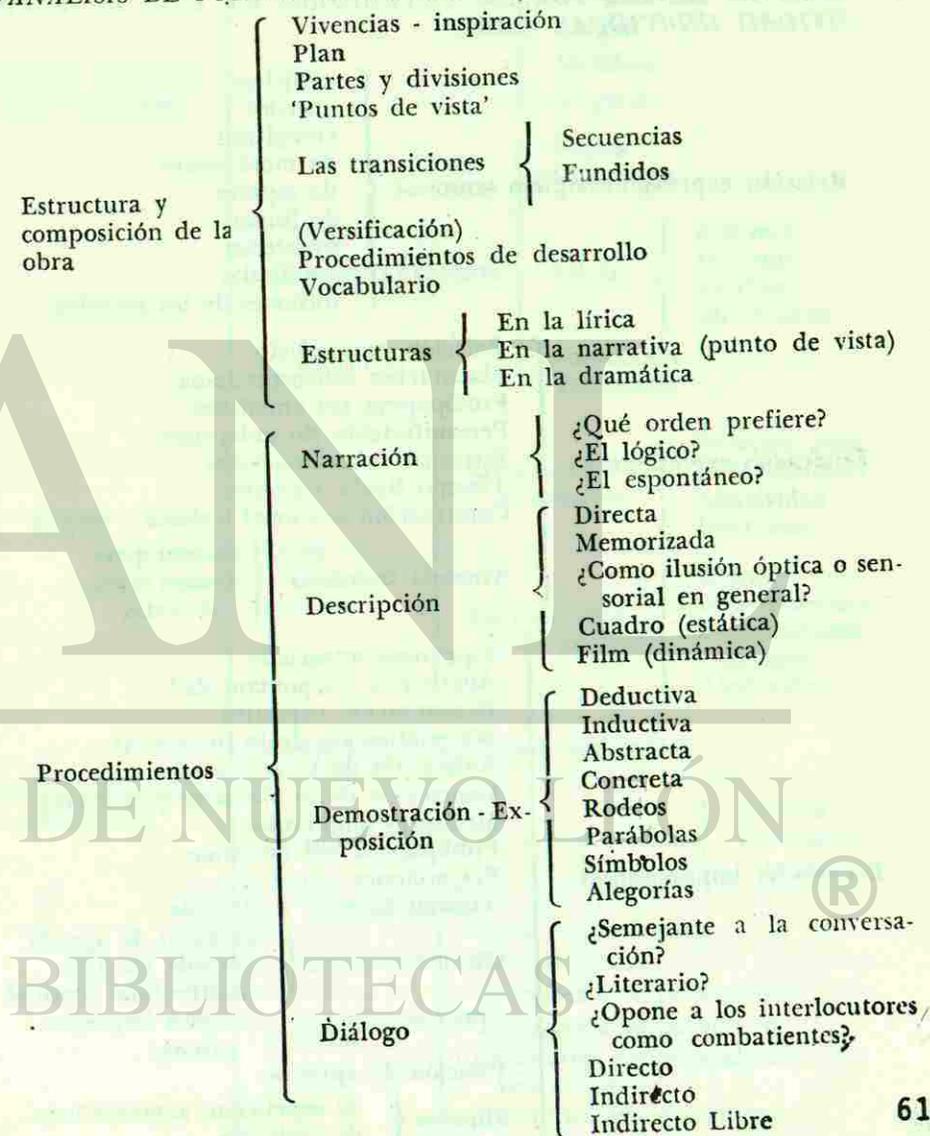


III. — ANALISIS INTERNO (Contenidos)





IV. — ANALISIS DE FORMAS INTERIORES (Estructura y composición)



Vocabulario

- Neologismos
- Arcaísmos
- Cultismos
- Tecnicismos
- Indigenismos
- Barbarismos
- Jergas

V. — ANÁLISIS DE LAS FORMAS EXTERIORES EN CUANTO EXPRESIVIDAD INDIVIDUAL (estilo)

Relación expresión-complejo sensorial

- auditivas
- visuales
- cromáticas
- de movimiento
- de espacio
- de forma
- sinestesias
- cenestesias
- ilusiones de los sentidos

Tendencias expresionistas

- Relación causa-efecto
- Elaboración intelectualizada
- Prosopopeya sin animismo
- Personificación sin animismo
- Estrechas subordinaciones
- Tiempo fijado y preciso
- Construcción oracional trabada y amplia

Armonía imitativa

- onomatopeya
- sonidos expresionistas

Tendencias impresionistas

- Equívocos sensoriales
- Apariencia y espontaneidad
- Dinamización expresiva
- Materialización de lo inmaterial
- Animación de lo inanimado
- Concreción de lo abstracto y viceversa
- Metáforas animizadas
- Prosopopeya con animismo
- Proyecciones subjetivas
- Tiempo fluyente e infijable
- Oraciones breves { notación de agenda
- { cláusula abanico
- { construcción nominal
- Armonía imitativa (sonidos impresionistas)
- Posición de epítetos
- Plurales { de repetición, aumentativos
- { de variación

Relación expresión-intencionalidad

Intensificación expresiva

- Hipérbole
- Sinonimia
- Repetición
- Perífrasis
- Alusión
- Eufemismo
- Comparación
- Imagen
- Metáfora
- Alegoría

Economía expresiva

- Elipsis
- Sugerencia
- ironía { asteísmo
- { sarcasmo
- { antífrasis
- { carientismo
- Suspensión
- Reticencia

Estilo y tendencia

- Lo abstracto y lo concreto { Relación con: Impresionismo
- { Afectividad
- { Intención
- Lo específico y lo genérico { Relación con: Impresionismo
- { Expresionismo
- { Intención
- { Afectividad

Relación expresión-afectividad

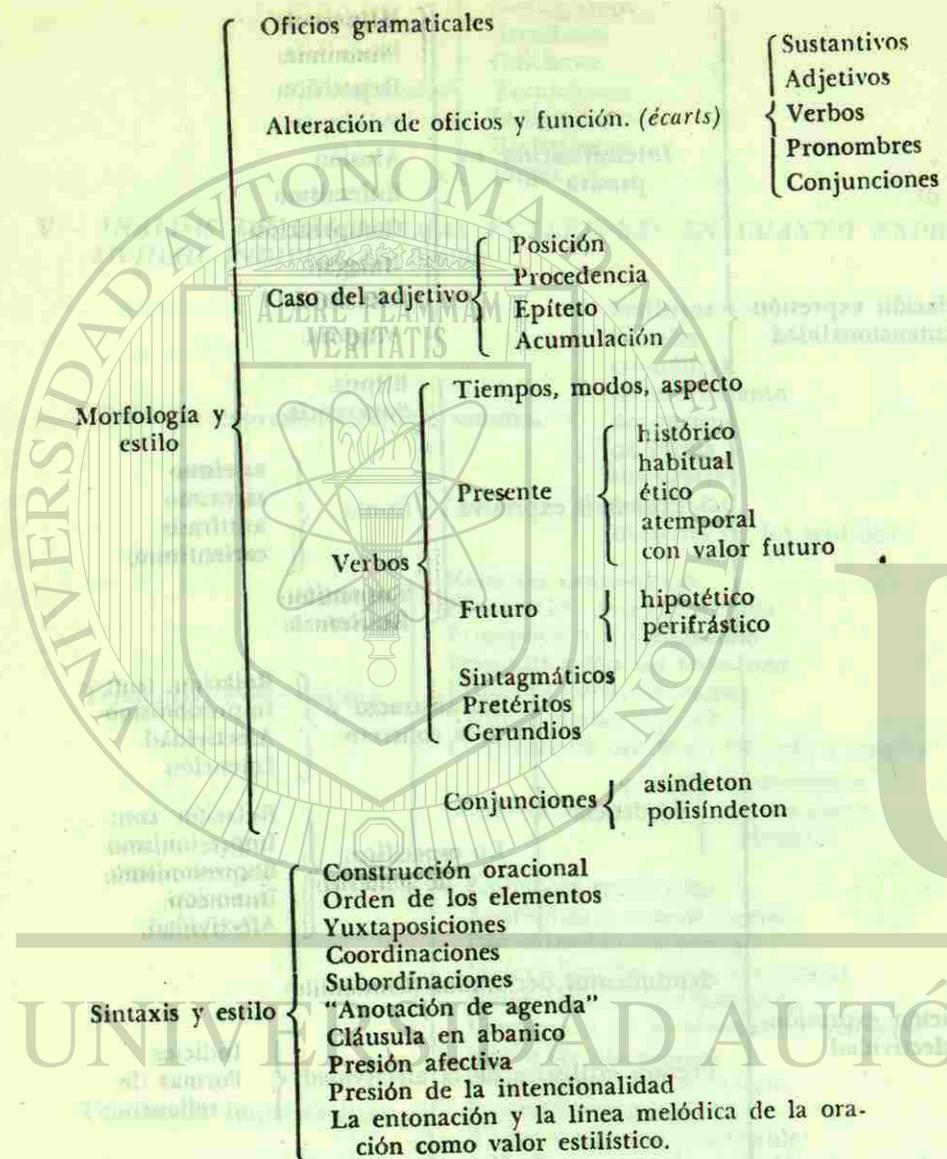
Sentimientos declarados (contenido)

Presión estilística de la afectividad:

- Indicios
- Formas de relieve

Indicios

- Notas impresionistas
- Diminutivos
- Trueques a lo perfectivo
- Trueques a lo peyorativo
- Sinonimias, sobrentendidos
- connotaciones
- Intensificación o economía
- Écart, construcción oracional



VI. - SINTESIS Y CONCLUSIONES DEL ANÁLISIS PARA LA INTERPRETACIÓN Y LA VALORACIÓN DE LA OBRA.

Nuestro esquema es el siguiente:

I.- Informaciones Auxiliares:

1.1. Datos sobre el autor

1.1.1. Biográficos

1.1.2. Bibliográficos

1.1.3. Escuelas y tendencias a que se adhirió.

1.2. Datos sobre la obra

1.2.1. Fecha de composición

1.2.2. Relación con el resto de la producción del autor.

1.2.3. Influencias que ejerció.

II. A) Análisis Interno (fondo o contenido)

1. Tema

2. Argumento

3. Relación espacial

4. Relación temporal

5. Personajes

6. Acción

B) Análisis de formas interiores.

1. Estructura interna

2. Procedimientos

III. Análisis de formas exteriores. (forma)

1. Estructura externa

2. Estilo

Este breve esquema lo aplicaremos en los tex-

tos por analizar en este taller, no es un esquema fijo y cerrado, se harán las modificaciones pertinentes de acuerdo a cada texto analizado recurriendo a nuestro modelo (esquema de Castagnino).

A continuación se explican los elementos seleccionados del análisis interno, es decir de fondo o contenido y del análisis externo o de forma.

Los datos biográficos del autor son informaciones acerca de su vida y la interrelación entre vida y obra. Los datos bibliográficos son referencias a las otras obras que escribió, consiste en mencionar sus títulos, explicar cuál es la más o menos importante y la posible interrelación de las mismas, si la hay, las escuelas y tendencias a las que se adhirió; estriba en dar información si es generador de una tendencia o escuela literaria, si sólo forma parte de ella o es un epígono -últimos representantes- de la misma, explicando en qué consiste dicha tendencia o escuela.

Respecto a los datos sobre la obra se menciona la fecha de composición cuando se sabe con exactitud, para situarla como la primera, última o intermedia, etc.; la relación con el resto de la producción del autor determina si es la más importante y si refleja fielmente su época o contexto histórico. En ocasiones las obras literarias influyen sólo en la literatura; a veces llegan a

influir en la sociedad de su época; este dato también se incluye en el estudio como forma complementaria.

Definiremos de breve manera los elementos del análisis interno.

Tema es la idea central de una obra literaria. Es un concepto abstracto que se concretiza a través de los personajes o el desarrollo de la acción, ejemplo: el amor, la venganza, etc.

Argumento es el resumen de la historia de la obra literaria. Cuenta sólo lo esencial de la misma, dejando fuera lo superfluo o secundario.

La relación espacial es el espacio donde ocurre la historia, o sea el lugar o lugares que ocupan los personajes para desarrollar la acción. Estos espacios pueden ser abiertos o cerrados, por ejemplo: un bosque, una playa, un parque -abiertos- o una sala, un hospital -cerrados-.

La relación temporal será entendida como el tiempo que ocupa la acción para su desenvolvimiento y puede manifestarse de diversas maneras; una de ellas es el tiempo objetivo, o sea el tiempo cronológico que se puede medir en horas, días, años, etc. Por ejemplo el tiempo objetivo en una biografía que se desarrolle linealmente, es decir, de principio a fin y sin interrupciones o retrocesos en el tiempo, suponiendo que la vida del per-

sonaje abarcara ochenta años y la acción lineal de la obra abarcara eso mismo, el tiempo objetivo sería eso precisamente, 80 años. Otra de las formas del tiempo es el llamado subjetivo o psicológico, que se expresa por los retrocesos en el tiempo, -- los avances al futuro o los sueños del personaje -- entre otras manifestaciones--.

Para ejemplificarlo tomemos también una biografía, sólo que en este caso la historia no se nos cuenta desde que nació el personaje, sino que parte del presente; el espacio es un hospital, el personaje es un moribundo al que le quedan doce -- horas de vida -- el número es al azar -- y el autor -- nos va a contar a través de recuerdos, sueños o ensoñaciones, los momentos más importantes de la vida del personaje y momentos que abarcan un lapso de cuarenta años. ¿Cuál es el tiempo subjetivo? Cuarenta años. ¿Y el objetivo? Doce horas. Existen obras donde se manifiesta únicamente el tiempo objetivo.

Por otra parte, hay obras donde se da la atemporalidad, esto significa que no hay datos que permitan situar los acontecimientos. También existe un tiempo circular y esto ocurre cuando en la obra se concluye de la misma manera en que se inició, -- presuponiendo que la problemática de la obra va a repetirse.

Otro elemento del análisis interno lo constituyen los personajes, hay diversas maneras de clasificarlos, aunque en nuestros estudios utilizaremos la siguiente:

Personaje: Cada uno de los seres humanos, sobrenaturales o simbólicos, ideados por el escritor y que, como dotados de vida propia, toman parte en la acción de una obra literaria.

Personaje principal: Es el que realiza las acciones importantes; enfrenta los problemas y trata de resolverlos; aparece en toda la obra, bien actuando, o bien en la mente de los otros personajes.

Personaje secundario: Sirve para caracterizar mejor al principal y con sus acciones ayuda a la realización de la obra; su actuación no destaca como personalidad independiente.

Personaje ambiental: Ayuda a caracterizar el medio o el ambiente en que

actúan los otros; no participa prácticamente en la acción; pertenece más bien al fondo.

Personaje tipo: No necesita ser descrito ni caracterizado, lo conocemos porque siempre actúa igual, casi mecánicamente; se caracteriza por un único rasgo, por ejemplo: un avaro es un personaje lineal porque destaca sólo su avaricia.

Personaje carácter: Personaje con cualidades y defectos muy claros, pero que se siente vivo por su actuación condicionada por cualidades psíquicas y afectivas peculiares; es lo contrario del personaje tipo.

Otro de los elementos del análisis interno es la acción que desde el tiempo de Aristóteles se divide en tres partes: exposición, donde se efectúa el planteamiento de la cuestión; nudo, fase donde se complica la esencia dinámica; clímax gra

do culminante del problema o situación; y desenlace, que es la solución, buena o mala, triste o alegre, del conflicto.

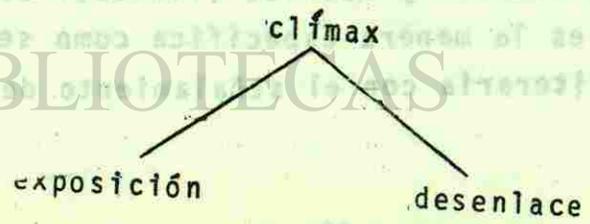
En otras palabras, sería: inicio (exposición) de la obra, donde generalmente se informa quiénes son los personajes, el espacio, y cuál es el problema; el desarrollo es el avance de la acción --- (nudo) hacia un grado más alto de tensión (clímax), momento que se da generalmente antes del final --- (desenlace). Los encargados de desarrollar la acción son los personajes. En la segunda parte del análisis interno, el primer aspecto a estudiar es la estructura interna determinada por la interrelación de la acción, el tiempo y el espacio de la obra.

La estructura interna se refiere al contenido de la obra y es determinante de la estructura externa. La estructura interna puede ser estudiada conforme al tiempo y al espacio.

Algunas estructuras muy comunes son la lineal, la circular y la de paralelos:

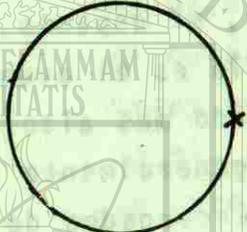
Ejemplos Gráficos

1) LINEAL:



Parte de un tiempo y espacio objetivos conocidos como inicio o exposición de la obra hacia el desarrollo de ésta, que en un momento dado llega a un clímax, para terminar con el desenlace.

2) CIRCULAR:



La cruz representa el espacio y tiempo objetivo, -el presente-; el círculo simboliza el espacio y tiempo subjetivos, -el pasado-.

3) PARALELOS: A A C C
B B B

Los procedimientos se refieren a si el autor utiliza la narración, la descripción o el diálogo.

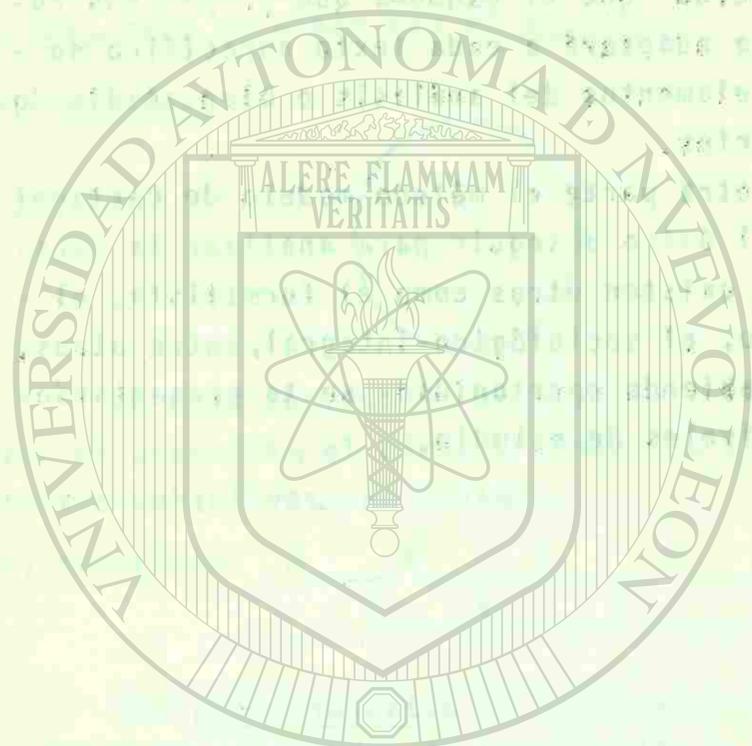
En la tercer fase del análisis se menciona la estructura externa de acuerdo al género correspondiente:

Actos y escenas (dramático), capítulos o cantos (épico), estrofa y métrica (lírica). La estructura formal es la manera específica como se presenta la obra literaria con el señalamiento de sus divisiones.

El estilo es la forma particular en que el escritor utiliza el lenguaje.

Recuerda que el esquema que proponemos no es fijo, se adaptará a cada texto específico suprimiendo elementos del análisis o bien añadiendo los necesarios.

Por otra parte el método modelo de Castagnino no es el único a seguir para analizar la obra literaria, existen otros como el formalista, el semiológico, el sociológico-integral, entre otros, los que -habiendo oportunidad- se te presentarán en otros niveles de estudio.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no

ACTIVIDADES

I.- CONTESTA LAS SIGUIENTES PREGUNTAS:

1) ¿Cómo se define el método?

2) ¿Qué propone Raúl H. Castagnino en su obra "El análisis literario"?

3) ¿Cuándo se procede al análisis de un texto?

4) ¿Qué significa la palabra análisis?

5) ¿Cómo se analiza una obra literaria?

6) ¿Para qué sirve el análisis de la obra?

7) ¿De cuál método de análisis procede la síntesis metodológica que usaremos en el Taller de Lecturas Literarias?

8) Enumera cuáles son los aspectos que intervienen en el análisis de la obra literaria.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

9) ¿Qué informaciones darás en los datos biográficos y bibliográficos?

10. a) Explica qué se entiende por tema .

b) ¿Qué es el argumento?

11.- Expresa qué significa "espacio" en el análisis literario.

12.a) Explica oralmente la diferencia entre tiempo objetivo y tiempo subjetivo; menciona por escrito por lo menos tres ejemplos.

b) ¿En qué consiste la atemporalidad?

c) ¿Cuándo ocurre en una obra el tiempo circular?

no
d) ¿Podrías ejemplificar cuándo se da el tiempo circular en algunas manifestaciones artísticas, tales como una película o un programa de TV? Si tu respuesta es Sí, Exprésalo en forma oral.

II.- COMPLETA LO SIGUIENTE:

1) El personaje que ayuda a caracterizar el medio en el que actúan los otros se llama _____

2) Es un personaje lineal, porque de él sólo se destaca un rasgo: _____

3) Personaje que apoya la acción y ayuda al principal: _____

4) Es el personaje que realiza todas las acciones importantes: _____

5) Grado culminante de la acción: _____

6) Manera como termina la obra: _____

7) Es el inicio de la acción: _____

8) Son los encargados de desarrollar la acción: _____

9) Estructura interna que cuenta los sucesos siguiendo un orden cronológico: _____

no
10) La estructura que señala divisiones en las obras literarias, por ejemplo, actos, capítulos, estrofas, se llama: _____

11) Es el resultado de la forma en que el escritor utiliza el lenguaje: _____

III. 1) Elige un cuento y aplica el esquema metodológico para analizar una obra literaria.

2) Presenta tu estudio por escrito.

IV.- Relaciona lo aprendido en la unidad aplicando los conceptos de tema, argumento, personajes, acción y estructura a obras que no sean literarias, por ejemplo las películas o programas de televisión.

AUTOEVALUACION

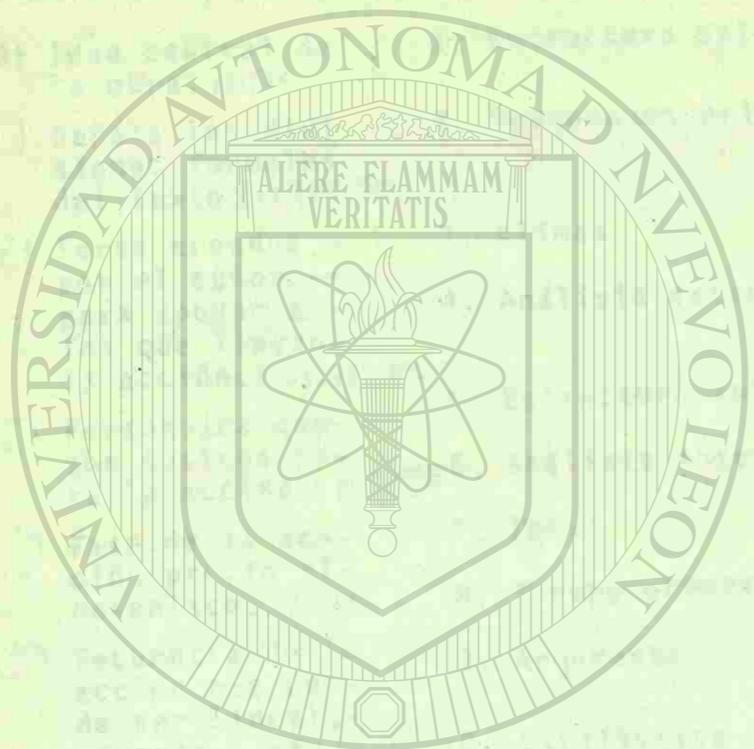
Relaciona las columnas colocando el número -- correcto en el paréntesis.

- | | |
|--|----------------------------|
| (7) Idea central de la obra. <i>Tema</i> | 1. Estructura externa. |
| (1) Señala las divisiones formales del texto. <i>ext. externa</i> | 2. Personajes principales |
| (12) Seres creados por el autor -- para apoyar a los que llevan la acción. <i>p. secundarios</i> | 3. Clímax |
| (2) Personajes que son básicos para la acción. <i>p. principales</i> | 4. Análisis externo |
| (3) Fase de la acción previa al desenlace. <i>clímax</i> | 5. Estructura interna |
| (5) Secuencia de la acción que puede ser lineal, circular, etc. <i>ext. externa</i> | 6. Análisis interno |
| (6) Aspecto del análisis que estudia el contenido. <i>Análisis interno</i> | 7. Tema |
| (4) Análisis que estudia la forma y el estilo. <i>A. externo</i> | 8. Tiempo objetivo |
| (11) Tiempo psicológico que se da en sueños o recuerdos. <i>Tiempo subjetivo</i> | 9. Argumento |
| (9) Resumen de la obra. <i>Argumento</i> | 10. Estilística |
| | 11. Tiempo subjetivo |
| | 12. Personajes secundarios |

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

RECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIDAD IV

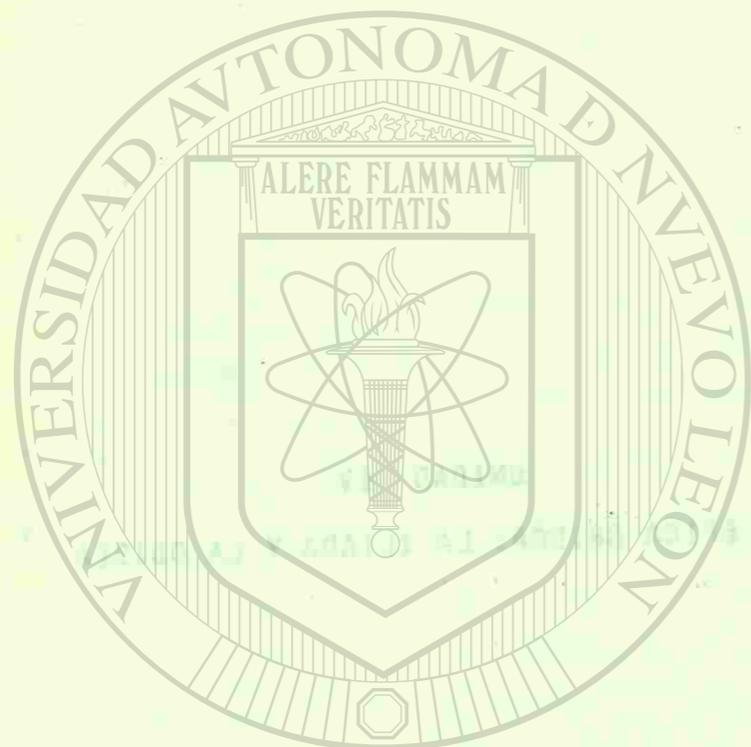
LA EPICA GRIEGA: LA ILIADA Y LA ODISEA

UANE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIDAD IV

LA EPICA GRIEGA: LA ILIADA Y LA ODISEA

Objetivo

Objetivos

Particular:

Específicos:

El alumno:

1. Analizará fragmentos de la épica griega en La Ilíada y La Odisea, de Homero.
 - 1.1. Enumerará las características del género épico.
 - 1.2. Determinará la importancia de las obras de Homero en la épica griega.
 - 1.3. Describirá los antecedentes históricos y legendarios de La Ilíada.
 - 1.4. Examinará el contenido de La Ilíada y La Odisea, según especificaciones.

UNIDAD IV LA LITERATURA GRIEGA

La raza griega - como dice Raúl Vèze- se constituyó por una serie de pueblos emigrados desde -- las altas mesetas del Asia - razas pre-helénicas -- que trajeron consigo antiguas tradiciones religiosas y hábitos dinámicos, aunados a una inteligencia despierta y a una viva imaginación. Se establecieron en la península más oriental de Europa y, en el proceso de adaptación, desarrollaron su cultura, que es el inicio de la cultura occidental.

Su literatura es la más antigua de las europeas y la que mayor influencia ejerció en la posteridad; primero influyeron a Roma y a través de -- ella al mundo moderno.

Ahora sólo disponemos de los restos de un -- mundo que desapareció.

Sus obras suelen considerarse como clásicas, -- no por haber inventado los géneros, sino tan sólo -- por haberlos perfeccionado. Según Bowra, el vigor de la literatura griega depende mucho de su realismo, término entendido como la creación de "objetos de arte reconocibles y enraizados en la vida". -- Tanto la prosa como la poesía tienen un auténtico conocimiento de los elementos permanentes de la naturaleza humana: A los griegos les interesaban, sobre todo,

los elementos permanentes del hombre.

Así como el hombre es el punto de partida para todas las formas de la literatura griega, en la escultura el asunto principal es el cuerpo humano. Los griegos son los fundadores del humanismo por haber sido el hombre su principal interés.

A la naturaleza humana la relacionaron con lo divino; cuando intentaron definir la esencia de -- esos oscuros poderes, concluyeron que los dioses -- eran semejantes a los hombres, sólo que "inmortales e irresponsables". Fueron politeístas.

De acuerdo a Bowra, la literatura griega se -- produjo en una sociedad homogénea que da por conocido todo un sistema de valores; sus formas de expresión fueron la historia, la oratoria, la filosofía, la didáctica, la épica, la lírica y la dramática; aunque son estrictamente literarias sólo -- las tres últimas, todas son manifestaciones importantes tanto desde el punto de vista histórico como del estético.

Estas formas utilizaron diversos dialectos de la lengua griega. Para que los conozcas ordenadamente, observa el siguiente cuadro sinóptico:

lengua griega

- jónico antiguo. Representantes: Homero y Hesíodo.
- jónico moderno. Representante: Herodoto.
- dialecto jónico. Representantes: - Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Platón y Demóstenes.
- dialecto eólico. Representantes: Alceo y Safo.
- dialecto dórico. Representante: Teócrito.
- Koiné: es la simplificación del ático y mediante el cual se transmitió la cultura griega.

Estos son los dialectos utilizados en las diversas regiones de Grecia, por diversos autores. Se ha citado sólo a los representantes.

Según Raúl Vèze, la historia de la literatura griega se divide en cinco grandes períodos:

- 1o. Homérico: del siglo X al VI AC
- 2o. ático: del V al III AC

3o. alejandrino: III AC al I DC

4o. greco-romano: I al V DC

5o. bizantino: V al XV DC

El primero es el del inicio de la literatura; durante el segundo se sitúa al siglo de Pericles -V- IV AC- que es el punto culminante de la literatura griega; en el tercero ya se utiliza el "Koiné" para transmitir la cultura helénica; en el cuarto ocurre la fusión de lo griego con lo romano; y en el quinto, ya caído el Imperio Romano, la tradición helénica se conserva en Bizancio.

¿Cuál de los géneros literarios apareció primero? Aunque ambos se manifestaron en el primer período, surgió primero el género épico, y poco después apareció el lírico; en el segundo período surgieron el género dramático -tragedia y comedia- y la prosa -filosofía, historia y oratoria-.

LA EPICA GRIEGA

Alumno preparatoriano, estudiarás ahora la épica griega en fragmentos de La Ilíada y La Odisea, de Homero.

La épica es una poesía donde lo narrativo toma un lugar especial; el nombre deriva de "epos", -cuyos significados son narración, relato o cuento,-

entre otros. En la épica griega se encuentran dos manifestaciones: la epopeya heroica -Iliada y Odissea- y la epopeya didáctica -poemas de Hesíodo-

Las características de la epopeya heroica-que es el objeto de nuestro estudio- son:

versificada -escrita en verso-
narrativa -cuenta sucesos-
objetiva -sucesos reales; no abstracciones subjetivas-
impersonal -el poeta no expresa su yo-
acción gran-
diosa o ex-
traordinaria-generalmente las luchas de-
un pueblo donde destaca un-
héroe-
inclusión de
elementos ma-
ravillosos -sus antecedentes vienen de
leyendas mitológicas.

Aunque los orígenes de la literatura griega se han perdido, para el mundo moderno empiezan con las epopeyas heroicas de Homero: La Iliada y La Odissea; epopeyas que han suscitado controversias entre los especialistas, al poner en duda a Homero como autor, ya que éste no sacó de la nada sus epopeyas,

sino que utilizó la tradición de los que le antecedieron -escuela de poetas-; de ellos utiliza su métrica, su lengua, sus temas; pero el estilo y la construcción de los poemas determinan que fueron hechos por un solo escritor: Homero.

Los temas desarrollados en ellas son tomados de generaciones pasadas; fueron escritas después de la guerra y la conquista. Homero está alejado del tiempo que canta -Edad Heroica- y los valores que se manejan en las epopeyas están interrelacionados de acuerdo al heroísmo.

La Edad Heroica de Grecia se da en los siglos XIII y XII AC. La Iliada y La Odisea aparecen --- aproximadamente en el siglo IX o el VIII AC. La Iliada conserva el reflejo de esta época que la --- motiva -acción grandiosa- a través de las luchas --- guerreras, ya que nos cuenta lo sucedido en 51 --- días del último año de los diez que duró la guerra de Troya; es impersonal y objetiva, ya que Homero se sitúa fuera de los acontecimientos; sigue una --- forma versificada que narra el desarrollo de la ac- --- ción, motivada por la cólera de Aquiles, que es su tema, además de incluir elementos maravillosos, --- como el hecho de que todos los dioses intervienen --- instigando o protegiendo a los personajes mortales. Esto último supone un antecedente mitológico: la --- manzana de la discordia. Dicha manzana fue forja-

da por Eris, la diosa de la discordia, con una frase que decía: "Para la más hermosa de las diosas"; acto seguido sería disputada por tres diosas: Hera, Minerva y Afrodita, las cuales ofrecen a Paris- que era el encargado de la elección- diferentes regalos: victorias en la guerra y poder. Gana la manzana Afrodita, al ofrecerle a Paris la mujer más hermosa del mundo - Helena-; esto ocasionaría problemas, ya que Helena era esposa de Menelao, -- rey de Esparta. Paris rapta a Helena, violando -- las leyes de la hospitalidad de Menelao y, al llevarla a Troya, ocasiona la guerra que reúne a príncipes que ayudan a Menelao en el rescate, en un -- proceso que dura diez años. Este antecedente mitológico explica la incursión de los dioses en el argumento de la epopeya: Tetis protege a Aquiles; -- otros castigan a los aqueos; Afrodita protege a -- Paris; Hera lo ataca; Zeus trata de ser imparcial; etc.

El argumento se reduce a lo siguiente:

Aquiles se disgusta con Agamenón porque lo -- despojó de Briseida, esclava del héroe, obtenida -- como trofeo de guerra. Manifiesta su enojo dejando de asistir a la lucha; esta decisión pone en -- desventaja a los aqueos, ya que los troyanos, al -- no ver al héroe casi invulnerable - sólo su talón -- lo era- pelean sin miedo y con más ardor, aniqui-

lando a gran número de aqueos. Patroclo, amigo -- de Aquiles, trata en vano de conyencer al héroe -- para que regrese al combate; como éste no accede, le pide prestadas sus prodigiosas armas para que, al usarlas, los troyanos lo confundan con Aquiles. La lucha continúa y Patroclo es muerto en -- combate por Héctor - príncipe troyano hermano de -- Paris-. De esta manera Aquiles es despojado dolorosamente de su gran amigo y de sus armas; aquí -- demuestra su furia, motivada por asuntos más trascendentes. Regresa a la lucha con nuevas armas y se enfrenta a Héctor, el príncipe troyano, que -- sale valiente y decidido a enfrentar su muerte ya anunciada, sin importar las súplicas de los suyos. Aquiles mata a Héctor y arrastra su cadáver a manera de cobrar venganza en nombre de Patroclo. -- Príamo - rey de troya- y sus súbditos, lloran acongojados la muerte de su príncipe. El rey de Ilión-Troya, acongojado, lleva a Aquiles regalos y le -- solicita humildemente el cadáver de su hijo Héctor. Aquiles otorga el cadáver y la epopeya termina con los funerales de Héctor.

En el argumento se ha tratado de mostrar la evolución de las acciones esenciales desarrolladas por el protagonista Aquiles, y los personajes principales y secundarios. De la misma manera se ha esbozado el elemento mitológico, que es impor-

da por Eris, la diosa de la discordia, con una frase que decía: "Para la más hermosa de las diosas"; acto seguido sería disputada por tres diosas: Hera, Minerva y Afrodita, las cuales ofrecen a Paris - que era el encargado de la elección - diferentes regalos: victorias en la guerra y poder. Gana la manzana Afrodita, al ofrecerle a Paris la mujer más hermosa del mundo - Helena -; esto ocasionaría problemas, ya que Helena era esposa de Menelao, rey de Esparta. Paris raptó a Helena, violando las leyes de la hospitalidad de Menelao y, al llevarla a Troya, ocasiona la guerra que reúne a príncipes que ayudan a Menelao en el rescate, en un proceso que dura diez años. Este antecedente mitológico explica la incursión de los dioses en el argumento de la epopeya: Tetis protege a Aquiles; otros castigan a los aqueos; Afrodita protege a Paris; Hera lo ataca; Zeus trata de ser imparcial; etc.

El argumento se reduce a lo siguiente:

Aquiles se disgusta con Agamenón porque lo despojó de Briseida, esclava del héroe, obtenida como trofeo de guerra. Manifiesta su enojo dejando de asistir a la lucha; esta decisión pone en desventaja a los aqueos, ya que los troyanos, al no ver al héroe casi invulnerable - sólo su talón - lo era - pelean sin miedo y con más ardor, aniqui-

lando a gran número de aqueos. Patroclo, amigo de Aquiles, trata en vano de convencer al héroe para que regrese al combate; como éste no accede, le pide prestadas sus prodigiosas armas para que, al usarlas, los troyanos lo confundan con Aquiles. La lucha continúa y Patroclo es muerto en combate por Héctor - príncipe troyano hermano de Paris -. De esta manera Aquiles es despojado dolorosamente de su gran amigo y de sus armas; aquí demuestra su furia, motivada por asuntos más trascendentes. Regresa a la lucha con nuevas armas y se enfrenta a Héctor, el príncipe troyano, que sale valiente y decidido a enfrentar su muerte ya anunciada, sin importar las súplicas de los suyos. Aquiles mata a Héctor y arrastra su cadáver a manera de cobrar venganza en nombre de Patroclo. Príamo - rey de Troya - y sus súbditos, lloran acongojados la muerte de su príncipe. El rey de Ilión - Troya, acongojado, lleva a Aquiles regalos y le solicita humildemente el cadáver de su hijo Héctor. Aquiles otorga el cadáver y la epopeya termina con los funerales de Héctor.

En el argumento se ha tratado de mostrar la evolución de las acciones esenciales desarrolladas por el protagonista Aquiles, y los personajes principales y secundarios. De la misma manera se ha esbozado el elemento mitológico, que es impor-

tante para la cabal comprensión del poema.

Lo importante en La Ilíada es la lucha, la actitud ante el combate, el heroísmo reflejado no sólo en los personajes principales: Aquiles y Héctor, sino también en los secundarios: Patroclo, Crises, Paris, Eneas, Ajax, Néstor, etc.

En La Odisea, la epopeya heroica adquiere una variante, sigue el personaje-héroe, Ulises, rey de Ítaca que, habiendo terminado la guerra de Troya, trata de volver a su tierra; sólo que en este poema las luchas toman un sesgo diferente y, a través de los episodios, se advierte en el heroísmo de Ulises y Odiseo, el rasgo característico de su personalidad: la astucia. El argumento de la epopeya es el siguiente:

Los sufrimientos y vicisitudes que Ulises tiene para regresar a Ítaca, conforman la odisea. Los dioses entorpecieron su regreso, efectuado al terminar la Guerra de Troya, que duró diez años; otros tantos rondará Ulises por las islas griegas aledañas, en donde se suscitarán encuentros, a veces tranquilos, otros violentos o ingeniosos, con los siguientes personajes - que son secundarios en el plano global de la obra, pero principales en el respectivo episodio que estelanzan: los feacios y el rey Alcino - donde Ulises cuenta sus vicisitudes-, los lotófagos - come-

dores de frutos dulces-, los ciclopes - gigantes con un solo ojo en la frente-, Eolo - el árbitro de los vientos-, Circe - convertidora de hombres en puercos-, Escila y Caribdis - monstruos marinos capaces de tragar naves enteras-, las vacas del sol - animales sagrados-, las sirenas - que encantaban con sus cantos- y Calipso - ninfa-.

Más de diecisiete años implica el tiempo cronológico de estos episodios, aunados a la Guerra de Troya. Ulises había dejado Telémaco - su hijo recién nacido cuando partió para Troya. Al principio de la Odisea, Telémaco es ya un joven preocupado por su padre y por su madre Penélope, que era asediada por los pretendientes de ella y del trono; éstos habían estado dilapidando la fortuna del reino en banquetes y fiestas durante mucho tiempo. Debido a esto Telémaco sale a escondidas para averiguar el paradero de su padre. En una segunda parte interna se narra lo acaecido a Ulises desde la caída de Troya hasta su regreso a Ítaca - episodios enumerados antes, feacios, etc.-. La tercera parte interna narra el encuentro Ulises - Telémaco y la venganza del héroe que consiste en matar con su diestro arco a los pretendientes que han gastado su fortuna, y finalmente en el reconocimiento de su fiel esposa Penélope.

Como se habrá advertido ya, la estructura in-

terna de La Ilíada es lineal, con retrocesos.

La gran diferencia entre ambas epopeyas reside en el tratamiento de lo heroico; en La Ilíada se celebra la fuerza y el valor, en La Odisea la astucia y el ingenio, manifestando todo esto mediante los personajes. En ambas se incluye lo mitológico y sus funestas consecuencias: la voluntad de los dioses que causan vicisitudes a los hombres.

La Ilíada y La Odisea reúnen las características de las epopeyas heroicas, y señalan el inicio de la literatura griega.

A continuación te presentamos, joven alumno, los cantos XVI, XXII y XXIV de La Ilíada, y La Rapsodia IX de La Odisea.

CANTO XVI

PATROCLEA

Así peleaban por la nave de muchos bancos. Patroclo se presentó a Aquiles, pastor de hombres, derramando ardientes lágrimas como fuente profunda que vierte sus aguas sombrías por escarpada roca. Tan pronto como le vio el divino Aquiles, el de los pies ligeros, compadecióse de él y le dijo estas aladas palabras:

"¿Por qué lloras, Patroclo, como una niña que va con su madre y deseando que la tome en brazos, le tira del vestido, la detiene a pesar de que está de prisa y la mira con ojos llorosos para que la levante del suelo? Como ella, oh Patroclo, derramas tiernas lágrimas ¿vienes a participarnos algo a los mirmidones o a mí mismo? ¿Supiste tú solo alguna noticia de Ptía? Dicen que Menetio, hijo de Actor, existe aún; vive también Peleo entre los mirmidones; y es la muerte de aquél o de éste lo que más nos podría afligir. ¿O lloras quizás porque los argivos parecen, cerca de las cóncavas naves, por la injusticia que cometieron? Habla, no me ocultes lo que piensas para que ambos lo sepamos."

Dando profundos suspiros, respondiste así, caballero Patroclo: "¡Oh Aquiles, hijo de Peleo, el más valiente de los aquivos! No te enfades, porque

terna de La Ilíada es lineal, con retrocesos.

La gran diferencia entre ambas epopeyas reside en el tratamiento de lo heroico; en La Ilíada se celebra la fuerza y el valor, en La Odisea la astucia y el ingenio, manifestando todo esto mediante los personajes. En ambas se incluye lo mitológico y sus funestas consecuencias: la voluntad de los dioses que causan vicisitudes a los hombres.

La Ilíada y La Odisea reúnen las características de las epopeyas heroicas, y señalan el inicio de la literatura griega.

A continuación te presentamos, joven alumno, los cantos XVI, XXII y XXIV de La Ilíada, y La Rapsodia IX de La Odisea.

CANTO XVI

PATROCLEA

Así peleaban por la nave de muchos bancos. Patroclo se presentó a Aquiles, pastor de hombres, derramando ardientes lágrimas como fuente profunda que vierte sus aguas sombrías por escarpada roca. Tan pronto como le vio el divino Aquiles, el de los pies ligeros, compadecióse de él y le dijo estas aladas palabras:

"¿Por qué lloras, Patroclo, como una niña que va con su madre y deseando que la tome en brazos, le tira del vestido, la detiene a pesar de que está de prisa y la mira con ojos llorosos para que la levante del suelo? Como ella, oh Patroclo, derramas tiernas lágrimas ¿vienes a participarnos algo a los mirmidones o a mí mismo? ¿Supiste tú solo alguna noticia de Ptía? Dicen que Menetio, hijo de Actor, existe aún; vive también Peleo entre los mirmidones; y es la muerte de aquél o de éste lo que más nos podría afligir. ¿O lloras quizás porque los argivos parecen, cerca de las cóncavas naves, por la injusticia que cometieron? Habla, no me ocultes lo que piensas para que ambos lo sepamos."

Dando profundos suspiros, respondiste así, caballero Patroclo: "¡Oh Aquiles, hijo de Peleo, el más valiente de los argivos! No te enfades, porque

es muy grande el pesar que los abrumba. Los más - - fuertes, heridos unos de cerca y otros de lejos, - yacen en los bajeles -con arma arrojadiza fue herido el poderoso Diomedes Tidida; con la pica, Ulises, famoso por su lanza, y Agamenón; a Eurípilo flecháronle en el muslo-, y los médicos, que conocen - muchas drogas, ocúpanse en curarles las lesiones. - Tú, Aquiles, eres implacable. ¡Jamás se apodere de mí un rencor como el que guardas! ¡Oh tú, que tan mal empleas el valor! ¿A quién podrás ser útil más tarde, si ahora no salvas a los argivos de una -- muerte indigna? ¡Despiadado!, no fue tu padre el jinete Peleo, ni Tetis tu madre; el glauco mar o las escarpadas rocas debieron de engendrarte, porque tu espíritu es cruel. Si te abstienes de combatir por algún vaticinio que tu madre, enterada por Jove, - te haya revelado, envíame a mí con los demás mirmidones, por si llego a ser la aurora de la salvación de los dánaos; y permite que cubra mis hombros con tu armadura para que los teucros me confundan contigo y cesen de pelear, los belicosos -- dánaos, que tan abatidos están, se reanimen y la batalla tenga su tregua, aunque sea por breve tiempo. Nosotros, que no nos hallamos extenuados de fatiga, rechazaríamos fácilmente de las naves y de las tiendas hacia la ciudad a esos hombres que de pelear están cansados."

Así le suplicó el gran insensato; y con ello-

llamaba a la Parca y a la terrible muerte. Aquiles, el de los pies ligeros, le contestó muy indignado:

"¡Ay de mí, Patroclo, de jovial linaje, qué dijiste! No me abstengo por ningún vaticinio que sepa y tampoco la venerada madre me dijo nada de parte de Júpiter; sino que se me oprime el corazón y el alma cuando un hombre, porque tiene más poder, quiere privar a su igual de lo que le corresponde y le quita la recompensa. Tal es el gran pesar que tengo, a causa de las contrariedades que mi ánimo ha sufrido. La moza que los aqueos me adjudicaron como recompensa y que había conquistado con mi lanza, al tomar una bien murada ciudad, el rey Agamenón me la quitó como si yo fuera un miserable advenedizo. Mas dejemos lo pasado; no es posible guardar siempre la ira en el corazón, aunque me había propuesto no deponer la cólera hasta que la gritería y el combate llegaran a mis bajeles. - Cubre tus hombros con mi magnífica armadura, ponte al frente de los mirmidones, y llévalos a la pelea; pues negra nube de teucros cerca ya las naves con gran ímpetu, y los argivos, acorralados en la orilla del mar, sólo disponen de un corto espacio. Sobre ellos cargan confiadamente todos los de Troya, porque no ven mi reluciente casco. Pronto huirían llenando de muertos los fosos, si el rey Agamenón fuera justo conmigo; mientras que ahora combaten - alrededor de nuestro ejército. Ya la mano de Diomedes Tidida no blande furiosamente la lanza para librar a los dánaos de la muerte, ni he oído un solo

grito que viniera de la odiosa cabeza del Atrida; sólo resuena la voz de Héctor, matador de hombres, animando a los teucros, que con vocerío ocupan toda la llanura y vencen en la batalla a los aqueos. Pero tú, Patroclo, échate impetuosamente sobre ellos y aparta de las naves esa peste; no sea que, pegando ardiente fuego a los bajeles, nos priven de la deseada vuelta. Haz cuanto te voy a decir, para que me proporciones mucha honra y gloria ante todos los dánaos, y éstos me devuelvan la hermosa joven y me hagan además espléndidos regalos. Tan luego como los alejes de los barcos, vuelve atrás; y aunque el tonante esposo de Juno te dé gloria, no quieras lidiar sin mí contra los belicosos teucros, pues contribuirías a mi deshonra. Y tampoco, estimulado por el combate y la pelea, te encamines, matando enemigos, a Ilión; no sea que alguno de los sempiternos dioses baje del Olimpo, pues a los troyanos les protege mucho el flechador Apolo. Retrocede tan pronto como hayas librado del peligro a los barcos, y deja que peleen en la llanura. Ojalá, ¡padre Júpiter, Minerva, Apolo!, ninguno de los teucros ni de los argivos escape de la muerte, y librándonos de ella nosotros dos, derribemos las sacras almenas de Troya."

Así éstos hablabán, Ajax ya no resistía: veníanle el poder de Júpiter y los animosos teucros que le arrojaban dardos; su refulgente casco resonaba de un modo horrible en torno de las sienas, -

golpeado continuamente en las hermosas abolladuras; y el héroe tenía cansado el hombro derecho de sostener con firmeza el versátil escudo; pero no lograba hacerle mover de su sitio por más tiros -- que le enderezaban. Ajax estaba anhelante, copioso sudor corría de todos sus miembros y apenas podía respirar: por todas partes a una desgracia sucedía otra.

Decidme, Musas que poseéis olímpicos palacios, cómo por vez primera cayó el fuego en las naves -- aqueas.

Héctor, que se hallaba cerca de Ajax, le dio con la gran espada un golpe en la pica de fresno y se la quebró por la juntura del asta con el hierro. Quiso Ajax blandir la truncada pica, y la broncínea punta cayó a lo lejos con gran ruido. Entonces reconoció el eximio Ajax la intervención de los dioses, estremeciéndose porque Júpiter altitonante les frustraba todos los medios de combate y quería dar la victoria a los teucros, y se puso fuera del alcance de los tiros. Los teucros arrojaron voraz fuego a la velera nave, y pronto se extendió por la misma una llama inextinguible. Así que el fuego rodeó la popa, Aquiles, golpeándose el muslo, dijo a Patroclo:

"¡Sus, Patroclo, de jovial linaje, hábil jinete! Ya veo en las naves la impetuosa llama del fue-

go destructor: no sea que se apoderen de ellas y ni medios para huir tengamos. Apresúrate a vestir las armas, y yo en tanto reuniré la gente".

Dijo, y Patroclo vistió la armadura de luciente bronce: púsose en las piernas elegantes grebas, ajustadas con broches de plata; protegió su pecho con la coraza labrada, refulgente, del Eácida, de pies ligeros; colgó del hombro una espada, guarnecida de argénteos clavos; abrazó el grande y fuerte escudo; cubrió la cabeza con un hermoso casco, cuyo terrible penacho, de crines de caballo, ondeaba en la cimera, y asió dos lanzas fuertes que su mano pudiera blandir. Solamente dejó la lanza ponderosa, grande y fornida del eximio Eácida, porque Aquiles era el único aqueo capaz de manejarla: había sido cortada de un fresno de la cumbre del Pelión y regalada por Quirón al padre de Aquiles, para que con ella matara héroes. Luego, Patroclo mandó a Automedonte el amigo a quien más honraba después de Aquiles, destructor de hombres, y el más fiel en resistir a su lado la acometida del enemigo en las batallas que enganchara los caballos. Automedonte unció bajo el yugo a Janto y Balio, corceles ligeros que volaban como el viento y tenían por madre a la harpía Podarga, la cual, paciendo en una pradera junto al Océano, los concibió del Céfito. Y con ellos puso al excelente Pédaso, que Aquiles se llevara de la ciudad de Eetión cuando la tomó; corcel que, no obstante su condición de mortal, seguía

a los caballos inmortales.

Aquiles, recorriendo las tiendas, hacía tomar las armas a todos los mirmidones. Como carniceros lobos dotados de una fuerza inmensa despedazan en el monte un grande cornífero ciervo que han matado y sus mandíbulas aparecen rojas de sangre; luego van en tropel a lamer con las tenues lenguas el agua de un profundo manantial, eructando por la sangre que han bebido, y su vientre se dilata, pero el ánimo permanece intrépido en el pecho; de igual manera, los jefes y príncipes de los mirmidones se reunían presurosos alrededor del valiente servidor del Eácida, de pies ligeros. Y en medio de todos, el belicoso Aquiles animaba, así a los que combatían en carros, como a los peones armados de escudos.

Cincuenta fueron las veleras naves en que Aquiles, caro a Júpiter, condujo a Ilión sus tropas; en cada una embarcáronse cincuenta hombres; y el héroe nombró cinco jefes para que los rigieran, reservándose el mando supremo. Del primer cuerpo era caudillo Menestio, el de labrada coraza, hijo del río Esperquio, que las celestiales lluvias alimentan; habíale dado a luz la bella Polidora, hija de Peleo, que siendo mujer se acostó con la deidad del Esperquio; aunque se creyera que lo había tenido de Boro, hijo de Perieres, el cual se desposó públicamente con la misma y le cons

tituyó una gran dote. Mandaba la segunda sección - el belicoso Eudoro, nacido de una soltera, de la hermosa Polimela, hija de Filante; de la tal enamoróse el poderoso Argicida al verla entre las que danzaban al son del canto en un coro de Diana, la diosa que lleva el arco de oro y ama el bullicio y de la caza: el benéfico Mercurio subió en seguida al aposento de la moza, uniéronse clandestinamente y ella le dio un hijo ilustre, Eudoro, ligero en el correr y belicoso. Cuando Ilitia, que preside los partos, sacó a luz al infante y éste vio los rayos del Sol, el fuerte Equecles Actórida tomó a Filomena por esposa, constituyéndole una gran dote, y el anciano Filante crió y educó al niño con tanto amor como si fuese hijo suyo. Estaba al frente de la tercera división Pisandro Memálida, que, después del compañero de Aquiles, era entre todos los mirmidones quien descollaba más en combatir -- con la lanza. El cuarto escuadrón obedecía las órdenes de Fénix, aguijador de caballos; y el quinto tenía por jefe al eximio Alcimedonte, hijo de Laerces. Cuando Aquiles los hubo puesto a todos en orden de batalla con sus respectivos capitanes, les dijo con voz pujante:

"¡Mirmidones! Ninguno de vosotros olvide las amenazas que en las veleras naves dirigíais a los teucros mientras duró mi cólera, ni las acusacio-

nes con que todos me acriminabais: ¡Inflexible hijo de Peleo! Sin duda tu madre te nutrió con hiel. ¡Despiadado, pues retienes a tus compañeros en los navíos contra su voluntad! Embarquémonos en los bajelos que atraviezan el ponto y volvamos a la patria, ya que la cólera funesta anidó en tu corazón. Así acostumbrabais hablarme cuando os reuníais. -- Pues a la vista tenéis la gran empresa del combate que tanto habéis anhelado. Y ahora cada uno pelee con valeroso corazón contra los teucros."

Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza; y ellos, al oír las, cerraron más las filas. Como el obrero junta grandes piedras al construir la pared de una elevada casa, para que resista el ímpetu de los vientos; así, tan unidos, estaban los cascos y los abollonados escudos: la rodela se apoyaba en la rodela, el yelmo en el yelmo, cada hombre en su vecino, y los penachos de crines de caballo y los lucientes conos de los cascos se juntaban cuando alguien inclinaba la cabeza. ¡Tan apretadas eran las filas! Delante de todos se pusieron dos hombres armados, Patroclo y Automedonte; los cuales tenían igual ánimo y deseaban combatir al frente de los mirmidones. Aquiles entró en su tienda y alzó la tapa de un arca hermosa y labrada -- que Tetis, la de argentados pies, colocara en la nave del héroe después de llenarla de túnicas y --

mantos; que le abrigasen contra el viento, y de a-
felpados cobertores. Allí tenía una copa de primo-
rosa labor que no usaba nadie para beber vino ni
para ofrecer libaciones a otro dios que al padre --
Júpiter. Sacóla del arca y, purificándola primero
con azufre, la limpió con agua cristalina; acto --
continuo lavóse las manos, llenó la copa y, puesto
en medio, con los ojos levantados al cielo libó el
negro vino y oró a Júpiter que se complace en lan-
zar rayos, sin que al dios le pasara inadvertido:

"¡Júpiter soberano, Dodoneo, Pelásgico, que
vives lejos y reinas en Dodona, de frío invierno,
donde moran los selos, tus intérpretes, que no se
lavan los pies y duermen en el suelo! Escuchaste
mis palabras cuando te invoqué, y para honrarme --
oprimiste duramente al pueblo aqueo. Pues ahora,
cúmpleme este voto: Yo me quedo en el recinto de
las naves y mando al combate a mi compañero con
muchos mirmidones: haz que le siga la victoria, --
longividente Júpiter, e infúndele valor en el cora-
zón para que Héctor vea si mi escudero sabe pelear
solo, o si sus manos invictas únicamente se mueven
con furia cuando va conmigo a la marcial contienda.
Y cuando haya apartado de los bajeles la gritería
y la pelea, vuelva incólume con todas las armas y
con los compañeros que de cerca combaten".

Tal fue su plegaria. El pródigo Júpiter le --
oyó; y de las dos cosas, le otorgó una: concedióle

que apartase de las naves el combate y la pelea, y
nególe que volviera ileso de la batalla. Hecha la
libación y la rogativa al padre Júpiter, entró A-
quiles en la tienda, dejó la copa en el arca, y sa-
lió otra vez, porque deseaba en su corazón presen-
ciar la terrible pugna de teucros y aqueos.

Los mirmidones seguían con armas y en buen or-
den al magnánimo Patroclo, hasta que alcanzaron a
los teucros y les arremetieron con grandes bríos,
esparciéndose como las avispas que moran en el ca-
mino, cuando los muchachos, siguiendo su costumbre
de molestarlas, las irritan y consiguen con su im-
prudencia que dañen a buen número de personas, --
pues, si algún caminante pasa por allí, y sin que-
rer las mueve, vuelan y defienden con ánimo valero-
so a sus hijuelos; con un corazón y ánimo semejan-
tes, se esparcieron los mirmidones desde las naves,
y levantóse una gritería inmensa. Y Patroclo exhor-
taba a sus compañeros, diciendo con voz recia:

"¡Mirmidones, compañeros del Pelida Aquiles!
Sed hombres, amigos, y mostrad vuestro impetuoso
valor para que honremos al Pelida, que es el más
valiente de cuantos argivos hay en las naves, como
lo son también sus guerreros, que de cerca comba-
ten; y comprenda el poderoso Agamenón Atrida la --
falta que cometió no honrando al mejor de los aque-
os."

Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Los mirmidones cayeron apiñados sobre los teucros y en las naves resonaban de un modo horrible los gritos de los aqueos. Cuando los teucros vieron al esforzado hijo de Menetio y a su escudero, ambos con lucientes armaduras, a todos se les conturbó el ánimo y sus falanges se agitaron. Figurábase que el Pelida, ligero de pies, había renunciado a su cólera y volvía a ser amigo de Agamenón. Y cada uno miraba adónde podría huir para librarse de una muerte terrible.

Patroclo fue el primero que tiró la reluciente lanza allí donde más hombres se agitaban en confuso montón, junto a la nave del magnánimo Proteo; e hirió a Pírcmes, que había conducido desde Amidón, sita en la ribera del Axio, de ancha corriente, a los peonios, que combatían en carros: la lanza se clavó en el hombro derecho; el guerrero, dando un gemido, cayó de espaldas en el polvo, y los demás peonios huyeron, porque Patroclo les infundió pavor al matar a su jefe, que tanto sobresalía en el combate. De este modo Patroclo los echó de los bajeles y apagó el ardiente fuego. El navío quedó allí medio quemado, los teucros huyeron con gran alboroto, los dánaos se dispersaron por las cóncavas naves, y se produjo un gran tumulto. Como Júpiter fulminador quita una densa nube de la elevada cumbre de una montaña y se descubren

los promontorios, cimas y valles, porque en el cielo se ha abierto la vasta región etérea; así los dánaos respiraron un poco después de librar a las naves del fuego destructor; pero no por eso hubo tregua en el combate. Porque los teucros no huían a carrera abierta, perseguidos por los belicosos aqueos; sino que aún resistían, y sólo cediendo a la necesidad se retiraban de las naves.

Entonces, ya extendida la batalla, cada jefe mató a un hombre: El esforzado hijo de Menetio, el primero, hirió con la aguda lanza a Areilico, que había vuelto la espalda para huir: el bronce atravesó el muslo y rompió el hueso, y el teucro dio de ojos en el suelo. El belígero Menelao hirió a Toante en el pecho, donde éste quedaba sin defensa al lado del escudo, y dejó sin vigor sus miembros. El Filida, observando que Anficlo iba a acometerle, se le adelantó y logró envasarle la pica en la parte superior de la pierna, donde más grueso es el músculo; la punta desgarró los nervios, y la obscuridad cubrió los ojos del guerrero. De los Nestóridas, Antíloco traspasó con la broncea lanza a Atimnio, clavándosela en el ijar, y el teucro cayó de pechos en el suelo; el hermano de éste, Maris, irritado por tal muerte, se le puso delante y arremetió con la lanza a Antíloco; entonces el otro Nestórida, Trasimedes, igual a un dios, se le anti

cupó y le hirió en la espalda: la punta desgarró el tendón de la parte superior del brazo y rompió el hueso; el guerrero cayó con estrépito, y la obscuridad cubrió sus ojos. De tal suerte, estos dos esforzados compañeros de Sarpedón, hábiles tiradores, e hijos de Amisodaro, el que crio la indomable Quimera, causa de males para muchos hombres, fueron vencidos por los dos hermanos y descendieron al Erebo. -Ajax de Oileo acometió y cogió vivo a Cleóbulo, atropellado por la turba; y le quitó la vida, hiriéndole en el cuello con la espada provista de empuñadura: la hoja entera se calentó con la sangre, y la purpúrea muerte y el hado cruel velaron los ojos del guerrero.- Penéleo y Liconte fueron a encontrarse, y habiendo arrojado sus lanzas en vano, pues ambos erraron el tiro, se acometieron con las espadas: Liconte dio a su enemigo un tajo en la cimera del casco, que adornaban crines de caballo; pero la espada se le rompió junto a la empuñadura; Penéleo hundió la suya en el cuello de Liconte, debajo de la oreja, y se lo cortó por completo: la cabeza cayó a un lado, sostenida tan sólo por la piel, y los miembros perdieron su vigor. -Meriones dio alcance con sus ligeros pies a Acamante, cuando subía al carro, y le hirió en el hombro derecho: el teucro cayó al suelo, y las tinieblas cubrieron sus ojos. -A Erimante metióle Idomeneo el cruel bronce por la boca: -

la lanza atravesó la cabeza por debajo del cerebro, rompió los blancos huesos y conmovió los dientes; los ojos llenáronse con la sangre que fluía de las narices y de la boca abierta, y la muerte, cual si fuese obscura nube, envolvió al guerrero.

Cada uno de estos caudillos dánaos mató, pues, a un hombre. Como los voraces lobos acometen a corderos o cabritos, arrebatándolos de un hato que se dispersa en el monte por la impericia del pastor, pues así que aquéllos los ven se los llevan y despedazan por tener los últimos un corazón tímido; así los dánaos cargaban sobre los teucros, y éstos, pensando en la fuga horripsona, olvidábanse de mostrar su impetuoso valor.

El gran Ajax deseaba constantemente arrojar su lanza a Héctor, armado de bronce; pero el héroe, que era muy experto en la guerra, cubriendo sus anchos hombros con un escudo de pieles de toro, estaba atento al silbo de las flechas y al ruido de los dardos. Bien conocía que la victoria se inclinaba del lado de los enemigos, pero resistía aún y procuraba salvar a sus compañeros queridos.

Como se va extendiendo una nube desde el Olimpo al cielo, después de un día sereno, cuando Júpiter prepara una tempestad; así los teucros huyeron de las naves, dando gritos, y ya no fue con orden como repasaron el foso. A Héctor le sacaron de ---

allí, con sus armas, los corceles de ligeros pies; y el héroe desamparó la turba de los teucros, a -- quienes detenía, mal de su grado, el profundo foso. Muchos veloces corceles, rompiendo los carros de -- los caudillos por el extremo del timón, los dejaron en el mismo. -Patroclo iba adelante, exhortando ve -- hementemente a los dánaos y pensando en causar daño a los teucros; los cuales, una vez puestos en desor -- den, llenaban todos los caminos huyendo con gran -- clamoreo; la polvareda llegaba a lo alto debajo de -- las nubes y los solípedos caballos volvían a la ciu -- dad desde las naves y las tiendas. Patroclo, donde -- veía a los enemigos más desordenados, allí se encami -- naba vociferando; los guerreros caían de bruces de -- bajo de los ejes de sus carros, y éstos volcaban -- con gran estruendo. Al llegar al foso, los caballos -- inmortales que los dioses dieran a Héctor como es -- pléndido presente, lo salvaron de un salto, deseosos de seguir adelante; y cuando a Patroclo el ánimo le -- llevó hacia Héctor para herirle, ya los veloces cor -- celes se lo habían llevado. Como en el otoño descar -- ga una tempestad sobre la negra tierra, cuando Júpi -- ter hace caer violenta lluvia, irritado contra los -- hombres que en el foro dan sentencias inicuas y e -- chan a la justicia, no temiendo la venganza de los -- dioses; y los ríos salen de madre y los torrentes -- cortan muchas colinas, braman al correr desde lo al -- to de las montañas al mar purpúreo y destruyen las-

labores del campo; de semejante modo corrían las -- yeguas troyanas dando lastimeros relinchos.

Patroclo, cuando hubo separado de los demás -- enemigos a los que formaban las últimas falanges, les obligó a volver hacia los bajeles, en vez de -- permitirles que subiesen a Troya; y acometiéndolo -- les entre las naves, el río y el alto muro, los -- mataba para vengar a muchos de los suyos. Enton -- ces envasóle a Prónoo la lanza en el pecho, donde -- éste quedaba sin defensa al lado del escudo, y le -- dejó sin vigor los miembros: el teucro cayó con -- estrépito. Luego acometió a Téstor, hijo de Enope, que se hallaba encogido en el lustroso asiento y -- en su turbación había dejado que las riendas se -- le fuesen de la mano: clavóle desde cerca la lan -- za en la mejilla derecha, se la hizo pasar a tra -- vés de los dientes y lo levantó por cima del -- barandal. Como el pescador sentado en la roca sa -- ca del mar un pez enorme, valiéndose de la cuerda y del anzuelo, así Patroclo, alzando la relucien -- te lanza, sacó del carro a Téstor con la boca -- -- abierta y le arrojó de cara al suelo; el teucro, -- al caer, perdió la vida. -Después hirió de una -- pedrada en medio de la cabeza a Erilao, que a aco -- meterle venía, y se la partió en dos dentro del -- fuerte casco: el teucro dio de manos en el suelo, y le envolvió la destructora muerte. -Y sucesiva-

mente fue derribando en la fértil tierra a Erimante, Anfótero, Epalteo, Tlepólemo Danastórida, Echio, Pires, Ifeo, Evipo y Polimelo Argéada.

Sarpedón, al ver que sus compañeros, de corazas sin cintura, sucumbían a manos de Patroclo Menetiada, increpó a los deiformes licios:

"¡Qué vergüenza, oh licios! ¿A dónde huís? Sed esforzados. Yo saldré al encuentro de ese hombre, para saber quién es el que así vence y tantos males causa a los teucros, pues ya a muchos valientes les ha quebrado las rodillas."

Dijo; y saltó del carro al suelo sin dejar las armas. A su vez Patroclo, al verlo, se apeó del suyo. Como dos buitres de corvas uñas y combado pico riñen, dando chillidos, sobre elevada roca, así -- aquéllos se acometieron vociferando. Viólos el hijo del artero Saturno, y compadecido, dijo a Juno, su hermana y esposa:

"¡Ay de mí! El hado dispone que Sarpedón, a quien amo sobre todos los hombres, sea muerto por Patroclo Menetiada. Entre dos propósitos vacila en mi pecho el corazón: ¿Lo arrebataré vivo de la luctuosa batalla, para dejarlo en el opulento pueblo de la Licia, o dejaré que sucumba a manos del Menetiada?"

Respondióle Juno veneranda, la de los ojos grandes: "¡Terribilísimo Saturno, qué palabras --

proferiste! ¿Una vez más quieres librar de la -- muerte horripsona a ese hombre mortal, a quien -- tiempo ha que el hado condenó a morir? Hazlo, pero no todos los dioses te lo aprobaremos. Otra cosa voy a decirte, que fijarás en la memoria: Pien^{sa} que si a Sarpedón le mandas vivo a su palacio, algún otro dios querrá sacar a su hijo del duro -- combate, pues muchos hijos de los inmortales pelean en torno de la gran ciudad de Príamo, y harás que sus padres se enciendan en terrible ira. Pero si Sarpedón te es caro y tu corazón le compadece, deja que muera a manos de Patroclo en reñido combate; y cuando el alma y la vida le abandonen, ordena a la Muerte y al dulce Sueño que lo -- lleven a la vasta Licia, para que sus hermanos y amigos le hagan exequias y le erijan un túmulo y un cipo, que tales son los honores debidos a los muertos."

Así dijo. El padre de los hombres y de los -- dioses no desobedeció, e hizo caer sobre la tierra sanguinolentas gotas para honrar al hijo amado, a quien Patroclo había de matar en la fértil -- Troya, lejos de su patria.

Cuando ambos héroes se hallaron frente a frente, Patroclo arrojó la lanza, y acertando a dar -- en el empuje del ilustre Trasidemo, escudero valeroso del rey Sarpedón, dejóle sin vigor los --

miembros. Sarpedón acometió a su vez; y despidiendo la reluciente lanza, erró el tiro; pero hirió en el hombro derecho al corcel Pédaso, que relinchó mientras perdía el vital aliento. El caballo cayó al polvo, y el espíritu abandonó su cuerpo. Forcejearon los otros dos bridones por separarse, crujió el yugo y enredáronse las riendas a causa de que el caballo lateral yacía en el polvo. Pero Automedonte, famoso por su lanza, halló el remedio: desenvainando la espada de larga punta que llevaba junto al fornido muslo, cortó apresuradamente los tirantes del caballo lateral, y los otros dos se enderezaron y obedecieron a las riendas. Y los héroes volvieron a acometerse con roedor encono.

Entonces Sarpedón arrojó otra reluciente lanza y erró el tiro, pues aquella pasó por cima del hombro izquierdo de Patroclo sin herirle. Patroclo despidió la suya y no en balde; ya que acertó a Sarpedón y le hirió en el tejido que al denso corazón envuelve. Cayó el héroe como la encina, el álamo o el elevado pino que en el monte cortan con afiladas hachas los artifices para hacer un mástil de navío; así yacía aquél, tendido delante de los corceles y del carro, rechinándole los dientes y cogiendo con las manos el polvo ensangrentado. Como el rojizo y animoso toro, a quien devora un león que se ha presentado en la vacada, brama al

morir entre las mandíbulas de la fiera; así el caudillo de los licios escudados, herido de muerte por Patroclo, se enfurecía; y llamando al compañero, le hablaba de este modo:

"¡Caro Glauco, guerrero afamado! ¡Ahora debes portarte como fuerte y audaz luchador; ahora te ha de causar placer la batalla funesta, si eres valiente. Ve por todas partes, exhorta a los capitanes licios a que combatan en torno de Sarpedón y defiéndeme tú mismo con la pica. Seré para ti motivo constante de vergüenza y oprobio si, sucumbiendo en el recinto de las naves, los aqueos me despojan de la armadura. Pelea, pues, denodadamente y anima a todo el ejército!"

Así dijo; y el velo de la muerte se extendió por sus ojos y su rostro. Patroclo, sujetándole el pecho con el pie, le arrancó el asta; con ella siguió el corazón, y salieron a la vez la punta de la lanza y el alma del guerrero. Y los mirmidones detuvieron los corceles de Sarpedón, los cuales anhelaban y querían huir desde que quedó vacío el carro de sus dueños.

Glauco sintió hondo pesar al oír la voz de Sarpedón; se le turbó el ánimo porque no podía socorrerle; y apretándose con la mano el brazo herido por una flecha que Teucro le tirara, cuando él asaltaba el muro y el aqueo defendía a los suyos, oró de esta suerte al flechador Apolo:

"Oyeme, oh soberano, ya te halles en la opulenta Licia, ya te encuentres en Troya; pues desde -- cualquier lugar puedes atender al que está afligido, como lo estoy ahora. Tengo esta grave herida, padezco agudos dolores en el brazo y la sangre no se seca; el hombro se entorpece, y me es imposible manejar firmemente la lanza y pelear con los enemigos. Ha muerto un hombre fortísimo, Sarpedón, hijo de Júpiter, que ya ni a su prole defiende. Cúrame, oh soberano, la grave herida, adormece mis dolores y dame fortaleza para que mi voz anime a los licios a batallar y yo mismo luche en defensa del -- cadáver."

Tal fue su plegaria. Oyóle Febo Apolo y en seguida calmó los dolores, secó la negra sangre de la grave herida e infundió valor en el ánimo del -- teucro. Glauco, al notarlo, se holgó de que el -- gran dios hubiese escuchado su ruego. En seguida -- fue por todas partes y exhortó a los capitanes licios para que combatieran en torno de Sarpedón. --

Después, encaminóse a paso largo hacia los troyanos; buscó a Polidamante Pantoída, al divino Agenor, a Eneas y a Héctor armado de bronce; y deteniéndose cerca de los mismos, dijo estas aladas -- palabras:

"¡Héctor! Te olvidas completamente de los aliados que por ti pierden la vida lejos de los amigos y de la patria, y ni socorrerles quieres. Yace en-

tierra Sarpedón, el rey de los licios escudados, -- que con su justicia y su valor gobernaba la Licia. El férreo Marte lo ha matado con la lanza de Patroclo. Oh amigos, venid e indignaos en vuestro corazón: no sea que los mirmidones le quiten la armadura e insulten el cadáver, irritados por la muerte de los dánaos a quienes hicieron perecer nuestras picas junto a las veleras naves."

Así se expresó. Los troyanos sintieron grande e inconsolable pena, porque Sarpedón, aunque forastero, era un baluarte para la ciudad; había llevado a la misma muchos hombres y en la pelea los superaba a todos. Con grandes bríos dirigiéronse -- aquéllos contra los dánaos, y a su frente marchaba Héctor, irritado por la muerte de Sarpedón. Y Patroclo Menetiada, de corazón valiente, animó a los -- aqueos: y dijo a los Ayaces, que ya de combatir -- estaban deseosos:

"¡Ayaces! Poned empeño en rechazar al enemigo y mostraos tan valientes como habéis sido hasta -- aquí o más aún. Yace en tierra Sarpedón, el que -- primero asaltó nuestra muralla. ¡Ah, si apoderándonos del cadáver pudiésemos ultrajarle, quitarle la armadura de los hombros y matar con el cruel bronce a alguno de sus compañeros que lo defienden!.."

En tales términos les habló, aunque ellos ya deseaban derrotar al enemigo. Y troyanos y licios

por una parte y mirmidones y aqueos por otra, cerraron las falanges, vinieron a las manos y empezaron a pelear con horrenda gritería en torno del cadáver. Crujían las armaduras de los guerreros, y Júpiter cubrió con una dañosa obscuridad la reñida contienda, para que produjese mayor estrago el combate que por el cuerpo de su hijo se empeñaba.

En un principio, los teucros rechazaron a los aqueos, de ojos vivos, porque fue herido un varón que no era ciertamente el más cobarde de los mirmidones: el divino Epigeo, hijo de Agacles magnánimo; el cual reinó en otro tiempo en la populosa Budío; luego, por haber dado muerte a su valiente primo, se presentó como suplicante a Peleo y a Tetis, la de argentados pies, y ellos le enviaron con Aquiles a Ilíon, abundante en hermosos corceles, para que combatiera contra los troyanos. Epigeo echaba mano al cadáver cuando el esclarecido Héctor le dio una pedrada en la cabeza y se la partió en dos dentro del fuerte casco: el guerrero cayó boca abajo sobre el cuerpo de Sarpedón, y la destructora muerte lo envolvió. Apesadumbróse Patroclo por la pérdida del compañero y atravesó al instante las primeras filas, como el veloz gavilán persigue a unos grajos o estorninos; de la misma manera acometiste, oh hábil jinete Patroclo, a los licios y troyanos, airado en tu co-

razón por la muerte del amigo. Y cogiendo una piedra, hirió en el cuello a Estenelao, hijo querido de Itémenes, y le rompió los tendones. Retrocedieron los combatientes delanteros y el esclarecido Héctor. Cuanto espacio recorre el dardo que lanza un hombre, ya en el juego para ejercitarse, ya en la guerra contra los enemigos que la vida quitan; otro tanto se retiraron los teucros, cediendo al empuje de los aqueos. Glauco, capitán de los escudados licios, fue el primero que volvió la cara y mató al magnánimo Baticles, hijo amado de Calcón, que tenía su casa en la Hélade y se señalaba entre los mirmidones por sus bienes y sus riquezas: escapábase Glauco, y Baticles iba a darle alcance, cuando aquél se volvió repentinamente y le hundió la pica en medio del pecho. Baticles cayó con estrépito, los aqueos sintieron hondo pesar por la muerte del valiente guerrero, y los teucros, muy alegres, rodearon en tropel el cadáver; pero los aqueos no dejaron de mostrar su impetuoso valor y arremetieron denodadamente al enemigo. Entonces Meriones mató a un combatiente teucro, a Laógono, esforzado hijo de Onétor y sacerdote de Júpiter Ideo, a quien el pueblo veneraba como a un dios: hirióle debajo de la quijada y de la oreja, la vida huyó de los miembros del guerrero y la obscuridad horrible le envolvió. Eneas arrojó la bronci-

nea lanza, con el propósito de herir a Meriones, que se adelantaba protegido por el escudo. Pero Meriones la vio venir y evitó el golpe inclinándose hacia adelante: la ingente lanza se clavó en el suelo detrás de él y el regatón temblaba; pero pronto la impetuosa arma perdió su fuerza. Pene- tró, pues, la vibrante punta en la tierra, y la lanza fue echada en vano por el robusto brazo. -- Eneas, con el corazón irritado, dijo:

"¡Meriones! Aunque eres un ágil saltador, mi lanza te habría apartado para siempre del combate si te hubiese herido."

Respondióle Meriones, célebre por su lanza:

"¡Eneas! Difícil te será, aunque seas valiente, -- aniquilar la fuerza de cuantos salgan a pelear -- contigo. También tú eres mortal. Si lograra herirte en medio del cuerpo con el agudo bronce, enseguida, a pesar de tu vigor y de la confianza que tienes en tu brazo, me darías gloria, y a Plutón, -- el de los famosos corceles, el alma."

Así dijo; y el valeroso hijo de Menetio le -- reprendió, diciendo: "¡Meriones! ¿Por qué, siendo valiente, te entretienes en hablar así? ¡Oh amigo! Con palabras injuriosas no lograremos que los -- teucros dejen el cadáver; preciso será que alguno de ellos baje antes al seno de la tierra. Las batallas se ganan con los puños y las palabras sir-

ven en las juntas. Conviene, pues, no hablar, sino combatir."

Dijo, echó a andar y siguióle Meriones, varón igual a un dios. Bien así como el estruendo que se produce en la espesura de un monte y se deja oír a lo lejos, cuando los hombres hacen leña; tal era el estrépito que se elevaba de la tierra-espaciosa al ser golpeados el bronce, el cuero y los escudos de pieles de buey por las espadas y las lanzas de doble filo. Y ya ni un hombre perspicaz hubiera conocido al divino Sarpedón, pues los dardos, la sangre y el polvo lo cubrían desde los pies a la cabeza. Agitábanse todos alrededor del cadáver como -- en la primavera zumban las moscas en el establo -- por cima de las escudillas, cuando los tarros rebo- san de leche: de igual manera bullían aquéllos en torno al muerto. Júpiter no apartaba los refulgentes ojos de la dura contienda; y contemplando a -- los guerreros, revolvía en su ánimo muchas cosas -- acerca de la muerte de Patroclo: vacilaba entre si el esclarecido Héctor debería matar con el bronce a Patroclo sobre Sarpedón, igual a un dios, y quitarle la armadura de los hombros, o convendría extender la terrible pelea. Y considerando como lo -- más conveniente que el bravo escudero de Aquiles -- Pelida hiciera arredrar a los teucros y a Héctor, armado de bronce, hacia la ciudad y quitara la vi-

da a muchos guerreros, comenzó por infundir timidez en Héctor, el cual subió al carro, se puso en fuga y exhortó a los demás teucros a que huyeran, porque había conocido hacia qué lado se inclinaba la balanza sagrada de Júpiter. Tampoco los fuertes licios osaron resistir, y huyeron todos al ver a su rey herido en el corazón y echado en un montón de cadáveres; pues cayeron muchos hombres a su alrededor cuando el Saturnio avivó el duro combate. Los aqueos quitáronle a Sarpedón la reluciente armadura de bronce y el esforzado hijo de Menetio la entregó a sus compañeros para que la llevaran a las cóncavas naves. Y entonces Júpiter, que amontona las nubes, dijo a Apolo:

"¡Ea, querido Febo! Ve y después de sacar a Sarpedón de entre los dardos, límpiale la negra sangre; condúcele a un sitio lejano y lávale en la corriente de un río; úngele con ambrosía, ponle vestiduras divinas y entrégalo a los veloces conductores y hermanos gemelos: el Sueño y la Muerte. Y éstos, transportándolo con presteza, lo dejarán en el rico pueblo de la vasta Licia. Allí sus hermanos y amigos le harán exequias y le erigirán un túmulo y un cipo, que tales son los honores debidos a los muertos."

Así dijo, y Apolo no desobedeció a su padre. Descendió de los montes ideos a la terrible bata-

lla, y en seguida, leyantó al divino Sarpedón de entre los dardos, y conduciéndole a un sitio lejano, lo lavó en la corriente de un río; ungiólo con ambrosía, púsole vestiduras divinas y entrególo a los veloces conductores y hermanos gemelos: el Sueño y la Muerte. Y éstos, transportándolo con presteza, lo dejaron en el rico pueblo de la vasta Licia.

Patroclo animaba a los corceles y a Automedonte y perseguía a los troyanos y licios, y con ello se atrajo un gran infortunio. ¡Insensato! Si se hubiese atendido a la orden del Pelida, se hubiera visto libre de la funesta Parca, de la negra muerte. Pero siempre el pensamiento de Júpiter es más eficaz que el de los hombres (aquel dios pone en fuga al varón esforzado y le quita fácilmente la victoria, aunque él mismo le haya incitado a combatir), y entonces alentó el ánimo en el pecho de Patroclo.

¿Cuál fue el primero y cuál el último que mataste, oh Patroclo, cuando los dioses te llamaron a la muerte?

Fueron primeramente Adrastó, Antónoo, Equeclo, Périmo Mégada, Epístor y Melanipo; y después, Elaso, Mulio y Pilartes. Mató a éstos, y los demás se dieron a la fuga.

Entonces los aqueos habrían tomado a Troya, la de altas puertas, por las manos de Patroclo, que manejaba con gran furia la lanza, si Febo Apolo no se hubiese colocado en la bien construida torre para dañar a aquél y ayudar a los teucros. Tres veces encaminóse Patroclo a un ángulo de la elevada muralla; tres veces rechazóle Apolo, agitando con sus manos inmortales el refulgente escudo. Y cuando, semejante a un dios, atacaba por cuarta vez, increpóle la deidad con aterradoras voces:

"¡Retírate, Patroclo de jovial linaje! El hado no ha dispuesto que la ciudad de los altivos troyanos sea destruida por tu lanza, ni por Aquiles, que tanto te aventaja."

Así dijo, y Patroclo retrocedió un gran trecho, para no atraerse la cólera del flechador Apolo.

Héctor se hallaba con el carro y los corceles en las puertas Esceas, y estaba indeciso entre guiarlos de nuevo hacia la turba y volver a combatir, o mandar a voces que las tropas se refugiasen en el muro. Mientras reflexionaba sobre esto, presentósele Febo Apolo, que tomó la figura del valiente joven Asio, el cual era tío materno de Héctor, domador de caballos, hermano carnal de Hécuba e hijo de Dimante, y habitaba en la Frigia, junto-

a la corriente del Sangario. Así transfigurado, exclamó Apolo, hijo de Júpiter:

"¡Héctor! ¿Por qué te abstienes de combatir? No debes hacerlo. Ojalá te superara tanto en bravura, cuanto te soy inferior: entonces te sería funesto el retirarte de la batalla. Mas, engaña los corceles de duros cascos hacia Patroclo, por si puedes matarlo y Apolo te da gloria."

El dios, cuando esto hubo dicho, volvió a la batalla. El esclarecido Héctor mandó a Cebrión que picara a los corceles y los dirigiese a la pelea; y Apolo, entrándose por la turba, suscitó entre los dánaos funesto tumulto y dio gloria a Héctor y a los teucros. Héctor dejó entonces a los demás dánaos, sin que intentara matarlos, y enderezó a Patroclo los caballos de duros cascos. Patroclo, a su vez, saltó del carro a tierra con la lanza en la izquierda; cogió con la diestra una piedra blanca y erizada de puntas que le llenaba la mano; y estribando en el suelo, la arrojó, hiriendo en seguida a un combatiente, pues el tiro no resultó vano: dio la pedrada en la frente de Cebrión, auriga de Héctor, que era hijo bastardo del ilustre Príamo y entonces gobernaba las riendas de los caballos. La piedra se llevó ambas cejas; el hueso tampoco resistió; los ojos cayeron en el polvo a los pies de Cebrión; y éste, --

cual si fuera un búzo, cayó del asiento bien construido, porque la vida huyó de sus miembros. Y bur-lándote de él, oh caballero Patroclo, exclamaste:

"¡Oh dioses! ¡Muy ágil es el teucro! ¡Cuán fácilmente salta a lo buzo! Si se hallara en el --
ponto, en peces abundante, ese hombre saltaría de-
la nave aunque el mar estuviera tempestuoso y po-
dría saciar a muchas personas con las ostras que -
pescara. ¡Con tanta facilidad ha dado la voltereta
del carro a la llanura! Es indudable que también -
los troyanos tienen buzos."

Dijo, y corrió hacia el héroe con la impe-
tuosidad de un león que devasta los establos hasta
que es herido en el pecho y su mismo valor le mata;
de la misma manera, oh Patroclo, te arrojaste enar-
decido sobre Cebrión. Héctor, por su parte, saltó-
del carro al suelo sin dejar las armas. Y entram-
bos luchaban en torno de Cebrión como dos hambrien-
tos leones que en el monte pelean furiosos por el
cadáver de una cierva; así los dos aguerridos cam-
peones, Patroclo Menetía y el esclarecido Héctor,
deseaban herirse el uno al otro con el cruel bron-
ce. Héctor había cogido al muerto por la cabeza y no
lo soltaba; Patroclo lo asía de un pie, y los de-
más teucros y dánaos sostenían encarnizado combate.

Como el Euro y el Noto contienden en la es-
pesura de un monte, agitando la poblada selva, y --

las largas ramas de los fresnos, encinas y corte-
zudos cornejos chocan entre sí con inmenso estré-
pito, y se oyen los crujidos de las que se rom-
pen; de semejante modo teucros y aqueos se mata-
ban, sin acordarse de la perniciosa fuga. Alrede-
dor de Cebrión se clavaron en tierra muchas agu-
das lanzas y aladas flechas que saltaban de los-
arcos; buen número de grandes piedras herían los
escudos de los combatientes; y el héroe yacía en
el suelo sobre un gran espacio, envuelto en un -
torbellino de polvo y olvidado del arte de guiar
los carros.

Hasta que el sol hubo recorrido la mitad
del cielo, los tiros alcanzaban por igual a unos
y a otros, y los hombres caían. Cuando aquél se-
encaminó al ocaso, los aqueos eran vencedores, -
contra lo dispuesto por el destino; y habiendo -
arrastrado el cadáver del héroe Cebrión fuera -
del alcance de los dardos y del tumulto de los -
teucros, le quitaron la armadura de los hombros.

Patroclo acometió furioso a los teucros:
tres veces los atacó, cual otro Marte, dando ho-
rribles voces; tres veces mató nueve hombres. Y-
cuando, semejante a un dios, arremetiste, oh Pa-
troclo, por cuarta vez, vióse claramente que ya-
llegabas al término de tu vida, pues el terrible
Febo salió a tu encuentro en el duro combate. -

Mas Patroclo no vio al dios; el cual, cubierto por densa nube, atravesó la turba, se le puso detrás, y alargando la mano, le dio un golpe en la espalda y en los anchos hombros. Al punto los ojos del héroe sufrieron vértigos. Febo Apolo le quitó de la cabeza el casco con agujeros a guisa de ojos, que rodó con estrépito hasta los pies de los caballos; y el penacho se manchó de sangre y polvo. Jamás aquel casco, adornado con crines de caballo, se había manchado cayendo en el polvo, pues protegía la cabeza y hermosa frente del divino Aquiles. Entonces Júpiter permitió también que lo llevara Héctor, porque ya la muerte se iba acercando a este caudillo. A Patroclo se le rompió en la mano la pica larga, ponderosa, grande, fornida, armada de bronce; el ancho escudo y su correa cayeron al suelo, y Apolo desató la coraza que aquél llevaba. El estupor se apoderó del espíritu del héroe, y sus hermosos miembros perdieron la fuerza. Patroclo se detuvo atónito, y entonces clavóle aguda lanza en la espalda, entre los hombros, el dárdano Euforbo Pantoída; el cual aventajaba a todos los de su edad en el manejo de la pica, en el arte de guiar un carro y en la veloz carrera, y la primera vez que se presentó con su carro para aprender a combatir, derribó a veinte guerreros de sus carros res-

pectivos. Este fué, oh caballero Patroclo, el primero que contra ti despidió su lanza, pero aún no te hizo sucumbir. Euforbo arrancó la lanza de fresno; y retrocediendo, se mezcló en la turba, sin esperar a Patroclo; aunque le viera desarmado; mientras éste, vencido por el golpe del dios y la lanzada, retrocedía al grupo de sus compañeros para evitar la muerte.

Cuando Héctor advirtió que el magnánimo Patroclo se alejaba y que lo habían herido con el agudo bronce, fue en su seguimiento, por entre las filas, y le envasó la lanza en la parte inferior del vientre, que el hierro pasó de parte a parte; y el héroe cayó con estrépito, causando gran aflicción al ejército aqueo. Como el león acosa en la lucha al indómito jabalí cuando ambos pelean arrogantes en la cima de un monte por un escaso manantial donde quieren beber, y el león vence con su fuerza al jabalí, que respira anhelante; así Héctor Priámida privó de la vida, hirién-dole con la lanza, al esforzado hijo de Menetío, que a tantos había dado muerte. Y blasonando del triunfo, profirió estas aladas palabras:

"¡Patroclo! Sin duda esperabas destruir nuestra ciudad, hacer cautivas a las mujeres troyanas y llevártelas en los bajeles a tu patria. ¡Insensato! Los veloces caballos de Héctor vuelan al --

combate para defenderlas; y yo, que en manejar la pica sobresalgo entre los belicósons teucros, -- aparto de los míos el día de la servidumbre; mientras que a ti te comerán los buitres. ¡Ah infeliz! Ni Aquiles, con ser valiente, te ha socorrido. -- Cuando saliste de las naves, donde él se ha quedado, debió de hacerte muchas recomendaciones, y -- hablarte de este modo: No vuelvas a las cóncavasnaves, caballero Patroclo, antes de haber roto la coraza que envuelve el pecho de Héctor, teñida en sangre. Así te dijo, sin duda; y tú, oh necio, te dejaste persuadir."

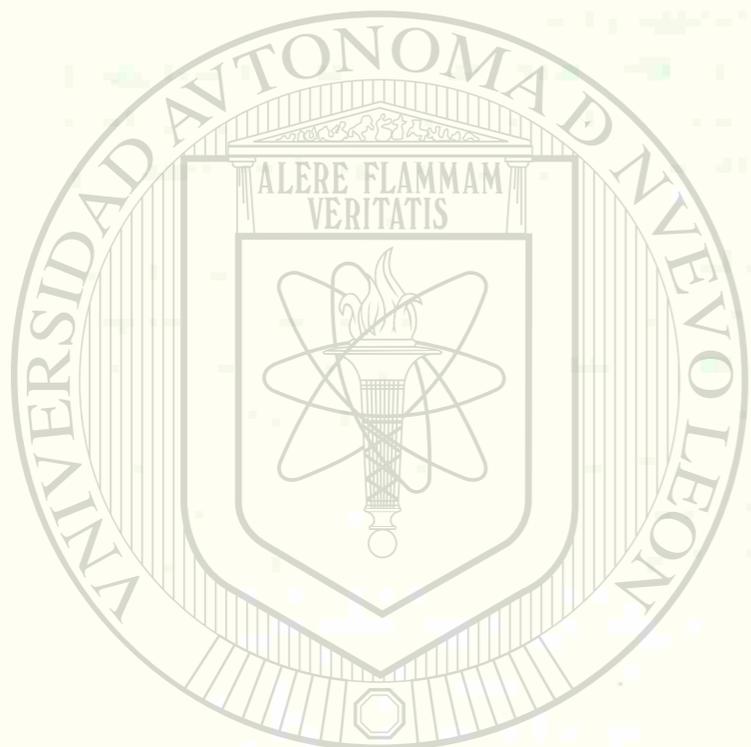
Con lánguida voz le respondiste, caballero Patroclo: "¡Héctor! Jáctate ahora con altaneras palabras, ya que te han dado la victoria Jove Saturnio y Apolo; los cuales me vencieron fácilmente, quitándome la armadura de los hombros. Si -- veinte guerreros como tú me hubiesen hecho frente, todos habrían muerto vencidos por mi lanza. Matóme el hado funesto valiéndose de Latona y de Euforbo entre los hombres; y tú llegas el tercero, para despojarme de las armas. Otra cosa voy a decirte, que fijarás en la memoria. Tampoco tú has de vivir largo tiempo, pues la muerte y el hado -- cruel se te acercan, y sucumbirás a manos del exímio Aquiles, descendiente de Eaco."

Apenas acabó de hablar, la muerte le cubrió-

con su manto: el alma voló de los miembros y descendió al Orco, llorando su suerte porque dejaba su cuerpo vigoroso y joven. Y el esclarecido Héctor le dijo, aunque ya muerto le viera:

"¡Patroclo! ¿Por qué me profetizas una muerte terrible? ¿Quién sabe si Aquiles, hijo de Tetis, la de hermosa cabellera, no perderá antes la vida, herido por mi lanza?"

Dichas estas palabras, puso un pie sobre el cadáver, arrancó la broncínea lanza, y lo tumbó de espaldas. Inmediatamente dirigióse, lanza en mano, hacia Automedonte, el deiforme servidor del Eácida, de pies ligeros; pero los veloces caballos inmortales que a Peleo dieran los dioses -- como espléndido presente, lo sacaban ya de la batalla.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los teucros, refugiados en la ciudad como cervatos, se recostaban en los hermosos baluartes, refrigeraban el sudor y bebían para apagar la sed; y en tanto, los aqueos se iban acercando a la muralla, protegiendo sus hombros con los escudos. El hado funesto sólo detuvo a Héctor para que se quedara fuera de Ilíón, en las puertas -- Esceás. Y Febō Apolo dijo al Pelida:

"¿Por qué, oh hijo de Peleo, persigues en veloz carrera, siendo tú mortal, a un dios inmortal? Aún no conociste que soy una deidad, y no cesa tu deseo de alcanzarme. Ya no te cuidas de pelear con los teucros, a quienes pusiste en fuga; y éstos han entrado en la población, mientras te extraviabas viniendo aquí. Pero no me matarás, porque el hado no me condenó a morir."

Muy indignado le respondió Aquiles, el de los pies ligeros: "¡Oh flechador, el más funesto de todos los dioses! Me engañaste, trayéndome acá desde la muralla, cuando todavía hubieran mordido muchos la tierra antes de llegar a Ilíón. Me has privado de alcanzar una gloria no pequeña, y has salvado con facilidad a los teucros, porque no temías que luego me vengara. Y ciertamen-

te me vengaría de tí, si mis fuerzas lo permitieran."

Dijo, y muy alentado, se encaminó apresuradamente a la ciudad, como el corcel vencedor en la carrera de carros trota veloz por el campo; tan ligeramente movía Aquiles pies y rodillas.

El anciano Príamo fue el primero que con sus propios ojos le vio venir por la llanura, tan resplandeciente como el astro que en el otoño se distingue por sus vivos rayos entre muchas estrellas durante la noche oscura y recibe el nombre de perro de Orión, el cual, con ser brillantísimo constituye una señal funesta, porque trae excesivo calor a los míseros mortales; de igual manera centelleaba el bronce sobre el pecho del héroe, mientras éste corría. Gimió el viejo, golpeóse la cabeza con las manos levantadas y profirió grandes voces y lamentos, dirigiendo súplicas a su hijo. Héctor continuaba inmóvil ante las puertas y sentía vehemente deseo de combatir con Aquiles. Y el anciano, tendiéndole los brazos, le decía en tono lastimero:

"¡Héctor, hijo querido! No aguardes, solo y lejos de los amigos, a ese hombre, para que no mueras presto a manos del Pelida, que es mucho más vigoroso. ¡Cruel! Así fuera tan caro a los dioses como a mí: pronto se lo comerían, tendido en el suelo, los perros y los buitres, y mi cora

zón se libraría del terrible pesar. Me ha privado de muchos y valientes hijos, matando a unos y vendiendo a otros en remotas islas. Y ahora que los teucros se han encerrado en la ciudad, no acierto a ver a mis dos hijos Licaón y Polidoro, que parió Laótoe, ilustre entre las mujeres. Si están vivos en el ejército, los rescataremos con oro y bronce, que todavía lo hay en el palacio; pues a Laótoe la dotó espléndidamente su anciano padre, el ínclito Altes. Pero si han muerto y se hallan en la morada de Plutón, el mayor dolor será para su madre y para mí, que los engendramos; porque el del pueblo durará menos, si no mueres tú, vencido por Aquiles. Ven adentro del muro, hijo querido, para que salves a los troyanos y a las troyanas; y no quieras proporcionar inmensa gloria al Pelida y perder tú mismo la existencia. Compadécete también de mí, de este infeliz y desgraciado que aún conserva la razón; pues el padre Saturnio me hará perecer en la senectud y con aciaga suerte, después de presenciar muchas desventuras: muertos mis hijos, esclavizadas mis hijas, destruidos los tálamos, arrojados los niños por el suelo en el terrible combate y las nueras arrastradas por las funestas manos de los aqueos. Y cuando, por fin, alguien me deje sin vida los miembros, hiriéndome con el agudo bronceo con arma arrojadiza, los voraces perros que con

comida de mi mesa crié en el palacio para que lo guardasen, despedazarán mi cuerpo en la parte exterior, beberán mi sangre, y saciado el apetito, se tenderán en el pórtico. Yacer en el suelo, habiendo sido atravesado en la lid por el agudo bronce, es decoroso para un joven, y cuanto de él pueda verse, todo es bello, a pesar de la muerte; pero que los perros destruyan la cabeza y la barba encanecida y las vergüenzas de un anciano muerto en la guerra, es lo más triste de cuanto les puede ocurrir a los miserables mortales."

Así se expresó el anciano, y con las manos se arrancaba de la cabeza muchas canas, pero no logró persuadir a Héctor. La madre de éste, que en otro sitio se lamentaba llorosa, desnudó el seno, mostróle el pecho, y derramando lágrimas, dijo estas aladas palabras:

"¡Héctor! ¡Hijo mío! Respetá este seno y apíate de mí. Si en otro tiempo te daba el pecho para acallar tu lloro, acuérdate de tu niñez, hijo amado; y penetrando en la muralla, rechaza desde la misma a ese enemigo y no salgas a su encuentro. ¡Cruel! Si te mata, no podré llorarte en tu lecho, querido pimpollo a quien parí y tampoco podrá hacerlo tu rica esposa; porque los veloces perros te devorarán muy lejos de nosotras, junto a las naves argivas."

De esta manera Príamo y Hécuba hablaban a su hijo, llorando y dirigiéndole muchas súplicas, -- sin que lograsen persuadirle, pues Héctor seguía aguardando a Aquiles, que ya se acercaba. Como -- silvestre dragón que, habiendo comido hierbas venenosas, espera ante su guarida a un hombre y con feroz cólera echa terribles miradas y se enrosca en la entrada de la cueva; así Héctor, con inextinguible valor, permanecía quieto, desde que arrimó el terso escudo a la torre prominente. Y gimiendo, a su magnánimo espíritu le decía:

"¡Ay de mí! Si traspongo las puertas y el -- muro, el primero en dirigirme reproches será Polidamante, el cual me aconsejaba que trajera el -- ejército a la ciudad la noche en que Aquiles decidió volver a la pelea. Pero yo no me dejé persuadir -- mucho mejor hubiera sido aceptar su consejo --, y ahora que he causado la ruina del ejército con mi imprudencia, temo a los troyanos y a las troyanas, de rozagantes peplos, y que alguien menos valiente que yo exclame: Héctor, fiado en su pujanza, perdió las tropas. Así hablarán; y preferible fuera volver a la población después de matar a Aquiles; o morir gloriosamente ante la misma. ¡Y si ahora, dejando en el suelo el abollonado escudo y el fuerte casco y apoyando la pica -- contra el muro, saliera al encuentro de Aquiles, --

le dijera que permitía a los Atridas llevarse a Helena y las riquezas que Alejandro trajo a Ilión en las cóncavas naves, que esto fue lo que originó la guerra, y le ofreciera repartir a los aqueos la mitad de lo que la ciudad contiene; y más tarde tomara juramento a los troyanos de que, sin ocultar nada, formarían dos lotes con cuantos bienes existen dentro de esta hermosa ciudad?... Mas ¿por qué en tales cosas me hace pensar el corazón? No, no iré a suplicarle; que, sin tenerme compasión ni respeto, me mataría inerme, como a una mujer, tan pronto como dejara las armas. Imposible es conversar con él desde lo alto de una encina o de una roca, como un mancebo y una doncella: sí, como un mancebo y una doncella suelen conversar. Mejor será empezar el combate, para que veamos pronto a quién el Olímpico concede la victoria."

Tales pensamientos revolvía en su mente, sin moverse de aquel sitio, cuando se le acercó Aquiles, cual si fuese Marte, el impetuoso luchador, con el terrible fresno del Pelión sobre el hombro derecho y el cuerpo protegido por el bronce, que brillaba como el resplandor del encendido fuego o del sol naciente. Héctor, al verle, se echó a temblar y ya no pudo permanecer allí, sino que dejó las puertas y huyó espantado. Y el Pelida, confiando en sus pies ligeros, corrió en seguimien-

to del mismo, Como en el monte el gavilán, que es el ave más ligera, se lanza con fácil vuelo tras la tímida paloma: ésta huye con tortuosos giros y aquél la sigue de cerca, dando agudos graznidos y acometiéndola repetidas veces, porque su ánimo le incita a cogerla: así Aquiles volaba enardecido y Héctor movía las ligeras rodillas huyendo azorado en torno de la muralla de Troya. Corrían siempre por la carretera, fuera del muro, dejando a sus espaldas la atalaya y el lugar ventoso donde estaba el cabrahigo; y llegaron a los dos cristalinos-manantiales, que son las fuentes del Janto voraginoso. El primero tiene el agua caliente y lo cubre el humo como si hubiera allí un fuego abrasador; el agua que del segundo brota es en el verano como el granizo, la fría nieve o el hielo. Cerca de ambos hay unos lavaderos de piedra, grandes y hermosos, donde las esposas y las bellas hijas de los troyanos solían lavar sus magníficos vestidos en tiempo de paz, antes que llegaran los aqueos. Por allí pasaron, el uno huyendo y el otro persiguiéndole: delante, un valiente huía, pero otro más fuerte le perseguía con ligereza; porque la contienda no era sobre una víctima o una piel de buey, premios que suelen darse a los vencedores en la carrera, sino sobre la vida de Héctor, domador de caballos. Como los solípedos corceles que toman

parte en los juegos en honor de un difunto, corren velozmente en torno de la meta donde se ha colocado como premio importante un trípode o una mujer; de semejante modo, aquéllos dieron tres veces la vuelta a la ciudad de Príamo, corriendo con ligera planta. Todas las deidades los contemplaban. Y Júpiter, padre de los hombres y de los dioses, comenzó a decir:

"¡Oh dioses! Con mis ojos veo a un caro varón perseguido en torno del muro. Mi corazón se compadece de Héctor, que tantos muslos de buey ha quemado en mi obsequio en las cumbres del Ida, en valles abundoso, y en la ciudadela de Troya; y ahora el divino Aquiles le persigue con sus ligeros pies en derredor de la ciudad de Príamo. Ea, deliberad, oh dioses, y decidid si le salvaremos de la muerte o dejaremos que, a pesar de ser esforzado, sucumba a manos del Pelida Aquiles."

Respondióle Minerva, la diosa de los brillantes ojos: "¡Oh padre, que lanzas el ardiente rayo y amontonas las nubes! ¿Qué dijiste? ¿De nuevo quieres librar de la muerte horripunda a ese hombre mortal, a quien tiempo ha que el hado condenó a morir? Hazlo, pero no todos los dioses te lo aprobaremos."

Contestó Júpiter, que amontona las nubes:

"Tranquilízate, Tritogenia, hija querida. No hablo

con ánimo benigno, pero contigo quiero ser complaciente. Obra conforme a tus deseos y no desistas."

Con tales voces instigóle a hacer lo que ella misma deseaba, y Minerva bajó en raudo vuelo de las cumbres del Olimpo.

En tanto, el veloz Aquiles perseguía y estrechaba sin cesar a Héctor. Como el perro va en el monte por valles y cuevas tras el cervatillo que levantó de la cama, y si éste se esconde, azorado, debajo de los arbustos, corre aquél rastreando hasta que nuevamente lo descubre; de la misma manera, el Pelida, de pies ligeros, no perdía de vista a Héctor. Cuantas veces el troyano intentaba encaminarse a las puertas Dardanias, al pie de las torres bien construidas, por si desde arriba le socorrían disparando flechas, otras tantas Aquiles, adelantándosele, le apartaba hacia la llanura, y aquél volaba sin descanso cerca de la ciudad. Como en sueños ni el que persigue puede alcanzar al perseguido, ni éste huir de aquél; de igual manera, ni Aquiles con sus pies podía dar alcance a Héctor, ni Héctor escapar de Aquiles. ¿Y cómo Héctor se hubiera librado entonces de la muerte que le estaba destinada, si Apolo, acercándosele por la postrera y última vez, no le hubiese dado fuerzas y agilitado sus rodillas?

El divino Aquiles hacía con la cabeza se-

ñas negativas a los guerreros, no permitiéndoles disparar amargas flechas contra Héctor: no fuera que alguien alcanzara la gloria de herir al caudillo y él llegase el segundo. Mas cuando en la cuarta vuelta llegaron a los manantiales, el padre Jove tomó la balanza de oro, puso en la misma dos suertes - la de Aquiles y la de Héctor, domador de caballos - para saber a quién estaba reservada la dolorosa muerte; cogió por el medio la balanza, la desplegó, y tuvo más peso el día fatal de Héctor, que descendió hasta el Orco. Al instante Febo Apolo desamparó al troyano. Minerva, la diosa de los brillantes ojos, se acercó al Peleida, y le dijo estas aladas palabras:

"Espero, oh esclarecido Aquiles, caro a Júpiter, que nosotros dos proporcionaremos a los aqueos inmensa gloria, pues al volver a las naves habremos muerto a Héctor, aunque sea infatigable en la batalla. Ya no se nos puede escapar, por más cosas que haga el flechador Apolo, postrándose a los pies del padre Jove, que lleva la égida. Párate y respira; e iré a persuadir a Héctor para que luche contigo frente a frente."

Así habló Minerva. Aquiles obedeció, con el corazón alegre, y se detuvo en seguida, apoyándose en el arrimo de la pica de asta de fresno y broncínea punta. La diosa dejóle y fue a encon-

trar al divino Héctor. Y tomando la figura y la voz infatigable de Deífobo, llegóse al héroe y pronunció estas aladas palabras:

"¡Mi buen hermano! Mucho te estrecha el velloz Aquiles, persiguiéndote con ligero pie alrededor de la ciudad de Príamo. Ea, detengámonos y rechazemos su ataque."

Respondióle el gran Héctor, de tremolante casco: "¡Deífobo! Siempre has sido para mí el hermano predilecto entre cuantos somos hijos de Hécuba y de Príamo; pero desde ahora me propongo verte en mayor aprecio, porque al verme con tus ojos osaste salir del muro y los demás han permanecido dentro."

Contestó Minerva, la diosa de los brillantes ojos: "¡Mi buen hermano! El padre, la venerable madre y los amigos abrazábanme las rodillas y me suplicaban que me quedara con ellos - ide tal modo tiemblan todos; - pero mi ánimo se sentía atormentado por grave pesar. Ahora peleemos con brío y sin dar reposo a la pica, para que veamos si Aquiles nos mata y se lleva nuestros sangrientos despojos a las cóncavas naves o sucumbe vencido por tu lanza."

Así diciendo, Minerva, para engañarle, empezó a caminar. Cuando ambos guerreros se hallaron frente a frente, dijo el primero el gran Héctor,

de tremolante casco:

"No huiré más de ti, oh hijo de Peleo, como hasta ahora. Tres veces di la vuelta, huyendo, en torno de la gran ciudad de Príamo, sin atreverme nunca a esperar tu acometida. Mas ya mi ánimo me impele a afrontarte, ora te mate, ora me mates - tú. Ea, pongamos a los dioses por testigos, que serán los mejores y los que más ciudarán de que se cumplan nuestros pactos: Yo no te insultaré - cruelmente, si Jove me concede la victoria y logro quitarte la vida; pues tan luego como te haya despojado de las magníficas armas, oh Aquiles, entregaré el cadáver a los aqueos. Obra tú conmigo de la misma manera."

Mirándole con torva faz, respondió Aquiles, el de los pies ligeros: "¡Héctor, a quien no puedo olvidar! No me hables de convenios. Como no es posible que haya fieles alianzas entre los -- leones y los hombres, ni que estén de acuerdo -- los lobos y los corderos, sino que piensan continuamente en causarse daño unos a otros; tampoco puede haber entre nosotros ni amistad ni pactos, hasta que caiga uno de los dos y sacie de sangre a Marte, infatigable combatiente. Revístete de toda clase de valor, porque ahora te es muy preciso obrar como belicoso y esforzado campeón. Ya no te puedes escapar. Palas Minerva te hará su -

cumplir pronto, herido por mi lanza, y pagarás todos juntos los dolores de mis amigos, a quienes mataste cuando manejabas furtosamente la pica."

En diciendo esto, blandió y arrojó la fornida lanza. El esclarecido Héctor, al verla venir, se inclinó para evitar el golpe: clavóse aquella en el suelo, y Palas Minerva la arrancó y devolvió a Aquiles, sin que Héctor, pastor de hombres, lo advirtiese. Y Héctor dijo al eximio Pelida:

"¡Erraste el golpe, deiforme Aquiles! Nada te había revelado Júpiter acerca de mi destino, como afirmabas: has sido un hábil forjador de engañosas palabras, para que, temiéndote, me olvidara de mi valor y de mi fuerza. Pero no me clavarás la pica en la espalda, huyendo de ti: atraviésame el pecho cuando animoso y frente a frente te acometa, si un dios te lo permite. Y ahora guárdate de mi broncínea lanza. ¡Ojalá que todo su hierro se escondiera en tu cuerpo! La guerra sería más liviana para los teucros, si tú murieses, porque eres su mayor azote."

Así habló; y blandiendo la ingente lanza, - despidióla sin errar el tiro; pues dio un bote - en el escudo del Pelida. Pero la lanza fue rechazada por la rodela, y Héctor se irritó al ver -- que aquella había sido arrojada inútilmente por su brazo; paróse, bajando la cabeza, pues no te-

nía otra lanza de fresno; y con recia voz llamó a Deífobo, el de luciente escudo, y le pidió -- una larga pica. Deífobo ya no estaba a su vera. Entonces Héctor comprendiólo todo, y exclamó:

"¡Oh! Ya los dioses me llaman a la muerte. Creía que el héroe Deífobo se hallaba conmigo, pero está dentro del muro, y fue Minerva quien me engañó. Cercana tengo la perniciosa muerte, que ni tardará ni puedo evitarla. Así les habrá placido que sea, desde hace tiempo, a Júpiter y a su hijo, el Flechador; los cuales, benévolo para conmigo, me salvaban de los peligros. Cumplióse mi destino. Pero no quisiera morir cobardemente y sin gloria; sino realizando algo grande que llegara a conocimiento de los venideros."

Esto dicho, desenvainó la aguda espada, -- grande y fuerte, que llevaba al costado. Y encogiéndose, se arrojó como el águila de alto vuelo se lanza a la llanura, atravesando las pardas nubes, para arrebatarse la tierna cordillera o la tímida liebre; de igual manera arremetió Héctor, blandiendo la aguda espada. Aquiles embistióle, a su vez, con el corazón rebotante de feroz cólera: defendía su pecho con el magnífico escudo labrado, y movía el luciente casco de cuatro abolladuras, haciendo ondear las bellas-

y abundantes crines de oro que Vulcano colocara -- en la cimera. Como el véspero, que es el lucero -- más hermoso de cuantos hay en el cielo, se presenta rodeado de estrellas en la obscuridad de la noche; de tal modo brillaba la pica de larga punta -- que en su diestra blandía Aquiles, mientras pensaba en causar daño al divino Héctor y miraba -- cuál parte del hermoso cuerpo del héroe ofrecería menos resistencia. Este lo tenía protegido por -- la excelente armadura que quitó a Patroclo después de matarle, y sólo quedaba descubierto el lugar en que las clavículas separan el cuello de -- los hombros, la garganta, que es el sitio por -- donde más pronto sale el alma: por allí el divino Aquiles envasóle la pica a Héctor, que ya le atacaba, y la punta, atravesando el delicado cuello, asomó por la nuca. Pero no le cortó el garguero -- con la pica de fresno que el bronce hacía ponderosa, para que pudiera hablar algo y responderle. Héctor cayó en el polvo, y el divino Aquiles se jactó del triunfo, diciendo:

"¡Héctor! Cuando despojabas el cadáver de Patroclo, sin duda te creíste salvado y no me temiste a mí porque me hallaba ausente. ¡Necio! Quedaba yo como vengador, mucho más fuerte que él, en las cóncavas naves, y te he quebrado las rodillas. A tí los perros y las aves te despedazarán ignomi

niosamente, y a Patroclo los aqueos le harán honras fúnebres."

Con lánguida voz respondióle Héctor, el detremolante casco: "Te lo ruego por tu alma, por tus rodillas y por tus padres: ¡No permitas que los perros me despedacen y devoren junto a las naves aqueas! Acepta el -- bronce y el oro que en abundancia te darán mi padre y -- mi venerada madre, y entrega a los míos el cadáver para que lo lleven a mi casa, y los troyanos y sus esposas lo pongan en la pira."

Mirándole con torva faz, le contestó Aquiles, el de los pies ligeros: "No me supliques, -- ¡perro!, por mis rodillas ni por mis padres. Ojalá el furor y el coraje me incitaran a cortar -- tus carnes y a comérmelas crudas. ¡Tales agravios me has inferido! Nadie podrá apartar de tu cabeza a los perros, aunque me den diez o veinte veces el debido rescate y me prometan más, aunque Príamo Dardánida ordene redimirte a peso de oro; ni aun así, la venerada madre que te dio a luz -- te pondrá en un lecho para llorarte, sino que -- los perros y las aves de rapiña destrozarán tu cuerpo."

Contestó, ya moribundo, Héctor, el de tremolante casco: "Bien te conozco, y no era posible -- que te persuadiese, porque tienes en el pecho un corazón de hierro. Guárdate de que atraiga sobre

ti la cólera de los dioses, el día en que Paris y Febo Apolo te harán perecer, no obstante tu valor, en las puertas Esceas."

Apenas acabó de hablar, la muerte le cubrió con su manto: el alma voló de los miembros y descendió al Orco, llorando su suerte, porque dejaba un cuerpo vigoroso y joven. Y el divino Aquiles le dijo, aunque muerto le viera:

"¡Muere! Y yo perderé la vida cuando Júpiter y los demás dioses inmortales dispongan que se -- cumpla mi destino."

Dijo; arrancó del cadáver la broncínea lanza y, dejándola a un lado, quitóle de los hombros -- las ensangrentadas armas. Acudieron presurosos -- los demás aqueos, admiraron todos el continente y la arrogante figura de Héctor y ninguno dejó de -- herirle. Y hubo quien, contemplándole, habló así a su vecino:

"¡Oh dioses! Héctor es ahora mucho más blando en dejarse palpar que cuando incendió las naves con el ardiente fuego."

Así algunos hablaban, y acercándose le herían. El divino Aquiles, ligero de pies, tan pronto como hubo despojado el cadáver, se puso en medio de los aqueos y pronunció estas aladas palabras:

"¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los --

argivos! Ya que los dioses nos concedieron vencer a ese guerrero que causó mucho más daño que todos los otros juntos, ea, sin dejar las armas cerquemos la ciudad para conocer cuál es el propósito de los troyanos: si abandonarán la ciudadela por haber sucumbido Héctor, o se atreverán a quedarse todavía a pesar de que éste ya no existe. Mas ¿por qué en tales cosas me hace pensar el corazón? En las naves yace Patroclo muerto, insepulto y no llorado; y no le olvidaré, en tanto me halle entre los vivos y mis rodillas se muevan; y si en el Orco se olvida a los muertos, aun allí me acordaré del compañero amado. Ahora, ea, volvamos, -- cantando el peán, a las cóncavas naves, y llevémos nos este cadáver. Hemos ganado una gran victoria: -- matamos al divino Héctor, a quien dentro de la -- ciudad los troyanos dirigían votos cual si fuese un dios."

Dijo; y para tratar ignominiosamente al divino Héctor, le horadó los tendones de detrás de ambos pies desde el tobillo hasta el talón; introdujo correas de piel de buey, y le ató al carro, de modo que la cabeza fuese arrastrando; luego, recogiendo la magnífica aramadura, subió y picó a los caballos para que arrancaran, y éstos volaron gozosos. Gran polvareda levantaba el cadáver mientras era arrastrado: la negra cabellera se espar-

cía por el suelo, y la cabeza, antes tan graciosa, se hundía en el polvo; porque Júpiter la entregó entonces a los enemigos, para que allí, en su misma patria, la ultrajara.

Así la cabeza de Héctor se manchaba de polvo. La madre, al verlo, se arrancaba los cabellos; y arrojando de sí el blanco velo, prorrumpió en -- tristísimos sollozos. El padre suspiraba lastimeramente, y alrededor de él y por la ciudad el pueblo gemía y se lamentaba. No parecía sino que la excelsa Ilión fuese desde su cumbre devorada por el fuego. Los guerreros apenas podían contener al anciano, que, excitado por el pesar, quería salir por las puertas Dardanias; y revolcándose en el lodo, les suplicaba a todos llamándoles por sus respectivos nombres:

"Dejadme, amigos, por más intranquilos que estéis; permitid que, saliendo solo de la ciudad; vaya a las naves aqueas y ruegue a ese hombre pernicioso y violento: acaso respete mi edad y se apiade de mi vejez. Tiene un padre como yo, Peleo, el cual le engendró y crió para que fuese una plaga de los troyanos; pero es a mí a quien ha causado más pesares. ¡A cuántos hijos míos mató, que se hallaban en la flor de la juventud! Pero no me lamento tanto por ellos, aunque su suerte me haya afligido, como por uno cuya pérdida me causa el --

vivo dolor que me precipitará al Orco: por Héctor, que hubiera debido morir en mis brazos, y entonces nos hubiésemos saciado de llorarle y plañirle la infortunada madre que le dio a luz y yo mismo."

Así habló, llorando, y los ciudadanos suspiraron. Y Hécuba comenzó entre las troyanas el funeral lamento:

"¡Oh hijo! ¡Ay de mí, desgraciada! ¿Por qué viviré después de padecer terribles penas y de haber muerto tú? Día y noche eras en la ciudad motivo de orgullo para mí y el baluarte de los troyanos y troyanas, que te saludaban como a un dios. Vivo, constituías una excelsa gloria para ellos; pero ya la muerte y el hado te alcanzaron."

Así dijo, llorando. La esposa de Héctor nada sabía, pues ningún mensajero le llevó la noticia de que su marido se quedara fuera del muro; y en lo más hondo del alto palacio tejía una tela doble y purpúrea, que adornaba con labores de varios colores. Había mandado a las esclavas de hermosas trenzas que pusieran al fuego un trípode grande, para que Héctor se bañase en agua tibia al volver de la batalla. ¡Insensata! Ignoraba que Minerva, la de brillantes ojos, le había hecho sucumbir lejos del baño a manos de Aquiles. Pero oyó gemidos y lamentaciones que venían de la torre, estremeciéronse sus miembros, y la lanzadera

le cayó al suelo. Y al instante dijo a las esclavas de hermosas trenzas:

"Venid, seguidme dos; voy a ver qué ocurre. Oí la voz de mi venerable suegra; el corazón me salta en el pecho hacia la boca y mis rodillas se entumescen; algún infortunio amenaza a los hijos de Príamo. ¡Ojalá que tal noticia nunca llegue a mis oídos! Pero mucho temo que el divino Aquiles haya separado de la ciudad a mi Héctor audaz, le persiga a él solo por la llanura y acabe con el funesto valor que siempre tuvo; porque jamás en la batalla se quedó entre la turba de los combatientes sino que se adelantaba mucho y en bravura a nadie cedía."

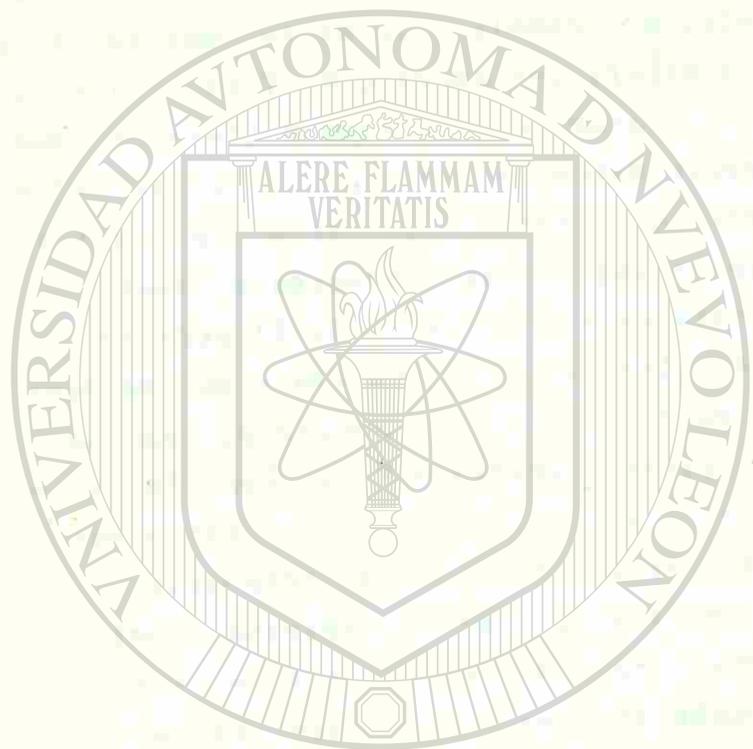
Dicho esto, salió apresuradamente del palacio como una loca, palpitándole el corazón; y dos esclavas la acompañaron. Mas, cuando llegó a la torre y a la multitud de gente que allí se encontraba, se detuvo, y desde el muro registró el campo: en seguida vio que los veloces caballos arrastraban cruelmente el cadáver de Héctor fuera de la ciudad, hacia las cóncavas naves de los aqueos: las tinieblas de la noche velaron sus ojos, cayó de espaldas y se le desmayó el alma. Arrancóse de su cabeza los vistosos lazos, la diadema, la red cilla, la trenzada cinta y el velo que la dorada Venus le había dado el día en que Héctor se la

llevó del palacio de Eetión, constituyéndole una gran dote. A su alrededor hallábanse muchas cuñadas y concuñadas suyas, las cuales la sostenían aturdida como si fuera a perecer. Cuando volvió en sí y recobró el aliento, lamentándose con desconsuelo, dijo entre las troyanas:

"¡Héctor! ¡Ay de mí, infeliz! Ambos nacimos con la misma suerte, tú en Troya, en el palacio de Príamo; yo en Tebas, al pie del selvoso Placo, en el alcázar de Eetión, el cual me crió cuando niña para que fuese desventurada como él. ¡Ojalá no me hubiera engendrado! Ahora tú descienes a la mansión del Orco, en el seno de la tierra, y me dejas en el palacio viuda y sumida en triste duelo. Y el hijo, aún infante, que engendramos tú y yo infortunados... Ni tú serás su amparo, oh Héctor, pues has fallecido; ni él el tuyo. Si es capa con vida de la luctuosa guerra de los aqueos, tendrá siempre fatigas y pesares; y los demás se apoderarán de sus campos, cambiando de sitio los mojones. El mismo día en que un niño queda huérfano, pierde todos los amigos; y en adelante va cabizbajo y con las mejillas bañadas en lágrimas. Obligado por la necesidad, dirígese a los amigos de su padre, tirándoles ya del manto ya de la túnica; y alguno, compadecido, le alarga un vaso pequeño con el cual mojará los

labios, pero no llegará a humedecer la garganta. El niño que tiene los padres vivos le echa del festín, dándole puñadas e increpándolo con injuriosas voces: "¡Vete, enhoramala! -le dice-, que tu padre no come a escote con nosotros". Y volverá a su madre viuda, llorando, el huérfano Astianacte, que en otro tiempo, sentado en las rodillas de su padre, sólo comía médula y grasa pingüe de ovejas, y cuando se cansaba de jugar y se entregaba al sueño, -- dormía en blanda cama, en brazos de la nodriza, -- con el corazón lleno de gozo; mas ahora que ha muerto su padre, mucho tendrá que padecer Astianacte, a quien los troyanos llamaban así porque sólo tú, oh Héctor, defendías las puertas y los altos muros. Y a ti, cuando los perros te hayan despedazado, -- los movedizos gusanos te comerán desnudo, junto a las corvas naves; habiendo en el palacio vestido -- ras finas y hermosas, que las esclavas hicieron -- con sus manos. Arrojaré todas estas vestiduras al ardiente fuego; y ya que no te aprovechen, pues no yacerás en ellas, constituirán para ti un motivo -- de gloria a los ojos de los troyanos y de las troyanas."

Tal dijo, llorando, y las mujeres gimieron.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CANTO XXIV
RESCATE DE HECTOR

Disolvióse la junta, y los guerreros se dispersaron por las naves, tomaron la cena y se regalaron con el dulce sueño. Aquiles lloraba, acordándose del compañero querido, sin que el sueño, que todo lo rinde, pudiera vencerle: daba vueltas acá y allá, y con amargura traía a la memoria el vigor y gran ánimo de Patroclo, lo que de mancomún con él llevara al cabo y las penalidades que ambos habían padecido, ora combatiendo con los hombres, ora surcando las temibles ondas. Al recordarlo, prorrumpla en abundantes lágrimas; ya se echaba de lado, ya de espaldas, ya de pechos; y al fin, levantándose, vagaba triste por la playa. Nunca le pasaba inadvertido el despuntar de la Aurora sobre el mar y sus riberas; entonces uncía al carro los ligeros corceles, y atando al mismo el cadáver de Héctor, lo arrastraba hasta dar tres vueltas al túmulo del difunto Menetfada; acto continuo volvía a reposar en la tienda, y dejaba el cadáver tendido de cara al polvo. Mas Apolo, apiadándose del varón aun después de muerto, le libraba de toda injuria y lo protegía contra la égida de oro para que Aquiles no lacerase el cuerpo mientras lo arrastraba.

De tal manera Aquiles, enojado, insultaba al divino Héctor. Compadecidos de éste los bienaventurados dioses, instigaban al vigilante Argicida a que hurtase el cadáver. A todos les placía tal propósito, menos a Juno, a Neptuno y a la virgen de los brillantes ojos, que odiaban como antes a la sagrada Ilíon, a Príamo y a su pueblo por la injuria que Alejandro infiriera a las diosas cuando fueron a su cabaña y declaró vencedora a la -- que le había ofrecido funesta liviandad. Cuando -- desde el día de la muerte de Héctor llegó la duodécima aurora, Febo Apolo dijo a los inmortales:

"Sois, oh dioses, crueles y maléficos. ¿Acaso Héctor no quemaba en honor vuestro, muslos de bueyes y cabras escogidas? Ahora, que ha perecido, no os atrevéis a salvar el cadáver y ponerlo a la vista de su esposa, de su madre, de su hijo, de su padre Príamo y del pueblo, que al momento -- lo entregarían a las llamas y le harían honras -- fúnebres; por el contrario, oh dioses, queréis favorecer al pernicioso Aquiles, el cual concibe -- pensamientos no razonables, tiene en su pecho un ánimo inflexible y medita cosas feroces, como un león que dejándose llevar por su gran fuerza y espíritu soberbio, se encamina a los rebaños de los hombres para aderezarse un festín: de igual modo -- perdió Aquiles la piedad y ni siquiera conserva --

el pudor que tanto favorece o daña a los varones. Aquel a quien se le muere un ser amado, como el hermano carnal o el hijo, al fin cesa de llorar y lamentarse; porque las Parcas dieron al hombre un corazón paciente. Mas Aquiles, después que quitó al divino Héctor la dulce vida, ata al cadáver al carro y lo arrastra alrededor del túmulo de su -- compañero querido; y esto ni a aquél le aprovecha, ni es decoroso. Tema que nos irriteamos contra él, aunque sea valiente, porque enfureciéndose insulta a lo que tan sólo es ya insensible tierra."

Respondióle irritada Juno, la de los niveos brazos: "Sería como dices, oh tú que llevas arco de plata, si a Aquiles y a Héctor los tuvierais -- en igual estima. Pero Héctor fue mortal y dióle -- el pecho una mujer; mientras que Aquiles es hijo de una diosa a quien yo misma alimenté y crié y -- casé luego con Peleo, varón cordialmente amado -- por los inmortales. Todos los dioses presencias -- teis la boda; y tú pulsaste la cítara y con los -- demás tuviste parte en el festín, ¡oh amigo de -- los malos, siempre pérfido!"

Replicó Júpiter, que amontona las nubes: -- "¡Juno! No te irrites tanto contra las deidades. No será el mismo el aprecio en que los tengamos; -- pero Héctor era para los dioses, y también para mí, el más querido de cuantos mortales viven en Ilíon,

porque nunca se olvidó de dedicarnos agradables ofrendas. Jamás mi altar careció ni de libaciones ni de víctimas, que tales son los honores que se nos deben. Desechemos la idea de robar el cuerpo del audaz Héctor; es imposible que se haga a hurto de Aquiles, porque siempre, de noche y de día, le acompaña su madre. Mas si alguno de los dioses llamase a Tetis, yo le diría a ésta lo que fuera oportuno para que Aquiles, recibiendo los dones de Priamo, restituyese el cadáver de Héctor."

Así se expresó. Levantóse Iris, de pies rápidos como el huracán, para llevar el mensaje; saltó al negro ponto entre la costa de Samos y la escarpada de Imbros, y resonó el estrecho. La diosa se lanzó a lo profundo, como desciende el plomo asido al cuerno de un buey montaraz en que se pone el anzuelo y lleva la muerte a los voraces peces. En la profunda gruta halló a Tetis y a otras muchas diosas marinas que la rodeaban: la ninfa, sentada en medio de ellas, lloraba por la suerte de su hijo, que había de perecer en la fértil Troya, lejos de la patria. Y acercándosele Iris, la de los pies ligeros, así le dijo:

"Ven, Tetis, pues te llama Júpiter, el conocedor de los eternos decretos."

Respondióle Tetis, la diosa de los argentarios pies: "¿Por qué aquel gran dios me ordena que

vaya? Me da vergüenza juntarme con los inmortales, pues son muchas las penas que conturban mi corazón. Esto no obstante, iré, para que sus palabras no resulten vanas y sin efecto."

En diciendo esto, la divina entre las diosas tomó un velo tan obscuro que no había otro que -- fuese más negro. Púsose en camino, precedida por la veloz Iris, de pies rápidos como el viento, y las olas del mar se abrían al paso de ambas deidades. Salieron éstas a la playa, ascendieron al cielo y hallaron al longividente Saturnio con los demás felices sempiternos dioses. Sentóse Tetis al lado de Júpiter, porque Minerva le cedió el sitio; y Juno le puso en la mano la copa de oro, -- que la ninfa devolvió después de haber bebido. Y el padre de los hombres y de los dioses comenzó a hablar de esta manera:

"Vienes al Olimpo, oh diosa Tetis, afligida y con el ánimo agobiado por vehemente pesar. Lo sé. Pero, aun así y todo, voy a decirte por qué te he llamado. Hace nueve días que se suscitó entre los inmortales una contienda referente al cadáver de Héctor y a Aquiles, asolador de ciudades, e instigaban al vigilante Argicida a que hurtase el muerto; pero yo prefiero dar a Aquiles la gloria de devolverlo, y conservar así tu respeto y amistad. Ve en seguida al ejército y amonesta a --

- tu hijo. Dile que los dioses están muy irritados contra él y yo más indignado que ninguno de los inmortales, porque enfureciéndose retiene a Héctor en las corvas naves y no permite que lo rediman; por sí, temiéndome, consiente que el cadáver sea rescatado. Y enviaré a la diosa Iris al magnánimo Príamo para que vaya a las naves de los aqueos y redima a su hijo, llevando a Aquiles dones que aplaquen su enojo."

Así se expresó; y Tetis, la diosa de los argentarios pies, no fue desobediente. Bajando en rápido vuelo de las cumbres del Olimpo llegó a la tienda de su hijo: éste gemía sin cesar, y sus compañeros se ocupaban diligentemente en preparar la comida, habiendo inmolado una grande y lanuda oveja. La venerada madre se sentó muy cerca del héroe, le acarició con la mano y hablóle en estos términos:

"¡Hijo mío! ¿Hasta cuándo dejarás que el llanto y la tristeza roan tu corazón, sin acordarte ni de la comida ni del concubito? Bueno es que goces del amor con una mujer, pues ya no vivirás mucho tiempo: la muerte y el hado cruel se te avecinan. Y ahora préstame atención, pues vengo como mensajera de Júpiter. Dice que los dioses están muy irritados contra ti, y él más indignado que ninguno de los inmortales, porque enfureciéndote retienes a Héctor - -

en las corvas naves y no permites que lo rediman. Ea, entrega el cadáver y acepta su rescate."

Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros: "Sea así. Quien traiga el rescate se lleve el muerto; ya que, con ánimo benévolo, el mismo Olímpico lo ha dispuesto."

De este modo, dentro del recinto de las naves, pasaban de madre a hijo muchas aladas palabras. Y en tanto, el Saturnio envió a Iris a la sagrada Ilión:

"¡Anda, ve, rápida Iris! Deja tu asiento del Olimpo, entra en Ilión y di al magnánimo Príamo que se encamine a las naves de los aqueos y rescate al hijo, llevando a Aquiles dones que aplaquen su enojo; vaya solo y ningún troyano se le junte. Acompañele un heraldo más viejo que él, para que guíe los mulos y el carro de hermosas ruedas y conduzca luego a la población el cadáver de aquel a quien mató el divino Aquiles. Ni la idea de la muerte ni otro temor alguno conturbe su ánimo; -- pues le daremos por guía al Argicida, el cual le llevará hasta muy cerca de Aquiles. Y cuando haya entrado en la tienda del héroe, éste no le matará, e impedirá que los demás lo hagan. Pues Aquiles no es insensato, ni temerario, ni perverso; y tendrá buen cuidado de respetar a un suplicante."

Tal dijo. Levantóse Iris, de pies rápidos --

como el huracán, para llevar el mensaje; y llegando al palacio de Príamo, oyó llantos y alaridos. Los hijos, sentados en el patio alrededor del padre, bañaban sus vestidos con lágrimas; y el anciano aparecía en medio, envuelto en un manto muy ceñido, y tenía en la cabeza y en el cuello abundante estiércol que al revolcarse por el suelo había recogido con sus manos. Las hijas y nueras se lamentaban en el palacio, recordando los muchos varones esforzados que yacían en la llanura por haber dejado la vida en manos de los argivos. La mensajera de Júpiter se detuvo cerca de Príamo y hablándole quedo, mientras al anciano un temblor le ocupaba los miembros, así le dijo:

"Cobra ánimo, Príamo Dardánida, y no te espantes; que no vengo a presagiarte males, sino a participarte cosas buenas: soy mensajera de Júpiter, que aun estando lejos, se interesa mucho por ti y te compadece. El Olímpico te manda rescatar al divino Héctor, llevando a Aquiles dones que aplaquen su enojo: ve solo y ningún troyano se te junte. Te acompañe un heraldo más viejo que tú, para que guíe los mulos y el carro de hermosas ruedas y conduzca luego a la población el cadáver de aquel a quien mató el divino Aquiles. Ni la idea de la muerte ni otro temor alguno conturbe tu ánimo, pues tendrás por guía al Argicida, el

cual te llevará hasta muy cerca de Aquiles. Y cuando hayas entrado en la tienda del héroe, éste no te matará e impedirá que los demás lo hagan. Pues Aquiles no es ni insensato, ni temerario, ni perverso; y tendrá buen cuidado de respetar a un suplicante."

Cuando esto hubo dicho, fuese Iris, la de los pies ligeros. Príamo mandó a sus hijos que prepararan un carro de mulas, de hermosas ruedas, pusieran encima un arca y la sujetaran con sogas. Bajó después al perfumado tálamo, que era de cedro, tenía elevado techo y guardaba muchas preciosidades; y llamando a su esposa Hécuba, hablóle en estos términos:

"¡Hécuba infeliz! La mensajera del Olimpo ha venido por orden de Júpiter a encargarme que vaya a las naves de los aqueos y rescate al hijo, llevando a Aquiles dones que aplaquen su enojo. Ea, dime, ¿qué piensas acerca de esto? Pues mi mente y mi corazón me instigan a ir allá, hacia las naves, al campamento vasto de los aqueos."

Así dijo. La mujer prorrumpió en sollozos, y respondió diciendo: "¡Ay de mí! ¿Qué es de la prudencia que antes te hizo célebre entre los extranjeros y entre aquellos sobre los cuales reinas? ¿Cómo quieres ir solo a las naves de los aqueos y presentarte al hombre que te mató tantos y tan va

lientes hijos? De hierro tienes el corazón. Si ese guerrero cruel y pérfido llega a verte con sus propios ojos y te coge, ni se apiadará de ti, ni te respetará en lo más mínimo. Lloremos a Héctor sentados en el palacio, a distancia de su cadáver; ya que cuando le parí, el hado poderoso hiló de esta suerte el estambre de su vida: que habría de saciar con su carne a los veloces perros, lejos de sus padres y junto al hombre violento cuyo hígado ojalá pudiera yo comer hincando en él los dientes. Entonces quedarían vengados los insultos que he hecho a mi hijo; que éste, cuando aquél le mató, no se portaba cobardemente, sino que a pie firme defendía a los troyanos y a las troyanas de profundo seno, no pensando ni en huir ni en evitar el combate."

Contestó el anciano Príamo, semejante a un dios: "No te opongas a mi resolución, ni seas para mí un ave de mal agüero en el palacio. No me persuadirás. Si me diese la orden uno de los que en la tierra viven, aunque fuera adivino, arúspice o sacerdote, la creeríamos falsa y desconfiaríamos aún más; pero ahora, como yo mismo he oído a la diosa y la he visto delante de mí, iré y no serán ineficaces sus palabras. Y si mi destino es morir en las naves de los aqueos de broncíneas túnicas, lo acepto: que me mate Aquiles tan luego

como abrace a mi hijo y satisfaga el deseo de llorarle."

Dijo; y levantando las hermosas tapas de las arcas, cogió doce magníficos peplos, doce mantos sencillos, doce tapetes, doce bellos palios y otras tantas túnicas. Pesó luego diez talentos de oro. Y por fin sacó dos trípodes relucientes, cuatro calderas y una magnífica copa que los tracios le dieron cuando fue, como embajador, a su país, y era un soberbio regalo; pues el anciano no quiso dejarla en el palacio a causa del vehemente deseo que tenía de rescatar a su hijo. Y volviendo al pórtico, echó afuera a los troyanos, increpándolos con injuriosas palabras:

"¡Idos enhoramala, hombres infames y vituperables! ¿Por ventura no hay llanto en vuestra casa, que venís a afligirme? ¿O creéis que son pocos los pesares que Jove Saturnio me envía, con hacerme perder un hijo valiente? También los probaréis vosotros. Muerto él, será mucho más fácil que los argivos os maten. Pero antes que con estos ojos vea la ciudad tomada y destruida, descienda yo a la mansión del Orco."

Dijo; y con el cetro echó a los hombres. Estos salieron, apremiados por el anciano. Y en seguida Príamo reprendió a sus hijos Heleno; Paris, Agatón divino, Pamón, Antifono, Polites, valiente

en la pelea, Deífobo, Hipótoo y el fuerte Dío: a los nueve los increpó y dio órdenes, diciendo:

"¡Daos prisa, malos hijos, ruines! ¡Ujalé que en lugar de Héctor hubieseis muerto todos en las veleras naves. ¡Ay de mí, desventurado, que engendré hijos valentísimos en la vasta Troya, y ya puedo decir que ninguno me queda! Al divino Méstor, a Troilo, que combatía en carro, y a Héctor, que era un dios entre los hombres y no parecía hijo de un mortal, sino de una divinidad, Marte les hizo perecer; y restan los que son indignos, embusteros, danzarines, señalados únicamente en los coros y hábiles en robar al pueblo: corderos y cabritos. Pero ¿no me prepararéis al instante el carro, poniendo en él todas estas cosas, para que emprendamos el camino?"

Así les habló. Ellos, temiendo reconvención del padre, sacaron un carro de mulas, de hermosas ruedas, magnífico, recién construido; pusieron encima el arca, que ataron bien; descolgaron del clavo el corvo yugo de madera de boj, provisto de anillos, y tomaron una correa de nueve cordos que servía para atarlo. Colocaron después el yugo sobre la parte anterior de la lanza, metieron el anillo en su clavija, y sujetaron a aquél, atándolo con la correa, a la cual hicieron dar tres vueltas a cada lado y cuyos extremos reunie

ron en un nudo. Luego fueron sacando de la cámara y acomodando en el carro los innumerables dones para el rescate de Héctor; uncieron los mulos de tiro, de fuertes cascos, que en otro tiempo regalaban los misios a Príamo como espléndido presente, y acercaron al yugo dos corceles, a los cuales el anciano en persona daba de comer en pulimentado pesebre.

Mientras el heraldo y Príamo, prudentes ambos uncían los caballos en el alto palacio, acercóseles Hécula, con ánimo abatido, llevando en su diestra una copa de oro, llena de dulce vino para que hicieran la libación antes de partir; y deteniéndose ante el carro, dijo a Príamo:

"Toma, haz libación al padre Júpiter y suplécale que puedas volver del campamento de los enemigos a tu casa; ya que tu ánimo te incita a ir a las naves contra mi deseo. Ruega, pues a Júpiter - Ideo, el dios de las sombrías nubes, que desde lo alto contempla la ciudad de Troya, y pídele que haga aparecer a tu derecha su veloz mensajera, el ave que le es más cara y cuya fuerza es inmensa, para que en viéndola con tus propios ojos, vayas, alentado por el agüero, a las naves de los dánaos, de rápidos corceles. Y si el longividente Júpiter no te enviara su mensajera, yo no te aconsejaría que fueras a las naves de los argivos por mucho -

que lo desees."

Respondióle el deiforme Príamo: "¡Mujer! No dejaré de obrar como me recomiendas. Bueno es levantar las manos a Júpiter para que de nosotros se apiade."

Dijo así el anciano, y mandó a la esclava -- despenjera que le diese agua limpia a las manos. Presentóse la cautiva con una fuente y un jarro. Y Príamo, así que se hubo lavado, recibió la copa de manos de su esposa; oró, de pie, en medio del patio; libó el vino, alzando los ojos al cielo, y pronunció estas palabras:

"¡Padre Júpiter, que reinas desde el Ida, -- gloriosísimo, máximo! Concédeme que al llegar a la tienda de Aquiles le sea grato y de mí se apiade; y haz que aparezca a mi derecha tu veloz mensajera, el ave que te es más cara y cuya fuerza es inmensa, para que después de verla con mis propios ojos vaya, alentado por el agüero, a las naves de los dánaos, de rápidos corceles."

Tal fue su plegaria. Oyóla el pródigo Júpiter, y al momento envió la mejor de las aves agoreras, un águila rapaz de color obscuro, conocida con el nombre de "perción". Cuanta anchura suele tener en la casa de un rico la puerta de la cámara de alto techo, bien adaptada al marco y asegurada por un cerrojo; tanto espacio ocupaba con sus --

alas, desde el uno al otro extremo, el águila que apareció volando a la derecha por cima de la ciudad. Al verla, todos se alegraron y la confianza renació en sus pechos.

El anciano subió presuroso al carro y lo -- guió a la calle, pasando por el vestibulo y el -- pórtico sonoro. Iban delante los mulos que arrastraban el carro de cuatro ruedas, y eran gobernados por el prudente Ideo; seguían los caballos, que el viejo aguijaba con el látigo para -- que atravesaran prestamente la ciudad; y todos -- los amigos acompañaban al rey, derramando abundantes lágrimas, como si a la muerte caminara. Cuando hubieron bajado de la ciudad al campo, hijos y yernos regresaron a Ilión. Mas al atravesar Príamo y el heraldo la llanura, no dejó de advertirlo Júpiter, que vio al anciano y se compadeció de él. Y llamando en seguida a su hijo Mercurio, hablóle de esta manera:

"¡Mercurio! Puesto que te es grato acompañar a los hombres y oyes las súplicas del que quieres, anda, ve y conduce a Príamo a las cóncavas naveaqueas, de suerte que ningún dánao le vea hasta -- que haya llegado a la tienda del Pelida."

Así habló. El mensajero Argicida no fue desobediente: calzóse al instante los áureos divinos -- talaros que le llevaban sobre el mar y la tierra --

inmensa con la rapidez del viento, y tomó la vara con la cual adormece a cuantos quiere o despierta a los que duermen. Llevándola en la mano, el poderoso Argicida emprendió el vuelo, llegó muy pronto a Troya y al Helesponto, y echó a andar, transfigurado en un joven príncipe a quien comienza a salir el bozo y está graciosísimo en la flor de la juventud.

Cuando Príamo y el heraldo llegaron más allá del gran túmulo de Ilo, detuvieron los mulos y los caballos para que bebiesen en el río. Ya se iba haciendo noche sobre la tierra. Advirtió el heraldo la presencia de Mercurio, que estaba junto a él, y hablando a Príamo le dijo:

"Atiende Dardánida, pues el lance que se presenta requiere prudencia. Veo a un hombre y me figuro que en seguida nos matará. Ea, huyamos en el carro, o supliquémosle, abrazando sus rodillas, para ver si se apiada de nosotros."

Esto dijo. Turbóse al anciano la razón, sintió un gran terror, se le erizó el pelo en los flexibles miembros y quedó estupefacto. Entonces el benéfico Mercurio se llegó al viejo, tomóle por la mano y le interrogó diciendo:

"¿Adónde, padre mío, diriges estos caballos y mulos durante la noche divina, mientras duermen los demás mortales?. ¿No temes a los aqueos, que-

respiran valor, los cuales te son malévolos y enemigos y se hallan cerca de nosotros? Si alguno de ellos te viera conducir tantas riquezas en esta obscura y rápida noche, ¿qué resolución tomarías? Tú no eres joven, éste que te acompaña es también anciano, y no podrías rechazar a quien os ultrajara. Pero yo no te causaré ningún daño, y además te defendería de cualquier hombre, porque te pareces a mi padre."

Respondióle el anciano Príamo, semejante a un dios: "Así es, como dices, hijo querido. Pero alguna deidad extiende la mano sobre mí, cuando me hace salir al encuentro un caminante de tan favorable augurio como tú, que tienes cuerpo y aspectos dignos de admiración y espíritu prudente, y naciste de padres felices."

Díjole a su vez el mensajero Argicida: "Sí, anciano, oportuno es cuanto acabas de decir. Pero, ea, habla y dime con sinceridad: ¿Mandas a gente extraña tantas y tan preciosas riquezas a fin de ponerlas en cobro; o ya todos abandonáis, amedrentados, la sagrada Ilíon, por haber muerto el varón más fuerte, tu hijo, que a ninguno de los aqueos cedía en el combate?"

Contestóle el anciano Príamo, semejante a un dios: "¿Quién eres, hombre excelente, y cuáles los padres de que naciste, que con tanta oportuni-

dad has mencionado la muerte de mi hijo infeliz?"

Replicó el mensajero Argicida: "Me quieres probar, oh anciano, y por eso me preguntas por el divino Héctor. Muchas veces le vieron estos ojos -- en la batalla donde los varones se hacen ilustres, y también cuando llegó a las naves matando argivos, a quienes hería con el agudo bronce. Nosotros le admirábamos sin movernos, porque Aquiles estaba irritado contra el Atrida y no nos dejaba pelear. Pues yo soy servidor de Aquiles, con quien vine en la misma nave bien construida; desciendo de mirmidones y tengo por padre a Políctor, que es rico y anciano como tú. Soy el más joven de sus siete hijos y, como lo decidiéramos por suerte, tocóme a mi acompañar al héroe. Y ahora he venido de las naves a la llanura porque mañana los aqueos, de ojos vivos, presentarán batalla en los contornos de la ciudad; se aburren de estar ociosos, y los reyes aqueos no pueden contener su impaciencia por entrar en combate."

Respondióle el anciano Príamo, semejante a un dios: "Si eres servidor de Aquiles Pelida, ea, dime la verdad: ¿mi hijo yace aún cerca de las naves, o Aquiles lo ha desmembrado y entregado a sus perros?"

Contestóle el mensajero Argicida: "¡Oh anciano! ni los perros ni las aves lo han devorado, y-

todaya yace junto al bajel de Aquiles, dentro de la tienda. Doce días lleva de estar tendido, y ni el cuerpo se pudre, ni lo comen los gusanos que devoran a los hombres muertos en la guerra. Cuando apunta la divina Aurora, Aquiles lo arrastra sin piedad alrededor del túmulo de su compañero querido; pero ni aun así lo desfigura, y tú mismo, si a él te acercaras, te admirarías de ver cuán fresco está: la sangre le ha sido lavada, no presenta mancha alguna, y cuantas heridas recibió -- pues fueron muchos los que le envasaron el bronce --, todas se han cerrado. De tal modo los bienaventurados dioses cuidan de tu hijo, aun después de muerto, porque era muy caro a su corazón."

Así se expresó. Alegróse el anciano, y respondió diciendo: "¡Oh hijo! Bueno es ofrecer a los inmortales los debidos dones. Jamás mi hijo, si no ha sido un sueño que haya existido, olvidó en el palacio a los dioses que moran en el Olimpo, y por esto se acordaron de él en el fatal trance de la muerte. Mas, ea, recibe de mis manos esta copa, para que la guardes, y guíame con el favor de los dioses hasta que llegue a la tienda del Pelida."

Dijole a su vez el mensajero Argicida: "¡Oh anciano! quieres tentarme porque soy más joven; pero no me persuadirás con tus ruegos a que acep-

te el regalo sin saberlo Aquiles. Le temo y me da mucho miedo defraudarle: no fuera que después se me siguiese algún daño. Pero te acompañaría cuidadosamente en una velera nave o a pie, aunque fuese hasta la famosa Argos; y nadie osaría atacarte, despreciando al guía."

Así habló el benéfico Mercurio; y subiendo al carro, recogió al instante el látigo y las riendas e infundió gran vigor a los corceles y mulos. Cuando llegaron al foso y a las torres que protegían las naves, los centinelas comenzaban a preparar la cena, y el mensajero Argicida los adormeció a todos; en seguida abrió la puerta, descorriendo los cerrojos, e introdujo a Príamo y el carro que llevaba los espléndidos regalos. Llegaron, por fin, a la alta tienda que los mirmidones habían construido para el rey con troncos de abeto, techándola con frondosas cañas que cortaron en la pradera: rodeábala una gran cerca de muchas estacas y tenía la puerta asegurada por una barra de abeto que quitaban o ponían tres aqueos juntos, y sólo Aquiles la descorría sin ayuda. Entonces el benéfico Mercurio abrió la puerta e introdujo al anciano y los presentes para el Pelida, el de los pies ligeros. Y apeándose del carro, dijo a Príamo:

"¡Oh anciano! Yo soy un dios inmortal, soy -

Mercurio; y mi padre me envió para que fuese tu-guía. Me vuelvo antes de llegar a la presencia de Aquiles, pues sería indecoroso que un dios inmortal se tomara públicamente tanto interés por los mortales. Entra tú, abraza las rodillas del Pelida, y suplicale por su padre, por su madre de hermosa cabellera y por su hijo, a fin de que conmuevas su corazón."

Cuando esto hubo dicho, Mercurio se encaminó al vasto Olimpo. Príamo saltó del carro a tierra, dejó a Ideo para que cuidase de los caballos y mulos, y fue derecho a la tienda en que moraba Aquiles, caro a Júpiter. Hallóle solo -sus amigos estaban sentados aparte-, y el héroe Automedonte y Alcimo, vástago de Marte, le servían, pues acababa de cenar, y si bien ya no comía ni bebía, aún la mesa continuaba puesta. El gran Príamo entró sin ser visto, y acercándose a Aquiles, abrazóle las rodillas y besó aquellas manos terribles, homicidas, que habían dado muerte a tantos hijos suyos. Como quedan atónitos los que, hallándose en la casa de un rico, ven llegar a un hombre que tuvo la desgracia de matar en su patria a otro varón y ha emigrado a país extraño, de igual manera asombróse Aquiles de ver a Príamo, semejante a un dios, y los demás se sorprendieron también y se miraron unos a otros. Y Príamo suplicó a Aquiles,

dirigiéndole estas palabras:

"Acuérdate de tu padre, oh Aquiles, semejante a los dioses, que tiene la misma edad que yo y ha llegado a los funestos umbrales de la vejez. Quizás los vecinos circunstantes le oprimen y no hay quien le salve del infortunio y la ruina; pero al menos aquél, sabiendo que tú vives, se alegra en su corazón y espera de día en día que ha de ver a su hijo, llegado de Troya. Mas yo, desdichadísimo, después que engendré hijos valientes en la espaciosa Ilión, puedo decir que de ellos ninguno me queda. Cincuenta tenía cuando vinieron los aqueos: diecinueve erande una misma madre; a los restantes, diferentes mujeres los dieron a luz en el palacio. A los más, el furibundo Marte les quebró las rodillas; y el que era único para mí y defendía la ciudad y a sus habitantes, a éste tú lo mataste poco a poco mientras combatía por la patria, a Héctor; por quien vengo ahora a las naves de los aqueos, con un cuantioso rescate, a fin de redimir su cadáver. Respeta a los dioses, Aquiles, y apiádate de mí, acordándote de tu padre; yo soy aún más digno de compasión que él, puesto que me atreví a lo que ningún otro mortal de la tierra: a llevar a mis labios la mano del hombre matador de mis hijos."

Así habló. A Aquiles le vino deseo de llorar por su padre; y cogiendo la mano de Príamo, apar-

tóle suavemente. Los dos lloraban afligidos por los recuerdos: Príamo, acordándose de Héctor, matador de hombres, derramaba copiosas lágrimas prostrado a los pies de Aquiles; éste las vertía, - - unas veces por su padre y otras por Patroclo; y los gemidos de ambos resonaban en la tienda. Mas así que el divino Aquiles estuvo saciado de llanto y el deseo de sollozar cesó en su corazón, alzóse de la silla, tomó por la mano al viejo para que se levantara, y mirando compasivo la cabeza y la barba encanecidas, díjole estas aladas palabras:

"¡Ah infeliz! Muchos son los infortunios que tu ánimo ha soportado. ¿Cómo te atreviste a venir solo a las naves de los aqueos y presentarte al hombre que te mató tantos y tan valientes hijos? De hierro tienes el corazón, Mas, ea, toma asiento en esta silla; y aunque los dos estamos afligidos, dejemos reposar en el alma las penas, pues el triste llanto para nada aprovecha. Los dioses condenaron a los míseros mortales a vivir en la tristeza, y sólo ellos están descuitados. En los umbrales del palacio de Júpiter hay dos toneles de dones que el dios reparte: en el uno están los azares y en el otro las suertes. Aquel a quien Júpiter, que se complace en lanzar rayos, se los da mezclados, unas veces topa con la desdicha y -

otras con la Buena ventura; pero el que tan sólo recibe azares, vive con afrenta, una gran hambre le persigue sobre la divina tierra, y va de un lado para otro sin ser honrado ni por los dioses ni por los hombres. Así las deidades hicieron a Pele o grandes mercedes desde su nacimiento: aventajaba a los demás hombres en felicidad y riqueza, -- reinaba sobre los mirmidones, y siendo mortal, tuvo por mujer a una diosa; pero también le impusieron un mal: que no tuviese hijos que reinaran luego en el palacio. Tan sólo uno engendró, a mí, -- cuya vida ha de ser breve, y no le cuido en su vejez, porque permanezco en Troya, lejos de la patria, para contristarte a ti y a tus hijos. Y dicen que también tú, oh anciano, fuiste dichoso en otro tiempo; y que en el espacio que comprende -- Lesbos, donde reinó Macar, y más arriba la Frigia hasta el Helesponto inmenso, descollabas entre todos por tu riqueza y por tu prole. Mas, desde que los dioses celestiales te trajeron esta plaga, sucedense alrededor de la ciudad las batallas y las matanzas de hombres. Súfrelo resignado y no dejes que se apodere de tu corazón un pesar continuo, pues nada conseguirás afligiéndote por tu hijo, ni lograrás que se levante; y quizás tengas que padecer una nueva desgracia."

Respondió el anciano Príamo, semejante a un-

dios: "No me bagas sentar en esta silla, alumno de Júpiter, mientras Héctor yace insepulto en la tienda. Entrégamelo para que lo contemple con mis ojos, y recibe el cuantioso rescate que te traemos. Ojalá puedas disfrutar de él y volver a tu patria, ya que ahora me has dejado vivir y ver la luz del sol."

Mirándole con torva faz, le dijo Aquiles, el de los pies ligeros: "¡No me irrites más, oh anciano! Dispuesto estoy a entregarte el cadáver de Héctor, pues para ello Júpiter envióme como mensajera la madre que me parió, la hija del anciano del mar. Comprendo también, y no se me oculta, -- que un dios te trajo a las veleras naves de los aqueos; porque ningún mortal, aunque estuviese en la flor de la juventud, se atrevería a venir al ejército, ni entraría sin ser visto por los centinelas, ni quitaría con facilidad la barra que asegura la puerta. Abstente, pues, de exacerbar los dolores de mi corazón; no sea que deje de respetarte, oh anciano, a pesar de que te hallas en mi tienda y eres un suplicante, y viole las órdenes de Júpiter."

Tales fueron sus palabras. El anciano sintió temor y obedeció el mandato. El Pelida, saltando como un león, salió de la tienda; y no se fue solo, pues le siguieron el héroe Automedonte y Alci-

mo, que eran los compañeros a quienes más apreciaba después del difunto Patroclo. En seguida desengancharon los caballos y los mulos, introdujeron al heraldo del anciano, haciéndole sentar en una silla, y quitaron del lustroso carro los cuantiosos presentes destinados al rescate de Héctor. -- Tan sólo dejaron dos palios y una túnica bien tejida, para envolver el cadáver antes que Príamo se lo llevase al palacio. Aquiles llamó entonces a los esclavos y les mandó que lavaran y ungieran el cuerpo de Héctor, trasladándolo a otra parte para que Príamo no lo advirtiese; no fuera que, afligiéndose al ver a su hijo, no pudiese reprimir la cólera en su pecho e irritase el corazón de Aquiles, y éste le matara, quebrantando las órdenes de Júpiter. Lavado ya y ungido con aceite, las esclavas lo cubrieron con la túnica y el hermoso palio; después el mismo Aquiles lo levantó y colocó en un lecho, y por fin los compañeros -- lo subieron al lustroso carro. Y el héroe suspiró y dijo, nombrando a su amigo:

"No te enojes conmigo, oh Patroclo, si en el Orco te enteras de que he entregado el cadáver -- del divino Héctor al padre de este héroe; pues me ha traído un rescate digno, y consagraré a tus -- manes la parte que te es debida."

Habló así el divino Aquiles y volvió a la --

tienda. Sentóse en la silla labrada que antes ocupara, de espaldas a la pared, frente a Príamo, y hablóle en estos términos:

"Tu hijo, oh anciano, rescatado está, como pedías: yace en un lecho, y cuando asome el día podrás verlo y llevártelo. Ahora pensemos en cenar; pues hasta Níobe, la de hermosas trenzas, se acordó de tomar alimento cuando en el palacio murieron sus doce vástagos: seis hijas y seis hijos -- florecientes. A éstos Apolo, airado contra Níobe, los mató disparando el arco de plata; a aquéllas dióles muerte Diana, que se complace en tirar flechas, porque la madre osaba compararse con Latona, la de hermosas mejillas, y decía que ésta sólo había dado a luz dos hijos, y ella había parido muchos; y los de la diosa, no siendo más que dos, acabaron con todos los de Níobe. Nueve días permanecieron tendidos en su sangre, y no hubo quien los enterrara, porque el Saturnio había convertido a los hombres en piedras; pero al llegar el décimo, los celestiales dioses los sepultaron. Y -- Níobe, cuando se hubo cansado de llorar, pensó en el alimento. Hállase actualmente en las rocas de los montes yermos de Sípilo, donde, según dicen, están las grutas de las ninfas que bailan junto al Aqueloo; y aunque convertida en piedra, devora aún los dolores que las deidades le causaron. Mas,

ea, cuidemos también nosotros de comer, y más tarde, cuando hayas transportado el hijo a Ilión, podrás hacer llanto sobre el mismo. Y será por ti muy llorado."

Dijo el veloz Aquiles, y levantándose, degolló una cándida oveja: sus compañeros la desollaron y prepararon, la descuartizaron con arte; y cogiendo con pinchos los pedazos, los asaron cuidadosamente y los retiraron del fuego. Automedonte repartió pan en hermosas canastillas y Aquiles distribuyó la carne. Ellos alargaron la diestra a los manjares que tenían delante; y cuando hubieron satisfecho el deseo de comer y de beber, Príamo Dardánida admiró la estatura y el aspecto de Aquiles, pues el héroe parecía un dios; y a su vez, Aquiles admiró a Príamo Dardánida, contemplando su noble rostro y escuchando sus palabras. Y cuando se hubieron deleitado, mirándose el uno al otro, el anciano Príamo, semejante a un dios, dijo el primero:

"Permite, oh alumno de Júpiter, que me acueste y disfrute del dulce sueño. Mis ojos no se han cerrado desde que mi hijo murió a tus manos; pues continuamente gimo y devoro pesares innúmeros, revolcándome por el estiércol en el recinto del patio. Ahora he probado la comida y rociado con el negro vino la garganta, lo que desde entonces no

había hecho."

Dijo Aquiles mandó a sus compañeros y a las esclavas que pusteran camas debajo del pórtico, las proveyesen de hermosos cobertores de púrpura, extendiesen tapetes encima de ellos y dejaran afelpadas túnicas para abrigarse. Las esclavas salieron de la tienda llevando sendas hachas encendidas; y aderezaron diligentemente dos lechos. Y Aquiles, el de los pies ligeros, dijo en tono burlón a Príamo:

"Acuéstate fuera de la tienda, anciano querido; no sea que alguno de los caudillos aqueos venga, como suelen, a consultarme sobre sus proyectos; si alguno de ellos te viera durante la veloz y obscura noche, podría decirlo a Agamenón, pastor de pueblos, y quizás se diferiría la entrega del cadáver. Mas, ea, habla y dime con sinceridad cuántos días quieres para hacer honras al divino Héctor; y durante este tiempo permaneceré quieto y contendré al ejército."

Respondióle el anciano Príamo, semejante a un dios: "Si quieres que yo pueda celebrar los funerales del divino Héctor, obrando como voy a decirte, oh Aquiles, me dejarías complacido. Ya sabes que vivimos encerrados en la ciudad; la leña hay que traerla de lejos, del monte; y los troyanos tienen mucho miedo. Durante nueve días

le lloraremos en el palacio, en el décimo le sepultaremos y el pueblo celebrará el banquete fúnebre, en el undécimo erigiremos un túmulo sobre el cadáver y en el duodécimo volveremos a pelear, si necesario fuere."

Contestóle el divino Aquiles, el de los pies ligeros: "Se hará como dispones, anciano Príamo, y suspenderé el combate durante el tiempo que me pides."

Dichas estas palabras, estrechó la diestra del anciano para que no abrigara en su alma temor alguno. El heraldo y Príamo, prudentes ambos, se acostaron en el vestíbulo. Aquiles durmió en el interior de la tienda sólidamente construida, y a su lado descansó Briseida, la de hermosas mejillas.

Las demás deidades y los hombres que combaten en carros durmieron toda la noche, vencidos del dulce sueño; pero éste no se apoderó del benéfico Mercurio, que meditaba cómo sacaría del recinto de las naves a Príamo sin que lo advirtiesen los sagrados guardianes de las puertas. Y poniéndose encima de la cabeza del rey, así le dijo:

"¡Oh anciano! No te preocupa el peligro cuando así duermes en medio de los enemigos, después que Aquiles te ha respetado. Acabas de rescatar-

a tu hijo, dando muchos presentes; pero los otros hijos que dejaste en Troya tendrían que ofrecer tres veces más para redimirte vivo, si llegasen a descubrirte Agamenón Atrida y los aqueos todos."

Así habló. El anciano sintió temor, y despertó al heraldo. Mercurio unció los caballos y los mulos, y acto continuo los guió a través del ejército sin que nadie se percatara.

Mas, al llegar al vado del voraginoso Janto, río de hermosa corriente que el inmortal Júpiter engendró, Mercurio se fue al vasto Olimpo. La Aurora de azafrán y velo se esparcía por toda la tierra, cuando ellos, gimiendo y lamentándose, guiaban los corceles hacia la ciudad, y les seguían los mulos con el cadáver. Ningún hombre ni mujer de hermosa cintura los vió llegar antes que Casandra, semejante a la dorada Venus; pues, subiendo a Pérgamo, distinguió el carro con su padre y el heraldo, pregonero de la ciudad, y vió detrás a Héctor, tendido en un lecho que los mulos conducían. En seguida prorrumpió en sollozos y fue clamando por toda la población.

"Venid a ver a Héctor, troyanos y troyanas, si otras veces os alegrasteis de que volviese vivo del combate; porque era el regocijo de la ciudad y de todo el pueblo."

Tal dijo, y ningún hombre ni mujer se quedó-

dentro de los muros. Todos sintieron intolerable dolor y fueron a encontrar cerca de las puertas al que les traía el cadáver. La esposa querida y la venerada madre, echándose las primeras sobre el carro de hermosas ruedas y tomando en sus manos la cabeza de Héctor, se arrancaban los cabellos; y la turba las rodeaba llorando. Y hubieran permanecido delante de las puertas todo el día, hasta la puesta del sol, derramando lágrimas por Héctor, si el anciano no les hubiese dicho desde el carro:

"Hacedos a un lado y dejad que pase con las mulas; y una vez lo haya conducido al palacio, os saciaréis de llanto."

Así habló; y ellos, apartándose, dejaron que pasara el carro. Dentro ya del magnífico palacio, pusieron el cadáver en un torneado lecho e hicieron sentar a su alrededor cantores que entonaron el treno; éstos cantaban con voz lastimera, y las mujeres respondían con gemidos. Y en medio de ellas

Andrómaca, la de niveos brazos, que sostenía con las manos la cabeza de Héctor, matador de hombres, dio comienzo a las lamentaciones, exclamando:

"¡Esposo mío! Saliste de la vida cuando aún eras joven, y me dejaste viuda en el palacio. El hijo que nosotros, ¡infelices!, hemos engendrado, es todavía infante y no creo que llegue a la juventud; antes será la ciudad arruinada desde su cumbre. --

Porque has muerto tú, que eras su defensor, el que la salvaba, el que protegía a las venerables matronas y a los tiernos infantes. Pronto se las llevarán en las cóncavas naves y a mí con ellas. Y tú, hijo mío, o me seguirás y tendrás que ocuparte en viles oficios, trabajando en provecho de un amo -- cruel; o algún aqueo te cogerá de la mano y te arrojará de lo alto de una torre, ¡muerte horrenda!, irritado porque Héctor le matara el hermano, el padre o el hijo; pues muchos aqueos mordieron la vasta tierra a manos de Héctor. No era blando tu padre en la funesta batalla, y por esto le lloramos todos en la ciudad. ¡Oh Héctor! Has causado a tus padres llanto y dolor indecibles, pero a mí me aguardan las penas más graves. Ni siquiera pudiste, antes de morir, tenderme los brazos desde el lecho, ni hacerme saludables advertencias, que hubiera recordado siempre, de noche y de día, con lágrimas en los ojos."

Esto dijo llorando, y las mujeres gimieron. Y entre ellas, Hécuba empezó a su vez el funeral llanto:

"¡Héctor, el hijo más amado de mi corazón! No puede dudarse de que en vida fueras caro a los dioses, pues no se olvidaron de ti en el trance fatal de tu muerte. Aquiles, el de los pies ligeros, a los demás hijos míos que logró coger, vendiólos al

otro lado del mar estéril, en Samos, Imbros o Lemnos, de escarpada costa; a ti, después de arrancarte el alma con el bronce de larga punta, te arrastraba muchas veces en torno del sepulcro de su compañero Patroclo, a quien mataste, mas no por esto resucitó a su amigo. Y ahora yaces en el palacio, tan fresco como si acabaras de morir y semejante al que Apolo, el del argénteo arco, mata con sus suaves flechas."

Así habló, derramando lágrimas, y excitó en todos vehemente llanto. Y Helena fue la tercera en dar principio al funeral lamento:

"¡Héctor, el cuñado más querido de mi corazón! Mi marido, el deiforme Alejandro, me trajo a Troya, ¡ojalá me hubiera muerto antes!; y en los veinte años que van transcurridos desde que vine y abandoné la patria, jamás he oído de tu boca una palabra ofensiva o grosera; y si en el palacio me increpaba alguno de los cuñados, de las cuñadas o de las esposas de aquéllos, o la suegra - pues el suegro fue siempre cariñoso como un padre -, contenías su enojo, aquietándolos con tu afabilidad y tus suaves palabras. Con el corazón afligido, lloro a la vez por ti y por mí, desgraciada; que ya no habrá en la vasta Troya quien me sea benévolo, mi amigo, pues todos me detestan."

Así dijo llorando, y la inmensa muchedumbre prorrumpió en gemidos. Y el anciano Príamo dijo al pueblo:

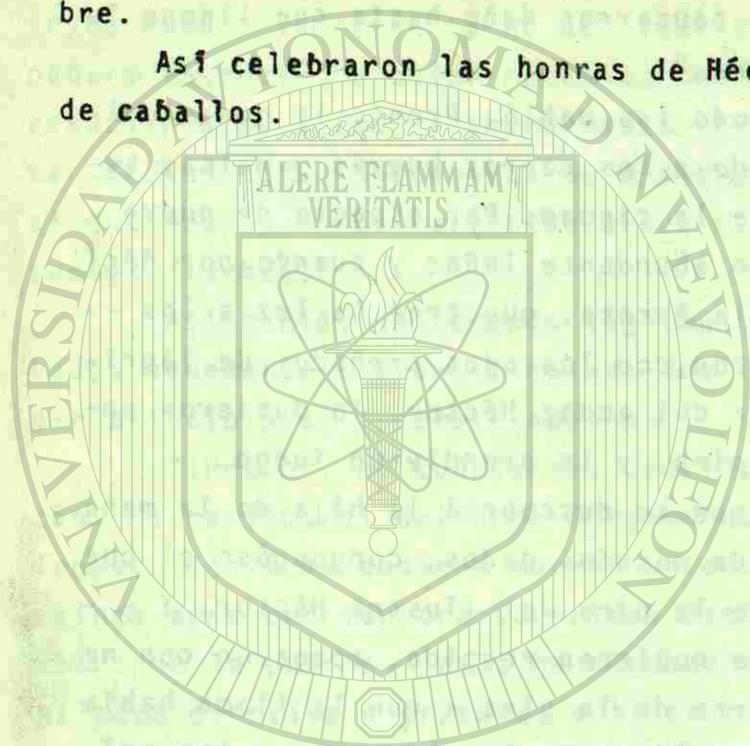
"Ahora, troyanos, traed leña a la ciudad y no temáis ninguna emboscada por parte de los argivos; pues Aquiles, al despedirme en las negras naves, me prometió no causarnos daño hasta que llegue la duodécima aurora."

De este modo les habló. Pronto la gente del pueblo, unciendo a los carros bueyes y mulos, se reunió fuera de la ciudad. Por espacio de nueve días acarrearón abundante leña; y cuando por décima vez apuntó la Aurora, que trae la luz a los mortales, sacaron, con los ojos preñados de lágrimas, el cadáver del audaz Héctor, lo pusieron en lo alto de la pira, y le prendieron fuego.

Mas, así que se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosados dedos, congregóse el pueblo en torno de la pira del ilustre Héctor. Y cuando todos se hubieron reunido, apagaron con negro vino la parte de la pira a que la llama había alcanzado; y seguidamente los hermanos y los amigos, gimiendo y corriéndoles las lágrimas por las mejillas, recogieron los blancos huesos y los colocaron en una urna de oro, envueltos en fino velo de púrpura. Depositaron la urna en el hoyo, que cubrieron con muchas y grandes piedras, amontonaron la tierra y erigieron el túmulo. Habían puesto centinelas por todos lados, para vigilar si los aqueos, de hermosas grebas, los atacaban.

Levantando el túmulo, volvi ronse; y reunidos -
después en el palacio del rey Príamo, alumno de -
Júpiter, celebraron el espléndido banquete f ne -
bre.

Así celebraron las honras de Héctor, domador
de caballos.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HOMERO

" LA ODISEA "

RAPSODIA IX

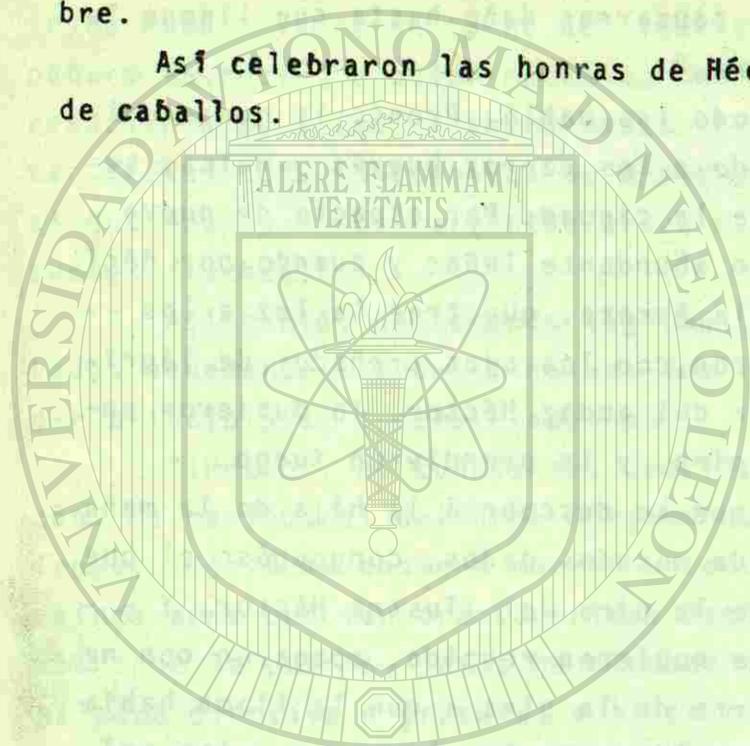
RELATOS A ALCINOO. CICLOPEA

Respondióle el ingenioso Odiseo:

Odiseo.- "  Rey Alcino, el más esclarecido-
de todos los ciudadanos! En verdad que es linda -
cosa oír a un aedo como éste, cuya voz se asemeja
a la de un numen. No creo que haya cosa tan agra-
dable como ver que la alegría reina en todo el --
pueblo y que los convidados, sentados ordenadamen-
te en el palacio ante las mesas, abastecidas de -
pan y de carnes, escuchan al aedo, mientras el --
escanciador saca vino de la cratera y lo va echan-
do en las copas. Tal espectáculo me parece bell -
simo. Pero te movió el ánimo a desear que te cuen-
te mis luctuosas desdichas, para que lllore aún --
más y prorrumpe en gemidos.  Cu l cosa relatar  -
en primer término, cuál en último lugar, siendo -
tantos los infortunios que me enviaron los celes-
tiales dioses? Lo primero, quiero decirlos mi nom-
bre para que lo sepáis, y en adelante, después --
que me haya librado del día cruel, sea yo vuestro
huésped, a pesar de vivir en una casa que est  --
muy lejos. Soy Odiseo Laert ada, tan conocido de-

Levantando el túmulo, volvi ronse; y reunidos -
después en el palacio del rey Príamo, alumno de -
Júpiter, celebraron el espléndido banquete f ne -
bre.

Así celebraron las honras de Héctor, domador
de caballos.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HOMERO

" LA ODISEA "

RAPSODIA IX

RELATOS A ALCINOO. CICLOPEA

Respondióle el ingenioso Odiseo:

Odiseo.- " rey Alc noo, el más esclarecido-
de todos los ciudadanos! En verdad que es linda -
cosa oír a un aedo como éste, cuya voz se asemeja
a la de un numen. No creo que haya cosa tan agra-
dable como ver que la alegría reina en todo el --
pueblo y que los convidados, sentados ordenadamen-
te en el palacio ante las mesas, abastecidas de -
pan y de carnes, escuchan al aedo, mientras el --
escanciador saca vino de la cratera y lo va echan-
do en las copas. Tal espectáculo me parece bell -
simo. Pero te movió el ánimo a desear que te cuen-
te mis luctuosas desdichas, para que lllore aún --
más y prorrumpe en gemidos.  Cu l cosa relatar  -
en primer término, cuál en último lugar, siendo -
tantos los infortunios que me enviaron los celes-
tiales dioses? Lo primero, quiero decirles mi nom-
bre para que lo sepáis, y en adelante, después --
que me haya librado del día cruel, sea yo vuestro
huésped, a pesar de vivir en una casa que est  --
muy lejos. Soy Odiseo Laert ada, tan conocido de-

los hombres por mis astucias de toda clase; y mi gloria llega hasta el cielo. Habito en Ítaca, que se ve a distancia: en ella está el monte Nérito, frondoso y espléndido, y en contorno hay muchas islas cercanas entre sí, como Duliquio, Same y la selvosa Zacinto. Ítaca no se eleva mucho sobre el mar, está situada la más remota hacia el Occidente - las restantes, algo apartadas, se inclinan hacia el Oriente y el Mediodía-, es áspera, pero -- buena criadora de mancebos; y yo no puedo hallar cosa alguna que sea más dulce que mi patria. Calipso, la divina entre las deidades, me detuvo -- allá, en huecas grutas, anhelando que fuese su -- esposo; y de la misma suerte la dolosa Circe de Eea me acogió anteriormente en su palacio, deseando también tomarme por marido; ni aquella ni ésta consiguieron infundir convicción a mi ánimo. No hay cosa más dulce que la patria y los padres, -- aunque se habite en una casa opulenta, pero lejana, en país extraño, apartada de aquéllos. Pero -- voy a contarte mi vuelta, llena de trabajos, la cual me ordenó Zeus desde que salí de Troya.

"Habiendo partido de Ilión, llevóme el viento al país de los cicones, a Ismaro: entré a saco la ciudad, maté a sus hombres y, tomando las mujeres y las abundantes riquezas, nos lo repartimos-

todo para que nadie se fuera sin su parte de botín. Exhorté a mi gente a que nos retiráramos con pie ligero, y los muy simples no se dejaron persuadir. Bebieron mucho vino y, mientras degollaban en la playa gran número de ovejas y de flexipedes bueyes de retorcidos cuernos, los cicones fueron a llamar a otros cicones vecinos suyos; -- los cuales eran más en número y más fuertes, habitaban el interior del país y sabían pelear a caballo con los hombres y aun a pie donde fuese preciso. Vinieron por la mañana tantos, cuantas son las hojas y las flores que en la primavera nacen; y ya se nos presentó a nosotros, ¡oh infelices!, el funesto destino que nos había ordenado Zeus a fin de que padeciéramos multitud de males. Formáronse, nos presentaron batalla junto a las veloces naves, y nos heríamos recíprocamente con las broncíneas lanzas. Mientras duró la mañana y fue se aumentando la luz del sagrado día, pudimos resistir su arremetida, aunque eran en superior número. Mas luego, cuando el sol se encaminó al ocaso, los cicones derrotaron a los aqueos, poniéndolos en fuga. Perecieron seis compañeros, de hermosas grebas, de cada embarcación, y los restantes nos libramos de la muerte y del destino.

"Desde allí seguimos adelante con el cora-

zón triste, escapando gustosos de la muerte aunque perdimos algunos compañeros. Mas no comenaron a moverse los corvos bajeles hasta haber llamado tres veces a cada uno de los míseros compañeros que acabaron su vida en el llano, heridos por los cicones. Zeus, que amontona las nubes, suscitó contra los barcos el viento Bóreas y una tempestad deshecha cubrió de nubes la tierra y el ponto, y la noche cayó del cielo. Las naves iban de través, cabeceando; y el impetuoso viento rasgó las velas en tres o cuatro pedazos. Entonces las amainamos, pues temíamos nuestra perdición; y apresuradamente, a fuerza de remos, llevamos aquíllas a tierra firme. Allí permanecimos constantemente echados dos días con sus noches, royéndonos el ánimo la fatiga y los pesares. Mas, al punto de la Aurora, de lindas trenzas, nos trajo el día tercero, izamos los mástiles, descogimos las blancas velas y nos sentamos en las naves, que eran conducidas por el viento y los pilotos. Y habría llegado incólume a la tierra patria, si la corriente de las olas y el Bóreas, que me desviaron al doblar el cabo de Malea, no me hubieran obligado a vagar lejos de Citera.

"Desde ahí dañosos vientos lleváronme nue -

ve días por el ponto, abundante en peces; y al décimo arribamos a la tierra de los lotófagos, que se alimentan con un florido manjar. Saltamos en tierra, hicimos aguada, y pronto los compañeros empezaron a comer junto a las veleras naves. Y después que hubimos gustado los alimentos y la bebida, envié algunos compañeros - dos varones a quienes escogí e hice acompañar por un tercero que fue un heraldo-para que averiguaran cuáles hombres comían el pan en aquella tierra. Fuéronse pronto y juntáronse con los lotófagos, que no tramaron ciertamente la perdición de nuestros amigos; pero les dieron a comer loto, y cuantos probaron este fruto, dulce como la miel, ya no querían llevar noticias ni volverse; antes deseaban permanecer con los lotófagos, comiendo loto, sin acordarse de volver a la patria. Más yo los llevé por fuerza a las cóncavas naves y, aunque lloraban, los arrastré e hice atar debajo de los bancos. Y mandé que los restantes fieles compañeros entrasen luego en las veloces embarcaciones: no fuera que alguno comiese loto y no pensara en la vuelta. Hiciéronlo en seguida y, sentándose por orden en los bancos, comenzaron a batir con los remos el espumoso mar.

"Desde allí continuamos la navegación con -

ánimo afligido, y llegamos a la tierra de los cíclopes soberbios y sin ley; quienes, confiados en los dioses inmortales, no plantan árboles, ni labran los campos, sino que todo les nace sin semilla y sin arada -trigo, cebada y vides, que producen vino de unos grandes racimos- y se lo hace crecer la lluvia enviada por Zeus. No tienen ágoras donde se reúnan para deliberar, ni leyes tampoco, sino que viven en las cumbres de los altos montes, dentro de excavadas cuevas; cada cual impera sobre sus hijos y mujeres, y no se entrometen los unos con los otros.

"Delante del puerto, no muy cercana ni a gran distancia tampoco de la región de los ciclopes, hay una isleta poblada de bosque, con una infinidad de cabras monteses, pues no las ahuyenta el paso de hombre alguno ni van allá los cazadores, que se fatigan recorriendo las selvas en las cumbres de las montañas. No se ven en ella ni rebaños ni labradíos, sino que el terreno está siempre sin sembrar y sin arar, carece de hombres, y cría bastantes cabras. Pues los ciclopes no tienen naves de rojas proas, ni poseen artifices que se las construyan de muchos bancos -como las que transportan mercancías a distintas poblaciones en los frecuentes viajes que los hombres-

efectúan por mar, yendo los unos en busca de los otros-, los cuales hubieran podido hacer que fuese muy poblada aquella isla, que no es mala y daría a su tiempo frutos de toda especie, porque tiene junto al espumoso mar prados húmedos y tiernos y allí la vid jamás se perdiera. La parte inferior es llana y labradera; y podrían segarse en la estación oportuna mieses altísimas por ser el suelo muy pingüe. Posee la isla un cómodo puerto, donde no se requieren amarras, ni es preciso echar áncoras, ni atar cuerdas; pues, en aportando allí, se está a salvo cuanto se quiere, hasta que el ánimo de los marineros les incita a partir y el viento sopla. En lo alto del puerto mana una fuente de agua límpida, debajo de una cueva a cuyo alrededor han crecido álamos. Allá, pues, nos llevaron las naves, y algún dios debió de guiarnos en aquella noche obscura en la que nada distinguimos, pues la niebla era cerrada alrededor de los bajeles y la luna no brillaba en el cielo, que cubrían los nubarrones. Nadie vio con sus ojos la isla ni las ingentes olas que se quebraban en la tierra, hasta que las naves de muchos bancos hubieron abordado. Entonces amainamos todas las velas, saltamos a la orilla del mar y, entregándonos al sueño, aguardamos que amaneciera la divina Aurora.

"No bien se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, anduvimos por la isla muy admirados. En esto las ninfas, prole de Zeus que lleva la égida, levantaron montaraces cabras para que comieran mis compañeros. Al instante tomamos de los bajeles los corvos arcos y los venablos de larga punta, nos distribuimos en tres grupos, tiramos, y muy presto una deidad nos facilitó abundante caza. Doce eran las naves que me seguían y a cada una le correspondieron nueve cabras, apartándose diez para mí solo. Y ya todo el día hasta la puesta del sol, estuvimos sentados, comiendo carne en abundancia y bebiendo dulce vino; que el rojo licor aún no faltaba en las naves, pues habíamos hecho gran provisión de ánforas al tomar la sagrada ciudad de los cíclopes. Estando allí echábamos la vista a la tierra de los ciclopes, que se hallaban cerca, y divisábamos el humo y oíamos las voces que ellos daban, y los balidos de las ovejas y de las cabras. Cuando el sol se puso y sobrevino la obscuridad, nos acostamos en la orilla del mar. Mas, así que se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, los llamé a junta y les dije estas razones:

"Odiseo.- Quedaos aquí, mis fieles amigos, y yo con mi nave y mis compañeros iré allá y pro-

curaré averiguar qué hombres son aquéllos: si son violentos, salvajes e injustos, u hospitalarios y temerosos de las deidades.

"Cuando así hube hablado, subí a la nave y ordené a los compañeros que me siguieran y desataran las amarras. Ellos se embarcaron al instante y, sentándose por orden en los bancos, comenzaron a batir con los remos el espumoso mar. Y tan luego como llegamos a dicha tierra, que estaba próxima, vimos en uno de los extremos y casi tocando al mar una excelsa gruta, a la cual daban sombra algunos laureles; en ella reposaban muchos hatos de ovejas y de cabras, y en contorno había una alta cerca labrada con piedras profundamente hundidas, --- grandes pinos y encinas de elevada copa. Allí moraba un varón gigantesco, solitario, que entendía en apacentar rebaños lejos de los demás hombres, sin tratarse con nadie; y, apartado de todos, ocupaba su ánimo en cosas inicuas. Era un monstruo horrible y no se asemejaba a los hombres que viven de pan, sino a una selvosa cima que entre altos montes se presentase aislada de las demás cumbres.

"Entonces ordené a mis fieles compañeros que se quedasen a guardar la nave; escogí los doce mejores y juntos echamos a andar, con un pellejo de-

cabra lleno de negro y dulce vino que me habfa da- do Marón, vástago de Evantes y sacerdote de Apolo, el dios tutelar de Ismaro; porque, respetándole, - lo salvamos con su mujer e hijos que vivían en un espeso bosque consagrado a Febo Apolo. Hízome Ma- rón ricos dones, pues me regaló siete talentos de oro bien labrado, una cratera de plata y doce ánfo ras de un vino dulce y puro, bebida de dioses, que no conocían sus siervos ni sus esclavas, sino tan sólo él, su esposa y una despensera. Cuando bebían este rojo licor, dulce como la miel, echaban una copa del mismo en veinte de agua; y de la cratera salía un olor tan suave y divinal, que no sin pena se hubiese renunciado a saborearlo. De este vino - llevaba un gran odre completamente lleno y además- viandas en un zurrón; pues ya desde el primer ins- tante se figuró mi ánimo generoso que se nos pre- sentaría un hombre dotado de extraordinaria fuerza, salvaje, e ignorante de la justicia y de las le- - yes.

"Pronto llegamos a la gruta; mas no dimos - con él, porque estaba apacentando las pingües ove- jas. Entramos y nos pusimos a contemplar con admi- ración y una por una todas las cosas; había zarzos cargados de quesos; los establos rebosaban de cor- deros y cabritos, hallándose encerrados separada-

mente los mayores, los medianos y los recentales; y goteaba el suero de todas las vasijas, tarros y barreños, de que se servía para ordeñar. Los com- pañeros empezaron a suplicarme que nos apoderáse- mos de algunos quesos y nos fuéramos; y que lue- go, sacando prestamente de los establos los cabri- tos y los corderos, y conduciéndolos a la velera- nave, surcáramos de nuevo el salobre mar. Mas yo- no me dejé persuadir -mucho mejor hubiera sido se- guir su consejo- con el propósito de ver a aquél- y probar si me ofrecería los dones de la hospita- lidad. Pero su venida no había de serles grata a- mis compañeros.

"Encendimos fuego, ofrecimos un sacrificio a- los dioses, tomamos algunos quesos, comimos, y le aguardamos, sentados en la gruta, hasta que vol- vió con el ganado. Trafa una gran carga de leña - seca para preparar su comida y descargóla dentro- de la cueva con tal estruendo que nosotros, llenos de temor, nos refugiamos apresuradamente en lo más hondo de la misma. Luego metió en el espacioso an- tro todas las pingües ovejas que tenía que orde- ñar,dejando a la puerta, dentro del recinto de - - altas paredes, los carneros y los bucos. Después- cerró la puerta con un pedrejón grande y pesado - que llevó a pulso y que no hubiesen podido mover-

del suelo veintidós sólidos carros de cuatro ruedas. ¡Tan inmenso era el peñasco que colocó a la entrada! Sentóse enseguida, ordeñó las ovejas y las baladoras cabras, todo como debe hacerse, y a cada una le puso su hijito. A la hora, haciendo cuajar la mitad de la blanca leche, la amontonó en canastillos de mimbre, y vertió la restante en unos vasos para bebérsela y así le serviría de cena. Acabadas con prontitud tales faenas, encendió fuego, y al vernos, nos hizo estas preguntas:

"Polifemo:- ¡oh forasteros! ¿Quiénes sois? ¿De dónde llegasteis navegando por húmedos caminos? ¿Venís por algún negocio o andáis por el mar, a la ventura, como los piratas que divagan, exponiendo su vida y produciendo daño a los hombres de extrañas tierras?

"Así dijo. Nos quebraba el corazón el temor que nos produjo su voz grave y su aspecto monstruoso. Mas, con todo eso, le respondí de esta manera:

"Odiseo.- Somos aqueos a quienes extraviaron, al salir de Troya, vientos de toda clase, que nos lleva por el gran abismo del mar; deseo-

so de volver a nuestra patria llegamos aquí por otra ruta, por otros caminos, porque de tal suerte debió de ordenarlo Zeus. Nos preciamos de ser guerreros de Agamenón Atrida, cuya gloria es inmensa debajo del cielo -¡tan grande ciudad ha destruido y a tantos hombres ha hecho perecer! -, y venimos a abrazar tus rodillas por si quisieras presentarnos los dones de la hospitalidad o hacer nos algún otro regalo, como es costumbre entre los huéspedes. Respeta, pues, a los dioses, varón excelente; que nosotros somos ahora tus suplicantes. Y a suplicantes y forasteros los venga Zeus-hospitalario, el cual acompaña a los venerados huéspedes.

"Así le hablé; y respondíome en seguida con ánimo cruel:

"Polifemo.- ¡oh forastero! Eres un simple o vienes de lejanas tierras cuando me exhortas a temer a los dioses y a guardarme de su cólera; que los Cíclopes no se cuidan de Zeus, que lleva la égida, ni de los bienaventurados númenes, porque aun les ganan en ser poderosos; y yo no te perdonaría ni a ti ni a tus compañeros por temer a la enemistad de Zeus, si mi ánimo no me lo ordenase. Pero dime en qué sitio, al venir, dejaste la bien construida embarcación: si fue, por ventu-

ra, en lo más apartado de la playa o en un paraje cercano, a fin de que yo lo sepa.

"Así dijo para tentarme. Pero su intención no me pasó inadvertida a mí que sé tanto, y de nuevo le hablé con engañosas palabras:

"Odiseo. Posidón, que sacude la tierra, -- rompió mi nave llevándola a un promontorio y estrellándola contra las rocas, en los confines de vuestra tierra; el viento que soplabá del ponto se la llevó y pude librarme, junto con éstos, de una muerte terrible.

"Así le dije. El Cíclope, con ánimo cruel, no me dio respuesta; pero, levantándose de súbito, echó mano a los compañeros, agarró a dos y, cual si fuesen cachorrillos, arrojólos a tierra con tanta violencia que el encéfalo fluyó del suelo y mojó el piso. De contado despedazó los miembros, se aparejó una cena y se puso a comer como montañés no dejando ni los intestinos, ni la carne, ni los medulosos huesos. Nosotros contemplábamos aquel horrible espectáculo con lágrimas en los ojos, alzando nuestras manos a Zeus; pues la desesperación se había señoreado de nuestro ánimo. El Cíclope, tan luego como hubo llenado su enorme

vientre, devorando carne humana y bebiendo encima leche sola, se acostó en la gruta tendiéndose en medio de las ovejas. Entonces formé en mi magnánimo corazón el propósito de acercarme a él y, sacando la aguda espada que colgaba de mi muslo, herirle el pecho donde las entrañas rodean el hígado, palpándolo previamente; mas otra consideración me contuvo. Habríamos, en efecto, perecido allí de espantosa muerte, a causa de no poder apartar con nuestras manos el grave pedrejón que el Cíclope colocó en la alta entrada. Y así, dando suspiros, aguardamos que apareciera la divina Aurora.

"Cuando se descubrió la hija de la mañana, -- la Aurora de rosáceos dedos, el Cíclope encendió fuego y ordeñó las gordas ovejas, todo como debíahacerse, y a cada una le puso su hijo. Acabadas con prontitud tales faenas, echó mano a otros dos de los micos, y con ellos se aparejó el almuerzo. En acabando de comer, sacó de la cueva los pingües ganados, removiéndolos con facilidad el enorme pedrejón de la puerta; pero al instante lo volvió a colocar, del mismo modo que si a un carcajete pusiera su tapa. Mientras el Cíclope aguijaba con gran estrépito sus pingües rebaños hacia el monte, yo me quedé meditando siniestras trazas, -- por si de algún modoudiese vengarme y Atenea me

otorgara la victoria. Al fin parecióme que la mejor resolución sería la siguiente. Echada en el suelo del establo veíase una gran clava de olivoverde, que el Cíclope había cortado para llevarla cuando se secase. Nosotros, al contemplarla, la comparábamos con el mástil de un negro y ancho baje de transporte que tiene veinte remos y atraviesa el dilatado abismo del mar: tan larga y tan gruesa se nos presentó a la vista. Acerquéme a ella y corté una estaca como de una braza, que di a los compañeros mandándoles que la puliesen. No bien la dejaron lisa, agucé uno de sus cabos, la endurecí, pasándola por el ardiente fuego, y la oculté cuidadosamente debajo del abundante estiércol esparcido por la gruta. Ordené entonces que se eligieran por suerte los que, uniéndose conmigo deberían atreverse a levantar la estaca y clavarla en el ojo del Cíclope cuando el dulce sueño le rindiese. Cayóles la suerte a los cuatro que yo mismo hubiera escogido en tal ocasión, y me junté con ellos formando el quinto. Por la tarde volvió el Cíclope con el rebaño de hermoso vellón, que venía de pacer, e hizo entrar en la espaciosa gruta a todas las pingües reses, sin dejar a ninguna dentro del recinto; ya porque sospechase algo, ya porque algún dios se lo ordenara. Cerró la puerta con el pedreñón, que llevó a pulso; sen-

tóse, ordeñó las ovejas y las baladoras cabras, todo como debe hacerse, y a cada una le puso su hijito. Acabadas con prontitud tales cosas, agarró a otros dos de mis amigos y con ellos se aparejó la cena. Entonces lleguéme al Cíclope, y teniendo en la mano una copa de negro vino, le hablé de esta manera:

"Odiseo.- Toma, Cíclope, bebe vino, ya que comiste carne humana, a fin de que sepas qué bebida se guardaba en nuestro buque. Te lo traía para ofrecer una libación en el caso de que te apiadases de mí y me enviaras a mi casa, pero tú te enfureces de intolerable modo. ¡Cruel! ¿Cómo vendrá en lo sucesivo ninguno de los muchos hombres que existen, si no te portas como debieras?"

"Así le dije. Tomó el vino y bebióselo. Y gustóle tanto el dulce licor que me pidió más:

"Polifemo.- Dame de buen grado más vino y hazme saber inmediatamente tu nombre para que te ofrezca un don hospitalario con el cual huelgues. Pues también a los Cíclopes la fértil tierra produce vino en gruesos racimos, que crecen con la lluvia enviada por Zeus; mas esto se compone de ambrosía y néctar.

"Así habló, y volví a servirle el negro vino: tres veces se lo presenté y tres veces bebió incautamente. Y cuando los vapores del vino envolvieron la mente del Cíclope, díjele con suaves palabras:

"Odiseo.- ¡Cíclope! Preguntas cuál es mi nombre ilustre y voy a decírtelo; pero dame el presente de hospitalidad que me has prometido. Mi nombre es Nadie; y Nadie me llaman mi madre, mi padre y mis compañeros todos.

"Así le hablé: y enseguida me respondió con ánimo cruel:

"Polifemo.- A Nadie me lo comeré al último, después de sus compañeros, y a todos los demás antes que a él: tal será el don hospitalario que te ofrezca.

"Dijo. Tiróse hacia atrás y cayó de espaldas. Así echado, dobló la gruesa cerviz y vencióle el sueño, que todo lo rinde: sañale de la garganta el vino con pedazos de carne humana, y eructaba por estar cargado de vino. Entonces metí la estaca debajo del abundante rescoldo, para calentarla, y animé con mis palabras a todos los compañeros; no fuera que alguno, poseído de miedo, se retirase. Mas cuando la estaca de olivo, con ser verde, estaba a punto de arder y relum-

braba intensamente, fuf y la saqué del fuego; rodeáronme mis compañeros, y una deidad nos infundió gran audacia. Ellos, tomando la estaca de olivo, hincáronla por la aguzada punta en el ojo del Cíclope; y yo, alzándome, hacía la girar por arriba. De la suerte que cuando un hombre taladra con el barreno el mástil de un navío, otros lo mueven -- por debajo con una correa, que asen por ambas extremidades, y aquél da vueltas continuamente: así nosotros, asiendo la estaca de ígnea punta, la hacíamos girar en el ojo del Cíclope y la sangre -- brotaba alrededor del ardiente palo. Quemóle el ardoroso vapor párpados y cejas, en cuanto la pupila estaba ardiendo y sus raíces crepitaban por la acción del fuego. Así como el boncista, para dar el temple que es la fuerza del hierro, sumerge en agua fría una gran segur o un hacha que rechina grandemente, de igual manera rechinaba el ojo del Cíclope en torno de la estaca de olivo. Dió el Cíclope un fuerte y horrendo gemido, retumbó la roca, y nosotros, amedrentados, huimos presuntamente; mas él se arrancó la estaca, toda manchada de sangre, arrojóla furioso lejos de sí y se puso a llamar con altos gritos a los Cíclopes que habitaban a su alrededor, dentro de cuevas, en los ventosos promontorios. En oyendo sus voces, acudieron muchos, quién por un lado y quién por --

otro, y parándose junto a la cueva, le preguntaron qué le angustiaba:

"Los cíclopes.- ¿Por qué tan enojado, oh Polifemo, gritas de semejante modo en la divina noche, despertándonos a todos? ¿Acaso algún hombre se lleva tus ovejas mal de tu grado? ¿O, por ventura, te matan con engaño o con fuerza?"

"Respondiéndoles desde la cueva el robusto Polifemo:

"Polifemo.- ¡Oh, amigos! "Nadie" me mata -- con engaño, no con fuerza.

"Y ellos le contestaron con estas aladas palabras:

"Los cíclopes.- Pues si nadie te hace fuerza, ya que estás solo, no es posible evitar la enfermedad que envía el gran Zeus; pero, ruega a tu padre, el soberano Posidón.

"Apenas acabaron de hablar, se fueron todos; y yo me reí en mi corazón de cómo mi nombre y mi excelente artificio les había engañado. El Cíclope, gimiendo por los grandes dolores que padecía, anduvo a tientas, quitó el peñasco de la puerta y se sentó a la entrada, tendiendo los brazos por si lograba echar mano a alguien que saliera con las ovejas; itan mentecato esperaba que yo fuese! Mas yo meditaba cómo pudiera aquel lance acabar mejor, y si hallaría algún arbitrio para librar -

de la muerte a mis compañeros y a mí mismo. Revolví toda clase de engaños y de artificios, como -- que se trataba de la vida y un gran mal era inminente, y al fin parecióme la mejor resolución la que voy a decir. Había unos carneros bien alimentados, hermosos, grandes, de espesa y oscura lana; y, sin desplegar los labios, los até de tres en tres, entrelazando mimbres de aquellos sobre los cuales dormía el monstruoso e injusto Cíclope: y así el del centro llevaba a un hombre y los otros dos iban a entrambos lados para que salvaran a mis compañeros. Tres carneros llevaban, por tanto, a cada varón; mas yo, viendo que había otro carnero que sobresalía entre todas las reses, lo así por la espalda, me deslicé al vedijudo vientre y me quedé agarrado con ambas manos a la abundantísima lana, manteniéndome en esta postura con ánimo paciente. Así, profiriendo suspiros, aguardamos la aparición de la divina Aurora.

"Cuando se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, los machos salieron presurosos a pacer, y las hembras, como no se las había ordeñado, balaban en el corral con las tetas retesadas. Su amo, afligido por los dolores, palpaba el lomo a todas las reses que estaban de pie, y el simple no advirtió que mis compañeros -- iban atados a los pechos de los vedijudos anima--

les. El último en tomar el camino de la puerta -- fue mi carnero, cargado de su lana y de mí mismo, que pensaba en muchas cosas. Y el robusto Polifemo lo palpó y así le dijo:

"Polifemo.- ¡Carnero querido! ¿Por qué -- sales de la gruta el postrero del rebaño? Nunca -- te quedaste detrás de las ovejas, sino que, andan- do a buen paso, pacías el primero las tiernas flo- res de la hierba, llegabas el primero a las co- rrientes de los ríos y eras quien primero deseaba volver al establo al caer de la tarde; mas ahora -- vienes, por el contrario, el último de todos. Sin duda echarás de menos el ojo de tu señor, a quien cegó un hombre malvado con sus perniciosos compa- ñeros, perturbándole las mentes con el vino, Na- die, pero me figuro que aún no se ha librado de -- una terrible muerte. ¡Si tuvieras mis sentimien- tos y pudieses hablar, para indicarme dónde evita mi furor! Pronto su cerebro, molido a golpes, se- esparciría acá y acullá por el suelo de la gruta, y mi corazón se aliviaría de los daños que me ha- causado ese despreciable Nadie.

"Diciendo así, dejó el carnero y lo echó- afuera. Cuando estuvimos algo apartados de la cue- va y del corral, soltéme del carnero y desaté a -- los amigos. Al punto antecogimos aquellas gordas- reses de gráciles piernas y, dando muchos rodeos,

llegamos por fin a la nave. Nuestros compañeros se alegraron de vernos a nosotros, que nos habíamos- librado de la muerte, y empezaron a gemir y a so- llozar por los demás. Pero yo, haciéndoles una se- ñal con las cejas, les prohibí el llanto y les man- dé que cargaran presto en la nave muchas de aque- llas reses de hermoso vellón y volviéramos a sur- car el agua salobre. Embarcáronse en seguida y, -- sentándose por orden en los bancos, tornaron a ba- tir con los remos el espumoso mar. Y, en estando -- tan lejos cuanto se deja oír un hombre que grita, -- hablé al Cíclope con estas mordaces palabras:

"Odiseo.- ¡Cíclope! No debías emplear tu -- gran fuerza para comerte en la honda gruta a los -- amigos de un varón indefenso. Las consecuencias de tus malas acciones habían de alcanzarte, oh cruel, ya que no temiste devorar a tus huéspedes en tu -- misma morada; por eso Zeus y los demás dioses te -- han castigado.

"Así le dije; y él, airándose más en su cora- zón, arrancó la cumbre de una gran montaña, arrojó la delante de nuestra embarcación de azulada proa, y poco faltó para que no diese en la extremidad -- del gobernalle. Agitóse el mar por la caída del pe- ñasco, y las olas, al refluir desde el ponto, empu- jaron la nave hacia el continente y la llevaron a-

tierra firme. Pero yo, asiendo con ambas manos un larguísimo botador, echéla al mar y ordené a mis compañeros, haciéndoles con la cabeza silenciosa señal, que apretaran con los remos a fin de librarnos de aquel peligro. Encorvándose todos y empezaron a remar. Mas, al hallarnos dentro del mar, a una distancia doble de la de antes, hablé al Cíclope, a pesar de que mis compañeros me rodeaban y pretendían disuadirme con suaves palabras unos por un lado y otros por el opuesto:

"Los compañeros.- ¡Desgraciado! ¿Por qué quieres irritar a ese hombre feroz que con lo que tiró al ponto hizo volver la nave a tierra firme donde creíamos encontrar la muerte? Si oyera que alguien da voces o habla, nos aplastaría la cabeza y el maderamen del barco, arrojándonos ásperamente. ¡Tan lejos llegan sus tiros!

"Así se expresaban. Mas no lograron quebrantar la firmeza de mi corazón magnánimo; y, con el corazón irritado, le hablé otra vez con estas palabras:

"Odiseo.- ¡Cíclope! Si alguno de los mortales hombres te pregunta la causa de tu vergonzosa ceguera, dile que quien te privó del ojo fue Odiseo, el asolador de ciudades, hijo de Laertes, que tiene su casa en Ítaca.

"Así dije: y él, dando un suspiro, respondió:

"Polifemo.- ¡Oh dioses! Cumpliéronse los antiguos pronósticos. Hubo aquí un adivino excelente y grande, Telémaco Aurímida, el cual descollaba en el arte adivinatorio y llegó a la senectud profetizando entre los cíclopes; éste, pues, me vaticinó lo que hoy sucede: que sería privado de la vista por mano de Odiseo. Mas esperaba yo que llegase un varón de gran estatura, gallardo, de mucha fuerza; y es un hombre pequeño, despreciable y menguado quien me cegó el ojo, subyugándome con el vino. Pero, ea, vuelve, Odiseo, para que te ofrezca los dones de la hospitalidad y exhorte al ínclito dios que bate la tierra, a que te conduzca a la patria; que soy su hijo y él se gloria de ser mi padre. Y será él, si te place, quien me curará y no otro alguno de los bienaventurados dioses ni de los mortales hombres.

"Habló, pues, de esta suerte; y le contesté diciendo:

"Odiseo.- ¡Así pudiera quitarte el alma y la vida, y enviarte a la morada de Hades, cómo ni el mismo dios que sacude la tierra te curará el ojo!

"Así dije. Y el Cíclope oró en seguida al -

soberano Posidón, alzando las manos al estrellado cielo:

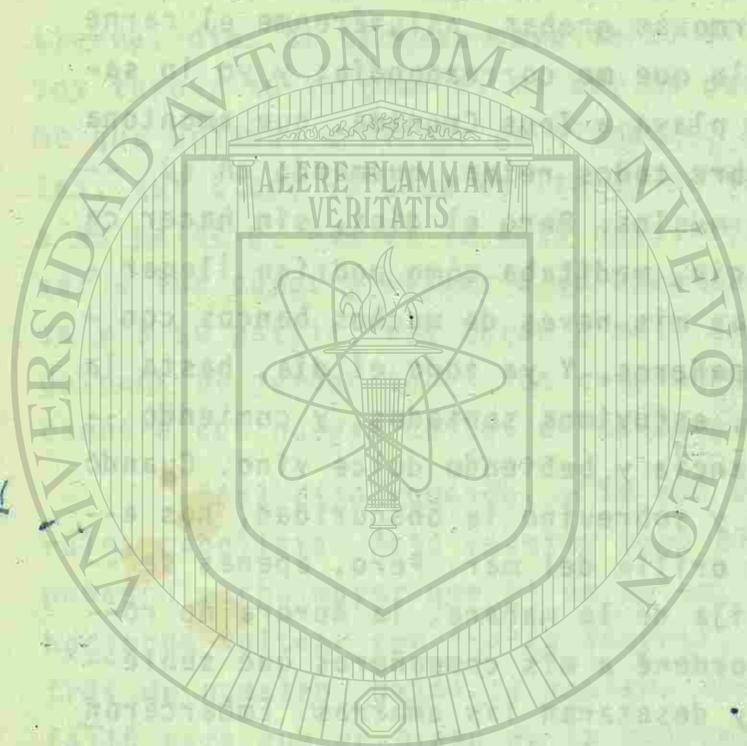
"Polifemo.- ¡Oyeme, Posidón que ciñes la tierra, dios de cerúlea cabellera! Si en verdad soy tuyo, y tú te glorias de ser mi padre, concéde me que Odiseo, asolador de ciudades, hijo de Laertes, que tiene su casa en Ítaca, no vuelva nunca a su palacio. Mas si le está destinado que ha de ver a los suyos y volver a su bien construida casa y a su patria, sea tarde y mal, en nave ajena, después de perder todos los compañeros, y se encuentre con nuevas cuitas en su morada.

"Así dijo rogando, y le oyó el dios de cerúlea cabellera. Acto seguido tomó el Cíclope un peñasco mucho mayor que el de antes, lo despidió, haciendo voltear con fuerza inmensa, arrojóle detrás de nuestro bajel de azulada proa, y poco faltó para que no diese en la extremidad del gobernalle. Agitóse el mar por la caída del peñasco, y las olas, empujando la embarcación hacia adelante, hiciéronla llegar a tierra firme.

"Así que arribamos a la isla donde estaban juntos los restantes navíos, de muchos bancos, y en su contorno los compañeros que nos aguardaban llorando, saltamos a la orilla del mar y sacamos la nave a la arena. Y, tomando de la cóncava -

embarcación las reses del Cíclope, nos las repartimos de modo que ninguno se quedara sin su parte. En esta partición que se hizo del ganado, mis compañeros, de hermosas grebas, asignáronme el carnero, además de lo que me correspondía; y yo lo sacrificué en la playa a Zeus Cronida, que amontona las nubes y sobre todos reina, quemando en su obsequio ambos muslos. Pero el dios, sin hacer caso del sacrificio, meditaba cómo podrían llegar a perderse todas mis naves de muchos bancos con los fieles compañeros. Y ya todo el día, hasta la puesta del sol, estuvimos sentados, y comiendo carne en abundancia y bebiendo dulce vino. Cuando el sol se puso y sobrevino la obscuridad, nos acostamos en la orilla del mar. Pero, apenas se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, ordené a mis compañeros que subieran a la nave y desataran las amarras. Embarcáronse prestamente y, sentándose por orden en los bancos, tornaron a batir con los remos el espumoso mar.

"Desde allí seguimos adelante, con el corazón triste, escapando gustosos de la muerte, aunque perdimos algunos compañeros.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ACTIVIDADES (Unidad IV)

I. Contesta las siguientes preguntas:

1) ¿Por qué es considerada clásica la literatura griega?

2) ¿Por qué son humanistas los griegos?

3) ¿Cuáles son los dialectos utilizados en la literatura griega?

4) ¿En qué siglos se sitúa el inicio de la literatura griega?

5) ¿Cuál es el orden cronológico de aparición de los géneros literarios griegos?

II. Completa brevemente los siguientes postulados:

1) La épica deriva de "epos", que significa _____

2) Homero representa a la epopeya _____

3) Hesfodo es representante de la épica _____

4) Explica las características de la épica. --
Hazlo oralmente.

5) Los temas de las epopeyas de Homero proceden _____

6) La Ilfada y La Odisea aparecen aproximadamente hacia _____

7) El antecedente histórico de La Ilfada es --

8) El antecedente mitológico de la Guerra de Troya es la leyenda _____

III. Realiza correctamente lo que se te pide:

1) Presenta oralmente el argumento de La Ilfada.

2) Lee el fragmento de La Ilfada, incluido en la antología de la presente unidad.

3) Comenta el heroísmo manifestado en sus personajes. Hazlo en forma oral.

4) Identifica las características del género épico en La Ilfada.

IV. Da respuesta adecuada a las siguientes actividades.

1) Expresa oralmente el argumento de la Odisea.

2) Explica su división interna.

3) a) Lee el fragmento de La Odisea, incluido en la antología.

b) Comenta la astucia del personaje principal.

4) Enumera los episodios de aventuras de -
Odiseo.

5) Menciona las características épicas del
poema.

6) Explica la diferencia en el tratamiento
de lo heroico entre La Ilíada y La Odi-
sea.

AUTOEVALUACION (Unidad IV)

I. Escribe en la línea de la izquierda una F o una
V si lo enunciado es falso o verdadero.

1) La literatura griega es clásica porque perfec-
cionó los géneros y ofreció modelos artísti-
cos.

2) Los griegos son humanistas porque parten del-
hombre para sus concepciones.

3) El origen de la literatura griega se sitúa --
aproximadamente en el siglo XI AC.

4) El género dramático es el primero en surgir.

5) "Epos" significa narración.

6) La epopeya didáctica la representa Homero.

7) Los temas de las epopeyas de Homero son de la
Edad Heroica.

8) El antecedente histórico de La Ilíada es la -
leyenda "la manzana de la discordia."

9) La épica es subjetiva y personal.

✓ 10) En la epopeya heroica la valentía, la lucha y la fuerza, son imprescindibles.

II. Identifica la caracterización de los personajes con sus nombres.

(6) Príamo 1.- Su rapto motivó la Guerra-de Troya. *Helena*

(11) Aquiles 2.- Príncipe Troyano que muere ante Aquiles. *Hector*

() Menetíada 3.- Hijo de Odiseo. *Telamaco*

(7) Patroclo. 4.- Esposo de Helena. *Menelao*

(3) Telémaco. 5.- Raptor de Helena, príncipe troyano. *Paris*

(9) Penélope. 6.- Rey de Troya, padre de Pa-

() Tetis ris y Héctor. *Príamo*

(1) Helena. 7.- Amigo de Aquiles. *Patroclo*

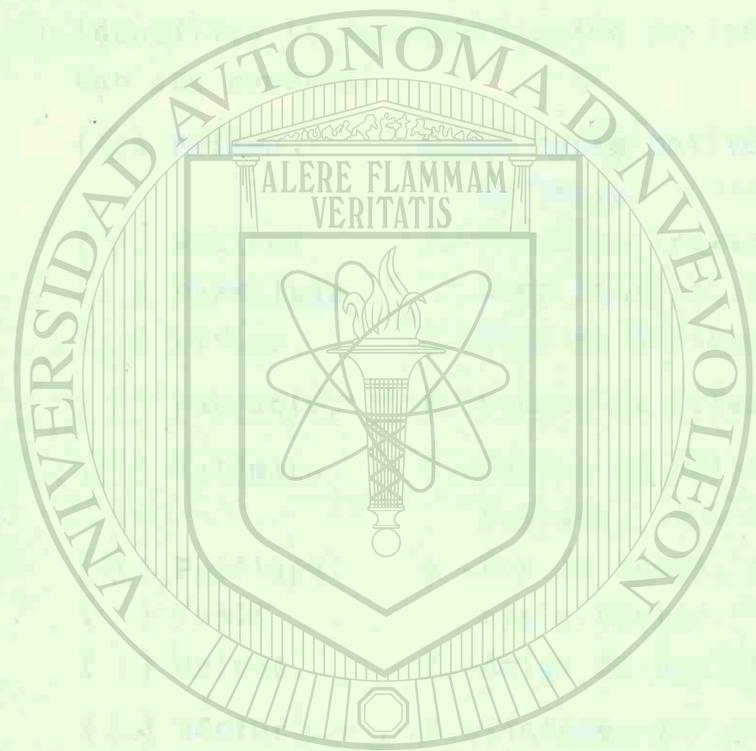
(2) Héctor. 8.- Cíclope, ser gigantesco. *Polifemo*

(5) Paris. 9.- Esposa fiel de Odiseo. *Penélope*

(8) Polifemo. 10.- Personaje principal de la -
Odisea. *Ulises*

(4) Menelao. 11.- Personaje principal de La -
Ilíada. *Aquiles*

*Claudia
&
Sergio*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIDAD V
LA LIRICA GRIEGA

Objetivos Particulares: 1. Conocer las características de la lírica griega.

Objetivos Específicos: 1.1. Establecer la definición de la lírica, consultando varias fuentes.

1.2. Enumerar las características generales de la lírica griega.

UNIDAD V
LA LIRICA GRIEGA

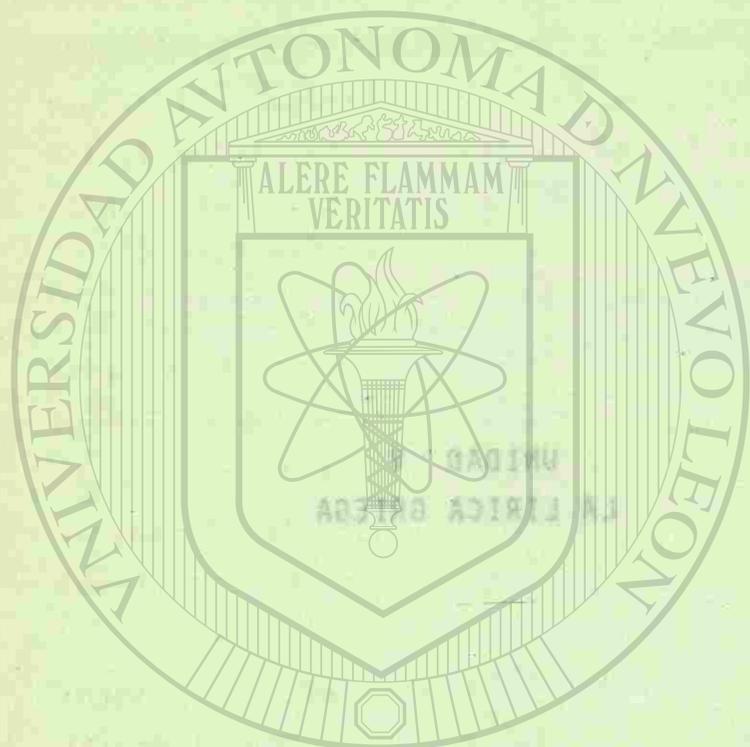
U A N L

1.3. Clasificar los tipos de lírica griega.

1.4. Describir los datos históricos de los géneros líricos griegos.

1.5. Analizar las características de los géneros líricos griegos.

1.6. Relacionar los géneros líricos griegos con los géneros líricos modernos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIDAD V
LA LIRICA GRIEGA

<u>Objetivo Particular</u>	<u>Objetivos Específicos</u>
El Alumno: 1. Conocerá las características de la lírica griega.	El alumno: 1.1 Establecerá la definición de la lírica, consultando varias fuentes. 1.2 Enunciará las características generales de la lírica griega. 1.3 Describirá cada uno de los subgéneros líricos. 1.4 Resumirá los datos biográficos de los poetas líricos griegos representativos. 1.5 Explicará las características principales de poemas líricos griegos seleccionados.

UNIDAD V
LA LIRICA GRIEGA

El lírico es un género donde predomina lo subjetivo. Se presupone que existió una lírica personal antes de Homero; sin embargo, ésta floreció hasta que la épica declinó. Al evolucionar, la lírica utilizó metros - número de sílabas en el verso - muy variados y diversos modos de manifestar la expresión personal. Los poetas usaron los dialectos locales - eolio, jonio y dorio. - El cambio de épica a lírica está en relación con el cambio de la sociedad, al aparecer los nobles en lugar de los reyes. Los reyes fomentaban el antiguo ideal heroico, los nobles subrayaban la valía individual y la expresión del yo.

La época culminante del poema lírico abarca desde fines del siglo VII hasta comienzos del V. El desarrollo de la poesía ocurre a la par que la música; la lírica griega estuvo ligada desde sus orígenes a la música; el texto poético griego era escrito para ser cantado con acompañamiento musical, primero fue la lira - al inicio eran de cuatro cuerdas, posteriormente tuvieron seis, de este instrumento proviene el nombre de lírica; también se utilizaron la flauta y la cítara.

En La Ilíada y La Odisea aparecieron - fragmentos líricos-canciones, marchas e himnos-; hubo poetas que cultivaron esas formas y crearon - escuelas para la instrucción de los artistas, esto ayudó a determinar los diferentes tipos de poemas.

Hay dos grandes clases de lírica: la coral y la personal. El siguiente cuadro sinóptico se elaboró en base a los estudios de Francisco Montes de Oca y Federico Sáenz de Robles, Ana Mondada y Raúl Vèze. En la sinopsis podrás ver ordenadas las clases de lírica, sus formas y representantes; al final se explican cada una de las partes.

- Elegíaca. Sus representantes: Calinos de Efeso, Tirteo, Solón, Mimnermo, Teognis y Jenófanes.

- Yámbica. Representante: Arquíloco de Paros.

Personal
- Mélica. Representantes: Alceo, Safo, Anacreonte, Estesícoro, Alcmán, Simónides, Baquílides y Píndaro. Formas de la mélica: oda, peán, encomio, epitalamio, himeneo, treno, epinicio, nomos e himnos.

Lírica Griega
- Cantos sociales: escolio.
- Cantos de guerra: canto de marcha.

Coral
- elogios: elogio y epinicio
- cantos rituales: himno, peán, treno, himeneo, epitalamio y dítirambo.

En seguida se explican los elementos señalados en el cuadro sinóptico. La lírica personal era recitada por una persona y la coral por un grupo.

La elegía al principio designaba un canto triste, grave y sentencioso; posteriormente trató una diversidad de temas y en matices muy diferentes a la tristeza. Estaba formada por dísticos - dos versos - combinados de hexámetros -seis sílabas- y pentámetros -cinco sílabas-; sus medidas eran: un pie de nombre dáctilo, formado por una sílaba larga acentuada y dos breves; y el pie espondeo, formado por dos sílabas largas con acento en la primera.

El yambo era un pie de la métrica compuesto por una sílaba breve y otra larga, esto le daba al verso un ritmo que se aproximaba al habla común. Eran estrofas -grupo de versos- de contenido satírico y violento. Posteriormente se usó en la dramática.

La mélica es la más lírica de las manifestaciones, ya que se interesaba en expresar la subjetividad y dejar fuera lo político, social, moral o didáctico. Las formas de la mélica son: - Oda: canción que celebra el amor, los placeres de

la mesa, las victorias deportivas, el vino, etc.

Peán: cánticos a los dioses.

Encomio: acción de gracias en los banquetes.

Epitalamio: canción de bodas.

Himeneo: cantados por los convidados a las bodas

Treno: cantos fúnebres.

Epinicio: canto de victoria.

Nomo: canto consagrado a Apolo

Himnos: alabanzas a los héroes o a las fuerzas de la naturaleza.

La diferencia entre las poesías elegíaca, yámbica y métrica reside en que las primeras -- eran recitadas con acompañamiento musical; la poesía métrica era cantada tanto individual como coralmente.

Si en la poesía personal el poeta habla de sí, en la poesía coral se interpreta a un grupo o sociedad rebasando la expresión personal. La división en el cuadro sinóptico se hizo de -- acuerdo al destinatario de los poemas.

El escolio era un canto social efectuado en los banquetes, por lo tanto, era poesía aristocrática; sus temas eran lo erótico, el elogio y la plegaria.

El elogio, al evolucionar, se convir--

tió en prosa. El epinicio alaba los méritos de -- los atletas vencedores en los juegos que acostum-- braban.

En los cantos rituales se usaban formas ya vistas en la poesía métrica. Cabe destacar el dítirambo- de cuyo desarrollo surgió la tragedia- es un canto que rinde culto al dios Dionisio.

La poesía coral era acompañada por movimientos.

La estructura de los cantos corales estaba basada en la repetición de métricas aglutinadas en una estrofa y una antiestrofa -de la misma métrica- y un épodo - medida diferente de las dos primeras partes-.

A continuación se mencionan breves comentarios de los autores de los poemas que integran la Antología de la presente unidad.

A Tirteo -640 aprox.- de Esparta se le atribuyen poemas que los espartanos cantaban al -- son de la flauta cuando marchaban contra el enemigo. Calino, Solón y Tirteo tienen como fondo temático la política; despertaban con sus poemas la --

conciencia del deber hacia el pueblo y el Estado.

Arquíloco de Paros es el creador de la sátira lírica; introdujo el pie yámbico a la poesía artística; este metro se usaba ya en la poesía popular, canta al vino, al amor, expresa su concepción de la vida; sus experiencias personales influyen en su obra y, como no ocultó nada, esto lo hace ser el primer representante del realismo.

Alceo fue contemporáneo de Safo; compuso himnos a los dioses, pero también expresó su experiencia vital a través de los temas políticos, de guerra, de aventura y de placer.

Safo, proclamada por Platón como "décima Musa", fue equiparada con el gran Homero. Su tema perenne fue el amor, pero canta también a la naturaleza: agua, fuego, flores y estrellas.

Píndaro es el máximo poeta griego; era considerado casi divino; la mayor parte de su obra se ha reunido en cuatro grandes grupos que toman su nombre de los juegos y competencias atléticas que exaltaban: Olímpicas, Píticas, Istmicas y Nemeas; además se han conservado fragmentos sueltos.

Anacreonte (560-475 AC) surgió medio

siglo después que Safo. Su vida se refleja en su obra; como vivió en la corte de un tirano, le interesa más el refinamiento, las fiestas y el amor, que las guerras.

Simónides fue otro poeta protegido -- por los tiranos. Con sus poemas celebró varias victorias guerreras. En el año 489 obtuvo el premio público derrotando a Esquilo.

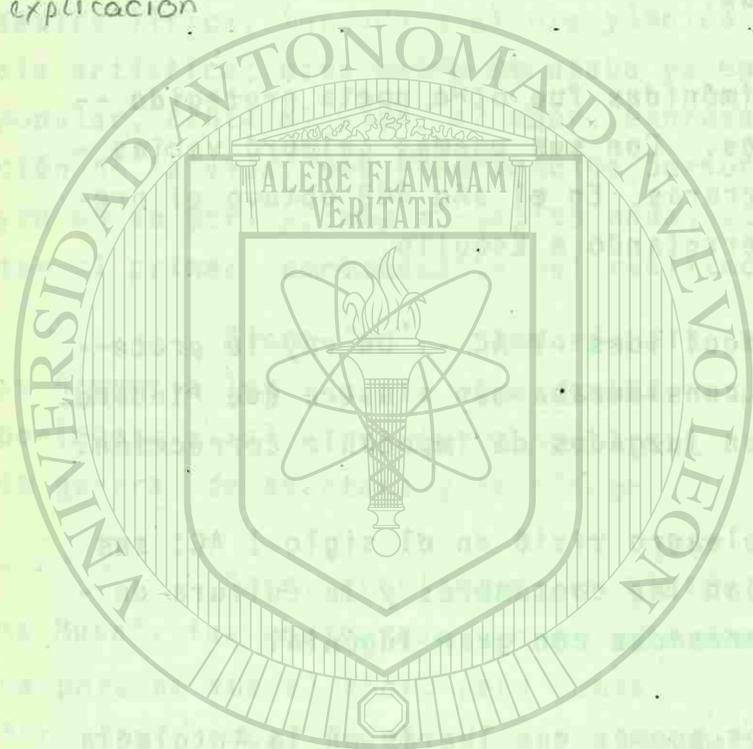
Baquílides -V AC -. Un rey lo protegió porque lo consideraba más ilustre que Píndaro. Sus versos eran juzgados de impecable corrección.

Meleagro vivió en el siglo I AC; sus poesías reflejan las costumbres y la cultura de su ciudad, expresadas con gran ingenio.

Los poemas que leerás en la Antología abarcan los temas líricos eternos - en el contenido - y las formas más representativas en seiscientos años de lírica griega.

en 70205

- Nombre
- Autor
- explicación



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ANTOLOGIA

TIRTEO

CANTO I

¡Oh qué bello es morir por la querida
Patria! Varón, en los combates fuerte,
con los primeros expondrás tu vida.

¿Mendigando infeliz quisieras verte?

¿Del que abandona su natal campaña
no sabes, no, la desdichada suerte?

Desamparado vaga en tierra extraña;
los hijos, la mujer, el padre anciano,
familia desolada le acompaña.

Le aborrecen doquier, y clama en vano;
de la indigencia al peso ya caído,
nadie le prestará piadosa mano.

Que afrentó su linaje, y ha perdido
hasta las nobles formas del semblante,
y su infamia y su mal ha merecido.

¡Oh destino cruel del hombre errante!

No el desdichado habrá ningún consuelo
ni respeto ni gloria en adelante.

Tú a la batalla por el patrio suelo
valiente corre, y por tus hijos muere;
deja de infame vida el torpe anhelo.

Mantén la fila, y denodado hiere;
mantenla firme; oprobio a aquel cobarde
que a la fuga en la lid principio diere.

Iras pon en tu pecho, en iras arde;
con hombres las habrás en la pelea;
no el amor de la vida te acobarde.

El anciano aguerrido no se vea
por ti con mengua tuya abandonado,
que su rodilla débil ya flaquea.

¿Vergüenza no será que atropellado
yazga a tus ojos al primer momento
de sienes ya rugosas el soldado?

Allí en el polvo, mirale, sangriento
su cabello nevado y barba cana,
yace exhalando el animoso aliento.

Nudo su cuerpo, ni de heridas sana
la parte del pudor con mano amiga
cubre al ultraje de la turba insana.

¡Espectáculo atroz! ¿Y a la enemiga
hueste no vas? Al joven animoso
morir conviene, juventud le obliga.

Saliendo de las lides victorioso
lo acata el hombre, la mujer le quiere;
pero aun es a las bellas más hermoso
si en los primeros batallando muere.

CANTO II

Anímo, raza del invicto Alcides,
mírate fausto Jove en su alta cumbre,
¿Y tú salir al campo no decides?

No temas la enemiga muchedumbre,
no tiembles; quien abraza fuerte escudo
sólo debe temer la servidumbre.

Carga odiosa es la vida; a ti el sañudo
hado de muerte tan amable sea
como la luz del sol amarse pudo.

¡Cuánta gloria, mancebo, te acarrea
hazaña digna del sangriento Marte!
¡Cuán terrible es el Dios en la pelea!

Bien lo sabes, a fe; que en una parte
si tu ejército vence, derrotado
es en otra, y huyendo se reparte.

Del estrecho escuadrón que avanza osado
a la hueste enemiga, pocos mueren,
y muriendo a los suyos han salvado.

Aquellos que en la lid no resistieren
hostil encuentro, tímidos varones,
una afrentosa esclavitud prefieren.

Guerreros, agotando sus razones,
¿quién bastará a decir el gran tormento
del que sufre la infamia y los baldones?

¡Mísero joven, al fatal momento
que huyere del combate! ya le alcanza,
le hiere por detrás hierro violento.

Cadáver en el polvo, mientras avanza
orgullosa el contrario, infame queda,
rota la espalda al bote de la lanza.

No, que ignominia tal no te suceda.
Da un paso, y ¡firme! Clávate en el suelo,
muérdete el labio, y tu furor no ceda.

Aguarda el duro choque sin recelo:
un ancho y grueso escudo te defiende;
que de los dardos para el raudo vuelo.

Pero la diestra mano es la que ofende;
blande tu lanza, y el penacho altivo
sacude, y corre, y las falanges hiende.

Con señalados hechos en el vivo
combate se acredita el buen guerrero,
y entre los dardos discurriendo activo.

Llega a las manos y descarga fiero
sobre algún enemigo el ancha espada,
y a tu campo lo lleva prisionero.

O bien, la lucha singular trabada,
oponle pies a pies, escudo a escudo,
y tu fuerte celada a su celada.

Y estréchate a su pecho, y del membrudo
brazo su lanza desprender procura,
o cógele del pomo el hierro agudo.

Mas antes guarde formación segura
todo escuadrón: de escudos guarecido
el de ligera y fácil armadura,

y a la nube de piedras escondido
dardos sin fin al enemigo aseste;
y siempre amparador y protegido,
esté detrás de la pesada hueste.

CANTO III

No el de robustos pies, que la victoria
consiga en el luchar, nombrado sea,
ni de él se haga la menor memoria;

así tenga la talla Ciclopea,
y el muscular poder; así delante
del Aquilón corriendo se le vea;

así más bello el juvenil semblante
nos muestre que Titón, y su tesoro
al del avaro Midas se adelante.

Si es tan dulce en su acento y tan sonoro
como Adrasto, y cual Pélope si alcanza
tanto regio poder, tanto decoro,

si el más glorioso fuere, mi alabanza
no entre los hombres llevará primero,
como le falte la marcial pujanza.

La lleve el impertérrito guerrero
que se arroja valiente al enemigo,
ni en medio tiembla del estrago fiero.

Esto es valor; en el valor te digo
que el alto premio está de los varones,
y el valor es del joven más amigo.

¡A tu cara ciudad qué lauro pone
a combatir impávido saliendo
en los primeros fuertes escuadrones!

Si en tu puesto clavado, conociendo
no haber infamia que a la fuga iguale,
grata ofrenda del alma estás haciendo;

si tu ardor entre todos sobresale;
si animas a morir al de tu lado,
tú eres el hombre que en batallas vale.

Parte, corre veloz al erizado
enemigo escuadrón, rómpelo, y sigue,
y atraviesa de dardos el nublado.

Caerás, caíste; ¡oh gloria!, así consigue
la patria honor, el padre gran renombre
que el pesar de tu pérdida mitigue.

¿Y quién habrá que sin dolor te nombre?
¿Quién tu pecho verá, y el ancho escudo
pasado en partes mil, que no asombre?

Lágrimas dan en su lamento agudo
joven y anciano; la ciudad entera
al grave duelo resistir no pudo.

Tu envanecida tumba se venera,
tus hijos, y tus nietos, tu linaje,
ilustres son hasta la edad postrera.

Que no el tiempo voraz con impío ultraje
acabará tu nombre, aunque inclemente
contra tu cuerpo sin cesar trabaje.

No muere, no, la fama del valiente
que a mano de Mavorte en la pelea
víctima ha sido de su arrojo ardiente.

Mas del hado de muerte libre sea,
y en la lid arebate la victoria,

y vivo, y salvo, y triunfador se vea:

Aquí ya empieza su eternal memoria;
hónralo el joven, hónralo el anciano,
pasa la vida en deliciosa gloria.

Y, ya la barba y el cabello cano,
pleito ninguno habrá, y acatamiento
verá en su pueblo el alto ciudadano.

Y todos, cuando llegue, de su asiento
se alzarán, y el anciano cariñoso
el puesto suyo cederá al momento.

Ora es el tiempo, joven valeroso,
ora es el tiempo que tu ardor se avive:
quien a tan grande gloria aspire ansioso,
vista sus armas y la lid no esquivé.

ARQUILOCO

ODAS

I

SOBRE LA FORTALEZA

¿Por qué te das tormento
con ásperos cuidados? Cobra, amigo,
cobra vigor y aliento;
y opón, como te digo,
a la desgracia y mal, pecho enemigo.

Entre las rudas lanzas
del contrario feroz, mantente osado,
sin miedo ni mudanza;
y ni el triunfo logrado
aplaudado en extremo alborozado.

Ni si te ves vencido,
en casa reclinado des al lloro
el ánimo afligido;
y alegre, con decoro
de los que dignos son, aumenta el coro.

Pero con los malvados
no te contristes nunca en demasía;

y de los desgraciados
hombres, más cada día
conoce la infelice suerte impía.

ALCEO

EL DESEO

¡Oh si mi lira fuera
de marfil fabricada,
y si al coro de Baco me llevase
una tropa ligera
de jóvenes formada,
y todo mi semblante relumbrase,
y hermoso se ostentase
cual oro no tocado,
y de una hermosa niña fuese amado!

DESCRIPCION DE UNA TEMPESTAD

De un lado una ola se levanta al cielo,
y otra del otro, con furor se eleva:
en negra nave su rigor nos lleva
en torno, y cubre de funesto velo.

Con gran fatiga y mísero recelo
su altiva furia nuestras fuerzas prueba:
hace que el vaso ya las ondas beba,
y el recto mástil le derriba al suelo.

Bramando horrible, el piélago sañudo
las velas rompe, y las deshace airado
tal que desaparecerlas todas pudo.

Las áncoras del casco derrotado,
ya separadas, a su impulso rudo
se van huyendo por el mar salado.

AL BUEN CALLAR....

Si dijeres cuanto te viene en gana,
puede que tú mismo tengas que oír
lo que no te gustaría.

AUGURIOS POLITICOS

Este que trata de alcanzar la cumbre del poder, -
arruinará no tardando la ciudad. Pero ella tiene
la decisión en sus manos.

A la deriva

Juguete soy a merced del vendaval. Una de aquí y
otra de allí vienen rodando las olas. Y nosotros,
en medio, nos dejamos llevar, con la negra nave a
la deriva, violentamente zarandeados por la impo-
nente tempestad. El agua del mar invade la car-
linga. La vela entera desgarrada está ya, y cuel-
gan de ella enormes jirones. Crujen las maromas..

Igual parece a los eternos dioses ✓
aquel que, cara a cara,
sentado frente a tí
escucha tu suave y dulce voz,
y ese reír encantador que, lo juro,
en mi pecho hace enloquecer el corazón.

Tan pronto como te veo
ningún sonido mis labios puede pronunciar.

Mi lengua se seca,
un fuego sutil corre, de pronto, bajo mi piel,
mis ojos ya no aciertan a ver
y zumban mis oídos.

Me empapo toda en sudor helado,
un estremecimiento me sacude entera;
amarilla me torno cual marchita yerba
y me parece que voy a morir.

CANTINELAS

Amor, que el pecho mío
continuamente agita,
es dulce y es impío,

y es más que una avecita
colátil y ligero.

¡Ay! de su dardo fiero,
¿quién consiguió victoria?

Renueva, amada mía,
renueva la memoria
de cuando Atis ardía,
tu dulce amor odiaba
y a Andrómeda estimaba.

De los verdes manzanos
en las frondosas cimas,
con estruendoso ruido
las aguas se deslizan,
las puras frescas aguas
que el peñasco destila;
el delicioso estruendo
de las hojas movidas
del apacible viento
suave sueño inspira,

y con Venus hermosa
soñaba que dormía;
mas de las altas ramas,
del viento sacudida,
una roja manzana
de mi sueño me priva.

Al Olimpo volara
si alitas yo tuviera,
cual cándida paloma,
y a Pafia la risueña
mis cuitas contara,
mis amorosas quejas,
y de allí a las alturas
de los montes viniera,
y enlazaran mis brazos
la causa de mi pena:
que el amor dulce amargo
con fiera violencia
mi corazón impele,
le arrebatara y le lleva,
cual viento impetuoso
arranca por las selvas
en los excelsos montes
a las encinas gruesas.

Esperio, luz hermoso
de Venus la rosada,
que los tiernos deseos
y enamoradas ansias
benigna satisfaces,
tú conduces a casa
el delicioso fruto
que las almas encanta,

el manchado rebaño
de las ligeras! Cabras
y con su dulce madre
la niña que las guarda.

Amor bulle en mi pecho
y sin cesar voltea
mi corazón amante
y acá y allá le lleva;
mis miembros desenlaza
su poderosa diestra,
y en viéndome rendido
ya me desprecia y vuelva;
tiene sus lindas alas
cual ave, mas es fiera,
y dulce y apacible,
y de indomable fuerza.
Atis, de tu abandono
al crudo Amor te queja,
que en los ojos me abrasa
de Andrómeda la bella.

Las lucientes estrellas
cabe la bella Luna
de plateados rayos,
su clara luz ocultan,
cuando su faz descubre,

y muy más llena ilustra
de los alzados montes
las profundas honduras,
Con sus calzados de oro
sale la Aurora bella,
las atezadas sombras
al hondo mar ahuyenta.

PINDARO

✓ VANIDAD DE LA HUMANA SABIDURIA

¿Qué pensar de esta sabiduría que coloca a un hombre encima de otro hombre? Jamás este sabio, con su débil espíritu, logrará penetrar los desig- nios de los dioses, puesto que ha nacido de una madre mortal.

DITIRAMBOS

PARA LA CELEBRACION DE LAS DIONISIACAS EN ATENAS

Oh dioses del Olimpo: bajad vuestros ojos - hasta este coro y enviadnos vuestros preciosos fa- vores, vosotros que en la Atenas sagrada vivís en el centro de la ciudad, frecuentada por la muche- dumbre, y donde humea el incienso, en la ilustre Ágora que decoran todas las artes. Recibid estos ramos de violetas, estas flores primaverales; y a cambio de ello sonreíd al que, colmado de gloria, viene del santuario de Júpiter, para cantar aho- ra al dios coronado de hiedra, al que los morta- les llaman Bromio y Eriboas, el hijo más poderoso de los Inmortales y de una mujer tebana. En Ne- mea, en la Argólida, el dios no deja de recoger - los ramos nacieses de la palmera, cuando las Ho-

ras entreabren su seno y las plantas de savia divi- na sienten el aliento perfumado de la primavera; - entonces las amables matas de violetas brotan en - la tierra inmortal, entonces las rosas coronan - - nuestras cabezas, y el coro une su voz a los acen- tos de la flauta, para cantar a Semele, la de la - frente ceñida con bandeletas...

HIPORQUEMAS

A HIERON

Comprende mis palabras, padre de las ceremo- nias sagradas que te han dado el nombre, oh funda- dor del Etna...

SOBRE UN ECLIPSE

Sol, cuyos rayos hacen arder el mundo, tú - que das la vida a mis rápidas miradas, oh rey de - los astros: ¿Por qué te ocultas durante el día? - - ¿Por qué interrumpes así los ejercicios del atleta ágil y los estudios del sabio, al lanzarte por el camino de las tinieblas? ¿Qué nuevos destinos vas a traernos? Por Júpiter, yo te conjuro, agosto - - dios, maravilla que el mundo entero adora: que tus corceles inmortales lleven hasta Tebas una felici- dad sin igual. Pero, si nos presagias la guerra, o la destrucción de nuestras cosechas, o enormes -

montones de nive, o una funesta sedición, o un desbordamiento del mar, o una escarcha que endurezca el suelo, o lluvias torrenciales durante el verano, si quieres inundar toda la Tierra y poblarla con -- una nueva raza de hombres, uniré mis gemidos al dolor de todos.

ANACREONTE

DE LAS MUJERES

Sabia naturaleza
dio dos cuernos al toro,
cuatro pies al caballo,
cuatro manos al oso,
ligereza a la liebre,
velocidad al corzo
y una sima de dientes
al león prodigioso;

las aves soltó al viento,
los peces echó al ponto,
para sus Euros diestras,
para sus aguas doctos;
al hombre entendimiento,
a la mujer nególo.
¿Pues qué le dio? Belleza

con natural adorno;
y esto en lugar de lanzas
y de paveses corvos,
por más fuerte que el fuego
y que el acero todo.

✓ DEL AMOR

Amor entre las rosas,
no recelando el pico
de una que allí volaba
abeja, salió herido;
y luego, dando al viento
mil dolorosos gritos,
en busca de su madre
se fue cual torbellino.
Hallóla, y en su gremio
arrojado, esto dijo:
"Madre, yo vengo muerto;
sin duda, madre, expiro,
que de una serpiecilla
con alas, vengo herido,
a quien todos abeja
llaman, y es basilisco."
Pero Venus entonces
le respondió a su niño:
"Si un animal tan corto

da dolor tan Prolijo:
los que tú cada día
penetras con tus tiros,
¿Cuántos más dolorosos
que tú estarán, Cupido?

ALERE DEL MORO
VERITATIS

No amar es cosa dura
y amar es dura cosa;
pero amar sin retorno
la más dura de todas.
En el amor se olvida
la sangre generosa;
ni ya valen costumbres
honradas ni ingeniosas.
Sólo el oro es quien priva,
su lindeza es la sola;
pues, ¡Ah!, muera el primero
queapuró sus escorias.

Por éste los hermanos
más hermanos se odian,
los padres se desprecian,
las guerras se alborotan;
y lo peor de todo
es, que cuantos adoran,
perecen solamente
por esta peste sola.

SIMONIDES

ODAS

DE CUATRO COSAS

Es excelente cosa
tener salud robusta y deliciosa;
y tener lo segundo
buen natural, es lo mejor del mundo;

ser rico lo tercero,
sin conseguir con fraudes el dinero;
lo cuarto, sin testigos
pasar la pubertad con los amigos.

DE LA MUERTE

Las fuerzas humanas
son débiles y flacas.
Vano y ligero el pensamiento suyo,
y en una corta vida
el hombre sufre males sin medida.

A todos igualmente
la misma muerte alcanza;

nadie rehúye su furor sañudo,
y el malo, como el bueno,
es fuerza que descendan a su seno.

OBRAS MORALES

✓ SOBRE LA VIDA DEL HOMBRE

No hay estabilidad en las humanas
cosas, como lo dijo el excelente
varón de Chío; y cual las hojas vanas
descienden volteando levemente
cayendo de las ramas elevadas,
así cae también la humana gente.

Pocas estas verdades veneradas,
después que las oyeron, las mantienen
dentro del recto corazón guardadas.

Pues la esperanza que los hombres tienen
de larga vida, el ánimo fomenta;
y porque los deleita la sostiene.

Mientras la flor de juventud se ostenta
en el varón, de cualquier leve cosa
su espíritu ligero se alimenta.

Por la esperanza, la vejez rugosa
desprecia: ni se cura de la muerte,
ni cuando goza de salud hermosa

piensa en la enfermedad aguda y fuerte.
Necio de aquel que así se lo imagina;
pues ignora cuán corta, y de qué suerte

será la edad de juventud benigna,
y cuán breve es el tiempo concedido
a la vida del hombre que declina.

Pero tú de estas cosas instruido,
cuando ya del vivir el fin se llegue,
de alborozo y de júbilo ceñido,
sufre como virtuoso el mal que allegue.

BAQUÍLIDES

DE LOS CUIDADOS

Sólo un camino es dado
a los mortales por do el bien consigan;
y aquel a quien no instigan
el ánimo agobado
los continuos dolores,
puede contar sus días por mejores.

Pero el que perseguido
de males infinitos noche y día,
en angustiar porfia
su ánimo afligido
con la suerte futura,
¡icúan neciamente su dolor procura!

ODAS
DE LA PAZ

Ya la gran paz sagrada
torna a llenar los hombres de riquezas.
La lengua delicada
del divino poeta en mil bellezas
alegre se desata,
y en dulces versos los asuntos trata.

Arden llamas doradas
en la ara de los dioses poderosos,
y con ellas mezcladas
las piernas de los bueyes vigorosos
y la lanuda oveja
tampoco de acudir al rito deja.

La juventud ardiente
himnos y flautas suena, y va al amado

gimnasio diligente,
y en el arnés de hierro entrelazado
en tanto se desvela
la negra araña en fabricar su tela.

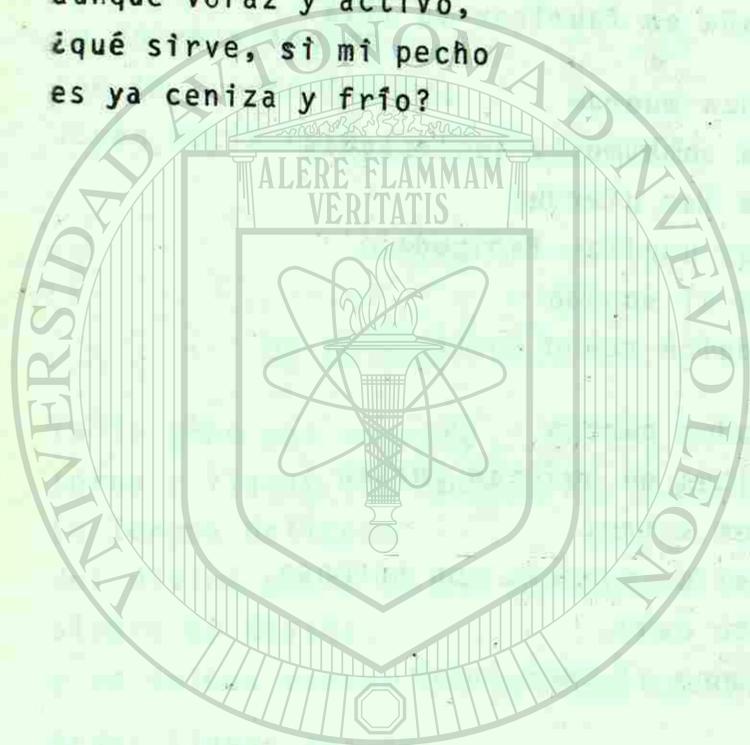
La aguda lanza muerde
la roña y la consume, y las espadas
de dos filos las pierde;
y ni ya a las pupilas fatigadas,
de la trompa el sonido
arranca el dulce sueño apetecido.

Vense por todas partes
gratos convites de amistad gozosa
en diferentes artes;
y en todos ellos suenan, con hermosa
música cuanto cabe,
sagrados himnos al amor suave.

MELEAGRO

Cruel Amor, ¡qué quieres
tanto rigor conmigo!
Pisa, pisa mi cuello,
ya me tienes rendido:
Bien sabes que mil veces
probé tu ardiente tiro,

y de tu fiera saña
el furor encendido:
Deja, deja tu fuego;
aunque voraz y activo,
¿qué sirve, si mi pecho
es ya ceniza y frío?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ACTIVIDADES (Unidad V)

I.- Contesta las preguntas siguientes:

1) ¿Cuál es la principal característica del género lírico?

2) a) Investiga en fuentes de consulta el término "lírico".

b) Escribe las definiciones

3) ¿Qué arte se desarrolla a la par que la poesía lírica?

4) ¿Qué instrumentos musicales se utilizaron para acompañar los poemas?

5) a) ¿Cuáles son las dos grandes ramas de la lírica griega?

b) Explica en qué consisten.

6) ¿Cuál es la definición de los siguientes términos?

elegía

yambo

métrica

7) a) ¿Cuáles son las formas de la poesía métrica?

b) ¿De qué tratan? Contesta oralmente.

c) ¿Consideras que tienen un fin útil o puramente estético?

¿Por qué?

8) a) ¿De qué canto coral ritual proviene la tragedia?

b) ¿Qué significa este canto?

9) Explica la estructura de los cantos corales.

II.- 1) Lee los poemas líricos griegos de la Antología. Recuerda que leerás traducciones que no reproducen el ritmo de la poesía -

griega, por esto enfocarás tu atención hacia el contenido de los mismos.

2) En el canto de Tirteo ¿Consideras que el poeta despierta la conciencia del deber hacia el Estado?

Fundamenta tu respuesta citando versos del canto.

3) Comenta oralmente la oda de Arquíloco.

4) a) ¿Qué tema desarrollan los poemas de Alceo?

b) Interpreta connotativamente -todo lo -- que sugieren- los fragmentos de Alceo: "Al buen callar", "Augurios Políticos" y "A la deriva".

Responde en forma oral.

5) ¿Qué temas desarrolla Safo en sus poemas?

6) a) ¿Cuál es el máximo poeta griego?

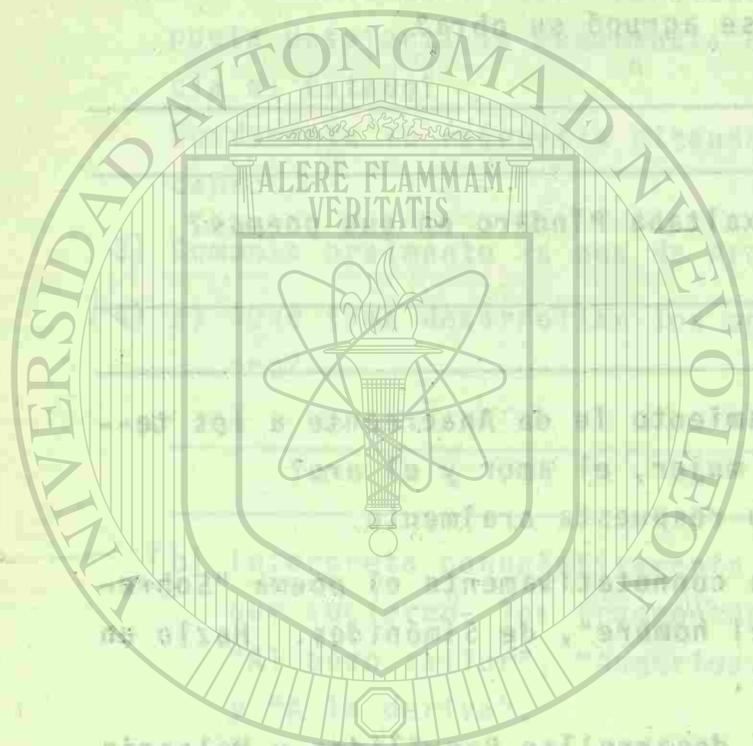
b) ¿Cómo se agrupó su obra?

c) ¿Qué exaltaba Píndaro en sus poemas?

7) ¿Qué tratamiento le da Anacreonte a los temas de la mujer, el amor y el oro? Elabora tu respuesta oralmente.

8) Interpreta connotativamente el poema "Sobre la vida del hombre", de Simónides. Hazlo en forma oral.

9) ¿Qué temas desarrollan Baquílides y Meleagio en sus poemas?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AUTOEVALUACION (UNIDAD V)

Completa brevemente:

- 1) La principal característica de la poesía lírica es Predomina lo subjetivo, utiliza metros
- 2) El arte que se desarrolla conjuntamente con la poesía es la música
- 3) Lírica deriva su nombre de la lira
- 4) Poesía que se divide en elegíaca, yámbica y --
métrica. personal
- 5) Poesía que se acompañaba con movimientos del -
grupo que cantaba. coral
- 6) Canto coral ritual de donde proviene la trage-
dia ditirambo
- 7) Estrofa, antiestrofa y épodo son estructura
- 8) Poeta creador del yambo Arquilocho de Paros
- 9) Autor de las Olímpicas, Nemeas, Píticas e Ist-
micas Píntaco
- 10) Poetisa cuyo tema recurrente es el amor. Safo (R)
- 11) El yambo es un pie métrico

12) En su origen, la elegía fue un canto

triste

13) La oda es una forma de la poesía

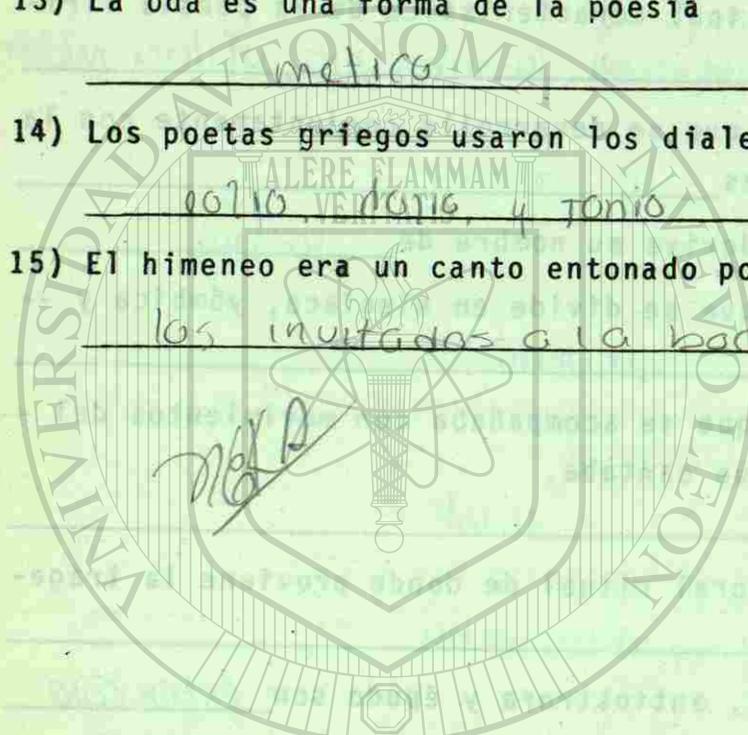
metrica

14) Los poetas griegos usaron los dialectos

eólico, dorico, y jonico

15) El himeneo era un canto entonado por

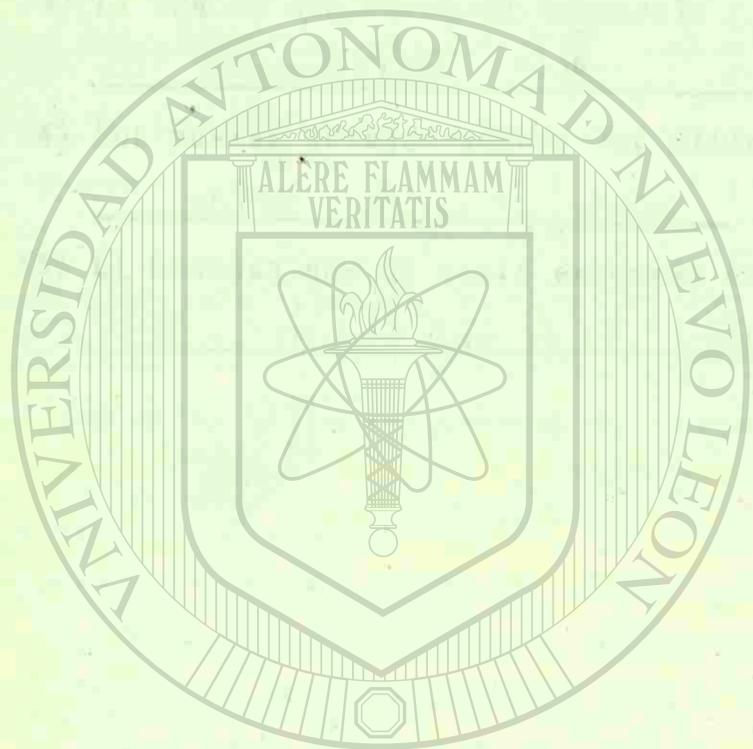
los invitados a la boda



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

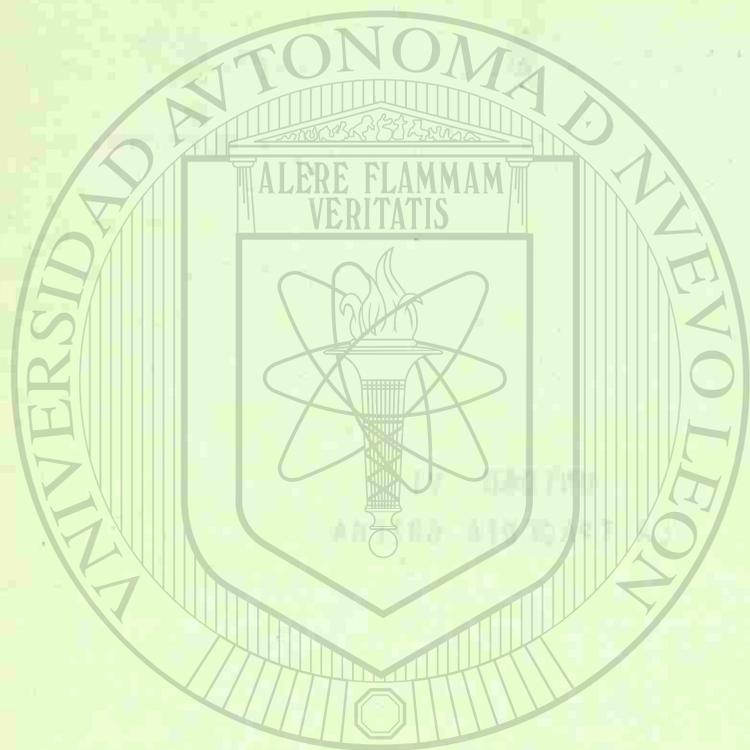


U A N L

UNIDAD VI
LA TRAGEDIA GRIEGA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIDAD VI
LA TRAGEDIA GRIEGA

Objetivos
Particulares

Objetivos
Específicos

El alumno:

- | | |
|--|--|
| 1. Comprenderá el origen y la evolución del teatro griego y sus características. | 1.1. Describirá el origen del teatro griego. |
| | 1.2. Identificará la tragedia como un subgénero dramático. |
| | 1.3. Describirá los elementos característicos del teatro griego. |
| 2. Analizará literariamente la tragedia griega. | 2.1. Definirá el concepto tragedia. |
| | 2.2. Enunciará los representantes de la tragedia griega. |
| | 2.3. Describirá los antecedentes temáticos de las tragedias. |
| | 2.4. Distinguirá la tragedia "Antígona" de Sófocles, según especificaciones. |

UNIDAD VI
LA TRAGEDIA GRIEGA

En la poesía lírica coral había un canto ritual de culto a Dionisios, llamado dítirambo, donde podemos señalar el punto de partida para la tragedia.

El dítirambo sufrió cambios; de ser canción improvisada se transforma en himno coral con música y acción mímica. En la forma antigua, los hombres se disfrazaban de machos cabríos y representaban el espíritu de los bosques y la vida silvestre en honor a Dionisio, el dios del vino. Recuérdese que la estructura de los cantos corales estaba formada por estrofa, antiestrofa y épodo; a cada integrante del coro se le llamaba coreuta y al director del mismo corifeo.

Ya con Tespis -535 A.C.- en un festival a Dionisios, presenta su coro de "tragôdoi" o machos cabríos; de ese término griego deriva el nombre de tragedia.

De la tragedia primitiva griega, incluyendo Tespis, no ha quedado más que comentarios. Las tragedias que han llegado hasta nosotros son de los tres grandes trágicos griegos, cada uno de ellos expresando de manera muy particular este subgénero dramático; ellos son: Esquilo, Sófocles y Eurípi-

des.

Según Aristóteles, el objetivo de la tragedia era la catarsis. El elemento trágico era imprescindible en la tragedia y su esencia se expresa en lo inexorable del destino, el enfrentamiento con poderes superiores, el dolor de la soledad, etc.

El desarrollo de la tragedia abarca un siglo y sus características son diferentes a las modernas obras del género dramático. Los siguientes son sus rasgos esenciales:

- una escena única.
- reducido número de actores-personajes.
- los diálogos se dan en los personajes.
- fragmentos líricos en los cantos del coro.
- elementos narrativos en los personajes mensajeros
- estásimos o cantos del coro, divididos en estrofa, antiestrofa y épodo.
- profundos problemas de religión y moral.
- en los personajes se distinguen protagonista y antagonista.

La tragedia es un subgénero de lo dramático y por lo tanto está escrita para representarse. Las representaciones de la tragedia griega fueron inicialmente una liturgia que fue evolucionando lentamente. Los actores eran hombres; los papeles femeninos eran desarrollados por adolescentes imberbes;

el vestuario estaba conformado por túnicas de ciertos colores de acuerdo al rango de los personajes: tocas -sombreros altos- y coturnos -zapatos altos- que elevaban la estatura del actor, además de máscaras que primeramente fueron fijas y después reflejaban un rictus de acuerdo a la caracterización del personaje; las máscaras ayudaban a la acústica, aunándose a la forma de los teatros griegos construidos en laderas para aprovechar el declive. Las gradas escalonadas formaban un cono semicircular, cerrado por una fachada del "Skene" o escenario. Todo esto ayudaba a la acústica del teatro, el cual podía albergar miles de espectadores.

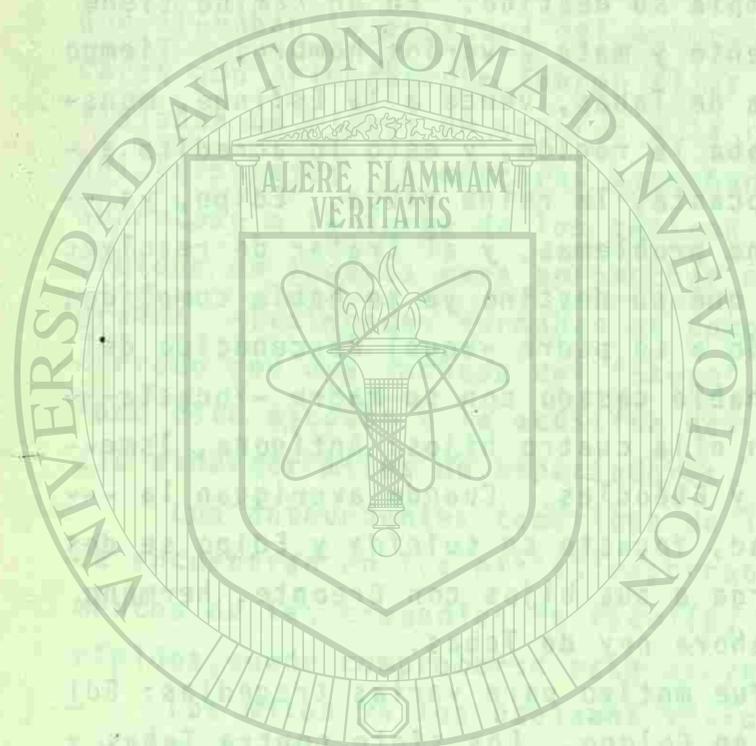
Los antecedentes temáticos de las tragedias se encuentran en los mitos; rastreando en los argumentos de las tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides, puede comprobarse esta aseveración.

Los mitos ya los habíamos visto en La Ilíada y La Odisea, en las leyendas y en la intervención de los dioses. Uno de los mitos que sirvió para desarrollar varias tragedias es el de Edipo, ser atormentado al que los dioses, antes de nacer y mediante el oráculo, dijeron que sería asesino de su padre y esposo de su madre; éstos, al nacer Edipo, ordenan su muerte para tratar de evitar el destino; el encargado de hacerlo se apiada del niño, lo salva y lo da a un hombre. Edipo crece creyéndose príncipe, hijo

de Pólipo y Merope; al crecer, el oráculo vuelve a repetirse, y Edipo, atormentado, huye para impedir que se cumpla su destino. En un camino tiene un enfrentamiento y mata a varios hombres. Tiempo después, cerca de Tebas, vence a la Esfinge, monstruo que asolaba la región, y esto lo acredita a casarse con Yocasta, la reina viuda. Edipo, ya como rey, tiene problemas, y al tratar de resolver los descubre que su destino ya se había cumplido; él había matado a su padre -aquel desconocido del camino- y se había casado con su madre -Yocasta- procreando con ella cuatro hijos: Antígona, Ismene, Polinices y Etéocles. Cuando averiguan la terrible verdad, Yocasta se suicida y Edipo se des- tierra. Encarga a sus hijos con Creonte, hermano de Yocasta y ahora rey de Tebas.

El mito fue motivo para varias tragedias: Edipo rey, Edipo en Colono, Los siete contra Tebas y Antígona.

Esta última tragedia la estudiarás con más detenimiento para que distingas en ella, joven estudiante, las características de la tragedia griega.



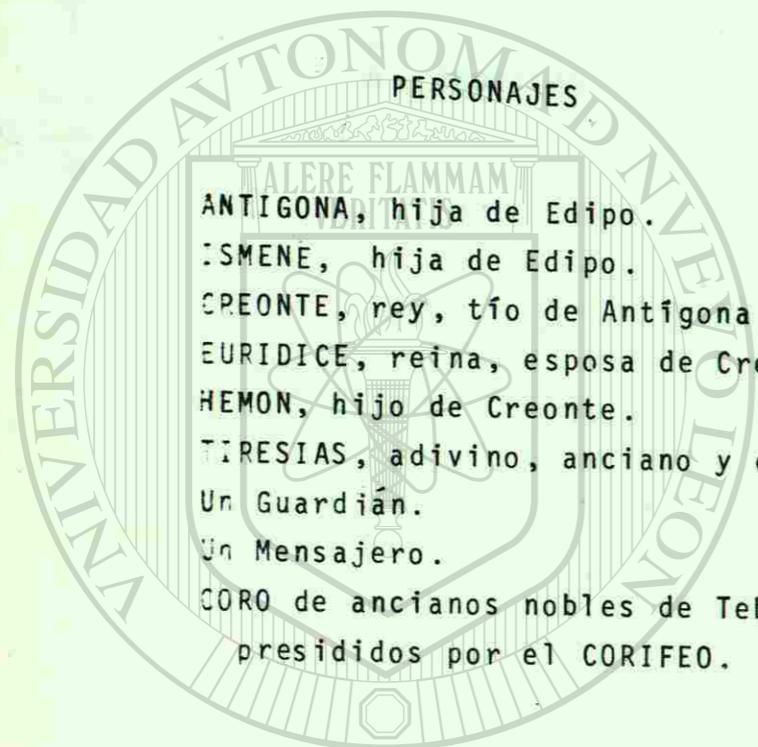
ANTIGONA

UJANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PERSONAJES

ANTIGONA, hija de Edipo.
ISMENE, hija de Edipo.
CREONTE, rey, tío de Antígona e Ismene.
EURIDICE, reina, esposa de Creonte.
HEMON, hijo de Creonte.
TIRESIAS, adivino, anciano y ciego.
Un Guardián.
Un Mensajero.
CORO de ancianos nobles de Tebas,
presididos por el CORIFEO.

La escena, frente al palacio real de Tebas, con escalinata. Al fondo, la montaña.

Cruza la escena Antígona, para entrar en -- palacio. Al cabo de unos instantes, vuelve a salir, llevando del brazo a su hermana Ismene, a la que hace bajar las escaleras y aparta de palacio.

Antígona. Hermana de mi misma sangre, Ismene -- querida, tú que conoces las desgracias de la casa de Edipo, ¿sabes de alguna de ellas que Zeus no haya cumplido después de nacer nosotros dos? No, no hay vergüenza ni infamia, no hay cosa insufrible ni nada que se aparte de la mala suerte, que no vea yo entre nuestras desgracias, tuyas y mías; y hoy, encima, ¿qué sabes de este edicto que dicen que el estrateg¹ acaba de imponer a todos los ciudadanos? ¿Te has enterado ya o no sabes los males inminentes que enemigos tramaron contra seres queridos?

Ismene. No, Antígona, a mí no me ha llegado --

noticia alguna de seres queridos, ni dulce ni dolorosa, desde que nos vimos las dos privadas de nuestros dos hermanos, por doble, recíproco golpe fallecidos en un solo día.² Después de partir el ejército argivo, esta misma noche, después no sé ya nada que pueda hacerme ni más feliz ni más desgraciada.

Antígona. No me cabía duda, y por esto es que te traje aquí, superado el umbral de palacio, para que me escucharas, tú sola.

Ismene. ¿Qué pasa? Se ve que lo que vas a decirme te ensombrece.

Antígona. Y, ¿cómo no, pues? ¿No ha juzgado Creonte digno de honores sepulcrales a uno de --- nuestros hermanos, y al otro tiene en cambio --- deshonorado? Es lo que dicen: a Etéocles le ha parecido justo tributarle las justas, acostumbradas honras, y le ha hecho enterrar de forma que en honor le reciban los muertos, bajo tierra. El pobre cadáver de Polinices, en cambio, dicen que un edicto a los ciudadanos prohibiendo que alguien le dé sepultura, que al--- quien le llore, incluso. Dejarle allí, sin -- duelo, insepulto, dulce tesoro a merced de las aves que busquen donde cebarse. Y esto es, dicen, lo que el buen Creonte tiene decretado, -- también para tí y para mí, sí, también para mí;

y que viene hacia aquí, para anunciarlo con toda claridad a los que no lo saben, todavía, que no es asunto de poca monta ni puede así considerarse, sino que el que transgreda alguna de estas órdenes será reo de muerte, públicamente lapidado en la ciudad. Estos son los términos de la cuestión: ya no te queda -- sino mostrar si haces honor a tu linaje o si eres indigna de tus ilustres antepasados.

Ismene. No seas atrevida: si las cosas están -- así, ate yo o desate en ellas, ¿qué podría -- ganarse?

Antígona. ¿Puedo contar con tu esfuerzo, con tu ayuda?

Piénsalo.

Ismene. ¿Qué ardida empresa tramas? ¿Adónde va -- tu pensamiento?

Antígona. Quiero saber si vas a ayudar a mi mano a alzar al muerto.

Ismene. Pero, ¿es que piensas darle sepultura, sabiendo que se ha públicamente prohibido?

Antígona. Es mi hermano -- y también tuyo, aunque tú no quieras --; cuando me prendan, nadie podrá llamarme traidora.

Ismene. ¡Y contra lo ordenado por Creonte, ay, audacísima!

Antígona. El no tiene potestad para apartarme --

de los míos.

Ismene. Ay, reflexiona, hermana, piensa: nuestro padre, cómo murió, aborrecido, deshonrado, después de cegarse él mismo sus dos ojos, enfrentado a faltas que él mismo tuvo que descubrir. Y después, su madre y esposa -que las dos palabras le cuadran-, pone fin a su vida en infame, entrelazada sogá. En tercer lugar, nosotros dos hermanos, en un solo día, consuman, -desgraciados, su destino, el uno por mano del otro asesinados. Y ahora, que solas nosotras dos quedamos, piensa qué ignominioso fin tendremos si violamos lo prescrito y transgredimos la voluntad o el poder de los que mandan. No, hay que aceptar los hechos: que somos dos mujeres, incapaces de luchar contra hombres,³ y que tienen el poder, los que dan órdenes, y hay -- que obedecerlas -éstas y todavía otras más dolorosas-. Yo, con todo, pido, sí, a los que yacen bajo tierra, su perdón, pues que obro forzada, pero pienso obedecer a las autoridades: es forzarse en no obrar como todos carece de sentido, totalmente.

Antígona. Aunque ahora quisieras ayudarme, ya no lo pediría: tu ayuda no sería de mi agrado; en fin, reflexiona sobre tus convicciones: yo voy a enterrarle, y, en habiendo yo así obrado ---

bien, que venga la muerte: amiga yaceré con -- él, con un amigo, convicta de un delito piadoso; por más tiempo debe mi conducta agradar a los de abajo que a los de aquí, pues mi descanso entre ellos ha de durar siempre. En cuanto a tí, si es lo que crees, deshonra lo que los dioses honran.

Ismene. En cuanto a mí, yo no quiero hacer nada deshonroso, pero de natura? me faltan fuerzas para desafiar a los ciudadanos.

Antígona. Bien, tú te escudas en este pretexto, pero yo me voy a cubrir de tierra a mi hermano amadísimo hasta darle sepultura.

Ismene. ¡Ay, desgraciada, cómo temo por tí!

Antígona. No, por mí no tiembles: tu destino, -- prueba a enderezarlo.

Ismene. Al menos, el proyecto que tienes, no se lo confíes a nadie de antemano; guárdalo en -- secreto que yo te ayudaré en esto.

Antígona. ¡Ay, no, no: grítalo! Mucho más te aborreceré si callas, si no lo pregonas a todo el mundo.

Ismene. Caliente corazón tienes, hasta en cosas que hielan.

Antígona. Sabe, sin embargo, que así agrado a -- los que más debo complacer.

Ismene. Sí, si algo lograras... Pero no tiene --

salida, tu deseo.

Antígona. Puede, pero no cejaré en mi empeño, --
mientras tenga fuerzas.

Ismene. De entrada, ya, no hay que ir a la caza
de imposibles.

Antígona. Si continúas hablando en ese tono, ten-
drás mi odio y el odio también del muerto, con
justicia. Venga, déjanos a mí y a mi funesta
resolución, que corramos este riesgo, convenci-
da como estoy de que ninguno puede ser tan gra-
ve como morir de modo innoble.

Ismene. Ve, pues, si es lo que crees; quiero de-
cirte que, con ir, demuestras que estás sin --
juicio, pero también que amiga eres, sin repro-
che, para tus amigos.

Sale Ismene hacia el palacio; desaparece Antí-
gona en dirección a la montaña. Hasta la entra-
da del coro, queda la escena vacía unos instan-
tes.

Coro. Rayo de sol, luz la más bella -- más bella,
sí, que cualquiera de las que hasta hoy brilla-
ron en Tebas, la de las siete puertas-, ya has
aparecido, párpado de la dorada mañana que te
mueves por sobre la corriente de Dirce.⁴ Con-
rápida brida has hecho correr ante tí, fugiti-
vo, al hombre venido de Argos, de blanco escu-

do, con su arnés completo.

Polinices, que se levantó contra nuestra pa-
tria llevado por dudosas querellas, con agudí-
simo estruendo, como águila que se cierne so-
bre su víctima, como por ala de blanca nieve -
cubierto por multitud de armas y cascos de cri-
nes de caballos.

Por sobre los techos de nuestras casas vola-
ba, abriendo sus fauces, lanzas sedientas de -
sangre en torno a las siete puertas, bocas de
la ciudad, pero hoy se ha ido, antes de haber -
podido saciar en nuestra sangre sus mandíbulas
y antes de haber prendido pinosa madera ardien-
do en las torres, corona de la muralla, tal fue
el estrépito bélico que se extendió a sus es-
paldas: difícil es la victoria cuando el adver-
sario es la serpiente,⁵

Porque Zeus odia la lengua de jactancioso -
énfasis, y al verles cómo venían contra noso-
tros, prodigiosa avalancha, engreídos por el -
ruido del oro, lanza su tembloroso rayo contra
uno que, al borde último de nuestras barreras,
se alzaba ya con gritos de victoria. ®

Como si fuera un Tántalo,⁶ con la antorcha -
en la mano, fue a dar al duro suelo, él, que --
como un bacante en furiosa acometida, entonces,
soplaba contra Tebas vientos de enemigo arreba-

to. Resultaron de otro modo, las cosas: rudos golpes distribuyó -uno para cada uno-entre los demás caudillos, Ares, empeñado, propicio dios.

Siete caudillos, cabe las siete puertas --- apostados, iguales contra iguales, dejaron a Zeus, juez de la victoria, tributo broncíneo -totalmente; menos los dos miseros que, nacidos de un mismo padre y una misma madre, levantaron, el uno contra el otro, sus lanzas -armas de principales paladines-, y ambos lograron su parte en una muerte común.

Y, pues, exaltadora de nombres, la Victoria ha llegado a Tebas rica en carros, devolviendo a la ciudad la alegría, conviene dejar en el olvido las lides de hasta ahora, organizar nocturnas rondas que recorran los templos de los dioses todos; y Baco, las danzas en cuyo honor conmueven la tierra de Tebas, que él nos guíe.

Sale del palacio, con séquito, Creonte.

Corifeo. Pero he aquí al rey de esta tierra, --- Creonte, hijo de Meneceo, que se acerca, nuevo caudillo por las nuevas circunstancias reclamado; ¿qué proyecto debatiendo nos habrá congregado, a esta asamblea de ancianos, que aquí en común hemos acudido a su llamada?

Creonte. Ancianos, el timón de la ciudad que los dioses, bajo tremenda tempestad, habían conmovi-

do, hoy de nuevo enderezan, ronso cierto. Si yo por mis emisarios os he mandado aviso, a vosotros entre todos los ciudadanos, de venir -- aquí, ha sido porque conozco bien vuestro respeto ininterrumpido al gobierno de Layo, y también, igualmente, mientras regía Edipo la ciudad; porque sé que, cuando él murió, vuestro -- sentimiento de lealtad os hizo permanecer al -- lado de sus hijos. Y pues ellos en un solo -- día, víctimas de un doble, común destino, se -- han dado muerte, mancha de fratricidio que a -- la vez causaron y sufrieron, yo, pues, en razón de mi parentesco familiar con los caídos, todo el poder, la realeza asumo. Es imposible conocer el ánimo, las opiniones y principios -- de cualquier hombre que no se haya enfrentado a la experiencia del gobierno y de la legislación. A mí, quienquiera que, encargado del -- gobierno total de una ciudad, no se acoge al -- parecer de los mejores, sino que, por miedo a -- algo, tiene la boca cerrada, el tal me parece -- y no sólo ahora, sino desde siempre -- un individuo pésimo. Y el que en más considera a un -- amigo que a su propia patria, éste no me merece consideración alguna; porque yo -- sépalo --- Zeus, eterno escrutador de todo -- ni puedo estar me callado al ver que se cierne sobre mis con-

ciudadanos no salvación, sino castigo divino, ni podría considerar amigo mío a un enemigo de esta tierra, y esto porque estoy convencido de que en esta nave está la salvación, y en ella, si va por buen camino, podemos hacer amigos. Estas son las normas con que me propongo hacer la grandeza de Tebas, y hermanas de ellas las órdenes que hoy he mandado pregonar a los ciudadanos sobre los hijos de Edipo: a Etéocles, que luchando en favor de la ciudad por ella ha sucumbido, totalmente el primero en el manejo de la lanza, que se le entierre en una tumba y que se le propicie con cuantos sacrificios se dirigen a los más ilustres muertos, bajo tierra; pero a su hermano, a Polinices digo, que, exiliado, a su vuelta quiso por el fuego arrasar de arriba a abajo la tierra patria y -- los dioses de la raza; que quiso gustar la sangre de algunos de sus parientes y esclavizar a otros; a éste, heraldos he mandado que anuncien que en esta ciudad no se le honra, ni con tumba ni con lágrimas: dejarle insepulto, presa expuesta al azar de las aves y los perros, miserable despojo para los que le vean. Tal es mi decisión: lo que es por mí, nunca tendrán los criminales el honor que corresponde a los ciudadanos justos; no, por mi parte tendrá

honores quienquiera que cumpla con el estado, tanto en muerte como en vida.

Corifeo. Hijo de Meneceo, obrar así con el amigo y con el enemigo de la ciudad, éste es tu gusto, y sí, puedes hacer uso de la ley como quieres, sobre los muertos y sobre los que vivimos todavía.

Creonte. Y ahora, pues, como guardianes de las órdenes dadas...

Corifeo. Impónle a uno más joven que soporte este peso.

Creonte. No es eso: ya hay hombres encargados de la custodia del cadáver.

Corifeo. Entonces, si es así, ¿qué otra cosa --- quieres aún recomendarnos?

Creonte. Que no condescendáis con los infractores de mis órdenes.

Corifeo. Nadie hay tan loco que desee la muerte.

Creonte. Pues ésa, justamente, es la paga; que muchos hombres se han perdido, por afán de lucro.

Del monte viene un soldado, uno de los guardianes del cadáver de Polinices. Sorprende a Creonte cuando estaba subiendo ya las escaleras del palacio. Se detiene al advertir su llegada.

Guardián. Señor, no te diré que vengo con tanta prisa que me falta ya el aliento ni que he movido ligero mis pies. No, que muchas veces me han detenido mis reflexiones y he dado la vuelta en mi camino, con intención de volverme; -- muchas veces mi alma me decía, en su lenguaje: "Infeliz, ¿cómo vas a donde en llegando serás castigado?"... "¿Otra vez te detienes, osado? Cuando lo sepa por otro Creonte, ¿piensas que no vas a sufrir un buen castigo?"... Con tanto darle vueltas iba acabando mi camino con pesada lentitud, y así no hay camino, ni que sea breve, que no resulte largo. Al fin venció en mí la decisión de venir hasta tí y aquí estoy, que, aunque nada podré explicarte, hablaré al menos; y el caso es que he venido asido a una esperanza, que no puede pasarme nada que no sea mi destino.

Creonte. Pero, veamos: ¿qué razón hay para que estés así desanimado?

Guardián. En primer lugar te explicaré mi situación: yo ni lo hice ni vi a quien lo hizo ni sería justo que cayera en desgracia por ello.

Creonte. Buen cuidado pones en enristrar tus palabras, atento a no ir directo al asunto.

Evidentemente, vas a hacernos saber algo nuevo.

Guardián. Es que las malas noticias suelen hacer

que uno se retarde.

Creonte. Habla, de una vez: acaba, y luego vete.

Guardián. Ya hablo, pues: vino alguien que enterró al muerto, hace poco: echó sobre su cuerpo árido polvo y cumplió los ritos necesarios.

Creonte. ¿Qué dices? ¿Qué hombre pudo haber, -- tan osado?

Guardián. No sé sino que allí no había señal que delatara ni golpe de pico ni surco de azada; -- estaba el suelo intacto, duro y seco, y no -- había roderas de carro: fue aquello obra de -- obrero que no deja señal. Cuando nos lo mostró el centinela del primer turno de la mañana, todos tuvimos una desagradable sorpresa: -- el cadáver había desaparecido, no enterrado, -- no, pero con una leve capa de polvo encima, -- obra como de alguien que quisiera evitar una -- ofensa a los dioses... Tampoco se veía señal alguna de fiera ni de perro que se hubiera -- acercado al cadáver, y menos que lo hubiera -- desgarrado. Entre nosotros hervían sospechas infamantes, de unos a otros; un guardián acusaba a otro guardián y la cosa podía haber acabado a golpes de no aparecer quien lo impidiera; cada uno a su turno era el culpable pero nadie lo era y todos eludían saber algo. Todos estábamos dispuestos a coger con la mano un hierro

candente, a caminar sobre fuego, a jurar por los dioses que no habíamos hecho aquello y que no conocíamos ni al que lo planeó ni al que lo hizo.

Por fin, visto que, de tanta inquisición, nada sacábamos, habló uno de nosotros y a todos de temor nos hizo fijar los ojos en el suelo, y el caso es que no podíamos replicarle ni teníamos forma de salir bien parados, de hacerlo que propuso: que era necesario informarte a tí de aquel asunto y que no podía ocultársete; esta opinión prevaleció, y a mí, desgraciado, tiene que tocarme la mala suerte y he de cargar con la ganga, y heme aquí, no por mi voluntad y tampoco porque querráis vosotros, ya lo sé, que no hay quien quiera a un mensajero que trae malas noticias.

Corifeo. (A Creonte.) Señor, a mí hace ya rato -- que me ronda la idea de si en esto no habrá la mano de los dioses.

Creonte. (Al coro). Basta, antes de hacerme rebosar en ira, con esto que dices; mejor no pueden acusarte a la vez de ancianidad y de poco juicio, porque en verdad que lo que dices no es soportable, que digas que las divinidades se preocupan en algo de este muerto. ¿Cómo iban a enterrarle, especialmente honrándole

como benefactor, a él, que vino a quemar las columnatas de sus templos, con las ofrendas de los fieles, a arruinar la tierra y las leyes a ellos confiadas? ¿Cuándo viste que los dioses honraran a los malvados? No puede ser. Tocante a mis órdenes, gente hay en la ciudad que mal las lleva y que en secreto de hace ya tiempo contra mí murmuran y agitan su cabeza, incapaces de mantener su cuello bajo el yugo, como es justo, porque no soportan mis órdenes; y -- estoy convencido, éstos se han dejado corromper por una paga de esta gente que digo y han hecho este desmán, porque entre los hombres, nada, ninguna institución ha prosperado nunca tan funesta como la moneda; ella destruye las ciudades; ella saca a los hombres de su patria; ella se encarga de perder a hombres de buenos principios, de enseñarles a fondo a instalarse en la vileza; para el bien y para el mal igualmente dispuestos hace a los hombres y les hace conocer la impiedad, que a todo se atreve. -- Cuantos se dejaron corromper por dinero y cumplir estos actos, realizaron hechos que un día, con el tiempo, tendrán su castigo. (Al guardián.) Pero, tan cierto como que Zeus tiene siempre mi respeto, que sepas bien esto que en juramento afirmo: si no encontráis al que

con sus propias manos hizo esta sepultura, si no aparece ante mis propios ojos, para vosotros no va a bastar con sólo el Hades,⁷ y antes, vivos, os voy a colgar hasta que confeséis --- vuestra desmesurada acción, para que aprendáis de dónde se saca el dinero y de allí lo saquéis -- en lo futuro; ya veréis como no se puede -- ser amigo de un lucro venido de cualquier parte. Por ganancias que de vergonzosos actos de rivan, pocos quedan a salvo y muchos más reciben su castigo, como puedes saber.

Guardián. ¿Puedo decir algo o me doy media vuelta, así, y me marcho?

Creonte. Pero, ¿todavía no sabes que tus palabras me molestan?

Guardián. Mis palabras, ¿te muerden el oído o en el alma?

Creonte. ¿A qué viene ponerte a detectar con precisión en qué lugar me duele?

Guardián. Porque el que te hiere el alma es el culpable; yo te hiero en las orejas.

Creonte. ¡Ah, está claro que tú naciste charlatán!

Guardián. Puede, pero lo que es este crimen no lo hice.

Creonte. Y un charlatán que, además, ha vendido su alma por dinero.

Guardián. Ay, si es terrible, que uno tenga sospechas y que sus sospechas sean falsas.

Creonte. ¡Sí, sospechas, enfatiza! Si no aparecen los culpables, bastante pregonaréis con vuestros gritos el triste resultado de ganancias miserables.

Creonte y su séquito se retiran. En las escaleras pueden oír las palabras del guardián.

Guardián. ¡Que encuentren al culpable, tanto mejor! Pero, tanto si lo encuentran como si no -- que en esto decidirá el azar --, no hay peligro, no, de que me veas venir otra vez a tu encuentro. Y ahora que me veo salvado contra toda esperanza, contra lo que pensé, me siento obligadísimo para con los dioses.

Coro. Muchas cosas hay portentosas, pero ninguna tan portentosa como el hombre; él, que ayudado por el noto tempestuoso llega hasta el otro extremo de la espumosa mar, atravesándola a pesar de las olas que rugen, descomunales; él, que fatiga la sublimísima divina tierra, inconsumible, inagotable, con el ir y venir del arado, año tras año, recorriéndola con sus mulas. Con sus trampas captura a la tribu de los pájaros incapaces de pensar y al pueblo de los

animales salvajes y a los peces que viven en el mar, en las mallas de sus trenzadas redes, el ingenioso hombre que con su ingenio domina al salvaje animal montaraz; capaz de unír con un yugo que su cuello por ambos lados sujete al caballo de poblada crin y al toro también infatigable de la sierra.

Y la palabra por sí mismo ha aprendido, y el pensamiento, rápido como el viento, y el carácter que regula la vida en sociedad, y a huir de la intemperie desapacible bajo los dardos de la nieve y de la lluvia: recursos tiene para todo, y, sin recursos, en nada se aventura hacia el futuro; sólo la muerte no ha conseguido evitar, pero sí se ha agenciado formas de eludir las enfermedades inevitables.

Referente a la sabia inventiva, ha logrado conocimientos técnicos más allá de lo esperable y a veces los encamina hacia el mal, otras veces hacia el bien. Si cumple los usos locales y la justicia por divinos juramentos confirmada, a la cima llega de la ciudadanía; si, atrevido, del crimen hace su compañía, sin ciudad queda: ni se siente en mi mesa ni tenga pensamientos iguales a los míos, quien tal haga. Entra el guardián de antes llevando a Antígona. Corifeo. No sé, dudo si esto sea prodigio obrado por los dioses... (Al advertir la presencia de

Antígona.) Pero, si la reconozco. ¿cómo puedo negar que ésta es la joven Antígona? Ay, misera, hija de mísero padre, Edipo, ¿qué es esto? ¿Te traen acaso porque no obedeciste lo legislado por el rey? ¿Te detuvieron osando una locura?

Guardián. Sí, ella, ella es la que lo hizo: la cogimos cuando lo estaba enterrando... Pero, Creonte, ¿dónde está?

Al oír los gritos del guardián, Creonte, recién entrado, vuelve a salir con su séquito.

Corifeo. Aquí: ahora vuelve a salir, en el momento justo, de palacio.

Creonte. ¿Qué sucede? ¿Qué hace tan oportuna mi llegada?

Guardián. Señor, nada hay que pueda un mortal empeñarse en jurar que es imposible: la reflexión desmiente la primera idea. Así, me iba convencido por la tormenta de amenazas a que me sometiste: que no volvería yo a poner aquí los pies; pero, como la alegría que sobreviene más allá de y contra toda esperanza no se parece, tan grande es, a ningún otro placer, he aquí que he venido a pesar de haberme comprometido a no venir con juramento para traerte a esta muchacha que ha sido hallada componien-

do una tumba. Y ahora no vengo porque se haya echado a suertes, no, sino porque este hallazgo feliz me corresponde a mí y no a ningún --- otro. Y ahora, señor, tú mismo, según quieras, la coges y ya puedes investigar y preguntarle; en cuanto a mí, ya puedo liberarme de este peligro: soy libre, exento de injusticia.

Creonte. Pero, ésta que me traes, ¿de qué modo y dónde la apresasteis?

Guardián. Estaba enterrando al muerto: ya lo sabes todo.

Creonte. ¿Te das cuenta? ¿Entiendes cabalmente lo que dices?

Guardián. Sí, que yo la vi a ella enterrando al muerto que tú habías dicho que quedase insepulto: ¿o es que no es evidente y claro lo que -- digo?

Creonte. ¿Y cómo fue que la sorprendierais y cogierais en pleno delito?

Guardián. Fue así la cosa: cuando volvimos a la guardia, bajo el peso terrible de tus amenazas, después de barrer todo el polvo que cubría el cadáver, dejando bien al desnudo su cuerpo ya en descomposición, nos sentamos al abrigo del viento, evitando que al soplar desde lo -- alto de las peñas nos enviara el hedor que despedía. Los unos a los otros con injuriosas

palabras despiertos y atentos nos teníamos, si alguien descuidaba la fatigosa vigilancia. Esto duró bastante tiempo, hasta que se constituyó en mitad del cielo la brillante esfera solar y la calor quemaba; entonces, de pronto, un torbellino suscitó del suelo tempestad de -- polvo -- pena enviada por los dioses -- que llenó la llanura, desfigurando las copas de los árboles del llano, y que impregnó toda la extensión del aire; sufrimos aquel mal que los dioses mandaban con los ojos cerrados, y cuando -- luego, después de largo tiempo, se aclaró, vimos a esta doncella que gemía agudamente como el ave condolida que ve, vacío de sus crías, -- el nido en que yacían, vacío. Así, ella, al -- ver el cadáver desvalido, se estaba gimiendo y llorando y maldecía a los autores de aquello. Veloz en las manos lleva árido polvo y de un -- aguamanil de bronce bien forjado de arriba a -- abajo triple libación vierte, corona para el -- muerto; nosotros, al verla, presurosos la apresamos, todos juntos, en seguida, sin que ella muestre temor en lo absoluto, y así, pues, -- aclaramos lo que antes pasó y lo que ahora; ella, allí de pie, nada ha negado; y a mí me -- alegra a la vez y me da pena, que cosa placentera es, sí, huir uno mismo de males, pero pe-

ncoso es llevar a su mal a gente amiga. Pero -
todas las demás consideraciones valen para mí
menos que el verme a salvo.

Creonte. (A Antígona.) Y tú, tú que inclinas al
suelo tu rostro, ¿confirmas o desmientes haber
hecho esto?

Antígona. Lo confirmo, sí; yo lo hice, y no lo -
niego.

Creonte. (Al guardián.) Tú puedes irte a dónde
quieras, libre ya del peso de mi inculpación.

Sale el guardián.

Pero tú (a Antígona) dime brevemente, sin ex-
tenderte; ¿sabías que estaba decretado no ha-
cer esto?

Antígona. Sí, lo sabía: ¿cómo no iba a saberlo?

Todo el mundo lo sabe.

Creonte. Y, así y todo, ¿te atreviste a pasar --
por encima de la ley?

Antígona. No era Zeus quien me la había decreta-
do, ni Dike, compañera de los dioses subterrá-
neos, perfiló nunca entre los hombres leyes de
este tipo. Y no creía yo que tus decretos tu-
vieran tanta fuerza como para permitir que só-
lo un hombre pueda saltar por encima de las --
leyes no escritas, inmutables, de los dioses:
su vigencia no es de hoy ni de ayer, sino de -

siempre, y nadie sabe cuándo fue que aparecie-
ron. No iba yo a atraerme el castigo de los -
dioses por temor a lo que pudiera pensar ----
alguien: ya veía, ya, mi muerte -¿cómo no?-, -
aunque tú no hubieses decretado nada; y, si --
muero antes de tiempo, yo digo que es ganan---
cia: quien, como yo, entre tantos males vive,
¿no sale acaso ganando con su muerte? Y así, -
no es, no desgracia, para mí, tener este desti-
no; y en cambio, si el cadáver de un hijo de -
mi madre estuviera insepulto y yo lo aguanta--
ra, entonces, eso sí me sería doloroso; lo ---
otro, en cambio, no me es doloroso: puede que
a ti te parezca que obré como una loca, pero,
poco más o menos, es a un loco a quien doy ---
cuenta de mi locura.

Corifeo. Muestra la joven fiera audacia, hija de
un padre fiero: no sabe ceder al infortunio.

Creonte. (Al coro.) Sí, pero sepas que los más -
inflexibles pensamientos son los más prestos -
a caer: y el hierro que, una vez cocido, el --
fuego hace fortísimo y muy duro, a menudo ve--
rás cómo se resquebraja, lleno de hendiduras;
sé de fogosos caballos que una pequeña brida -
ha domado; no cuadra la arrogancia al que es -
esclavo del vecino; y ella se daba perfecta --
cuenta de la suya, al transgredir las leyes --

establecidas; y, después de hacerlo, otra nueva arrogancia: ufanarse y mostrar alegría por haberlo hecho. En verdad que el hombre no soy yo, que el hombre es ella,⁸ si ante esto no --- siente el peso de la autoridad; pero, por muy de sangre de mi hermana que sea, aunque sea -- más de mi sangre que todo el Zeus que preside mi hogar, ni ella ni su hermana podrán escapar de muerte infamante, porque a su hermana también la acuso de haber tenido parte en la decisión de sepultarle. (A los esclavos.) Llamadla. (Al coro.) Sí, la he visto dentro hace -- poco, fuera de sí, incapaz de dominar su razón; porque, generalmente, el corazón de los que -- traman en la sombra acciones no rectas, antes de que realicen su acción, ya resulta convicto de su arteria. Pero, sobre todo, mi odio es -- para la que, cogida en pleno delito, quiere -- después darle timbres de belleza.

Antígona. Ya me tienes: ¿buscas aún algo más que mi muerte?

Creonte. Por mi parte, nada más; con tener esto, lo tengo ya todo.

Antígona. ¿Qué esperas, pues? A mí, tus palabras ni me placen ni podrían nunca llegar a -- complacerme; y las mías también a ti te son -- desagradables. De todos modos, ¿cómo podía alcanzar más gloriosa gloria que enterrando a mi

hermano? Todos éstos te dirían que mi acción les agrada, si el miedo no les tuviera cerrada la boca; pero la tiranía tiene, entre otras -- muchas ventajas, la de poder hacer y decir lo que le venga en gana.

Creonte. De entre todos los cadáveres, este punto de vista es sólo tuyo.

Antígona. Que no, que es el de todos; pero ante ti cierran la boca.

Creonte. ¿Y a ti no te avergüenza pensar distinto a ellos?

Antígona. Nada hay vergonzoso en honrar a los -- hermanos.

Creonte. ¿Y no era acaso tu hermano el que murió frente a él?

Antígona. Mi hermano era, del mismo padre y de -- la misma madre.

Creonte. Y, siendo así, ¿cómo tributas al uno -- honores impíos para el otro?

Antígona. No sería ésta la opinión del muerto.

Creonte. Si tú le honras igual que al impío...

Antígona. Cuando murió no era su esclavo: era su hermano.

Creonte. Que había venido a arrasar el país; y -- el otro se opuso en su defensa.

Antígona. Con todo, Hades requiere leyes igualitarias

Creonte. Pero no que el que obró bien tenga la misma suerte que el malvado.

Antígona. ¿Quién sabe si allí abajo mi acción es elogiable?

Creonte. No, en verdad no, que un enemigo, ni -- muerto, será jamás mi amigo. 9

Antígona. No nací para compartir el odio, sino el amor.

Creonte. Pues vete abajo y, si te quedan ganas de amar, ama a los muertos que, a mí, mientras viva, no ha de mandarme una mujer.

Se acerca Ismene entre dos esclavos.

Corifeo. He aquí, ante las puertas, he aquí a Ismene; lágrimas vierte, de amor por su hermana; una nube sobre sus cejas su sonrosado rostro afea; sus bellas mejillas, en llanto bañadas.

Creonte. (A Ismene.) Y tú, que te movías por palacio en silencio, como una víbora, apurando mi sangre... Sin darme cuenta, alimentaba dos desgracias que querían arruinar mi trono. Ven, habla: ¿vas a decirme, también tú, que tuviste tu parte en lo de la tumba, o jurarás no saber nada?

Ismene. Si ella está de acuerdo, yo lo he hecho: acepto mi responsabilidad; con ella cargo.

Antígona. No, que no te lo permite la justicia;

ni tú quisiste ni te di yo parte en ello.

Ismene. Pero, ante tu desgracia, no me avergüenza ser tu socorro en el remo, por el mar de tu dolor.

Antígona. De quién fue obra bien lo saben Hades y los de allí abajo; por mi parte, no soporto que sea mi amiga quien lo es tan sólo de palabra.

Ismene. No, hermana, no me niegues el honor de morir contigo y el de haberte ayudado a cumplir los ritos debidos al muerto.

Antígona. No quiero que mueras tú conmigo ni que hagas tuyo algo en lo que no tuviste parte: bastará con mi muerte.

Ismene. ¿Y cómo podré vivir, si tú me dejas?

Antígona. Pregúntale a Creonte, ya que tanto te preocupas por él.

Ismene. ¿Por qué me hieres así, sin sacar con ello nada?

Antígona. Aunque me rfa de ti, en realidad te compadezco.

Ismene. Y yo, ahora, ¿en qué otra cosa podría ser útil?

Antígona. Sálvate: yo no he de envidiarte si te salvas.

Ismene. ¡Ay de mí, desgraciada; y no poder acompañarte en tu destino!

Antígona. Tú escogiste vivir, y yo la muerte.
Ismene. Pero no sin que mis palabras, al menos, te advirtieran.

Antígona. Para unos, tú pensabas bien...; yo para otros.

Ismene. Pero las dos ahora hemos faltado igualmente.

Antígona. Animo, deja eso ya; a tí te toca vivir; en cuanto a mí, mi vida se acabó hace tiempo, por salir en ayuda de los muertos.

Creonte. (Al coro.) De estas dos muchachas, la una os digo que acaba de enloquecer y la otra que está loca desde que nació.

Ismene. Es que la razón, señor, aunque haya dado en uno sus frutos, no se queda, no, cuando agobia la desgracia, sino que se va.

Creonte. La tuya, al menos, que escogiste obrar mal juntándote con malos.

Ismene. ¿Qué puede ser mi vida, ya, sin ella?

Creonte. No, no digas ni "ella", porque ella ya no existe.

Ismene. Pero, ¿cómo?, ¿matarás a la novia de tu hijo?

Creonte. No ha de faltarle tierra que pueda cultivar.

Ismene. Pero esto es faltar a lo acordado entre él y ella.

Creonte. No quiero yo malas mujeres para mis hijos.

Antígona. ¡Ay, Hemón querido! Tu padre te falta al respeto.

Creonte. Demasiado molestas, tú y tus bodas.

Corifeo. Así pues, ¿piensas privar de Antígona a tu hijo?

Creonte. Hades, él pondrá fin a estas bodas.

Corifeo. Parece, pues, cosa resuelta que ella muera.

Creonte. Te lo parece a tí, también a mí. Y, -- venga ya, no más demora; llevadlas dentro, esclavos; estas mujeres conviene que estén atadas, y no que anden sueltas: huyen hasta los más valientes, cuando sienten a la muerte rondarles por la vida.

Los guardas que acompañaban a Creonte, acompañan a Antígona e Ismene dentro del palacio. Entra también Creonte.

Coro. Felices aquellos que no prueban en su vida la desgracia. Pero si un dios azota de males la casa de alguno, la ceguera no queda, no, al margen de ella y hasta el final del linaje la acompaña. Es como cuando contrarios, enfurecidos vientos tracios hinchan el oleaje que sopla sobre el abismo del profundo mar; de sus profundidades negra arena arremolina, y gimen ruidosas, oponiéndose al azote de contrarios embates, las rocas de la playa.

Así veo las penas de la casa de los Labdácidas cómo se abáten sobre las penas de los ya fallecidos: ninguna generación liberará a la siguiente, porque algún dios la aniquila, y no hay salida. Ahora, una luz de esperanza cubría a los últimos vástagos de la casa de Edipo; pero, de nuevo, el hacha homicida de algún dios subterráneo la siega, y la locura en el hablar y una Erinis en el pensamiento.

¿Qué soberbia humana podría detener, Zeus, tu poderío? Ni el sueño puede apresarla, él, que todo lo domina, ni la duración infatigable del tiempo entre los dioses. Tú, Zeus, soberano que no conoces la vejez, reinas sobre la centelleante, esplendorosa serenidad del Olimpo. En lo inminente, en lo porvenir y en lo pasado, tendrá vigencia esta ley: en la vida de los hombres, ninguno se arrastra -al menos por largo tiempo- sin ceguera.

La esperanza, en su ir y venir de un lado a otro, resulta útil, sí, a muchos hombres; para muchos otros, un engaño del deseo, capaz de confiar en lo vacuo: el hombre nada sabe, y le llega cuando acerca a la caliente brasa el ---
pte.¹¹ Resulta ilustre este dicho, debido no sé a la sabiduría de quién: el mal parece un día bien al hombre cuya mente lleva un dios a la -

ceguera; brevísimo es ya el tiempo que vive sin ruina.

Sale Creonte de palacio. Aparece Hemón a lo lejos.

Corifeo. (A Creonte.) Pero he aquí a Hemón, el más joven de tus vástagos: ¿viene acaso dolorido por la suerte de Antígona, su prometida, muy condolido al ver frustrada su boda?

Creonte. Al punto lo sabremos, con más seguridad que los adivinos. (A Hemón.) Hijo mío, ¿vienes aquí porque has oído mi última decisión sobre la doncella que a punto estabas de esposar y quieres mostrar tu furia contra tu padre?, ¿o bien porque, haga yo lo que haga, soy tu amigo?

Hemón. Padre, soy tuyo, y tú derechamente me encaminas con tus Benévolos consejos que siempre he de seguir; ninguna boda puede ser para mí tan estimable que la prefiera a tu buen gobierno.

Creonte. Y así, hijo mío, has de guardar esto en el pecho: en todo estar tras la opinión paterna; por eso es que los hombres piden engendrar hijos y tenerlos sumisos en su hogar: porque devuelvan al enemigo el mal que les causó y honren, igual que a su padre, a su --

amigo; el que, en cambio, siembra hijos inútiles, ¿qué otra cosa podrías decir de él, salvo que se engendró dolores, motivo además de gran escarnio para sus enemigos? No, hijo, no dejes que se te vaya el conocimiento tras el placer, a causa de una mujer; sabe que compartir el lecho con una mala mujer, tenerla en casa, esto son abrazos que hielan... Porque, ¿qué -- puede herir más que un mal hijo? No, desprecia la como si se tratara de algo odioso, déjala; que se vaya al Hades a encontrar otro novio. Y pues que yo la hallé, sola a ella, de entre toda la ciudad, desobedeciendo, no voy a permitir que mis órdenes parezcan falsas a los ciudadanos; no, he de matarla. Y ella, que le -- vaya con himnos al Zeus que protege a los de la misma sangre. Porque si alimento el desorden entre los de mi sangre, esto constituye -- una pauta para los extraños. Se sabe quién se porta bien con su familia según se muestre justo a la ciudad. Yo confiadamente creo que el hombre que en su casa gobierna sin tacha quiere también verse bien gobernado, él, que es -- capaz en la inclemencia del combate de mantenerse en su sitio, modélico y noble compañero de los de su fila; en cambio, el que, soberbio, a las leyes hace violencia, o piensa en --

imponerse a los que manda, éste nunca puede -- ser que reciba mis elogios. Aquel que la ciudad ha instituido como jefe, a éste hay que -- oírle, diga cosas baladfas, ejemplares o todo lo contrario. No hay desgracia mayor que la -- anarquía: ella destruye las ciudades, conmueve y revuelve las familias; en el combate, rompe las lanzas y promueve las derrotas. En el lado de los vencedores, es la disciplina lo -- que salva a muchos. Así pues, hemos de dar -- nuestro brazo a lo establecido con vistas al orden, y, en todo caso, nunca dejar que una -- mujer nos vengza; preferible es -- si ha de llegar el caso -- caer ante un hombre: que no puedan enrostrarnos ser más débiles que mujeres. Corifeo. Si la edad no nos sorbió el entendimiento, nosotros entendemos que hablas con prudencia lo que dices. Hemón. Padre, el más sublime don que de todas -- cuantas riquezas existen, dan los dioses al hombre, es la prudencia. Yo no podría ni sabría -- explicar por qué tus razones no son del todo -- rectas; sin embargo, podría una interpretación en otro sentido ser correcta. Tú no has podido constatar lo que por Tebas se dice; lo que se hace o se reprocha. Tu rostro impone respeto al hombre de la calle; sobre todo si ha de --

dirigirte con palabras que no te daría gusto -
escuchar. A mí, en cambio, me es posible oír-
las, en la sombra, y son: que la ciudad se la-
menta por la suerte de esta joven que muere de
mala muerte, como la más innoble de todas las
mujeres, por obras que ha cumplido bien glorio-
sas. Ella, que no ha querido que su propio --
hermano, sangrante muerto, desapareciera sin --
sepultura ni que lo deshicieran ni perros ni --
aves voraces, ¿no se ha hecho así acreedora de
dorados honores? Esta es la oscura petición --
que en silencio va propagándose. Padre, para
mí no hay bien máspreciado que tu felicidad y
buena ventura: ¿qué puede ser mejor ornato que
la fama creciente de su padre, para un hijo, y
qué, para un padre, con respecto a sus hijos? --
No te habitúes, pues, a pensar de una manera --
única, absoluta, que lo que tú dices --mas no --
otra cosa-, esto es lo cierto. Los que creen
que ellos son los únicos que piensan o que ---
tienen un modo de hablar o un espíritu como --
nadie, éstos aparecen vacíos de vanidad, al --
ser descubiertos.

Para un hombre, al menos si es prudente, no
es nada vergonzoso ni aprender mucho ni no mos-
trarse en exceso intransigente; mira, en in-
vierno, a la orilla de los torrentes acrecenta

dos por la lluvia invernal, cuántos árboles --
ceden, para salvar su ramaje; en cambio, el --
que se opone sin ceder, éste acaba desgajado.
Y así, el que seguro de sí mismo, la escota de
su nave tensa, sin darle juego, hace el resto
de su travesía con la bancada al revés, hacia
abajo. Por tanto, no me extremes tu rigor y ad-
mite el cambio. Porque, si cuadra a mi juven-
tud emitir un juicio, digo que en mucho estimo
a un hombre que ha nacido lleno de ciencia in-
nata, mas, con todo --como a la balanza no le --
agrada caer por ese lado -- que bueno es tomar
consejo de los que bien lo dan.

Corifeo. Lo que ha dicho a propósito, señor, con-
viene que lo aprendas. (A Hemón.) Y tú igual --
de él; por ambas partes bien se ha hablado.

Creonte. Sí, encima, los de mi edad vamos a te-
ner que aprender a pensar según el natural de
jóvenes de la edad de éste.

Hemón. No, en lo que no sea justo. Pero, si es --
cierto que soy joven, también lo es que con-
viene más en las obras fijarse que en la edad.

Creonte. ¡Valiente obra, honrar a los transgre-
sos del orden!

Hemón. En todo caso, nunca dije que se debiera --
honrar a los malvados.

Creonte. ¿Ah no? ¿Acaso no es de maldad que está
ella enferma?

Hemón. No es eso lo que dicen sus compatriotas tebanos.

Creonte. Pero, ¿es que me van a decir los ciudadanos lo que he de mandar?

Hemón. ¿No ves que hablas como un joven inexperto?

Creonte. ¿He de gobernar esta tierra según otros o según mi parecer?

Hemón. No puede, una ciudad, ser solamente de un hombre.

Creonte. La ciudad, pues, ¿no ha de ser de quien la manda?

Hemón. A ti, lo que te iría bien es gobernar, tú solo, una tierra desierta.¹³

Creonte. (Al coro.) Está claro: se pone del lado de la mujer.

Hemón. Sí, si tú eres mujer, pues por ti miro.

Creonte. ¡Ay, miserable, y que oses procesar a tu padre!

Hemón. Porque no puedo dar por justos tus errores.

Creonte. ¿Es, pues, un error que obre de acuerdo con mi mando?

Hemón. Sí, porque lo injurias, pisoteando el honor debido a los dioses.

Creonte. ¡Infame, y detrás de una mujer!

Hemón. Quizá, pero no podrás decir que me cogiste cediendo a infamias.

Creonte. En todo caso, lo que dices, todo, es a favor de ella.

Hemón. También a tu favor, y al mío, y a favor de los dioses subterráneos.

Creonte. Pues nunca te casarás con ella, al menos viva.

Hemón. Sí, morirá, pero su muerte ha de ser la ruina de alguien.

Creonte. ¿Con amenazas me vienes ahora, atrevido?

Hemón. Razonar contra argumentos vacíos; en --- ello, ¿qué amenaza puede haber?

Creonte. Querer enjuiciarme ha de costarte lágrimas: tú, que tienes vacío el juicio.

Hemón. Si no fueras mi padre, diría que eres tú el que no tiene juicio.

Creonte. No me fatigues más con tus palabras, --- tú, juguete de una mujer.

Hemón. Hablar y hablar, y sin oír a nadie: ¿es esto lo que quieres?

Creonte. ¿Con que sí, eh? Por este Olimpo, entérate de que no añadirás a tu alegría el insultarme, después de tus reproches. (A unos esclavos.) Traedme a aquella odiosa mujer para que aquí y al punto, ante sus ojos, presente su novio, muera.

Hemón. Eso sí que no: no en mi presencia; ni se

te ocurra pensarlo, que ni ella morirá a mi lado ni tú podrás nunca más, con tus ojos, verme mi rostro ante ti. Quédese esto para aquellos de los tuyos que sean cómplices de tu locura.

Sale Hemón, corriendo.

Corifeo. El joven se ha ido bruscamente, señor, lleno de cólera, y el dolor apesadumbra mentes tan jóvenes.

Creonte. Dejadle hacer: que se vaya y se crea -- más que un hombre; lo cierto es que a estas -- dos muchachas no las separará de su destino.

Corifeo. ¿Cómo? Así pues, ¿piensas matarlas a -- las dos?

Creonte. No a la que no tuvo parte, dices bien.

Corifeo. Y, a Antígona, ¿qué clase de muerte -- piensas darle?

Creonte. La llevaré a un lugar que no conozca la pisada del hombre y, viva, la enterraré en un subterráneo de piedra, poniéndole comida, sólo la que baste para la expiación, a fin de que la ciudad quede sin mancha de sangre, enteramente. Y allí, que vaya con súplicas a Hades, el único dios que venera: quizá logre salvarse de la muerte. O quizás, aunque sea entonces, pueda darse cuenta de que es trabajo superfluo,

respetar a un muerto.

Entra Creonte en palacio.

Coro. Eros invencible en el combate, que te ensañas como en medio de reses, que pasas la noche en las blandas mejillas de una jovencita y frecuentes, cuando no el mar, rústicas cabañas. -- Nadie puede escapar de ti, ni aun los dioses -- inmortales; ni tampoco ningún hombre, de los -- que un día vivimos; pero tenerte a ti enloquece.¹⁴

Tú vuelves injustos a los justos y los lanzas a la ruina; tú, que, entre hombres de la -- misma sangre, también esta discordia has promovido, y vence el encanto que brilla en los -- ojos de la novia al lecho prometida. Tú, asociado a las sagradas leyes que rigen el mundo; va haciendo su juego, sin lucha, la divina -- Afrodita.¹⁵

Corifeo. Y ahora ya hasta yo me siento arrastrado a rebelarme contra leyes sagradas, al ver -- esto, y ya no puedo detener un manantial de -- lágrimas cuando la veo a ella, a Antígona, que a su tálamo va, pero de muerte.

Aparece Antígona entre dos esclavos de -- Creonte, con las manos atadas a la espalda.

Antígona. Miradme, ciudadanos de la tierra paterna, que mi último camino recorro, que el esplendor del sol por última vez miro: ya nunca más; Hades, que todo lo adormece, viva me recibe en la playa de Aqueronte,¹⁶ sin haber tenido mi parte en himeneos, sin que me haya celebrado ningún himno, a la puerta nupcial... No. -- Con Aqueronte, voy a casarme.

Corifeo. Ilustre y alabada te marchas al antro de los muertos, y no porque mortal enfermedad te haya golpeado, ni porque tu suerte haya sido morir a espada. Al contrario, por tu propia decisión, fiel a tus leyes, en vida y sola, descienes entre los muertos al Hades.

Antígona. He oído hablar de la suerte tristísima de Níobe,¹⁷ la extranjera frigia, hija de Tántalo, en la cumbre del Sípilo, vencida por la piedra que allí brotó, tenazmente agarrada como hiedra. Y allí se consume, sin que nunca la dejen -- así es fama entre los hombres -- ni la lluvia ni el frío, y sus cejas, ya piedra, -- siempre destilando, humedecen sus mejillas. -- Igual, al igual que ella, me adormece a mí el destino.

Corifeo. Pero ella era una diosa, de divino linaje, y nosotros mortales y de linaje mortal. Pero, con todo, cuando estés muerta ha de oírse un gran rumor: que tú, viva y después, una vez

muerta, tuviste tu sitio entre los héroes próximos a los dioses.

Antígona. ¡Ay de mí, escarnecida! ¿Por qué, por los dioses paternos, no esperas a mi muerte y, en vida aún, me insultas?¹⁸ ¡Ay, patria! ¡Ay, opulentos varones de mi patria! ¡Ay, fuentes de Díroe! ¡Ay, recinto sagrado de Tebas, rica en carros! También a vosotros, con todo, os tomo como testigos de cómo muero sin que me acompañe el duelo de mis amigos, de por qué -- leyes voy a un túmulo de piedras que me encierre, tumba hasta hoy nunca vista. Ay de mí, -- misera, que, muerta, no podré ni vivir entre los muertos; ni entre los vivos, pues, ni entre los muertos.

Corifeo. Superando a todos en valor, con creces, te acercaste sonriente hasta tocar el sitio elevado de Dike, hija. Tú cargas con la culpa de algún cargo paterno.

Antígona. Has tocado en mí un dolor que me abate: el hado de mi padre, tres veces renovado -- como la tierra tres veces arada; el destino de nuestro linaje todo, de los ínclitos Labdácidas. ¡Ay, ceguera del lecho de mi madre, matrimonio de mi madre desgraciada con mi padre que ella misma había parido! De tales padres yo, -- infortunada, he nacido. Y ahora voy, maldeci--

da, sin casar, a compartir en otros sitios su morada. ¡Ay, hermano, qué desgraciadas bodas obtuviste: tú, muerto, mi vida arruinaste hasta la muerte!

Corifeo. Ser piadoso es, sí, piedad, pero el poder, para quien lo tiene a su cargo, no es, en modo alguno, transgredible: tu carácter, que bien sabías, te perdió.

Antígona. Sin que nadie me llore, sin amigos, -- sin himeneo, desgraciada, me llevan por camino ineludible. Ya no podré ver, infortunada, este rostro sagrado del sol, nunca más. Y mi -- destino quedará sin llorar, sin un amigo que gima.

Creonte. (Ha salido del palacio y se encara con los esclavos que llevan a Antígona.) ¿No os -- dais cuenta de que, si la dejarais hablar, nunca cesaría en sus lamentaciones y en sus quejas? Lleváosla, pues, y cuando la hayáis cubierto en un sepulcro con bóveda, como os he -- dicho, dejadla sola, desvalida; si ha de morir, que muera, y, si no, que haga vida de tumba en la casa de muerte que os he dicho. Porque -- nosotros, en lo que concierne a esta joven, -- quedaremos así puros,¹⁹ pero ella será así privada de vivir con los vivos.

Antígona. ¡Ay, tumba! ¡Ay, lecho nupcial! ¡Ay, -

subterránea morada que siempre más ha de guardarme! Hacia ti van mis pasos para encontrar a los míos. De ellos, cuantioso número ha acogido ya Perséfone,²⁰ todos de miserable muerte --- muertos: de ellas, la mía es la última y la -- más miserable; también yo voy allí abajo, antes de que se cumpla la vida que el destino me había concedido; con todo, me alimento en la -- esperanza, al ir, de que me quiera mi padre -- cuando llegue; sea bien recibida por ti, madre, y tú me aceptes, hermano querido. Pues -- vuestros cadáveres, yo con mi mano los lavé, -- yo los arreglé y sobre vuestras tumbas hice libaciones. En cuanto a tí, Polinices, por observar el respeto debido a tu cuerpo, he aquí lo que obtuve... Las personas prudentes no censuraron mis cuidados, no, porque, ni si hubiese tenido hijos ni si mi marido hubiera estado -- consumiéndose de muerte, nunca contra la voluntad del pueblo hubiera asumido este doloroso -- papel.

¿Qué en virtud de qué ley digo esto? Marido, muerto el uno, otro habría podido tener, y hasta un hijo del otro nacido, de haber perdido -- el mío. Pero, muertos mi padre, ya, y mi madre, en el Hades los dos, no hay hermano que pueda haber nacido. Por esta ley, hermano, te

horré a ti más que a nadie, pero a Creonte --- esto le parece mala acción y terrible atrevimiento. Y ahora me ha cogido, así, entre sus brazos, y me lleva, sin boda, sin himeneo, sin parte haber tenido en esponsales, sin hijos -- que criar; no, que así, sin amigos que me ayuden, desgraciada, viva voy a las tumbas de los muertos: ¿por haber transgredido una ley divina?, ¿y cuál? ¿De qué puede servirme, pobre, mirar a los dioses? ¿A cuál puedo llamar que me auxilie? El caso es que mi piedad me ha -- ganado el título de impía, y si el título es -- válido para los dioses, entonces yo, que de -- ello soy tildada, reconoceré mi error; pero si son los demás que van errados, que los males -- que sufro no sean mayores que los que me imponen, contra toda justicia.

Corifeo. Los mismos vientos impulsivos dominan -- aún su alma.

Creonte. Por eso los que la llevan pagarán cara -- su demora.

Corifeo. Ay de mí, tus palabras me dicen que la muerte está muy cerca, sí.

Creonte. Y te aconsejo que en lo absoluto con--- fies en que para ella no se ha de cumplir esto cabalmente.

Los esclavos empujan a Antígona y ella cede, -

lentamente, mientras va hablando.

Antígona. ¡Oh tierra tebana, ciudad de mis pa--- dres! ¡Oh dioses de mi stirpe! Ya se me lle-- van, sin demora; miradme, ciudadanos principa-- les de Tebas: a mí, a la única hija de los re-- yes que queda;²¹ mirad qué he de sufrir, y por -- obra de qué hombres. Y todo, por haber respe-- tado la piedad.

Salen Antígona y los que la llevan.

Coro. También Dánae²² tuvo que cambiar la celeste luz por una cárcel con puerta de bronce: allí encerrada, fue uncida al yugo de un tálamo funeral. Y sin embargo, también era -- ¡ay, Antígona! -- hija de ilustre familia, y guardaba ade-- más la semilla de Zeus a ella descendida como lluvia de oro. Pero es implacable la fuerza -- del destino. Ni la felicidad, ni la guerra, -- ni una torre, ni negras naves al azote del mar sometidas, pueden eludirlo.

Fue uncido también el frascible hijo de --- Días, el rey de los edonos; por su cólera -- mordaz,²³ Dionisio le sometió, como en coraza, a una prisión de piedra; así va consumiéndose el terrible, desatado furor de su locura. El sí

ha conocido al dios que con su mordaz lengua de locura había tocado, cuando quería apaciguar a las mujeres que el dios poseía y detener el fuego báquico; cuando irritaba a las Musas que se gozan en la flauta.

Junto a las oscuras Simplégades, cerca de los dos mares, he aquí la ribera del Bósforo y la costa del tracio Salmideso,²⁴ la ciudad a cuyas puertas Ares vio cómo de una salvaje esposa recibían maldita herida de ceguera los dos hijos de Fineo, ceguera que pide venganza en las cuencas de los ojos que manos sangrientas reventaron con puntas de lanzadera.

Consumiéndose, los pobres, su deplorable pena lloraban, ellos, los hijos de una madre tan mal maridada; aunque por su cuna remontara a los antiguos Erectidas,²⁵ a ella que fue criada en grutas apartadas, al azar de los vientos paternos, hija de un dios, Boréada, veloz como un corcel sobre escarpadas colinas, también a ella mostraron su fuerza las Moiras,²⁶ hija mía.

Ciego y muy anciano, guiado por un lazarillo, aparece, corriendo casi, Tiresias.

Tiresias. Soberanos de Tebas, aquí llegamos dos que el común camino mirábamos con los ojos de sólo uno: esta forma de andar, con un gufa,

es, en efecto, la que cuadra a los ciegos.
Creonte. ¿Qué hay de nuevo, anciano Tiresias?
Tiresias. Ya te lo explicaré, y cree lo que te diga el adivino.

Creonte. Nunca me aparté de tu consejo, hasta hoy al menos.

Tiresias. Por ello rectamente has dirigido la nave del estado.

Creonte. Mi experiencia puede atestiguar que tu ayuda me ha sido provechosa.

Tiresias. Pues bien, piensa ahora que has llegado a un momento crucial de tu destino.

Creonte. ¿Qué pasa? Tus palabras me hacen temblar.

Tiresias. Lo sabrás, al oír las señales que sé por mi arte; estaba yo sentado en el lugar en donde, desde antiguo, inspecciono las aves, lugar de reunión de toda clase de pájaros, y he aquí que oigo un hasta entonces nunca oído rumor de aves: frenéticos, crueles gritos ininteligibles. Me di cuenta que unos a otros, garras homicidas, se herían: esto fue lo que deduje de sus estrepitosas alas; al punto, amedrentado, tanteé con una víctima en las encendidas aras, pero Hefesto no elevaba la llama; al contrario, la grasa de los muslos caía gota a gota sobre la ceniza y se consumía, humeante

y crujiente; las hieles esparcían por el aire su hedor; los muslos se quemaron, se derritió la grasa que los cubre. Todo esto -presagios negados, de ritos que no ofrecen señales- lo supe por este muchacho: él es mi gafa, como yo lo soy de otros. Pues bien, es el caso que la ciudad está enferma de estos males por tu voluntad, porque nuestras aras y nuestros hogares están llenos, todos, de la comida que pájaros y perros han hallado en el desgraciado --- hijo de Edipo caído en el combate. Y los dioses ya no aceptan las súplicas que acompañan al sacrificio y los muslos no llamean. Ni un pájaro ya deja ir una sola señal al gritar estrepitoso, saciados como están en sangre y gro sura humana.

Recapacita, pues, en todo eso, hijo. Cosa común es, sí, equivocarse, entre los hombres, pero, cuando uno yerra, el que no es imprudente ni infeliz, caído en el mal, no se está quieto e intenta levantarse; el orgullo un castigo -- comporta, la necesidad. Cede, pues, al muerto, no te ensañes en quien tuvo ya su fin: ¿qué -- clase de proeza es rematar a un muerto? Pensando en tu bien te digo que cosa dulce es aprender de quien bien te aconseja en tu provecho.

Creonte. Todos, anciano, como arqueros que bus--

can el blanco, buscáis con vuestras flechas a este hombre (se señala a sí mismo); ni voso---tros, los adivinos, dejáis de atacarme con --- vuestra arte: hace ya tiempo que los de tu familia me vendisteis como una mercancía. Allá con vuestras riquezas: comprad todo el oro --- blanco de Sardes y el oro de la India. Pero a él no lo veréis enterrado ni si las águilas de Zeus quieren su pasto hacerle y lo arrebatan -- hasta el trono de Zeus; ni así os permitiré -- enterrarlo, que esta profanación no me da miedo; no, que bien sé yo que ningún hombre puede manchar a los dioses. En cuanto a ti, anciano Tiresias, hasta los más hábiles hombres caen, e ignominiosa es su caída cuando en bello ropa je ocultan infames palabras para servir a su -- avaricia.

Tiresias. Ay, ¿hay algún hombre que sepa, que -- pueda decir...

Creonte. ¿Qué? ¿Con qué máxima, de todas sabida, vendrás ahora?

Tiresias. ...en qué medida la mayor riqueza es -- tener juicio?

Creonte. En la medida justa, me parece, en que -- el mal mayor es no tenerlo.

Tiresias. Y, sin embargo, tú naciste de esta enfermedad cabal enfermo.

Creonte. No quiero responder con injurias al adivino.

Tiresias. Con ellas me respondes cuando dices -- que lo que vaticino yo no es cierto.

Creonte. Sucede que la familia toda de los adivinos es muy amante del dinero.

Tiresias. Y que gusta la de los tiranos de riquezas mal ganadas.

Creonte. ¿Te das cuenta de que lo que dices lo -- dices a tus jefes?

Tiresias. Sí, me doy cuenta, porque si mantienes a salvo la ciudad, a mí lo debes.

Creonte. Tú eres un sagaz agorero, pero te gusta la injusticia.

Tiresias. Me obligarás a decir lo que ni el pensamiento debe mover.

Creonte. Pues muévelo, con tal de que no hables por mor de tu interés.

Tiresias. Por la parte que te toca, creo que así será.

Creonte. Bien, pero has de saber que mis decisiones no pueden comprarse.

Tiresias. Bien está, pero sepas tú, a tu vez, -- que no vas a dar muchas vueltas, émulo del sol, sin que, de tus propias entrañas, des un muerto, en compensación por los muertos que tú has enviado allí abajo, desde aquí arriba, y por --

la vida que indecorosamente has encerrado en -- una tumba, mientras tienes aquí a un muerto -- que es de los dioses subterráneos, y al que -- privas de su derecho, de ofrendas y de piadosos ritos. Nada de esto es de tu incumbencia, ni de la de los celestes dioses; esto es violencia que tú les haces. Por ello, destructoras, vengativas, te acechan ya las divinas, -- mortíferas Erinis, para cogerte en tus propios crímenes. Y ve reflexionando, a ver si hablo por dinero, que, dentro no de mucho tiempo, se oirán en tu casa gemidos de hombres y de mujeres, y se agitarán de enemistad las ciudades -- todas los despojos de cuyos caudillos hayan -- llegado a ellas -- impuro hedor -- llevadas por perros o por fieras o por alguna alada ave que -- los hubiera devorado. Porque me has azuzado, he aquí los dardos que te mando, arquero, seguros contra tu corazón; no podrás, no, eludir -- el ardiente dolor que han de causarte.

(Al muchacho que le sirve de guía.) Llévame a casa, hijo, que desahogue éste su cólera contra gente más joven y que aprenda a alimentar su lengua con más calma y a pensar mejor de lo que ahora piensa.

Salte Tiresias con el lazarillo.

Corifeo. Se ha tdo, señor, dejándonos terribles vaticinios. Y sabemos -desde que estos cabellos, negros antes, se vuelven ya blancos- que nunca ha predicho a la ciudad nada que no fuera cierto.

Creonte. También yo lo sé y tiembla mi espíritu; porque es terrible, sí, ceder, pero también lo es resistir en un furor que acabe chocando con un castigo enviado por los dioses.

Corifeo. Conviene que reflexiones con tiento, -- hijo de Meneceo.

Creonte. ¿Qué he de hacer? Habla, que estoy dispuesto a obedecerte.

Corifeo. Venga, pues: saca a Antígona de su subterránea morada, y al muerto que yace abandonado levántale una tumba.

Creonte. ¿Esto me aconsejas? ¿Debo, pues, ceder, según tú?

Corifeo. Sí, y lo antes posible, señor. A los que perseveran en errados pensamientos les cortan el camino los daños que, veloces, mandan los dioses.

Creonte. Ay de mí: a duras penas pero cambio de idea sobre lo que he de hacer; no hay forma de luchar contra lo que es forzoso.

Corifeo. Ve, pues, y hazlo; no confies en otros.

Creonte. Me voy, sí, así mismo, de inmediato. Va,

venga, siervos, los que estáis aquí y los que no estáis, rápido, proveeros de palas y subid a aquel lugar que se ve allí arriba. En cuanto a mí, pues así he cambiado de opinión, lo que yo mismo até, quiero yo al presente desatar, porque me temo que lo mejor no sea pasar toda la vida en la observancia de las leyes -- instituidas.

Coro. Dios de múltiples advocaciones, orgullo de tu esposa cadmea, hijo de Zeus de profundo tronar, tú que circundas de viñedos Italia y reinas en la falda, común a todos, de Deo en Eleusis, oh tú, Baco, que habitas la ciudad madre de las bacantes, Tebas, junto a las húmedas -- corrientes del Ismeno y sobre la siembra del feroz dragón.²⁷

A ti te ha visto el humo, radiante como el relámpago, sobre la bicúspide peña, allí donde van y vienen las ninfas coricias, tus bacantes, y te ha visto la fuente de Castalia. Te envían las lomas frondosas de hiedra y las cumbres abundantemente orilladas de viñedos de -- los montes de Nisa, cuando visitas las calles de Tebas,²⁸ la ciudad que, entre todas, tú honras como suprema, tú y Semele, tu madre herida por el rayo. Y ahora que la ciudad entera -- está poseída por violento mal, acude, atravie-

sa con tu pie, que purifica cuanto toca, o la pendiente del Parnaso o el Euripo, ruidoso estrecho.

Ió, tú, que diriges la danza de los astros que exhalan fuego, que presides nocturnos clamores, hijo, estirpe de Zeus, muéstrate ahora, señor, con las tiadas que son tu comitiva, --- ellas que en torno a ti, enloquecidas, danzan toda la noche, llamándote Yacco, el dispensador.²⁹

Mensajero. Vecinos del palacio que fundaron Cadmo y Anfión,³⁰ yo no podría decir de un hombre, durante su vida, que es digno de alabanza o de reproche;³¹ no, no es posible, porque el azar -- levanta y el azar abate al afortunado y al desafortunado, sin pausa. Nadie puede hacer de adivino porque nada hay fijo para los mortales. Por ejemplo Creonte --me parece-- era digno de envidia: había salvado de sus enemigos a esta tierra de Cadmo, se había hecho con todo el poder, sacaba adelante la ciudad y florecía en la noble siembra de sus hijos. Pero, de -- todo esto, ahora nada queda; porque, si un hombre ha de renunciar a lo que era su alegría, a éste no le tengo por vivo: como un muerto en vida, al contrario, me parece. Sí, que acreciente su heredad, si le place, y a lo grande,

y que viva con la dignidad de un tirano; pero, si esto ha de ser sin alegría, todo junto yo -- no lo compraba ni al precio de la sombra del -- humo, si ha de ser sin contento.

Se abre la puerta de palacio e, inadvertida -- por los de la escena, aparece Euridice, esposa de Creonte, con unas doncellas.

Corifeo. ¿Cuál es este infortunio de los reyes -- que vienes a traernos?

Mensajero. Murieron. Y los responsables de estas muertes son los vivos.

Corifeo. ¿Quién mató y quién es el muerto? Habla.

Mensajero. Hemón ha perecido, y él de su propia mano ha vertido su sangre.

Corifeo. ¿Por mano de su padre o por la suya propia?

Mensajero. El mismo y por su misma mano: irritada protesta contra el asesinato perpetrado por su padre.

Desaparecen tras la puerta Euridice y las doncellas.

Corifeo. ¡Oh adivino, cuán de cabal adivino fueron tus palabras!

Mensajero. Pues esto es así, y podéis ir pensan-

do en lo otro.

Tras un breve silencio, reaparece Eurídice que baja hasta la mitad de la escalinata y luego se acerca hasta ellos para oír el discurso del mensajero.

Corifeo. Ahora veo a la infeliz Eurídice, la esposa de Creonte, que sale de palacio, quizá -- para mostrar su duelo por su hijo o acaso por azar.

Eurídice. Algo ha llegado a mí de lo que hablabais, ciudadanos aquí reunidos, cuando estaba para salir con ánimo de llevarle mis votos a la diosa Palas; estaba justo tanteando la cerradura de la puerta, para abrirla, y me ha -- venido al oído el rumor de un mal para mi casa; he caído de espaldas en brazos de mis esclavas y he quedado inconsciente; sea la noticia la que sea, repetídmela: no estoy poco averzada al infortunio y sabré oírla.

Mensajero. Yo estuve allí presente, respetada -- señora, y te diré la verdad sin omitir palabra; total, ¿para qué ablandar una noticia, si luego he de quedar como embustero? La verdad es siempre el camino más recto. Yo he acompañado como guía a tu marido hacia lo alto del llano, donde yacía aún sin piedad, destrozo --

causado por los perros, el cadáver de Polinices. Hemos hecho una súplica a la diosa de -- los caminos y a Plutón,³² para que nos fueran -- benévolos y detuvieran sus iras; le hemos dado un baño purificador, hemos cogido ramas de olivo y quemado lo que de él quedaba; hemos amontonado tierra patria hasta hacerle un túmulo -- bien alto. Luego nos encaminamos a donde tiene la muchacha su tálamo nupcial, lecho de piedra y cueva de Hades.

Alguien ha oído ya, desde lejos, voces, agudos lamentos, en torno a la tumba a la que faltaron fúnebres honras, y se acerca a nuestro -- amo Creonte para hacérselo notar; éste, conforme se va acercando, más le llega confuso rumor de quejumbrosa voz; gime y, entre sollozos, -- dice estas palabras: "Ay de mí, desgraciado, -- ¿soy acaso adivino? ¿Por ventura recorro el -- más aciago camino de cuantos recorrí en mi vida? Es de mi hijo esta voz que me acoge. Ven -- ga, servidores, veloces, corred, plantaros en la tumba, retirad una piedra, meteros en el -- túmulo por la abertura, hasta la boca misma de la cueva y atención: fijaros bien si la voz -- que escucho es la de Hemón o si se trata de un engaño que los dioses me envían." Nosotros, -- en cumplimiento de lo que nuestro desalentado

jefe nos mandaba, miramos, y al fondo de la caverna, la vimos a ella colgada por el cuello, ahogada por el lazo de hilo hecho de su fino velo, y a él caído a su vera, abrazándola por la cintura, llorando la pérdida de su novia, ya muerta, el crimen de su padre y su amor desgraciado. Cuando Creonte le ve, lamentables son sus quejas: se acerca a él y le llama con quejidos de dolor: "Infeliz, ¿qué has hecho? ¿Qué pretendes? ¿Qué desgracia te ha privado de razón? Sal, hijo, sal; te lo ruego, suplicante." Pero su hijo le miró de arriba a abajo con ojos terribles, le escupió en el rostro, sin responderle, y desenvainó su espada de doble filo. Su padre, de un salto, esquiva el golpe: él falla, vuelve su ira entonces contra sí mismo, el desgraciado; como va, se inclina, rígido, sobre la espada y hasta la mitad la clava en sus costillas; aún en sus cables, sin fuerza ya en su brazo, se abraza a la muchacha; exhala súbito golpe de sangre y ensangrentada deja la blanca mejilla de la joven; allí queda, cadáver al lado de un cadáver; que al final, misero, logró su boda, pero ya en el Hades: ejemplo para los mortales de hasta qué punto el peor mal del hombre es la irreflexión.

Sin decir palabra, sube Eurídice las escaleras y entra en palacio.

Corifeo. ¿Por qué tenías que contarle todo tan exacto? La reina se ha marchado sin decir palabra, ni para bien ni para mal.

Mensajero. También yo me he extrañado, pero me aliento en la esperanza de que, habiendo oído la triste suerte de su hijo, no haya creído digno llorar ante el pueblo: allí dentro, en su casa, mandará a las esclavas que organicen el duelo en la intimidad. No le falta juicio, no, y no hará nada mal hecho.

Corifeo. No sé: a mí el silencio así, en demasía, me parece un exceso gravoso, tanto como el griterío en balde.

Mensajero. Sí, vamos, y, en entrando, sabremos si esconde en su animoso corazón algún resuelto designio; porque tú llevas razón: en tan silencioso reaccionar hay algo grave.

Entra en palacio. Al poco, aparece Creonte con su séquito, demudado el semblante, y llevando en brazos el cadáver de su hijo.

Corifeo. Mirad, he aquí al rey que llega con un insigne monumento en sus brazos, no debido a ceguera de otros, sino a su propia falta.

Creonte. Ió, vosotros que veis, en un mismo linaje, asesinos y víctimas: mi obstinada razón -- que no razona, ¡oh errores fatales! ¡Ay, mis órdenes, qué desventura! Ió, hijo mío, en tu juventud -iprematuro destino, ay ay, ay ay!- -has muerto, te has marchado, por mis desatinos, que no por los tuyos.

Corifeo. ¡Ay, que muy tarde me parece que has -- visto lo justo!

Creonte. ¡Ay, mísero de mí! ¡Sí, ya he aprendido! Sobre mi cabeza -pesada carga- un dios -- ahora mismo se ha dejado caer, ahora mismo, y por caminos de violencia me ha lanzado, abastiendo, aplastando con sus pies lo que era mi alegría. ¡Ay, ay! ¡Ió, esfuerzos, desgraciados esfuerzos de los hombres!

Mensajero. (Sale ahora de palacio.) Señor, la -- que sostienes en tus brazos es pena que ya --- tienes, pero otra tendrás en entrando en tu casa; me parece que al punto la verás.

Creonte. ¿Cómo? ¿Puede haber todavía un mal --- peor que éstos?

Mensajero. Tu mujer, cabal madre de este muerto (señalando a Hemón), se ha matado: recientes -- aún las heridas que se ha hecho, desgraciada.

Creonte. Ió, ió, puerto infernal que purificación alguna logró aplacar, ¿por qué me quite---

res, por qué quieres matarme? (Al mensajero.) Tú, que me has traído tan malas, penosas noticias, ¿cómo es esto que cuentas? ¡Ay, ay, muerto ya estaba y me rematas! ¿Qué dices, muchacho, qué dices de una nueva víctima? Víctima --ay, ay, ay, ay- que se suma a este azote de -- muertes: ¿mi mujer yace muerta?

Unos esclavos sacan de palacio el cadáver de -- Eurídice.

Corifeo. Tú mismo puedes verla: ya no es ningún secreto.

Creonte. Ay de mí, infortunado, que veo cómo un nuevo mal viene a sumarse a éste: ¿qué, pues? ¿Qué destino me aguarda? Tengo en mis brazos a mi hijo que acaba de morir, mísero de mí, y -- ante mí veo a otro muerto. ¡Ay, ay, lamentable suerte, ay, del hijo y de la madre!

Mensajero. Ella, de afilado filo herida, sentada al pie del altar doméstico, ha dejado que se -- desate la oscuridad en sus ojos tras llorar la suerte ilustre del que antes murió, Meneceo,³³ y la de Hemón, y tras implorar toda suerte de infortunios para el asesino de sus hijos.

Creonte. ¡Ay, ay! ¡Ay, ay, que me siento transportado por el pavor! ¿No viene nadie a herirme con una espada de doble filo, de frente? --

¡Miserero de mí, ay ay, a qué misera desventura estoy unido!

Mensajero. Según esta muerte que aquí está, el culpable de una y otra muerte eras tú.

Creonte. Y, ella ¿de qué modo se abandonó a la muerte?

Mensajero. Ella misma, con su propia mano, se golpeó en el pecho así que se enteró del tan lamentable infortunio de su hijo.

Creonte. ¡Ay! ¡Ay de mí! De todo, la culpa es mía y nunca podrá corresponder a ningún otro hombre. Sí, yo, yo la maté, yo, infortunada. Y digo la verdad. ¡Ió! Llevadme, servidores, lo más rápido posible, moved los pies, sacadme de aquí: a mí, que ya no soy más que quien es nada.

Corifeo. Esto que pides te será provechoso, si puede haber algo provechoso entre estos males. Las desgracias que uno tiene que afrontar, --- cuanto más brevemente mejor.

Creonte. ¡Que venga, que venga, que aparezca, de entre mis días, el último, el que me lleve a mi postrer destino! ¡Que venga, que venga! Así podré no ver ya un nuevo día.

Corifeo. Esto llegará a su tiempo, pero ahora, con actos conviene afrontar lo presente: del futuro ya se cuidan los que han de cuidarse de

él.

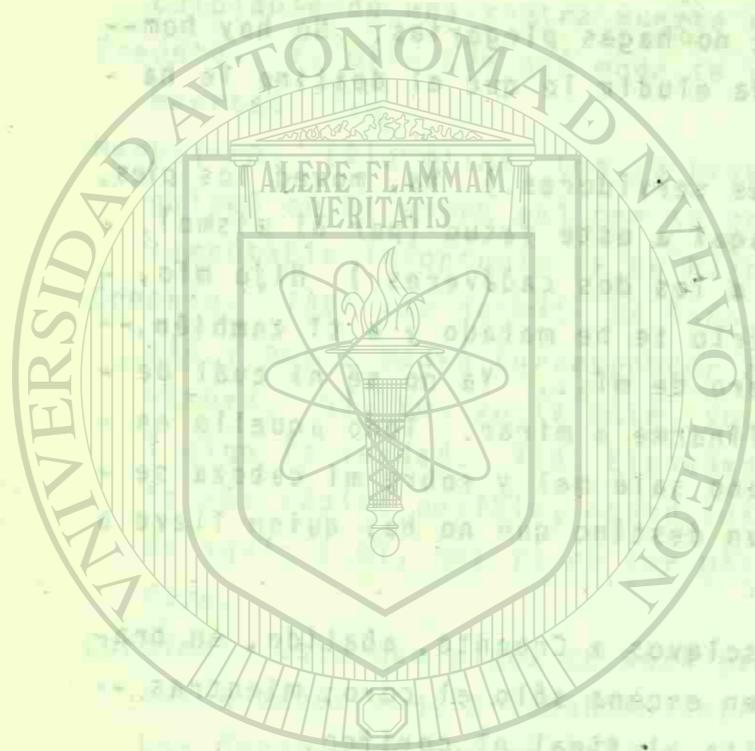
Creonte. Todo lo que deseo está contenido en mi plegaria.

Corifeo. Ahora no hagas plegarias. No hay hombre que pueda eludir lo que el destino le ha fijado.

Creonte. (A sus servidores.) Va, moved los pies, llevaos de aquí a este fatuo (por él mismo). (Imprecando a los dos cadáveres.) Hijo mío, yo sin quererlo te he matado y a tí también, esposa, misero de mí... Ya no sé ni cuál de los dos inclinarme a mirar. Todo aquello en que pongo mano sale mal y sobre mi cabeza se ha abatido un destino que no hay quien lleve a buen puerto.

Sacan los esclavos a Creonte, abatido, en brazos. Queda en escena sólo el coro; mientras desfila, recita el final el corifeo.

Corifeo. Con mucho, la prudencia es la base de la felicidad. Y, en lo debido a los dioses, no hay que cometer ni un deslíz. No. Las palabras hinchadas por el orgullo comportan, para los orgullosos, los mayores golpes; ellas, con la vejez, enseñan a tener prudencia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

G L O S A R I O

- (1) Muerto Etéocles en combate, en el campo mismo ha recibido Creonte el poder del ejército: así, "estrategó" significa "jefe militar"
- (2) Etéocles y Polinices; los preliminares del tema de Antígona fueron tratados por Esquilo en su obra "Los siete contra Tebas".
- (3) La sumisión de la mujer al hombre es un motivo constante en Sófocles (véase la nota 15 - al Ajax); aquí, el carácter de Ismene queda reflejado al aceptar esta sumisión como algo insuperable.
- (4) Se trata de una fuente que existe todavía -- dentro de una gruta, al pie de la acrópolis de Tebas. Sus aguas representan a toda Tebas.
- (5) Se tenían los tebanos por "hijos de la serpiente", nacidos de la siembra de dientes de este animal que antiguamente había llevado a cabo Cadmo. Con todo, aquí hay que pensar -- que la serpiente viene solicitada por el -- águila, cuya enemiga tradicional es.
- (6) Hijo de Zeus, antaño preeminente entre los dioses; es citado aquí como ejemplo de desmesura, comparado a Polinices: es por su arro-

gancia, en efecto, que Tántalo sufre su conocido castigo, en el cual, sumergido medio cuerpo en agua, se consume de sed, y, sometido a la sombra de un árbol frutal, padece feroz hambre. Cuando sus labios quieren tocar bebida o comida, ésta se aparta lejos de él.

(7) O sea que no ha de conformarse con solamente darles muerte.

(8) Esto contrasta con lo dicho antes por Ismene (nota 3) y aporta una nota de virilidad, de decisión, de individualismo al carácter de Antígona. Luego Creonte insistirá en esta idea y la desarrollará.

(9) Este tono duro de Creonte, y su decisión --- respecto a Polinices, sin duda debe confrontarse con los parlamentos de Menelao y Agamemón, al final del Ajax.

(10) En efecto, Antígona había sido prometida a Hemón, hijo de Creonte; para casarse con otra mujer, Hemón había de faltar a su promesa, pues la boda había sido ya acordada, como recuerda Ismene, dentro de poco.

(11) Es un refrán: como hoy, "caminar por las brasas"; significaba embarcarse en difíciles y arriesgadas empresas.

(12) Es decir, como de natural nadie o casi nadie nace lleno de ciencia innata. Se trata también de una expresión coloquial.

(13) Para un griego, la ciudad son los ciudadanos, y la nave sólo es tal si hay tripulación. Vacías, ni la ciudad ni la nave sirven para nada, y la posición del que se --- llamara su jefe sería ridícula.

(14) Eros es el muchacho, hijo de Afrodita, que dispara dardos al corazón de dioses y hombres para enamorarlos. La literatura, sobre todo la posterior a Sófocles, asimila los efectos de sus dardos como una enfermedad que puede llevar a la locura.

(15) El canto coral que ha empezado con la advocación a Eros ("Amor"), termina dirigiéndose a Afrodita, madre de Eros, diosa del amor.

(16) El Aqueronte es uno de los ríos que separan y aíslan el mundo de los muertos.

(17) Níobe fue personaje famoso, hija de Tántalo, ejemplo de engreimiento y arrogancia en una obra de Esquilo que hemos perdido: se ufano ante la diosa Leto porque tenía muchos hijos; entonces los dos de la diosa, Apolo y Artemis, dieron muerte a los de Níobe.

de. Por el dolor se metamorfoseó en piedra. Las alusiones a ella son corrientes en la poesía posterior, hasta la renacentista.

(18) El corifeo piensa, en verdad, en la heroicidad de lo que lleva a cabo Antígona, pero ella, vencida por el abatimiento, cree que es escarnecida.

(19) Las razones de Creonte son, diríamos, formalistas: se mata a Antígona dejándola morir, sin haber derramado sangre, sin que esta -- sangre pueda pedir expiación.

(20) Perséfone, esposa de Hades, especialmente importante en los cultos y ritos ctónicos.

(21) Ismene no cuenta, dada la adaptabilidad de su carácter.

(22) El coro evoca en su canto a tres personajes famosos y reales que tampoco eludieron el destino: en primer lugar, Dánae, a la que su padre había recluido en una prisión cerrada con puerta de bronce, que no impidió la visita de Zeus, sin embargo.

(23) El hijo de Drías es Licurgo, sobre el que Esquilo había escrito una trilogía hoy perdida; con todo, el tema es el del rey que

se opone a la divinidad y ésta le castiga: aunque el rey se llame así Penteo, la historia puede considerarse ejemplificada en "Las Bacantes", de Eurípides.

(24) Salmideso es una ciudad situada al noreste del Bósforo, cerca de la actual Midjeh. El tercer personaje es la madrastra de los hijos de Fineo y Cleopatra, que cegó a sus hijastros en la forma descrita en el texto: Cleopatra fue, pues, después de su muerte, víctima de una ruindad. La relación de -- estos tres ejemplos con Antígona no es del todo clara.

(25) Cleopatra era hija de Oritia, hija de Erecteo.

(26) Las Moiras son las divinidades del destino, encargadas de su cumplimiento.

(27) Se trata del dragón o serpiente de que se ha hablado ya en la nota 5. El animal era un descendiente de Ares, al que Cadmo mató, sembrando luego sus dientes, de los que nacieron los primeros tebanos. ®

(28) El coro sigue refiriéndose a Dionisio: la hiedra y los viñedos son atributos claros del dios.

(29) Como en otras obras, antes de la llegada -- del mensajero -véase Edipo rey-, Sófocles - hace entonar un canto de alegría y de esperanza al coro, sólo para hundir al punto en la más negra desgracia el clima que así se había conseguido.

(30) Anfión, el esposo de Niobe, fue también rey de Tebas.

(31) El mismo motivo en el mensajero que explica la desgracia de Edipo.

(32) Plutón es la más común advocación de Hades personificado.

(33) Otro hijo de Creonte y Eurídice: como uno - de los siete tebanos le cita Esquilo, pero no sabemos cómo fue la muerte de Creonte, - como sabemos la de Hemón.

ACTIVIDADES (Unidad VI)

I. Contesta las preguntas siguientes:

1) ¿Cuál es el origen del teatro griego?

2) ¿Cuál es la estructura de los cantos corales?

3) ¿Cómo se llamaban los integrantes del coro?

¿y el director?

4) ¿De dónde viene la palabra tragedia?

5) ¿Quiénes son los representantes de la tragedia griega?

6) ¿Cuál es el elemento imprescindible en la -- tragedia?

7) ¿La tragedia griega es igual a las modernas -- obras de teatro? _____

8) ¿Cuáles son las características de la tragedia griega?

9) ¿Cómo se representaban las tragedias? Describe lo oralmente.

10) ¿Cuáles son los antecedentes temáticos de las tragedias?

11) ¿Podrías narrar oralmente el mito de Edipo?

12) ¿Qué obras están relacionadas con el mito de Edipo? _____

II. 1) Lee en la antología de esta unidad la tragedia "Antígona", de Sófocles.

2) Realiza el análisis de la obra.

a) Investiga los datos biográficos del autor.

b) Determina el género y subgénero literarios.

c) Elabora el argumento.

d) Clasifica los personajes.

e) Señala el tiempo y el espacio.

f) Distingue en la acción: La exposición, el clímax y el desenlace.

g) ¿Qué leyes representan Antígona y Creonte? _____

h) Describe su estructura externa -actos y escenas-

i) Explica cuál es el contenido de la estrofa, antiestrofa y el épodo, estableciendo su relación con el resto de la obra.

3) Interpreta la tragedia leída, denotativa y connotativamente.

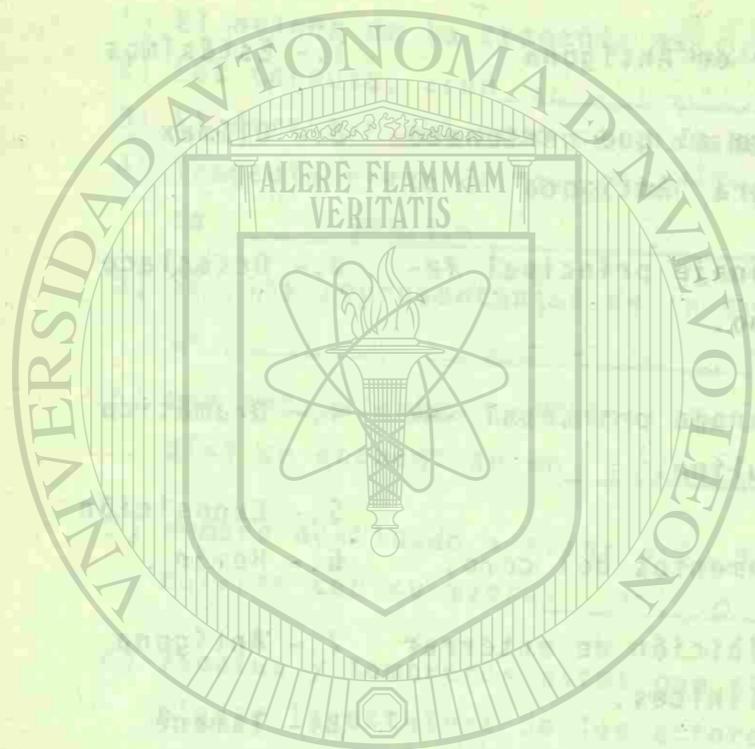
AUTOEVALUACION (VI)

I. COMPLETA LO SIGUIENTE

- 1) El origen de la tragedia es dituambos
- 2) Los coreutas eran integrantes del coro
- 3) El director del coro se llamaba corifeo
- 4) Tragedia viene de "tragôdoi", que significa morno cobrío
- 5) Son los representantes de la tragedia griega escrita por Sófocles y Eurípides
- 6) Los antecedentes temáticos de las tragedias se encuentran en leyendas mitológicas
- 7) Hombre destinado a matar a su padre y casarse con su madre Edipo
- 8) Zapatos y sombreros altos que servían para elevar la estatura de los actores griegos tacos, coturnos

II Relaciona las columnas colocando en el paréntesis el número correcto.

- | | |
|--|----------------|
| (10) Autor de Antígona | 1.- Estásimos |
| (4) Género al que pertenece la obra "Antígona" | 2.- Clímax |
| (7) Personaje principal femenino. | 3.- Desenlace |
| (9) Personaje principal masculino. | 4.- Dramático |
| (1) Parlamentos del coro. | 5.- Exposición |
| (5) Prohibición de enterrar a Polinices. | 6.- Hemón |
| (2) Antígona sepulta a su hermano. | 7.- Antígona |
| (3) Antígona, Hemón y su madre mueren. | 8.- Ismene |
| | 9.- Creonte |
| | 10.- Sófocles. |



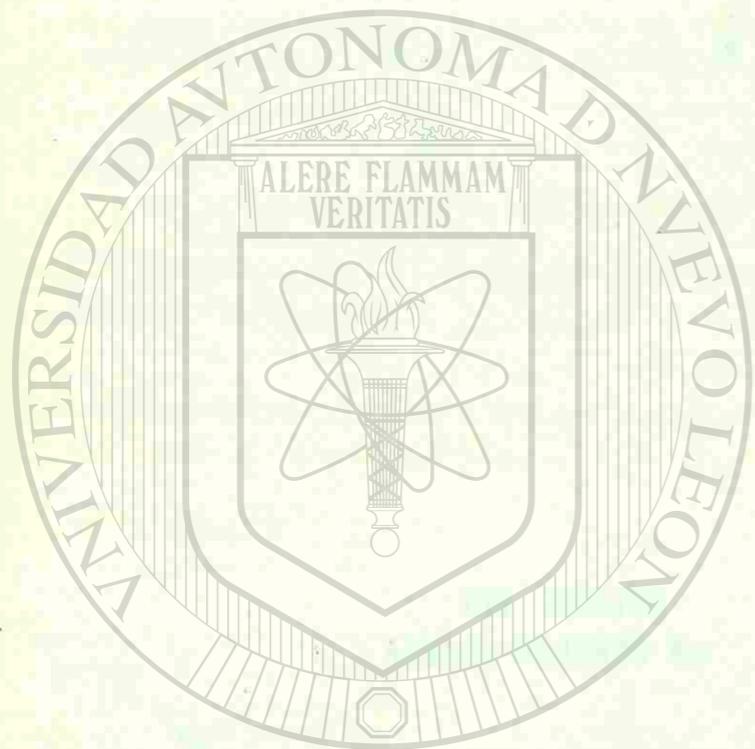
JUANIL

UNIDAD VII
LA COMEDIA GRIEGA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIDAD VII
LA COMEDIA GRIEGA

Obj. Particulares	Obj. Específicos
El alumno, al terminar la unidad:	El alumno:
1. Analizará literariamente la comedia griega.	1.1 Interpretará los rasgos característicos de la comedia griega.
	1.2 Explicará quiénes fueron los representantes de la comedia griega.
	1.3 Identificará a Aristófanes como al autor que hizo crítica social de la época a través de sus comedias.
	1.4 Distinguirá las características de la comedia en "Las aves", de Aristófanes.

UNIDAD VII
LA COMEDIA GRIEGA

Si la tragedia nació del ditirambo, la comedia se inició en los ritos a la fertilidad y la procreación; en Atenas -al igual que en la tragedia- se asoció también a Dionisios.

La comedia es la contrapartida de la tragedia; como subgénero, madura después que aquélla. Se distinguen en la comedia griega dos etapas: la vieja, representada por Aristófanes (450-385 AC) y la nueva, por Menandro.

La característica esencial de la comedia griega es el cinismo y la burla. Otros rasgos importantes son:

- Conserva el Coro
- El corifeo es portavoz del poeta
- Acción variada
- Es cruda -refleja la realidad en acción y lenguaje-
- Hace alusiones locales ridiculizando a los personajes de la época.

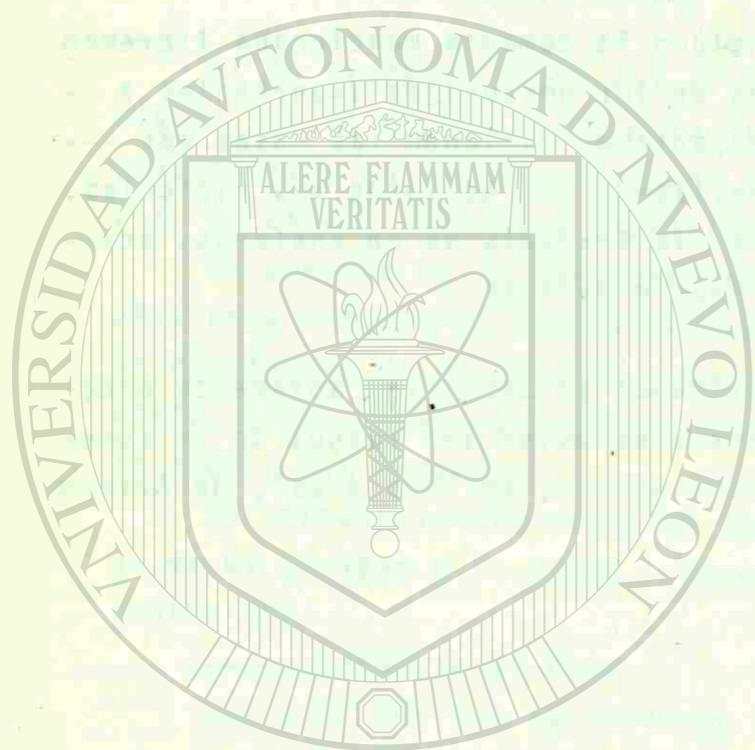
Aristófanes añade a la comedia los siguientes aspectos:

- Argumentos magníficos, imposibles, fantásticos.
- Numerosos personajes de la época.

En ocasiones se dirige a los jueces del concurso.

Al principio la comedia mencionaba libremente los nombres de los personajes importantes a los que se presentaba, diciendo las cosas más absurdas y realizando las acciones más ridículas. El Coro, que en la tragedia es de ancianos, acá es de ranas, aves o avispas.

De Aristófanes se conservan solamente once comedias. Vamos a estudiar los rasgos de la comedia griega, como género, en "Las Aves", de Aristófanes.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LAS AVES

ESCENARIO.

Una región de bosques, desolada. Árboles y rocas.
Del lado derecho el camino de la ciudad.

PERSONAJES

EVELPIDES.
PISTÉTERO.
UN SERVIDOR DE LA ABUBILLA.
LA ABUBILLA.
CORO DE AVES DE VARIAS ESPECIES.
SACERDOTE.
POETA.
DECLARADOR DE ORACULOS.
METÓN, FILÓSOFO Y CRONÓLOGO.
INSPECTOR.
VENDEDOR DE DECRETOS.
VARIOS MENSAJEROS.
IRIS.
EL PARRICIDA.
CINESIAS, POETA DE DITIRAMBOS.
DELATOR.
PROMETEO.
POSEIDÓN.
UN DIOS DE TRÍBOLO.
HERACLÉS.
REGINA, O LA SOBERANÍA (NO HABLA).

LAS AVES

Un campo solitario y desolado. Dos o tres árboles raquíticos al fondo. Zarzas y maleza -- por todas partes. Salen por la derecha los dos interlocutores, cada uno con un ave en la mano. Uno con un grajo¹ y el otro con una corneja².

EVELPIDES.- (Hablando con su ave.) ¿Me mandas ir derecho? ¿Hacia ese árbol me indicas?.

PISTÉTERO.- (Hablando con su ave.) ¡Que revientes! Rezonga, que hay que volver atrás.

EVELPIDES.- Pobre amigo, ¿qué sacamos con andar errantes para arriba y para abajo? ¡Si seguimos con estas caminatas los dos vamos a quedar aniquilados!

PISTÉTERO.- ¡Y yo que he hecho un camino de mil estadios por dar crédito a esta corneja maldita!

EVELPIDES.- ¡Pero yo por hacer caso de este grajo ya tengo los dedos de los pies consumidos hasta las uñas!

PISTÉTERO.- Ni siquiera me doy cuenta de qué sitio del mundo es éste en que andamos.

EVELPIDES.- ¡A que no serías capaz de hallar el camino de regreso a tu patria!

PISTÉTERO.- ¡Por Zeus que no..., lo mismito que Execéstides: tampoco sabe cómo volver a su país!

EVELPIDES.- ¡Infeliz de mí!

PISTÉTERO.- Amiguito, toma esta vereda siquiera..

EVELPIDES.- ¡Ese maldito Filócrates, vendedor de aves, qué pérfidamente se portó con nosotros!. Nos aseguró que estos dos pájaros nos llevarían derecho a donde está Tereo, convertido en abubilla, y por un óbolo nos vendió este grajo y por tres esa corneja. Y lo que saben los dos no es más que morder. (Al ave): ¡Mira no más ahora: tamaño pico abierto...! ¿Quieres que vayamos a dar a aquellas peñas? ¡Ni camino hay por allí!

PISTÉTERO.- ¡Por Zeus, si por ninguna parte lo hay!

EVELPIDES.- ¿Y esa corneja qué? ¿qué dice tocán-

te al camino?

PISTÉTERO.- ¡Ni chista ahora, por Zeus... ni lo de antes siquiera!

EVELPIDES.- ¿Qué dice del camino?

PISTÉTERO.- ¡Qué ha de decir... lo que hace es acabarse mis dedos a mordiscos!

EVELPIDES.- ¿No es cosa de espantar? ¡Nosotros queremos irnos a los cuervos, y hacemos de -- nuestra parte lo posible y no es posible que hallemos el camino...!

Señores oyentes nuestros: estamos abrumados de una desdicha precisamente contraria a la de Sacas³. El no es ciudadano de Atenas y está que se muere por serlo. Y nosotros, -- de noble alcurnia, de alta posición, ciudadanos entre los ciudadanos, sin que nadie nos -- haga fuerza, hemos huido de nuestra tierra -- con todas las piernas. ¡No, no es que -- tengamos odio a esta ciudad, como si no fuera grandiosa y por naturaleza generosa, y siempre abierta al que tenga gana de quedar arruinado por los litigios!

¡Ay, las chicharras se pasan uno o dos

meses colgadas de las ramas, y canta y canta... pero los atenienses se pasan la vida entera cantando sus procesos! Por eso nos vamos, paso a paso; aquí llevamos la marmita,⁴ y los mirtos⁵. Vamos en busca de un sitio -- pacífico en que podamos fijar nuestra residencia. Vamos a buscar a Tereo, convertido en -- abubilla, para que él nos diga si ha llegado a ver alguna ciudad de esta clase que descubriera en sus vuelos.

PISTÉTERO.- ¡Epa, tú!

EVELPIDES.- ¿Qué hay?

PISTÉTERO.- ¡Ha rato que la corneja me está indicando algo arriba!

EVELPIDES.- El grajo igual. Está mirando para -- arriba como si quisiera indicarme. Por aquí ha de haber pájaros. Vamos a hacer ruido y lo sabremos pronto.

PISTÉTERO.- ¡Eso no! ¿Sabes qué? Da un rodillazo en la roca.

EVELPIDES.- Y tú una cabezada, para que el ruido sea doble.

PISTÉTERO.- Vaya, pues, toma una piedra y dale --

fuerte.

EVELPIDES.- ¡Qué bien...! ¿no lo ves? (Golpea -- con una piedra.) ¡Muchacho, muchacho!

PISTÉTERO.- ¿Qué estás diciendo? Muchacho, muchacho, ¿te va a entender la abubilla? En vez de eso di: ¡Pu, pu, pu...!

EVELPIDES.- ¡Pu, pu, pupú, pupú!

Sale un criado de la abubilla.

CRIADO.- ¿Quiénes son éstos? ¿Quién está llamando a mi amo?

PISTÉTERO.- ¡Ay, Apolo defensor... qué picote!

CRIADO.- ¡Dos cazadores de aves!

EVELPIDES.- ¡Terrible cosa! Más vale explicarse.

CRIADO.- Tienen que perecer.

EVELPIDES.- ¡Pero si no somos hombres!

CRIADO.- ¿Entonces, qué?

EVELPIDES.- Yo soy el Miedosillo, pájaro de la -- Libia.

CRIADO.- Como si nada dijeras.

EVELPIDES.- ¡Pues mframe las patas!

CRIADO.- Y este otro, ¿qué ave es? ¿No hablas tú?

PISTÉTERO.- Soy el Cagador, un faisán, nada me -- nos.

EVELPIDES.- ¡Vamos!, ¿y tú qué casta de pájaro -- eres?.

CRIADO.- Soy un pájaro esclavo.

EVELPIDES.- ¿Fuiste vencido por algún gallo?

CRIADO.- No, pero cuando mi amo se volvió abubilla, él me pidió que me volviera pájaro. De esta manera podría seguirlo y servirle.

EVELPIDES.- ¿Conque un pájaro necesita quien le sirva?.

CRIADO.- Este sí, pienso yo, pues primero fue hombre en otro tiempo, dicen. A veces se le antoja comer anchoas del Falero⁶, y tengo yo que ir a buscarle anchoas en mi cazuela. A veces se le antoja comer puré, y ahí ando buscándole una olla y una cuchara.

EVELPIDES.- ¡Este pájaro es el Correcamino! Vaya: ¿sabes que te toca hacer Trotador? Ve a llamarnos a tu amo.

CRIADO.- ¡Ah, no, si acaba de dormirse después de

comer frutillas de mirto y unos cuantos gusanillos!

EVELPIDES.- Con todo y eso, despiértalo.

CRIADO.- Bien sabido lo tengo: se me va a enfadar. Pero lo quieren los dos, lo despertaré yo. (Se mete).

PISTÉTERO.- ¡De mala muerte mueras: qué susto me has pegado!

EVELPIDES.- ¡Ay, infeliz de mí... mi grajo se voló de miedo!

PISTÉTERO.- ¡Grandísimo animal: de miedo dejaste ir al grajo!

EVELPIDES.- Dime no más, y tú, ¿no al caer dejaste escapar a la corneja?

PISTÉTERO.- ¡Que yo no, por Zeus!

EVELPIDES.- ¿Dónde está, pues?

PISTÉTERO.- ¡Voló!

EVELPIDES.- ¿Luego no lo soltaste? ¡Buena amigo, qué valiente eres!

ABUBILLA (Dentro).- ¡Abre la selva para que yo salga!

EVELPIDES.- ¡Por Heraclés! ¿Qué animalejo es --

éste? ¿Qué clase de plumaje... y esa su triple cresta?

ABUBILLA.- ¿Quiénes son los que me buscan?

EVELPIDES.- ¡Los doce dioses te han abismado en males!

ABUBILLA.- ¿De mis plumas os estáis burlando? Es que era yo un hombre, extranjeros.

EVELPIDES.- No nos burlamos de ti.

ABUBILLA.- ¿Entonces de quién?

EVELPIDES.- Es que tu pico nos provoca a risa.

ABUBILLA.- ¡Esa es la figura con que me desfiguró Sófocles en su tragedia de Tereo!

EVELPIDES.- ¿Con que eres tú Tereo? ¿Eres pájaro o pavo real?

ABUBILLA.- Pájaro soy.

EVELPIDES.- ¡Y en dónde están las plumas?

ABUBILLA.- ¡Se me fueron cayendo!

EVELPIDES.- ¿Tal vez por algún mal?

ABUBILLA.- No, que en invierno todos los pájaros quedan sin plumas: luego nos brotan de nuevo.

Pero ahora, dime tú: ¿quiénes sois vosotros--
dos?

EVELPIDES.- Nosotros, somos hombres.

ABUBILLA.- ¿De qué país?

EVELPIDES.- Del país de las hermosas naves de --
tres hileras de remos.

ABUBILLA.- ¿Conque tal vez seréis jefes de régi-
men?

EVELPIDES.- Precisamente lo contrario: somos ene-
migos de ellos.

ABUBILLA.- ¿Se siembra por allá ese grano?

EVELPIDES.- Si lo rebuscas un poco, fácilmente --
habrás de hallarlo en los campos.

ABUBILLA.- ¿A qué asunto llegáis ahora a esta --
región?

EVELPIDES.- A querer conversar contigo.

ABUBILLA.- ¿De qué pues?

EVELPIDES.- Primeramente, porque tú fuiste a tu
tiempo hombre como nosotros. Dinero tuviste,
a tu tiempo. Tenías deudas a tu tiempo, co-
mo nosotros las tenemos. Y no te gustaba pa-
garlas, como a nosotros no nos gusta.

Te convertiste en ave y has recorrido --
mar y tierra, y has unido en una sola la ex--
periencia del hombre y del ave.

Por esto precisamente hemos acudido a --
tí: para que nos digas en qué parte de la --
tierra podríamos hallar una ciudad tan tran-
quila y tan sabrosa como la lana y en la que
uno pueda reposar como sobre mullidos cober-
tores.

ABUBILLA.- ¿Y, dónde hallar una ciudad más buena
y grande que la de Cranao⁸?

EVELPIDES.- Más grande, no, acaso. Pero mejor --
para nuestras intenciones.

ABUBILLA.- Buscando andas, entonces, una más --
aristocrática.

EVELPIDES.- ¿Yo? ¡De ningún modo! ¡No puedo ver
al hijo de Escelias!

ABUBILLA.- ¡En cuál, en tal caso, habitar desea-
rías?

EVELPIDES.- En donde los mayores problemas sean
éstos:

Apenas acaba de amanecer, cuando se pre-
senta a mí puerta uno de mis amigos y me di-

ce: ¡Por Zeus olímpico, yo te ruego que a --
muy buena hora vengas a mi casa, con tus hi-
jitos, ya bien bañados porque voy a dar un
gran banquete de bodas. Favor de no faltar,
que si no, tampoco te me acerques cuando ha-
ya yo caído en infortunio.

ABUBILLA.- ¡Por Zeus, tú estás obsesionado por
los problemas más desdichados! Tú, ¿qué me
dices?

PISTÉTERO.- ¡Eso mismo me gusta a mí!

ABUBILLA.- ¿Qué pues es eso?

PISTÉTERO.- Una ciudad quisiera en que un padre
de precioso muchacho se encarara conmigo, --
como para reprenderme: ¡Malvado y vil, encon-
traste a mi hijo, cuando salía del gimnasio,
todo él bien bañado, y no fuiste para darle
un beso, ni para decirle una palabra de ala-
banza, no lo acariciaste por cierto lugar--
cillo...!, y ¿así pretendes ser amigo de su
familia?

ABUBILLA.- ¡El malvado eres tú que sólo miras --
males! ¡Claro que hay ciudad como la que an-
dáis buscando. Se halla en las costas de --
Eritrea!⁹

EVELPIDES.- ¡Misero de mí! ¿Ciudades junto al --
mar? ¡Cualquier día me señalas a Salamina¹⁰,
con su gendarme a bordo! ¿No hay alguna ciu-
dad en Grecia que nos propongamos?

ABUBILLA.- ¿Por qué no ir a habitar en Leprea¹¹,
en la Elida¹²?

EVELPIDES.- ¡No por los dioses, nunca la vi, pe-
ro la aborrezco a causa de Melantio!¹³

ABUBILLA.- ¡Pero hay en la Lócride¹⁴ las ciuda-
des de Opuncios¹⁵; ¿por qué no ir allá?

EVELPIDES.- ¡No, ni por un talento de oro con-
sentiría yo en ser un Opuncio...! A otra --
cosa: ¿qué tal es la vida de las aves? ¡Claro
que tú tienes que saberlo y muy bien.

ABUBILLA.- ¡No sin gracia! Para ir la pasando. --
En primer lugar, no tiene una necesidad de
tener bolsa.

EVELPIDES.- ¡Y cuántas trampas se han evitado --
con eso!

ABUBILLA.- En los huertos nos alimentamos de --
blanco ajonjolí, de mirto, de amapola, de --
menta.

EVELPIDES.- Según eso, siempre estáis como re-
cien casados.

PISTÉTERO. (Interrumpiendo de repente).- ¡Va-
mos, vamos... qué preciosa ocurrencia se me
vino a la mente para esta raza de aves! ¡Qué
fuerza tiene, con tal que me den crédito!

ABUBILLA.- ¿Crédito a qué?

PISTÉTERO.- ¿Crédito a qué? Primero, no volar -
por dondequiera con ese pico abierto. Eso -
no es digno de gente decente. Es que acá --
entre nosotros los que andamos por el suelo,
si vemos esas fachas de la gente decimos: --
¿Qué pajarraco es ése? Nos responde Teleas¹⁶.
¡Hombre pájaro es, sin rumbo fijo al viento,
volátil a la aventura, sin pie ni base, que
en ningún sitio ni cosa persevera!

ABUBILLA.- Por Dióniso que sí. Bien haces de --
censurar eso. ¿Qué haremos pues?

PISTÉTERO.- Fundad una ciudad.

ABUBILLA.- ¡Nosotros pájaros, qué ciudad po-
dríamos fundar?

PISTÉTERO.- "¿Ves el vano proloquio¹⁷ que ahora

proferiste?" ¡Mira para abajo!

ABUBILLA.- Ya viendo estoy.

PISTÉTERO.- Ve ahora para arriba.

ABUBILLA.- Ya veo.

PISTÉTERO.- Da una vuelta a las cosas con tu pes-
cuelo a un lado y otro.

ABUBILLA.- ¡Por Zeus!, ¿y si me tuerzo el pescue-
zo?

PISTÉTERO.- ¿Qué viste?

ABUBILLA.- Pues nubes y cielo, ¿qué?

PISTÉTERO.- ¿No es allí, según creo, la estancia -
de los pájaros?

ABUBILLA.- ¿La estancia, cómo pues?

PISTÉTERO.- Como quien dice el lugar, pero como to-
do da vuelta y no está en su ser, la llamamos -
estancia esférica. Hagan que se pueble, que se
construyan casas, que en su rededor se pongan -
murallas y entonces la llamarán estado. Enton-
ces podréis reinar sobre los hombres como si --
fueran langostas y a los dioses... ¡que se mue-
ran de hambre canina!

ABUBILLA.- ¿Cómo?

PISTÉTERO.- Entre ellos y la tierra está el aire. Y así como nosotros cuando vamos a consultar a la pitonisa¹⁸, a Delfos¹⁹, tenemos que pagar el pasaje a los de Beocia²⁰, así también, si los hombres quieren hacer sacrificios a los dioses, el humo de ellos tendrá que atravesar el aire. Que paguen ellos su contribución al fisco, si no, no hay modo de que el humo pase.

¿Te has dado cuenta?

ABUBILLA.- ¡Bien, muy bien! ¡Por las tierras, por las trampas, por las jaulas, por las redes, que yo nunca había oído un pensamiento tan lleno de sensatez! ¡Claro que fundo la ciudad, con tal que los demás pájaros estén de acuerdo!

PISTÉTERO.- ¿Y quién pudiera darles a conocer el asunto?

ABUBILLA.- Tú. Antes eran sin sentido de las palabras, bárbaros bien hechos, pero desde que yo llegué, los he enseñado a hablar. ¡Ha tanto tiempo que vivo con ellos!

PISTÉTERO.- ¿Y cómo me los juntas en asamblea?

ABUBILLA.- Cosa fácil. Ahora mismo me meto al bosque. Despierto al ruiseñor y ya los estamos llamando. Cuando oigan nuestra voz - - ellos, vendrán acá a todo vuelo.

PISTÉTERO.- ¡Oh tú el más amado de los pájaros, ni un momento demores. Entra luego al bosque y despierta al ruiseñor!

Se va la abubilla,

ABUBILLA. (En el interior del bosque).- ¡Ea, mi compañera amada: cesa ya de dormir! ¡Suelta ya los dulces himnos sagrados de tu dolor! ¡Con boca de un dios lamentas el que tanto amamos tú y yo, nuestro Itis²¹ adorado!

Cuando tu cuello sombrío hace brotar sus endechas,²² subo el ritmo a las alturas entre los hojosos abetos y llega ante el solio²³ mismo de Zeus.

Allí Febo²⁴, el aurícomo,²⁵ responde a tus doloridos lamentos con los ritmos de su lira incrustada de marfil.

Y allí convoca a los dioses y, con voces de inmortales, al cielo sube confundida tu en

decha de amargura para imprecicar a los dioses.
(Se oye dentro el son de una flauta).

EVELPIDES.- ¡Zeus, Zeus rey...! ¡qué dulce trino de ave! ¡De miel ha saturado la selva toda!

PISTÉTERO.- ¡Epa!

EVELPIDES.- ¿Quién es?

PISTÉTERO.- ¡Calla, por favor!

EVELPIDES.- ¿Callar yo? ¿por qué?

PISTÉTERO.- Oye, que otra vez canta la abubilla.

ABUBILLA.- ¡Pupu, pupu, pu pu pu, pupupu! ¡ihi, ihi, ihi, ihi!

¡Venid, venid aves mfas, mis colegas en el ser, aves venid a cantar! Todos cuantos gustáis la cebada, vosotras parvadas de vuelo sin rumbo, vosotros de cantos dulces y variados, llegad y venid.

Vosotros que en el surco andáis captando el grano que el labriego escondió, y con dulces gorjeos entretenéis el tiempo,

¡Titi, ti, titi, ti, tititi!

Los que en el jardín privado andáis saltando sobre las hiedras, o en la montaña captáis las olivas silvestres, y las bayas²⁶ del madroño²⁷, venid, venid.

¡Trio, trio, trio trio!

Los que andáis cazando moscos en los sitios de ciénaga, esos moscos estridentes de incansable trompeta, y los que volteáis en la llanura de Maratón²⁸, célebre para siempre. Pájaros de pluma rara, franjoline policromos²⁹, aves que emuláis al alción en las cumbres de las olas, cuando está furioso el mar. Venid, venid.

PISTÉTERO.- ¿Has visto algún ave?

EVELPIDES.- Por Apolo, no. Ni una percibo. Y eso que tengo abierta la boca mientras al cielo miro.

PISTÉTERO.- Perdió su tiempo, creo, esa loca abubilla. Se metió al bosque y comenzó a gritar como si fuera un gorrión... parece que iba a yacer sobre el nido... o que quería hacer llover...

UN PAJARO QUE LLEGA.- ¡Tarati tarati tarati!

PISTÉTERO.- ¡Ves como llega ya un ave!

EVELPIDES.- Por Zeus, sí, es un ave... ¿cuál será? ¡No ha de ser un pavo real!

PISTÉTERO.- Esta la va a decir... ¿qué ave es?

ABUBILLA. (Llegando).- No es un ave de las que estáis mirando siempre: es un ave lacustre.

EVELPIDES.- Vamos, qué bella y con color de púrpura fenicia.³⁰

ABUBILLA.- Precisamente y se llama por eso el -- flamante.

EVELPIDES.- Mira... mira, tú.

PISTÉTERO.- ¿Por qué gritas?

EVELPIDES.- ¡Este otro pájaro!

PISTÉTERO.- Por Zeus, sí, es otro, "de los que moran en extraña tierra". ¿Quién será este -- adivino de las Musas,³¹ rara ave y que a los montes tiende?

ABUBILLA.- Su nombre es Meda.

EVELPIDES.- ¿Meda? ¡Príncipe Heraclés! Meda y no viene traído en un camello.

PISTÉTERO.- Aquí está otra ave guardada con gran cresta.

EVELPIDES.- ¿Qué prodigio es éste? ¡Luego no -- eres la única Abubilla, ya tienes aquí otro -- crestudo!

ABUBILLA.- Este es el hijo de Filoclés³² y una -- abubilla, y yo soy padre de ésta. Es tanto -- como si dijeras tú: Hipónico³³ el de Calfas -- y Calfas el de Hipónico.

ABUBILLA.- ¿Entonces es Calfas? ¿Es este pájaro? ¡Cómo se le van cayendo las plumas!

PISTÉTERO.- Como es de familia de alcurnia los de -- ladores lo van desplumando y luego las mujerzuelas le acaban de desnudar las alas.

EVELPIDES.- Poseidón, otra ave de intenso color.. ¿cómo se llama ésta?

ABUBILLA.- Es el glotón.

EVELPIDES.- ¡Ah, conque hay otro glotón! ¿No -- basta Cleónimo?³⁴

PISTÉTERO.- ¿Si fuera Cleónimo no hubiera perdido ya el copete?

EVELPIDES.- Vamos a ver, ¿para qué es esa cresta que las aves traen? ¿Van a correr doblemente el estadio?

ABUBILLA.- Son como los de Caria³⁵ que no dejan -
las crestas de los montes, amiguito, para es-
tar en seguro.

PISTÉTERO.- Por Poseidón... ¿no ves qué tropel -
arman estas aves que llegan?

EVELPIDES.- ¡Santo Apolo, qué nube... oh y sus -
aías no dejan ver ni la entrada!

PISTÉTERO.- Esta es una perdiz.

EVELPIDES.- Por Zeus, éste un faisán.

PISTÉTERO.- Este otro, es una gallareta.

EVELPIDES.- Aquí llega un alción.

PISTÉTERO.- ¿Quién está tras él?

EVELPIDES.- ¿Quién está? Es un barbero.

PISTÉTERO.- ¿Hay un pájaro barbero?

PISTÉTERO.- ¿Esporguilo, o no?

EVELPIDES.- Ahora acá una lechuza.

PISTÉTERO.- ¿Una lechuza dices? Eso sí que es cu-
rioso: ¡mandar lechuzas a Atenas!

ABUBILLA.- Llegan la urraca, la tórtola, la golon-
drina, la alondra, el pardal y la paloma, el -

nerto, el buho, el halcón, la torcaz y el cu-
cillo, el gorrión, el pechirrojo, el galli-
pavo y el gavilán, el pato zambullidor, el -
picaflor y el quebrantahuesos, y el dríope.

PISTÉTERO.- ¡Ay, ay qué ejambre de pájaros!

EVELPIDES.- ¡Ya ya, que llegan los mirlos!

PISTÉTERO.- ¡Cómo pían y qué bien corren dando -
gritos a cual más!

EVELPIDES.- Nos amenazan tal vez.

PISTÉTERO.- Ay, tienen picos abiertos y nos mi-
ran a ti y a mí.

EVELPIDES.- Eso mismo me parece.

CORIFE0.- Popopo popopo popopo ... ¿En dónde es-
tá el que me llama? ¿En qué tierra habita él?

ABUBILLA.- Mucho tiempo que estoy aquí y no de-
fraudo a mis amigos.

CORIFE0.- Tititi tititi... ¿qué buena palabra -
puedes comunicarle hoy?

ABUBILLA.- Una palabra de utilidad común, segura,
justa, dulce, provechosa. Dos hombres de há-
bil razonamiento han venido a buscarme aquí.

CORIFEO.- ¿Dónde? ¿cómo? ¿qué me dices?

ABUBILLA.- Digo que de entre los hombres han venido dos ancianos. Y ellos traen un gran -- proyecto que proponer a nosotras.

CORIFEO.- Tú que has cometido el máximo crimen -- de mi tiempo, ¿cómo dices?

ABUBILLA.- No te espantes de mis palabras.

CORIFEO.- ¿Qué dijiste?

ABUBILLA.- He recibido a dos hombres que buscan nuestra convivencia.

CORIFEO.- ¿Y tú has perpetrado este hecho?

ABUBILLA.- Y de haberlo hecho me gozo.

CORIFEO.- ¿Y ellos están ya aquí entre nosotros?

ABUBILLA.- Tan cierto como estoy yo.

CORO: ESTROFA.- ¡Ea, ea, nos traicionaron somos -- pobres víctimas!

Un amigo que teníamos y vivía en nues-- tras praderas, y entre nosotros buscaba los -- medios de su sustento, violó los antiguos pa-- tos, violó el juramento de las aves.

Me ha metido en una trampa y me entrega -- a mala raza. Esa que desde que existe se ha -- declarado enemiga.

CORIFEO.- En cuanto a ese traidor, ya le ajusta-- remos cuentas. Y por lo que toca a esos dos viejos, que me parece muy bien, hay que ha-- cerlos trozos con nuestros mismos picos.

PISTÉTERO.- ¡Nos arruinamos!

EVELPIDES.- Eres el culpable único... ¿para qué -- me trajiste acá?

PISTÉTERO.- Para que me acompañaras.

EVELPIDES.- ¡Para que me deshiciera en llanto...!

PISTÉTERO.- Estás soñando... ¿llorar cuando te ha-- yan sacado los ojos?

CORO: ANTISTROFA.- ¡Ea, ea... Adelante, atacad al -- enemigo al frente, dad asalto mortal! Abre las -- alas y dales revuelo. Que se llenen de llanto -- y sean pasto de nuestros picos.

Aquí no hay un monte boscoso, ni nube -- celestial, ni mar cuajado de espumas que pue-- dan libertarlos de mi persecución.

CORIFEO.- Vamos pues, sin tardar; deyoremos sus --

carnes a picotazos, y venga aquí el taxiar-
ca³⁶ a mi lado; avancemos por el ala dere-
cha.

EVELPIDES.- ¡Esta es la hora! ¿A dónde huir, -
desdichado?

PISTÉTERO.- ¿Este, qué no te quedas?

EVELPIDES.- ¿Para que me hagan tasajo éstas?

PISTÉTERO.- ¿Cómo piensas escapar?

EVELPIDES.- Ni idea tengo.

PISTÉTERO.- Pues bien, yo te digo que hay que -
quedarse y luchar y tomar estas ollas.

EVELPIDES.- ¿Qué provecho en una olla?

PISTÉTERO.- Desde luego la lechuza no nos ataca-
ra.

EVELPIDES.- ¿Y para éstos que traen tan filosas --
garras?

PISTÉTERO.- Toma el asador y pónelo delante.

EVELPIDES.- Y para mis ojos...

PISTÉTERO.- Tómame un plato, o una ánfora de vina-
gre.

EVELPIDES.- ¡Qué sabio eres. Todo lo hallas fe-
liz y eres digno de dirigir un ejército! Cla-
ro que ganarías a Nicías³⁷ en sus ardides de
combate.

Se preparan para la batalla.

CORIFEO.- ¡Lalalá lalalá! ¡Adelante, listo el pi-
co, nada de quedarse atrás! Rompe, arranca, -
despelleja, y quiebra antes esa olla.

ABUBILLA.- Dime, la más malvada de las fieras, -
¿por qué intentas acabar con estos dos que no
te han hecho mal alguno, y hacer tasajo de --
ellos, que son allegados de mi mujer y de mi
mismo linaje?

CORIFEO.- ¿Vamos a tener mayor compasión de éstos
que de los lobos? ¿Hay otros de quien tengamos
que tomar venganza mayor, que de estos adver-
sarios sin tregua?

EVELPIDES.- Tal vez por naturaleza serán nuestros
enemigos, ahora por su pensamiento son amigos.
Y han venido hasta acá para enseñar algo útil.

CORIFEO.- ¿Van a aprender o a enseñar algo útil -
éstos que por siglos han sido enemigos de nues-
tros antepasados?

ABUBILLA.- Precisamente de los enemigos toman buen consejo los sabios. De ellos aprenden mucho. La discreción todo lo salva. Con un amigo nadie aprende a ser cauto, pero un enemigo nos obliga a serlo. Son las grandes ciudades, enemigas, no amigas, las que enseñaron a edificar altas murallas, y a fabricar grandes naves. Esta enseñanza es salvación de niños, casa y bienes.

CORIFEO.- Hay que oír primero su palabra, si tal nos parece ser útil. Bien puede un sabio aprender algo de sus enemigos.

PISTÉTERO.- Parece que se aplaca su furor. Retrocede poco a poco.

ABUBILLA.- Era justo y tendrán que agradecerme lo.

CORIFEO.- Hay que decir que nunca me opuse a tus intentos.

PISTÉTERO.- Más bien buscan la paz. Deja la olla y con la lanza en ristre digo, el asador vamos a dar una vuelta por la plaza y esa olla va a ser el límite del combate, como centinela en la orilla.

EVELPIDES.- Pero, si perecemos ¿dónde nos sepultarán?

PISTÉTERO.- Nos acogerá el Cerámico³⁸. Por cuenta de la ciudad seremos sepultados y diremos a los generales que hemos muerto en Orneas³⁹ combatiendo enemigos.

CORIFEO.- Todos en línea y en su sitio y aplacad el enojo a costa de vuestra ira, como si fuerais hoplitas⁴⁰.

Vamos preguntando ahora quiénes son, de dónde vienen, con qué fin es su venida.

¡Abubilla, ven acá!

ABUBILLA.- ¿Tú me llamas? ¿qué me quieres?

CORIFEO.- ¿Quiénes son? ¿de dónde vienen?

ABUBILLA.- Extranjeros, son de la Hélade⁴¹.

CORIFEO.- ¿Qué clase de suerte ha sido la que los trae entre aves?

ABUBILLA.- El deseo de tu misma vida y tus modos de vivir y el ansia de habitar siempre y vivir entre vosotras.

COPIFEO.- ¿Qué estás diciendo? ¡Eso intentan!

ABUBILLA.- Algo increíble, no oído.

CORIFE0.- ¿Ese ve qué bien alcanza con vivir entre nosotras?

Supongamos que ya vive, ¿será capaz de vencer al enemigo y ayudar al amigo?

ABUBILLA.- Dice que hay una gran prosperidad, que nadie ha dicho ni creído, como que todo es aquí tuyo, aquí en todas partes, y él mismo te lo va a hacer ver en sus discursos.

CORIFE0.- ¿No estará loco?

ABUBILLA.- Es un listo entre los listos.

CORIFE0.- ¿Tiene un poquito de cacumen?

ABUBILLA.- Tan sagaz como una zorra, es todo un rodar continuo, muy avisado, y hábil para toda cosa de los pies a la cabeza.

CORIFE0.- ¡Que hable, que hable, mándale por mí! -
Con sólo oír lo que me dices ya estoy volando yo también.

ABUBILLA.- Y vamos ahora, tú y tú cuelguen en las columnas sus armaduras, y tengan buena suerte. -
Allí, en la entrada junto a la parte protegida.

Ahora tú, Pistétero, declara por qué los he

convocado, y diles qué motivos hubo para reunirlos.

PISTÉTERO.- Por Apolo que no, no lo haré así. A no ser que hagan como aquel mono del vendedor de armas, que hizo promesa de no morderme, ni de echarme a las bolas, ni fregarme por aquí. (Señala la parte prepóstera.)

EVELPIDES.- ¿Eso quieres decir?

PISTÉTERO.- Ay, no eso, no. Lo que digo es mis ojos.

CORIFE0.- Me comprometo.

PISTÉTERO.- Júralo.

CORIFE0.- Yo lo juro con esta condición: tanto ---
los jueces como los espectadores tienen que --
darme el premio, y todos a una.

PISTÉTERO.- ¡Que así sea!

CORIFE0.- Y si yo falto a mi palabra, no tendré --
más que un voto.

ABUBILLA.- Favor de oír amigos.

Que los hoplitas recojan sus armas y al hogar regresen y tengan buen cuidado de los que vamos a poner en los grandes carteleros de la entrada.

CORO: ESTROFA.- ¡Ser que engaña siempre de cuantos modos puede, es como nació el hombre! Tú al menos háblame. No sé si podrán ahora hacer -- extensivo mi poder dando un medio que yo en mi inteligencia aún no he podido encontrar.

Di lo que halles para bien general. Ese bien que tú descubras será para todas nosotras.

CORIFEO.- Vamos, di con toda confianza el proyecto que nos traes y ten por cierto que no seremos nosotros los que primero rompamos el pacto.

PISTÉTERO.- ¡Estoy que me quemo por hablar, por Zeus! Y traigo un discurso muy bien preparado que nadie me puede impedir decir.

Dame, paje, una guirnalda y agua para lavar mis manos. Pero pronto.

EVELPIDES.- ¿Es que vamos a comer? ¿qué sucede -- aquí?

PISTÉTERO.- No por Zeus, es que ha tiempo busco algo grave que decirles, algo que les llegue al alma.

(AL CORO).- Estoy angustiado en exceso por vosotros que sois reyes.

CORIFEO.- ¿Reyes nosotros? ¿de dónde?

PISTÉTERO.- Reyes de todo el mundo. Y comenzando conmigo. También de éste y aun de Zeus⁴². Es que son todos los pájaros más antiguos que Cronos⁴³ y aun que los Titanes⁴⁴, lo mismo que de la Tierra.

CORIFEO.- ¿De la Tierra?

PISTÉTERO.- Sí, por Febo.

CORIFEO.- Nada sabía, por Zeus.

PISTÉTERO.- Es que eres un ignorante y no gustas de instruirte. Ni siquiera has leído a Eso-po⁴⁵. Ella nace antes de todos los pájaros, la abubilla venerable, antes que naciera la tierra. Su padre murió de enfermedad. Y como no había aún tierra, estuvo expuesto cinco días, y no halló otra cosa que hacer que entrar a su padre en su misma cabeza.

EVELPIDES.- Por eso su padre ahora está sepultado en Céfala⁴⁶.

PISTÉTERO.- Entonces, si fueron antes que la tierra y que los dioses, y si son los más antiguos, ¿no les toca por derecho ser los reyes del mundo?

EVELPIDES.- Claro que sí, por Apolo, y ahora importa hacerte un pico, muy fuerte y resistente. Zeus no tendrá inconveniente en dar la primacía al pico.

PISTÉTERO.- Pruebas hay muchas de que no fueron los dioses sino las aves, las que gobernaron al mundo en sus principios. Vaya una primero: el gallo, que comenzó a regir y gobernar a los Persas, a todos los Darfos⁴⁷ y Megabazos, al grado de llamarse aún ave pérsica, -- por razón de tal principio.

EVELPIDES.- Esa es la causa de que ahora como el gran rey se muestra. Con sus pasos solemnes, con su cabeza erguida y coronado de cresta, -- ya que es el único que lleva levantada la tira.

PISTÉTERO.- Y fue tan fuerte, tan grande y tan temido que aún ahora como resto de su antigua fuerza cuando canta al llegar el alba, todo el mundo se alza de la cama para ir a su trabajo. Herreros, alfareros, curtidores, zapateros, bañeros, fabricantes de harina, los -- que fabrican liras y los que se emplean en -- preparar los rizos. Y otros se ponen en camino poniendo apresurados el calzado, cuando --

aún reina la noche.

EVELPIDES.- ¡Pregúntamelo a mí! Por su causa he perdido un bello manto rico hecho en Frigia⁴⁸. Fui invitado a un festín un día diez del mes, con motivo de poner nombre a un niño, y ya había yo bebido un poquitillo en la ciudad y me quedé dormido. Los demás invitados se ponen a cenar, y que comienza a cantar el gallo. Yo creí que era el alba y emprendí el camino para Halimonte⁴⁹. No bien pasé el muro cuando un ratero me sonó en la espalda un garrotazo. Caí por tierra y comencé a dar gritos. -- Pero él ya se había llevado mi manto.

PISTÉTERO.- Es que reinaba el milano⁵⁰, y era el rey de los helenos⁵¹.

CORIFEO.- ¿De los helenos?

PISTÉTERO.- Sí, pues él fue el que primero -- aprendió, siendo rey, a arrastrarse ante los milanos.

EVELPIDES.- Y por Dióniso⁵² que sí. Yo también me revolqué a la vista de un milano, y cuando me volví sobre mi espalda con toda la boca -- abierta, me tragué un óbolo⁵³. Pero llegué -- a mi casa con el morral vacío.

PISTÉTERO.- En Egipto, en Fenicia, era el rey el cuclillo. Y si él decía: Cucucú, todos los fenicios iban a segar trigo y cebada para recogerla al granero.

EVELPIDES.- Que de veras dice el dicho: ¡los que ya no tienen capote que se vayan pronto al campo!

PISTÉTERO.- Ellos mandaban como amos. Podía haber un rey en las ciudades helénicas, como Agameñon⁵⁴ o Menelao⁵⁵, pero encima de su cetro había siempre un pájaro. Y ése era participante de los dones que les hacían.

EVELPIDES.- Eso no me lo sabía yo. Y por eso me admiraba ver en las tragedias entrar a Príamo⁵⁶ con su pájaro. Y me doy cuenta ahora por qué estaba en espera de Lisícrates⁵⁷ para ver qué le tocaba.

PISTÉTERO.- Lo más notable y fuerte es que Zeus el que reina ahora se muestra teniendo un águila en la cabeza, precisamente por ser rey, y su hija, tiene su lechuza, y Apolo, su gavilán que utiliza de sirviente.

EVELPIDES.- ¡Por Démeter⁵⁸, bien lo dices! Pero,

¿por qué tienen esas aves?

PISTÉTERO.- Para que al recibir la ofrenda en sus sacrificios cuando se les ofrendan las entrañas, según el uso ritual, antes que Zeus mismo reciban las aves la ofrenda. Y en tiempos pasados nadie juraba por los dioses, sino por sus aves.

EVELPIDES.- Como ahora Lampón⁵⁹ que jura por su pato cuando va a hacer una trapeceria⁶⁰

PISTÉTERO.- De esta manera en tiempos pasados se tenía a las aves como seres grandes y santos.

Los tratan ahora como a esclavos, locos, vestiglos⁶¹, y como a los locos les arrojan piedras, y hay aún en el templo quien pone sus jaulas de trampa para atrapar pájaros. Pone lazos, redes, tablas enligadas, y todo artefacto que pueda servirle.

Cuando los han cultivado, los van a vender en montón y los compradores los están sopeando para ver si están gordos. Y si les agradan, no sólo los asan, sino que les ponen queso, acéite, vinagre, pimienta y mil hierbas. Y luego otra salsa bien dulce y aceitosa, que echan ardiendo sobre sus cuerpos, como si fue-

ran carne abandonada.

CORO: ANTISTROFA.- ¡Mucho, mucho son penosas las palabras que dijiste! Cuánto me duele la negligencia de mis mayores que tales glorias antiguas dejaron caer en la sombra.

Un dios te ha traído ahora, o una suerte feliz y nos vienes a salvar. Yo te entrego mi destino, el de mis crías y mi vida.

CORIFEO.- ¿Qué hacer debemos ahora? ¡Dínoslo, -- pues estás aquí! Nada es para nosotros la vida si no recobramos la realeza por tu medio.

PISTÉTERO.- Primero de mis dictámenes: para las aves ha de haber solamente una ciudad. Que la alcen como Babilonia, con sus ladrillos cocidos, pero que abarque la región toda de los vientos.

ABUBILLA.- ¡Ay, Cebriones⁶², ay, Porfirio⁶³, qué ciudad tan grandiosa fuera!

PISTÉTERO.- Y ya levantado el muro, hay que pedir a Zeus que nos devuelva el imperio.

Si dice que no y no quiere, y no se arrepiente al punto de su decisión, se le declara

guerra sagrada y se prohíbe a los dioses pasar por el dominio de las aves.

Para los hombres pregonó que debe mandarse otra ave cual mensajera para que queden entendidos que las aves son ya reyes y a ellas hay que hacer sacrificios antes que hacerlos a los dioses. Y todavía, al hacer ofrendas a los dioses, se ha de tener en cuenta a sus propias aves. Si se hace sacrificios a Afrodita⁶⁴, antes hay que darle su cebada al pájaro de Fal...aris.⁶⁵ Si se ofrece una oveja a Poseidón,⁶⁶ hay que darle sus granos de trigo -- al... pato. Si es el sacrificio a Heraclés, tendrán que dar sus pasteles de miel a la ... gaviota. Y si inmolan un chivo a Zeus, el reyezuelo, que es rey antes que el mismo Zeus, tiene que sacrificarle un mosco por los testículos.

EVELPIDES.- Que sacrifiquen al mosco me gusta mucho. Y que eche sus truenos Zeus.

ABUBILLA.- ¿Crees que los hombres nos tomen por dioses? Volamos y tenemos alas. Van a pensar que somos cornejas.

PISTÉTERO.- ¡Estás delirando! ¿No vez que Hermes⁶⁷ también vuela? ¡Por Zeus! Hermes es dios

y tiene alas. Y como él hay muchos dioses -
Ves, Niké⁶⁸ con alas de oro. Y, ¡por Zeus,
Eros⁶⁹ también! Y ve a Iris⁷⁰ que Homero⁷¹
llamaba paloma tremebunda.

EVELPIDES.- ¡Y quién sabe si Zeus con su true-
no estruendoso nos lance un rayo alado!

CORIFEO.- Pero si los hombres no nos reconocen
por su propia ignorancia y sólo siguen dan-
do culto a los del Olimpo,⁷² ¿qué hacer?

PISTÉTERO.- Entonces se despachan bandadas de
gorriones para que vayan a picotear sus se-
menteras. Y con eso que les mida el trigo -
Démeter, cuando se están muriendo de hambre.

EVELPIDES.- Ella no lo hará nunca y ya verías -
que daba muchos pretextos.

PISTÉTERO.- Vayan los cuervos luego y saquen --
los ojos a los que dilapidan las cosechas y
a los carneros que con ellos andan. Luego -
los curará Apolo, el médico divino. Se le -
dará su paga.

EVELPIDES.- No, no aún: espera que haya yo ven-
dido mis dos novillos.

PISTÉTERO.- Y si te reconocen como dios, que --

eres quien da la vida, y la tierra, y eres -
Cronos y eres Poseidón, todo estará a tu man-
do.

CORIFEO.- Dime alguno de esos bienes.

PISTÉTERO.- Ya no habrá necesidad de que las --
langostas se traguen los gusanos roedores de
sus viñedos, porque bastará un escuadrón de
lechuzas y gavilancillos para acabar con --
ellos. Y luego, ni los moscardones, ni las
catarinas roan sus higueras, sino que para -
darles fin a todos bastará un escuadrón de -
tordos.

CORIFEO.- Y, ¿por qué medio podremos enriquecer-
los, porque tener dinero es la gran pasión
de los hombres?

PISTÉTERO.- Cuando ellos consulten a las aves,
ellas les dirán la forma de lograrlo. Ellas
darán la gufa al adivino y lo que es prove-
choso. Ninguno que lo intente quedará sin -
fruto.

CORIFEO.- ¿Cómo que no queda defraudado? ®

PISTÉTERO.- Si alguno consulta acerca de la na-
vegación, siempre habrá un ave que le diga:
"Ahora no navegues, porque va a haber tor- -

menta." O bien: "Navega ahora que la ganancia es cierta".

EVELPIDES.- Yo me compro un batel y me vuelvo marino. Ya no quiero durar entre ustedes.

PISTÉTERO.- También las aves serán para señalar el sitio en que se halla un tesoro escondido ha mucho tiempo. Un buen caudal en plata. Las aves lo conocen. ¿No dicen por ahí en el pueblo: Nadie sabe dónde lo puse, si no es -- acaso algún pájaro del cielo?

EVELPIDES.- En tal caso, yo vendo el batel y me compro un zapapico y voy a desenterrar las ollas.

CORIFEO.- ¿Cómo dar la salud, ella que es don -- divino?

PISTÉTERO.- Si están bien, ¿para qué buscan la salud?

EVELPIDES.- Un hombre que ve bien sus asuntos -- nunca está enfermo. Como el que los ve malos, nunca tiene salud.

CORIFEO.- Y, la vejez, ésa que habita en el Olimpo, ¿cómo han de conseguirla? ¿Han de morir -- acaso los niñitos en su tierna infancia?

PISTÉTERO.- Claro que no, por Zeus. Los pájaros les darán trescientos años de vida.

CORIFEO.- ¿A qué costo?

PISTÉTERO.- ¿A qué costo? A su propio provecho. -- ¿No te has dado cuenta de que la "corneja vive cinco veces más que el hombre"?

EVELPIDES.- ¡Malhaya... valen más para regir los pájaros que Zeus!

PISTÉTERO.- Mucho mejor, ¿verdad? Y no tenemos -- que levantarles templos de mármol con puertas -- de oro. Estos viven en zarzales y en bosques -- de buen tamaño. Habrá aves augustas y más altas: un olivo se les dará por templo. -- Y ya no iremos a Delfos ni Amón⁷³ para hacer sacrificios. Aquí entre el bosque, en medio de arbolillos y olivos, les daremos tributo de cebada y de trigo. Con las manos en alto les pediremos dones y nos oirán luego, aunque sean pocos los granos de trigo que arrojamos.

CORIFEO.- ¡Viejo, me fuiste odioso, pero ahora -- eres mi mejor amigo! Nunca puedo desviarme de tus sabias indicaciones.

CORO.- Tus palabras me excitaron: hago esta ame- --
naza y juro que si tú abres el camino del comba-
te contra los dioses, como hombre probo y ho- --
nesto, piadoso y leal, en el momento les quita- --
mos el cetro de mando.

CORIFEO.- Lo que sea fuerza, lo que sea actividad,
corre a nuestro cargo. Lo que sea pensamiento y
discreción, tendrá que ser obra tuya.

ABUBILLA.- ¡Por Zeus, no es éste el tiempo de es- --
tar soñando ni de intentar dilaciones al estilo
de Nicías⁷⁴! Hay que obrar luego. Por princi-
pio de cuentas, entren a mi nido, hecho de paja
y granzas, y vayan diciendo su nombre.

PISTÉTERO.- Eso es fácil. Me llamo Pistétero y --
éste, Evelpides, del barrio de Crioa.

ABUBILLA.- Bienvenidos los dos.

PISTÉTERO.- Gracias y adentro.

ABUBILLA.- Bueno, métanse ya.

PISTÉTERO.- Estamos, gufanos tú.

ABUBILLA.- Por aquí.

PISTÉTERO.- Una cosa me ocurre. Oyeme. ¿Cómo vamos

a vivir éste y yo entre los que vuelan, si no-
sotros no podemos volar?

ABUBILLA.- Muy bien.

PISTÉTERO.- A ver ahora. Como en las fábulas de
Esopo, qué trabajos costó a la zorra ser ami-
ga del águila.

ABUBILLA.- No tengas recelo alguno. Hay una rai-
cecita que basta comerla para que le nazcan a
uno alas.

PISTÉTERO.- Bueno. Entraremos. Anda Xantias y -
Menodoro, carguen con los buitros.

CORIFEO.- ¡Oyeme, Abubilla, óyeme!

ABUBILLA.- ¿A qué me llamas?

CORIFEO.- Guíalos a casa y dales de comer. Y --
llámate al ruiseñor, el amigo de las Musas. --
Que venga acá y nos deleite con sus trinos.

PISTÉTERO.- ¡Por Zeus, que sí... hazle caso! --
¡Salga de entre los florecientes juncos esa -
ave grata, que llegue acá por los dioses, y -
que podamos ver al famoso ruiseñor!

ABUBILLA.- Pues me lo mandan los dos, justo es -
que yo obedezca. Procne⁷⁵, ruiseñor, ven y -

preséntate ante los huéspedes.

Aparece Procne en forma de muchacha flautista.

PISTÉTERO.- ¡Zeus mil veces venerado, qué pajarito tan lindo! ¡Qué tiernecito, qué blanco...! ¿Sabes, preciosa, que yo muy fácilmente haría mi nido entre tus piernecitas?

EVELPIDES.- ¡Y mira cuánto oro carga, parece -- que es virgencita! Yo creo que le robo un -- beso.

PISTÉTERO.- Desdichado, qué ¿no miras que tiene un pico bicorne?

EVELPIDES.- Por Zeus, se le quita el cascarón y se besa en su boquita.

ABUBILLA.- ¡Adelante!

PISTÉTERO.- Guíanos y tengamos buena suerte.

Se van. El coro se dispone para decir la parábasis.⁷⁶

CORO.- Hermoso amado y moreno, el más amado de los pájaros, tú que acompañas mis cantos, -- ruiseñor de todo tiempo, llegaste al fin y --

llegaste para que yo te contemple, trayendo -- tu dulce voz.

Tú que con tan grata flauta sueñas voces de primavera, da el preludio a los anapestos⁷⁷.

CORIFEO.- Vamos, hombres que aletargados por su misma naturaleza viven en la oscuridad, deleznable como las hojas, como seres hechos de arcilla, fantasmas que van errantes como si fueran sombras. Sin alas, de poco tiempo, infelices mortales, que hufs como huyen los sueños:

Ahora favor de oír a nosotros inmortales, seres que siempre perduran libres de vejez y males; seres que viven pensando siempre en las cosas eternas.

Podrán entender entonces la realidad de -- los cielos, la naturaleza de las aves, el mismo ser de los dioses, el origen del Erebo⁷⁸ y del Caos⁷⁹, y en esta forma podrán vencer al mismo Pródico⁸⁰.

En el principio existían el Caos, la Noche⁸¹, el Erebo todo negro y el inmenso Tártaro⁸². No había tierra, aire ni cielo.

En el inmenso seno del Erebo la Noche de alas negras puso un huevo sin germen. De allí nace Eros el anhelado, después de muchos siglos. El que tiene alas de oro, el que vence a los vientos en sus giros. El se une a la Noche y se une al Caos y en la tiniebla -- engendra nuestra raza. Es la primera que aparece a luz. Y no había entonces raza de inmortales, hasta que Eros uniera los elementos todos de la tierra. Y los que fue uniendo y nacían por sus tiempos el Cielo, el Mar, la Tierra y la raza de dioses que no sabe de muerte.

En esta forma somos nosotros mucho más antiguos que los dioses todos.

¿Quieres ver pruebas de que nosotros descendemos de Eros? Tenemos como él alas, como él vivimos en amores. Cuántos muchachos hubo que aunque hacían alarde de ser insensibles al amor, cuando ya entraban a la edad madura, cayeron en sus redes, y por la fuerza nuestra estuvieron a merced de sus amantes. Uno recibe una codorniz, el otro, un ave roja, éste, un pato, o un gallo. Se los domina.

Damos a los mortales los bienes más preciosos. Y se los damos todos. A nosotros se debe el mostrar las horas y mudanzas del tiempo. Llega la primavera, sigue el invierno, el estío o el otoño. Les damos la señal para la siembra cuando la grulla se traslada a Libia. Es también el anuncio al navegante para que cuelgue el timón en buen sitio y se dedique al sueño. Es señal para Orestes el ladrón para que sepa que hay que tejer su manto de lana y no estar atisbando al caminante para quitarle el suyo. El frío ha comenzado.

Viene el milano y luego anuncia otra estación. Es la hora de trasquilar a las ovejas las vedijas⁸³ primeras. La golondrina en tanto anuncia que es la hora de vender el manto pesado de lana y de adquirir uno mucho más ligero.

Las aves somos para vosotros Amón, Delfos, Dodona⁸⁴, el mismo Febo Apolo. Para todo asunto acuden a las aves. ¿Qué significa auspicio? ¿No ver qué curso sigue el ave? Y en todas las empresas, están pidiendo augurios. El comercio, la forma de lograr el sustento, el

matrimonio mismo, se somete a ellos. Y cada --
signo que las aves dejan es un augurio. Y es --
más, han dado el nombre de ave a eso mismo que
nada con ellas tiene. Ave es un ruido extraño,
ave es un estornudo, un encuentro en la calle
es también ave. Una voz y un criado, un asno --
mismo, es ave. Que claro que somos para uste--
des tanto como el oráculo⁸⁵ de Apolo.

Si nos toman como dioses tendrán en nosotros
Musas agoreras⁸⁶. Ellas habrán de anunciar dul
ce viento, mudanza de estaciones, invierno, es
tío y calor bien templado. Y no seremos cual --
Zeus que se remonta a las nubes. Estaremos a --
su lado. Para darles a su vida y a la vida de --
sus hijos y de los hijos de sus hijos, salud, --
riqueza, vida, paz y juventud: risas, bailes, --
fiestas y aun leche de pájaros.

Quedarán saturados de bienes y se harán ri--
cos todos.

CORO: ESTROFA.- Musa multifona -tfo tfo tfo tfo --
tinc- con la que ido por bosques y cumbres - --
-tfo tfo tfo tinc- posado en la cumbre de un --
frondoso roble -tfo tfo tfo tinc- y soltaba al
viento mis trinos sonoros en honor de Pan⁸⁷ y -

de la madre que en el monte impera -toto toto
toto tonc-. Allá en la alta cumbre en donde --
Frinico⁸⁸ gustaba del fruto de melódicos can--
tos llenos de ambrosia⁸⁹. Y agregaba siempre
el canto sonoro -tfo tfo tfo tinc.

CORIFE0.- Si hay algún espectador que quiera con-
vivir con las aves, con una vida que está lle-
na de alegría, venga acá por favor.

Todo lo que acá es feo y digno de reprobación,
entre las aves es bello y aun digno de --
alabanza. Entre los hombres es reprobable que
un hijo golpee a su padre; entre las aves es --
digno de alabanza y decirle a voz en cuello: --
¡Entrale con tu espólón! Un esclavo que los --
hombres marcan por haber huido de la casa, en-
tre nosotros es visto más bien con honor y lo
llamamos el faisán matizado. Un extranjero --
de Frigia, como lo es Espintero, entre noso- --
tros es el frígilo de la casta de Filemón. Y
si es un esclavo que se siente noble, prove- --
niente de Caria, como por ejemplo Excectides,
hallará entre las aves ancestros bien califica-
dos. Y si el hijo de Pias quiere abrir la --
puerta a los malvados, forjadores de delitos,

se hará perdiz, tal como lo fue su padre, ya - -
que acá entre las aves no es vergüenza que huyan
las perdices.

CORO: ANTISTROFA.- Ya los cisnes -tfo tfo tfo tinc-
unen sus voces para cantar a Apolo al mismo tiem-
po que batan sus alas.-tfo tfo tfo tinc- y van a po-
sarse en las riberas del Ebro⁹⁰ -tfo tfo tfo - -
tinc-. Y su canto hiende⁹¹ las nubes pesadas.

Es cuando las fieras se mueven temerosas --
para oír su canto, y es cuando las olas, antes -
agitadas, se quedan dormidas a su dulce voz. Y
agita los cielos un soplo muy suave -tfo tfo tfo
tinc.

Es cuando el Olimpo entero repercute y cuan-
do el asombro a los dioses, y es cuando las Gra-
cias⁹² y cuando las Musas responden a las aves -
con dulces acentos -tfo tfo tfo tinc.

CORIFEO.- Nada hay más grato y más bello que tener
un par de alas. Vamos a ver, si uno de los que -
están mirando tuviera alas, cuando se siente ya
hastiado con la duración del espectáculo y con -
hambre bien madura, echaría un vuelo a su casa y
después de haber cenado regresaría al espectácu-
lo.

Y si Patroclides⁹³ se viera en tormento por
ir a descargar el intestino, en lugar de hacerlo
en su manto, volaría veloz a otro lugar y re-
gresaría contento a seguir mirando. Y si al-
guno de ustedes viera que aquí está el marido
de la mujer que andan asediando, muy bien sen-
tadito en primeras filas, echaría un volido a
ver a su dama y después de hacerle lo que ya
se sabe, regresaría en vuelo acá.

¿Están viendo ya lo que supone tener - - -
alas? Allí está Ditrefes⁹⁴ que de vender - -
alas llegó hasta filarco⁹⁵ y luego trepó has-
ta ser hiparco⁹⁶. Era un cualquiera sin nom-
bre y ahora lo ven en las alturas y está en -
ellas como un centauro medio amarillo.

Regresan Pistétero y Evelpides, ya con alas.

PISTÉTERO.- Mfrenme.

EVELPIDES.- ¡Por Zeus, qué facha... nunca vi co-
sa más ridícula!

PISTÉTERO.- ¿De qué te ríes?

EVELPIDES.- De tus alas... ¿sabes a quién te pa-
reces?

PISTÉTERO.- Sí, a un ganso de mala pintura.

EVELPIDES.- Y tú a un mirlo mal dibujado, que - -
tiene forma de vaso.

PISTÉTERO.- Estamos haciendo comparaciones como -
decía Esquilo: "No son de otro las plumas: son
de nosotros mismos."

CORIFEŌ.- Y ahora, ¿qué hay que hacer?

PISTÉTERO.- Primero, dar un nombre a esta nueva
ciudad y después ofrecer oblación⁹⁷ a los dio-
ses.

EVELPIDES.- Eso mismo pensaba.

CORIFEŌ.- ¿Qué nombre le ponemos? ¿La llamamos - -
Esparta⁹⁸ robando el nombre a los lacedemo- -
nios?

EVELPIDES.- No, que no... Esparta, por Heraclés,
sí es mi tierra y ni siquiera consiento en ---
que sea de esparto⁹⁹ mi cama, sino de simple -
junco.

PISTÉTERO.- ¿Qué nombre, pues, le damos?

EVELPIDES.- Un nombre rimbombante venido de las
nubes, de la región de los meteoros.

PISTÉTERO.- ¿No te gustaría Nubecuculecia?

CORIFEŌ.- Bonito y resonante nombre el que has ha-
llado, ¡Io, Io!

EVELPIDES.- ¿Pero no es Nubecuculecia en donde -
están las riquezas de Teógenes¹⁰⁰ y todas las -
de Esquines?¹⁰¹

PISTÉTERO.- Dí más bien de Flegra¹⁰², en donde - -
los dioses se jactaban parlanchines de haber - -
derrotado a los gigantes.

CORIFEŌ.- ¡Gran cosa es esa ciudad! Y, ¿a qué - -
dios se le ha de ofrecer el sacrificio? ¿Quién
la custodiará? ¿Para quién se tiene que tejer -
el peplo?¹⁰³

EVELPIDES.- ¿No será Atena¹⁰⁴ armada?

PISTÉTERO.- ¿Puede ser ciudad buena esa en la que
una diosa femenina va armada de todas armas y -
en la cual Clístenes¹⁰⁵ está trabajando con su
lanzadera?

CORIFEŌ.- Y, ¿quién ha de custodiar el muro de la
acrópolis¹⁰⁶, el pelárgico¹⁰⁷ que dicen?

PISTÉTERO.- Un pájaro.

CORIFEŌ.- ¿De nosotros? ¿qué especie?

PISTÉTERO.- Uno de Persia, que dicen que es el - -
más terrible, un verdadero pollo de Ares.¹⁰⁸

EVELPIDES.- ¡Pollo feliz!

PISTÉTERO.- Está habituado a morar entre piedras.

Vamos, ya vuela pronto, ve a auxiliar a los
albaniles que están construyendo la ciudad. Llé
vales los andamios, desvístete y amasa bien la
mezcla. Cáete de la escalera, haz de guardián -
que vigila y ten cuidado de conservar el fuego -
bajo la ceniza. Recorre el contorno con tu cam-
panilla y pasada la ronda vete a dormir por allá.
Envía dos mensajeros, uno a los dioses, allá - -
arriba y otro a los hombres, acá abajo. Después
vuelve a mí.

EVELPIDES.- Quédate aquí y que revientes.

Se va

PISTÉTERO.- Vete en paz, mi buen amigo, allá a --
donde yo te envío. Sólo tú puedes hacer todo -
lo que te he mandado.

Voy a ofrecer un sacrificio a los dioses -
nuevos y a llamar al sacerdote que debe guiar -
al cortejo.

Muchacho, muchacho, trae el cestillo y el

agua lustral.

CORO: ESTROFA.- ¡Doy aplausos, muy de acuerdo --
contigo y contigo pido cantos largos y solem-
nes dirigidos a los dioses y para alcanzar su
favor que se inmole ya la víctima!

¡Suba, suba, suba el canto de Pitia¹⁰⁹ y
venga Queris¹¹⁰ a acompañar mi son!

PISTÉTERO.- Deja ya de tañer. ¿Por Heraclés, qué
es esto? He visto mucho en mi vida, pero no
había visto esto. Es un cuervo con bozal.

— Entra el Sacerdote.

- Anda, ofrece el sacrificio e inmola a los
nuevos dioses.

SACERDOTE.- Es lo que haré. ¿Dónde está el de la
cestilla?

¡Orad, orad a la Hestia¹¹¹ de las aves, -
al milano que guarda el hogar y a todas las -
que son olímpicas¹¹², y olímpicos, a todos y
a todas...!

PISTÉTERO.- Gavilán que ampara a Sunto¹¹³, bien
venido seas, oh señor Pelárgico.

SACERDOTE.- Al cisne de Pitias¹¹⁴ y Delio, Leto -
la madre de las codornices, a Artemis jilgue-
ro...

PISTÉTERO.- Ya no es Artemis colanis sino Artemis
jilguero.

SACERDOTE.- A Sabacio¹¹⁵ el de Frigia, a la aves-
truz, madre de dioses y hombres.

PISTÉTERO.- Señora reina Cibeles,¹¹⁶ ya avestruz -
madre de Cleócrito.

SACERDOTE.- Den salud y bienestar a los habitan-
tes de Nubecuculencia al igual que a los de
Quíos.¹¹⁷

PISTÉTERO.- Me llena de gozo ver a los de Quíos -
en todas partes.

SACERDOTE.- A las aves que sean héroes y a sus --
hijos: a la ave roja, al picoverde, al pelíca
no, a la fléxida, al pintado, al pavo real, a
la garza, a la gallareta, al elasa, al halcón
verde, al catarate, al tragahigos, y al guajo
lote...

PISTÉTERO.- ¡Ya está! ¡Vete a los cuervos tú mis-
mo! Deja ya de invocaciones. ¡Ay, ay infeliz,
para una comida sagrada estás invitando a los
buitres y a las águilas marinas! ¡No basta --

con el milano para que se trague todo! Vete -
en paz, déjame solo, yo ofreceré el sacrifi- -
cio.

Sale el Sacerdote.

CORO: ANTISTROFA.- Voy a entonar un nuevo canto, -
lleno de piedad, de devoción a los dioses, y al
zar mi voz cuanto pueda para clamar a los bien-
aventurados, o aunque sea a uno solo, ya que --
no hay suficiente manjar para darlo a su tiem--
po. ¿Qué víctimas ofrecieron? ¡Cuero y barbas:
nada más!

PISTÉTERO.- Al hacer el sacrificio invoquemos a --
los dioses alados.

POETA. (Se adelanta y comienza a cantar.)- Musa --
mfa, celebra ahora a la feliz Nubecuculecia: -
que para ella sean tus cantos, que para ella --
sean tus himnos.

PISTÉTERO.- ¿De dónde nos vino éste? Dime, ¿quién
eres tú?

POETA.- ¿Yo? Soy cantor de lengua de miel,[®] un amar
telado servidor de las Musas, como cantó Home--
ro.

PISTÉTERO.- ¿Cómo es que siendo un esclavo tienes larga cabellera?

POETA.- No, no soy, y todos los poetas somos amar-
telados servidores de las Musas, como cantó Home-
ro.

PISTÉTERO.- Mucho que sí habrás servido con esos -
andrajos que traes. Pero dime ya, poeta, ¿qué - -
viento te empuja acá? ¡Te va a ir de la pedra- -
da!

POETA.- Yo tengo poemas compuestos en honor de Nu-
becuculecía. Y qué poemas: hay rondallas, hay
coros para las vírgenes, y hay odas como las ha-
cía Simónides.¹¹⁸

PISTÉTERO.- ¿Todo eso cuándo lo hiciste? ¿Qué tiem-
po ha pasado de ello?

POETA.- Tanto, tanto tiempo, que estoy cantando a
esta ciudad.

PISTÉTERO.- Farsante, ¿no ves que ahora estoy cele-
brando su nacimiento y dándole apenas nombre, co-
mo se les da a los niños al cumplir sus diez - -
días?

POETA.- La voz de las Musas corre mucho más que --
los corceles.

¡Padre que fundaste el Etna¹¹⁹, tú, cuyo --
nombre repiten los sagrados templos, dame un --
don, sea el que fuere, con sólo inclinar tu ca-
beza!

PISTÉTERO .- Nos va a fastidiar esta peste si no le
damos algo para que se largue de aquí. Tú, mu-
chacho, quitate ese capotillo y dáselo al sabio
poeta. Ten, poeta, que ya veo que te estreme-
ces de frío.

POETA.- Mi Musa se siente feliz al aceptar este ob-
sequio. Pero pon ahora atención a estos versos
del estilo de Píndaro.¹²⁰

PISTÉTERO.- Este hombre no nos deja en paz.

POETA.-
"Entre los escitas¹²¹ nómadas
muy lejos de sus ejércitos,

va vagabundo y no tiene
telas que teje el telar.

Para él no hay sino un capote
pues ni túnica le dan..."

¿Entendieron la alusión?

PISTÉTERO.- Ya entiendo que quieres que te den ---

también la túnica. Anda, muchacho, quítate la -
túnica y dásela. Hay que agasajar al poeta. ---
Ten, tú, y lárgate por fin.

POETA.- Ya me voy. Pero al partir he de componer -
aún otro poema sobre esta noble ciudad.

"Oh Musa de trono de oro
canta loor a esta ciudad,
donde se tiritita de frío
y helado se queda uno.
Yo vengo de ver los campos
todos de nieve cubiertos.
Y nada me empece ya. La la la la la la.

Se va el poeta.

PISTÉTERO.- Vete al diablo, pero vas bien abrigado
con la túnica contra los fríos del invierno.

Por Zeus, qué fastidio. ¿Cómo es que este
maldito poeta pudo saber la existencia de nues-
tra ciudad?

Anda, tú, hijo, da la vuelta echando el --
agua lustral.¹²² Todos en silencio.

Entra uno que dice oráculos.

ORACULERO.- ¡No comiences con el chivo!

PISTÉTERO.- Y, tú, ¿quién eres?

ORACULERO.- ¿Quién soy? ¡Digo los oráculos!

PISTÉTERO.- ¡Vete al demonio ahora!

ORACULERO.- Malvado, no hagas poco caso de los -
divinos secretos. Ten en cuenta que hay un -
oráculo en Bacis en que habla de la Nubecucu-
clecia.

PISTÉTERO.- ¿Por qué no diste a conocer ese ora-
culo antes de que se fundara la ciudad?

ORACULERO.- Algo divino me lo impedía.

PISTÉTERO.- Habrá que oír directamente el vatic-
nio.

ORACULERO. (Leyendo.) - "Cuando habiten los lo--
bos con las blancas palomas en el mismo lugar
entre Corinto¹²³ y Siquión..."¹²⁴

PISTÉTERO.- ¿Qué tenemos que ver nosotros con los
de Corinto?

ORACULERO.- Bacis¹²⁵ hablaba del aire. Sigo:

"A Pandora¹²⁶ que inmolen un blanco cor-

derito

y a aquel adivino que comente mis versos

que le den manto nuevo y unos buenos zapatos.."

PISTÉTERO.- ¿Conque hasta zapatos, eh?

ORACULERO.- (Mostrando su pergamino a Pistétero.)- Toma y lee. Y "Dale una buena copa y un puñado de entrañas..."

PISTÉTERO.- ¿Darle también entrañas de la víctima?

ORACULERO.- Toma y lee.

"Jovencito divino, si haces lo que te mando, te volverás un águila en medio de

las nubes;

pero si no lo haces, te cambiarás en

nada:

No serás aguililla, ni tórtola, ni

faisán del camino..."

PISTÉTERO.- ¿Todo eso está allí?

ORACULERO.- Toma y lee.

PISTÉTERO.- Nada parecido es éste a otro que yo escribí bajo la inspiración de Apolo:

"Cuando llega un importuno a quien nadie ha invitado

a perturbar tu oblación para que les des su parte,

lo que hay que hacer con él es molerle -- los costados

con buenos palos dispuestos a romperle las -- costillas."

ORACULERO.- Creo que no hablas en serio.

PISTÉTERO.- Ten también, toma y lee:

"No le tengas compasión, aunque sea águila en las nubes, aunque sea el mismo Lampón y aunque sea el gran Diopites."¹²⁷

ORACULERO.- ¿También eso está allí?

PISTÉTERO.- ¡Toma, lee y lárgate al diablo!

ORACULERO.- ¡Ay, infeliz de mí!

PISTÉTERO.- Fuera... a echar oráculos a otra parte.

Se va el que lee oráculos y llega Metón, un planificador de ciudades. Trae sus cartapacios.

METÓN.- Los vengo a ver...

PISTÉTERO.- ¡Otro mal encima! ¿Qué vienes a hacer? ¿Qué pretensiones traes? ¿Qué te propones? ¿Esos altos coturnos¹²⁸ qué significan?

¿Dónde vas?

METÓN.- Tengo voluntad de medir sus terrenos y planificarlos en calles.

PISTÉTERO.- ¡Por los dioses...! ¿tú quién eres?

METÓN.- ¿Quién? Soy Metón... toda Hélade me conoce y aun en Colona.¹²⁹

PISTÉTERO.- ¿Qué mamotretos te cargas?

METÓN.- Son las reglas para el aire. Sábetelo, ante todo, que el aire es como una estufa, si lo toma uno en su conjunto. Poco más, poco menos. Pues bien, yo aplico esta línea curva y le pongo compás... ¿Comprendes?

PISTÉTERO.- Nada entiendo.

METÓN.- Y hay esta regla más. Es derecha pero la hago que trabaje de modo que el círculo se vuelve cuadrado. En el centro hay una gran plaza a la cual van a converger calles derechas y como si fuera un astro redondo, desde ella partirán también calles derechas.

PISTÉTERO.- Este es un Tales¹³⁰ ... Metón.

METÓN.- ¿Qué pasa?

PISTÉTERO.- Sábetelo que yo te estimo. Créeme amigo.

go: sigue tu ruta. Vete en paz.

METÓN.- ¿Hay algo peligroso?

PISTÉTERO.- Aquí, como en Lacedemonia, se echan fuera a los extraños. Y en la ciudad hay paz como aguaceros.

METÓN.- ¿Acaso andan en revolución?

PISTÉTERO.- No, por Zeus.

METÓN.- ¿Entonces, qué?

PISTÉTERO.- Es que de acuerdo común determinamos echar fuera a todos los farsantes.

METÓN.- Me voy tranquilamente.

PISTÉTERO.- Por Zeus, no muy a tiempo: cerca el golpe. (Le pega.)

METÓN.- ¡Miserable de mí!

PISTÉTERO.- ¿No te lo dije antes? ¡Lárgate con tus medidas a otra parte!

Se va Metón. Llega un inspector.

INSPECTOR.- ¿Dónde están los próxenos?¹³¹

PISTÉTERO.- ¿Qué Sardanápalo¹³² será éste?

INSPECTOR.- Yo soy un inspector designado por suerte para venir a vigilar la ciudad de Nube-

cucuclecia.

PISTÉTERO.- ¿Tú inspector? ¿quién te envía?

INSPECTOR.- Este maldito papel de Teleas¹³³.

PISTÉTERO.- Vaya, tú quieres tomar tu salario y largarte sin pena ni trabajo.

INSPECTOR.- Eso mismo, por los dioses, y es que yo quería estar en Atenas para asistir a la asamblea. Tengo asuntos de Farnaces¹³⁴.

PISTÉTERO.- Pues toma y largate. Ese es tu salario. (Le da un golpe.)

INSPECTOR.- ¿Qué es eso?

PISTÉTERO.- Es tu asamblea a que vas con asuntos de Farnaces.

INSPECTOR.- ¡Séanme testigos, me pega a mí que -- soy un inspector!

PISTÉTERO.- ¿Te largarás o no? Llévate tus urnas de juez.

¿No es intolerable esto? ¡Ya mandan inspectores a una ciudad que apenas está ofreciendo el sacrificio para su fundación!

Se va el Inspector y llega un vendedor de decretos.

VENDEDOR.- "Si el habitante de Nubecuclecia hace alguna ofensa al habitante de Atenas..."

PISTÉTERO.- ¡Esta es otra calamidad! ¡Con tanto -- papel!

VENDEDOR.- Soy vendedor de decretos y vengo acá -- para dar a conocer los más recientes.

PISTÉTERO.- ¿Que qué?

VENDEDOR.- "Los habitantes de Nubecuclecia deben tener las mismas medidas, pesos y ordenanzas de los de Ototoxia."

PISTÉTERO.- Pues vete al momento a usar los de -- Ototoxia. (Hace ademán de pegarle.)

VENDEDOR.- ¿Este, pues qué te pasa?

PISTÉTERO.- ¿No te largas con tus decretos? Ya verás que hay leyes más duras... (Le da varios -- golpes.)

Se va el vendedor y regresa el Inspector.

INSPECTOR.- Yo consigno por injurias a Pistétero -- para el mes de Muniquión¹³⁵.

PISTÉTERO.- ¿De veras tú? ¿Todavía estás allí?

Vendedor regresando y leyendo

"Y si hay alguno que no reciba a los magistrados y no lo atienda como manda el decreto fijado en la columna..."

PISTÉTERO.- Desdichado de mí... ¿también tú estás aquí?

INSPECTOR.- Yo te pierdo y te obligo a una paga -- de diez mil dracmas.

PISTÉTERO.- Yo te arrebató esas urnas y las hago -- mil pedazos.

INSPECTOR.- ¿No recuerdas aquella tarde en que te zurraste junto a la columna de avisos?

PISTÉTERO.- ¡Vaya un diantre... atrápenmelo! ¿No te quedas, infeliz?

Vamos pronto para adentro a ofrecer el sacrificio del chivo.

Se van todos con la víctima y los instrumentos.

CORO: ESTROFA.- Desde hoy a mí tendrán que hacer -- sacrificios los hombres todos y me dirigrán sú plicas y sus voces clamorosas. Es que yo todo lo veo y es que yo todo lo rijo.

Toda la tierra miro y salvos hago los frutos, matando las almañas que los puedan des-

trufar, esas que desde la tierra, e sus ramas se refugian para roer con sus voraces dientes todo pimpollo y todo fruto tierno.

Yo acabo con los seres nocivos que en el jardín perfumado llevan ruina y son autores -- de la maldad. Pero yo al vuelo los atrapo y -- perecen para siempre.

CORIFEO.- En este mismo día se está pregonando -- con insistencia:

"Todo el que mate a Diágoras¹³⁶ el meliense, recibirá un talento de premio. Y todo el que mate a un tirano ya muerto, también recibirá su talento."

Y hay algo más que pregonar:

"Todo el que mate a Filócrates¹³⁷ el vendedor de pájaros, recibirá un talento y el -- que lo presente vivo, recibirá cuatro talentos."

Este es aquel infeliz que hace manojos de gorriones y los vende a siete por un óbolo. -- El que atormenta a los tordos y los infla para que se vean más gordos, y el mismo que pone plumas en los picos de los mirlos y el que caza los pichones y los tiene en cautiverio --

para que le sirvan de gancho para atrapar a otros más."

Tal es el nuevo edicto. Y tiene además esta orden:

"Todo el que tenga pájaros cautivos en su patio, los suelte desde luego. Pero si no obedecen, los aprisionarán los mismos pájaros, y los pondremos en jaulas, bien sujetos a nosotros -- para que sirvan de gancho a otros hombres."

CORO: ANTISTROFA.- ¡Progenie feliz las aves! No necesitan abrigo en los rigores del invierno. No sufren en el estío el sofocante calor. Y -- los relucientes rayos no logran quemar nuestra piel.

Allá en florecientes prados y en el tupido bosque hallo siempre mi mansión. Y en tanto con el ardor del tiempo alza la cigarra divina su canto de adormecimiento.

Hay también para el invierno cuevas muy bien abrigadas. En ellas juego con las Ninfas y -- cuando llega la primavera me voy a picotear las galanas flores del mirto.

Y gusto también las dulces bayas del huerto de las Gracias.

CORIFE0.- Esto va para los jueces. Les diremos una palabra tocante a la victoria. Si nos conceden el premio, les daremos muchos bienes, tan grandes y tan preciosos, que ni Alejandro¹³⁸ los tuvo.

En primer lugar, las lechuzas de Laurio, que tanto gustan a los jueces, nunca se hallarán -- ausentes. Estarán en sus casas, pondrán nido en sus bolsillos, y poco a poco irán dando vida a moneditas pequeñas.

Y vivirán ustedes como en un templo. Levantaremos el alero algo así como alas de águila. Y cuando logren un cargo de gobierno y quieran tener uñas para sustraer algo del erario, les prestaremos un halcón de los más avorazados.

Si van a comer a casa ajena les proporcionaremos grandes buches para que los repleten.

Pero si no dan el premio, tendrán que fabricar umbelas como las que tienen las estatuas, -- porque de lo contrario, si no llevan su sombrilla, quedarán del todo blancos con la caca que les echemos. Esa será nuestra venganza y todas las aves tomaremos parte en ella.

PISTÉTERO.- Aves, fue el sacrificio favorable. Na

die llega, sin embargo, a decir cómo va el trabajo de construcción... ¡Ah, ya, ahí viene uno que viene echando los hfgados, como el tal Al--
feo!¹³⁹

MENSAJERO. (Llega sofocado.) -¿Dónde está, dónde está, dónde está aquél? ¿Dónde está Pistétero - nuestro capitán?

PISTÉTERO.- Aquí estoy.

MENSAJERO.- Tus murallas hechas están.

PISTÉTERO.- ¡Feliz noticia!

MENSAJERO.- Trabajo hermoso y perfectamente hecho. Y es tal que si en ellas se encontraran corriendo sus carros el echador de Proxénides¹⁴⁰ y Teógenes¹⁴¹, aunque llevaran caballos tan grandes como el famoso de Troya, pasarían uno junto al otro. Así de ancha quedó.

PISTÉTERO.- ¡Por Heraclés!

MENSAJERO.- Su altura, ya la medí, y tiene cien -- brazas.

PISTÉTERO.- Válgame Poseidón. ¿Quién construyó -- esa enorme muralla?

MENSAJERO.- Los pájaros, nadie más. Allí no hubo

albañiles, ni egipcios fabricantes de ladrillos, ni siquiera carpinteros. Todo lo hicieron las aves con admirable técnica. Llegaron de Libia unas treinta mil grullas y soltaron su lastre de piedras. Esas bien pulidas por el -- pico de los pájaros rascones, fueron para los -- cimientos. Y hubo diez mil cigüeñas que fabricaban ladrillos. Y los chorlitos y aves acuáticas subían al aire el agua.

PISTÉTERO.- ¿Quién trafa la argamasa?

MENSAJERO.- Las garzas en artesas.

PISTÉTERO.- ¿Para echarla a la artesa qué hacer -- podían?

MENSAJERO.- Ah, amigo mío, esa es una invención de las más ingeniosas. Los gansos con las patas, cual si fueran paletas, revolvían la argamasa -- y la iban pasando a las artesas.

PISTÉTERO.- ¿Qué no se hará con los pies?

MENSAJERO.- ¡Por Zeus, que era cosa digna de verse a los patos acarreado ladrillos y cómo las golondrinas desde lo alto dejaban caer sus -- cho -- rros de argamasa, y llevaban la planada en sus -- colas como si fueran niños aprendices!

PISTÉTERO.- ¿Es preciso, tras esto, pagar yo operarios? Bueno, pero la madre de la muralla, - - ¿quién la labró?

MENSAJERO.- Fueron buenos artifices para ello los pelicanos con sus largos picos, y con qué picotazos fueron labrando las puertas. Eso era un estruendo como el que hallamos en los arsenales que labran sus barcos.

Todo quedó acabado, la ciudad cerrada con puertas y cerrojos. Y rondas hay que van y vienen con sus campanitas, y en los torreones están apostados los centinelas, y tienen sus linternas.

Y yo voy a lavarme, tú acabarás la obra.

Sale el mensajero.

CORIFE0.- ¿Ahora, tú, qué te pasa? ¿te quedaste alelado ante el hecho de una muralla tan pronto construída?

PISTÉTERO.- Por los dioses que sí, y creo que con razón. Esto parece cuento, cosa de mentira. -- Pero... ve, allá viene un centinela y es otro mensajero. Y viene de carrera como si fuera -- bailando un baile de pirrico. ¹⁴²

MENSAJERO 2.- ¡Ah, ah, ah, ah, ah, ah!

PISTÉTERO.- ¿Qué cosa fue?

MENSAJERO 2.- Algo terrible. Eso nos ha pasado. Un dios de los de Zeus de pronto voló por los aires pasando por las puertas sin hacer caso de los centinelas que eran los grajos, a los que toca vigilar de día.

PISTÉTERO.- ¡Mala acción, un delito! ¿Cuál de los dioses fue?

MENSAJERO 2.- El que sea no sabemos; sólo sabemos que tiene alas.

PISTÉTERO.- ¿Por qué no mandaron la patrulla a perseguirlo?

MENSAJERO 2.- Cómo no. Se mandaron tres mil gavi-lancillos de a caballo armados de arcos todos. -- Y va en su seguimiento toda una caterva de aves de afiladas uñas. Cernícalos¹⁴³, halcones, buitres, tecolotes y águilas. Gran estruendo al volar hacen sus alas y el aire está agitado mientras persiguen al dios. No está lejano el dios, sino que está por cierto en este lugar. ®

PISTÉTERO.- Entonces hay que tomar hondas y arcos. Aquí todos mis seguidores, hay que tirar, hay --

que lanzar dardos... ¡Denme una honda!

CORO: ESTROFA.- ¡Se emprende una guerra, una guerra que no puede decirse entre mí y los dioses! ¡Vigile todo el que nació del Erebo el aire cubierto de nubes! ¡No haya un dios que pase por aquí sin darnos cuenta!

CORIFEO.- Vean en su rededor con vigilantes ojos, -- que se oye ruido de alas como de un numen que va volando.

Aparece Iris volando con grandes alas.

PISTÉTERO.- Eh tú, ¿a dónde, a dónde, a dónde vas -- volando? Quieta allí y sin moverte, suspende tu vuelo. ¿Quién eres? ¿de dónde vienes? ¡Es necesario que digas de dónde vienes volando!

IRIS.- Vengo de la mansión de los dioses olímpicos.

PISTÉTERO.- ¿Cuál es tu nombre? ¿Eres nave o casco?

IRIS.- Soy Iris la veloz.

PISTÉTERO.- ¿De Paralos o de Salamina?

IRIS.- ¿Qué es eso?

PISTÉTERO.- ¿No hay uno de larga cola para que se eche sobre ella y la coja?

IRIS.- ¿Que se eche sobre mí? ¿Que me coja? ¿Qué --

sentido tiene eso?

PISTÉTERO.- Vas a gemir mucho.

IRIS.- Esto sí que es absurdo.

PISTÉTERO.- ¿Por qué puerta te colaste dentro de -- nuestros muros, malvadísima?

IRIS.- Por Zeus, no sé qué decir por cuál puerta.

PISTÉTERO.- ¿Ya ofiste cómo se hace la ignorante?

Dí: ¿te presentaste al capitán de los grajos?

¿No hablas? ¿Traes pasaporte de las cigüeñas?

IRIS.- ¿Qué tontera es ésa?

PISTÉTERO.- ¿Lo traes o no?

IRIS.- ¿Y tú estás en tus cabales?

PISTÉTERO.- ¿No hubo siquiera algún jefe de aves -- que pusiera el sello de entrada?

IRIS.- ¿Quién me lo ha de imponer? ¡Pobre de ti, por Zeus!

PISTÉTERO.- ¿Tuviste la osadía de atravesar el aire muy en silencio en una ciudad extranjera?

IRIS.- ¿Por qué otro lugar han de volar los dioses?

PISTÉTERO.- ¡Por Zeus, no sé decir... pero por aquí, no!

Luego eres culpable de un delito. Siquiera ten sabido que, si te cautivamos, te haremos pe-
recer y quedará destruida la más famosa de --
las Iris todas. Será tu merecido.

IRIS.- Es que soy inmortal.

PISTÉTERO.- De todos modos, tendrás que morir.

Eso sería sin modo de tolerarse: tenemos man-
do en todo el mundo y dominamos en todas las
cosas, no faltaba más que los dioses hicieran
su antojo y no reconocieran ustedes el deber
de someterse a los más poderosos.

Pero, dime, ¿a dónde dirigías tu vuelo?

IRIS.- ¿Yo? Voy volando por orden de mi padre ha-
cia los hombres para intimarlos a que hagan -
sacrificios a los dioses. Que en el altar de
los olímpicos inmolen bueyes y ovejas y lle-
nen las calles con el olor del sacrificio.

PISTÉTERO.- ¿Qué dices? ¿a qué dioses?

IRIS.- ¿A qué dioses? A nosotros los del cielo.

PISTÉTERO.- ¿Luego ustedes son dioses?

IRIS.- ¿Es que hay otro dios?

PISTÉTERO.- Ahora las aves son dioses para los
hombres. A ellas tiene que hacerse el sacri-
ficio y ¡por Zeus! no a Zeus.

IRIS.- Loco, loco, no provoques de los dioses --
la ira fuerte.

"No vaya a ser que Diké¹⁴⁴, armada de la se-
gur que le proporciona Zeus, destruya toda tu -
raza y la desarraigue para siempre.

No sea que en humo se tornen tu cuerpo y tus
bienes todos,

destruidos por el fuego, como le pasó a Lici-
nio!"¹⁴⁵.

PISTÉTERO.- Oyeme, tú mujer: deja de soflamerías.

Ten calma. Fíjate en esto:

Estás creyendo que soy uno de Lidia o de Fri-
gia, que me vas a atemorizar con tus discursos
que estás urdiendo. Ten presente que a mí no
me espanta Zeus.

"Yo haré que en llamas arda su mansión y en-
viaré águilas flamíferas al palacio de Anfión"¹⁴⁶

Y también voy a hacer que vayan a los cie-
los los pájaros porfirios con pieles de leopar-
dos y serán aun seiscientos. Ya sabe lo que es
ser Porfirio, con la guerra que le dio aquél.

IRIS.- ¡Revienta, infeliz, con tus palabras!

PISTÉTERO.- ¿Te largas o no? ¡Y muy pronto! ¡Cuida-

do, hay golpes!

IRIS.- Mi padre aplacará alguna vez tu insolencia.

PISTÉTERO.- Ay de mí, perversa... Ya sé lo que - -
quieres. Irte volando a otra parte para ha - -
llar a un jovencito mejor que yo y agotarle --
los... alientos!

CORO: ANTISTROFA. (Se va Iris.) Tenemos prohibido
el paso a los hijos de los dioses. No pueden
pasar siquiera sobre de nuestra ciudad, y tene
mos ya prohibido que un mortal les mande ofren
das por muy pequeñas que sean para arder en --
sus altares.

PISTÉTERO.- Me está causando ya grima. Ese mensa
jero enviado a los hombres no acaba de regre--
sar.

MENSAJERO I. (Llega corriendo con una corona de --
oro.) - Pistétero, felicísimo, sabio, famoso,
sapiente, feliz entre los felices. ¡Ay, ay, --
ya no puedo más!

PISTÉTERO.- ¿Qué estás diciendo?

MENSAJERO I.- Esta corona que ves se discierne a
tu saber. Todo el mundo te la ofrece y con --
ella intentan honrarte.

PISTÉTERO.- La acepto. Pero... ¿por qué me honran -
así las gentes?

MENSAJERO I.- Tú que has edificado en los aires una
ciudad gloriosa, desconoces la alta estima en --
que te tienen los hombres y con qué cariño miran
tu obra en este país.

Antes de que tú pusieras los cimientos de es
ta ciudad, todos estaban locos por imitar las --
costumbres de los laconios¹⁴⁷. Se dejaban cre--
cer largamente la cabellera, se sometían a die--
tas de hambre y andaban muy sucios, y se sentían
imitadores de Sócrates, con sus bastones largos.

Ahora ya no. Ya les entró la moda de los pá
jaros. No tienen otro gusto de imitar a los pá
jaros. Apenas nace el día, saltan de la cama y
van volando, como nosotros vamos, a buscar su --
diario sustento. Van luego a los lugares en que
ponen carteles y se atragantan de avisos y decre
tos.

Y tal es la moda de imitar aves que ahora se
ponen nombres de pájaros. Hay un cantinero cojo
que llaman Perdiz; Menipo se llama ahora golon--
drinas; Opuncio es hoy cuervo tuerto; Filocles -
es alondra; Teogenes, ganso zorro; Licurgo es --
ibis; Querefón, es murciélago; Siracosio es urra

ca; Midas, como es de suponer, se llama codorniz, porque tiene el aspecto de una codorniz a la que dieron un palo en la cabeza.

Y ese gusto por cosas de aves llega al grado de andar cantando siempre tonos que usan las aves. Imitan golondrinas, patos salvajes, gansos, palomas, o por lo menos se visten con sus plumas.

Eso está pasando por allá. Y debes tener en cuenta que van a venir en breve unos diez mil individuos pidiendo uñas y garras al par que sus alas. Ten por tanto alas y plumas para los que vienen a refugiarse aquí.

PISTÉTERO.- Vamos, que, por Zeus, no podemos estar ociosos.

Anda, tú, llena de alas y plumas todos los cestos y canastos que halles. Y venga Manes¹⁴⁸ y traiga alas aquí afuera. Yo me voy a disponer a recibir esa gente.

CORO: ESTROFA.- Todo hombre llamará de hoy en adelante a esta ciudad, la ciudad populosa. Todo el mundo está prendado de ella.

PISTÉTERO.- (A un esclavo que trae alas.)- Mando que traigas más.

CORO:- ¿Qué bien no hallar podrán en esta ciudad los

hombres?

Hay saber, hay amor, hay gracias atractivas, - y hay de la amable paz el rostro sereno.

PISTÉTERO. (Al esclavo que trae alas.) - ¡Flojo -- eres al servicio... más, mucho más...! Y aprisa.

CORO: ANTISTROFA.- ¡Un gran cestón con alas! Y -- tú, Pistétero, dale, en este modo dale... es un burro en lo flojo, que no un hombre.

PISTÉTERO.- Tardo si es, este Manes mi esclavo.

Intenta golpear a Manes que corre.

CORO.- Ahora tú, estas alas ve disponiendo en orden.

Arriba, las del canto; abajo, las de la -- profética visión, y con ellas coloca las del -- mar. Y ten cuidado luego de que cada uno tome lo que a él se aviene.

PISTÉTERO. (A Manes que regresa.) Por los halcones juro, ya no te he de ocupar... ¡qué tardo y flojo eres!

Le da unos golpes y el esclavo huye.

Llega un joven que mató a su padre. Es el parri- cida.

PARRICIDA.- (Canta.) - ¡Aguila fuera, volar pudie-
ra y en el viento aletear sobre las aguas de --
azul radiante del infecundo mar!

PISTÉTERO.- No dijo mentira el mensajero. Por allí
llega uno cantando a las águilas.

PARRICIDA.- ¡Jajay jajay... nada hay más dulce que
volar! Amo el modo de vida de las aves; loco --
estoy por las aves, vuelo y ansío habitar entre
ustedes. Vivo con envidia de sus modos y nor-
mas.

PISTÉTERO.- ¿Cuáles normas? ¡Hay muchas!

PARRICIDA.- Todas me agradan, pero especialmente --
esa que da por bueno a su padre morder y torcer
le el pescuezo.

PISTÉTERO.- Por Zeus que sí, y es señal de hombría,
pensamos, que siendo aún un polluelo, golpee a
su padre.

PARRICIDA.- Precisamente por eso he venido acá. --
Tengo un deseo ardiente de ahorcar a mi padre y
quedarme con todos sus bienes.

PISTÉTERO.- Pero hay otra ley también y está ins-
crita en las tablas documentales de las cigüe-
ñas: "Cuando el cigüeño haya criado a sus hijos

y los haya dejado en capacidad de poder volar,
todas las cigüeñas tendrán que alimentarlo."

PARRICIDA.- ¿Qué gano entonces, por Zeus, si ven-
go aquí, si aun me queda el deber de nutrir a
mi padre?

PISTÉTERO.- Nada, pues. Y si vienes, amigo mío, --
con buenas intenciones de someterte a nuestras
leyes, te voy a poner un par de alas del pájaro
huérfano. Y te doy, jovencito, un no mal con-
sejo que yo también de niño aprendí. No maltra-
tes a tu padre. Toma este escudo: es ala, y to-
ma este espolón: es espada. Piensa que tienes
una cresta de gallo. Ve a hacer tu oficio de --
centinela, sé soldado y vive de lo que allí te --
pagan, que es tu sueldo y deja a tu padre que --
siga viviendo.

Ahora, si te gusta el combate, vete volando
a Tracia¹⁴⁹ y allí darás la guerra.

PARRICIDA.- Por Dióniso, bien lo dices y te voy a
obedecer.

PISTÉTERO.- Y por Zeus que harás muy bien.

Se va el parricida y llega el poeta Cinesias.

CINESIAS.-

"Volando voy al Olimpo
sobre mis alas ligeras;
y vuelo en todo camino
con melódicas endechas..."

PISTÉTERO.- ¡Buena carga de alas necesitará éste!

CINESIAS.- "Fuerte de espíritu y cuerpo
en busca voy de otras sendas..."

PISTÉTERO.- Yo saludo a Cinesias, tan magro como una
caña... ¿A qué vienes, di, a estos rumbos, dando
brincos con tu pie cojo?

CINESIAS.- Quiero convertirme en ave, ruiseñor de --
dulces trinos...

PISTÉTERO.- Para el canto. Di qué quieres.

CINESIAS.- Quiero que me proporciones alas para ele
var mi vuelo y subir a las alturas, para captar
de las nubes nuevos tonos, nuevos trinos,

"mientras me mecen los vientos,
mientras me azotan las nieves..."

PISTÉTERO.- ¿Pero es que de las nubes puedes tú cap
tar poemas?

CINESIAS.- De ellas depende nuestro arte... cuanto -
hay en los ditirambos¹⁵⁰ es aéreo, es tenebroso -

de azul intenso, de aladas revoluciones. Oye y
verás.

PISTÉTERO.- ¡Yo por mí, no!

CINESIAS.- Por Heraclés que sí... Voy a darte el
cuadro de lo que es la inmensidad del aire...

"Imágenes con alas
surcan el raudo viento,
aves de largo cuello..."

PISTÉTERO.- ¡Hop... alto!

CINESIAS.- "¡Que yo en mi errante vuelo
pueda tener el hálito
veloz que tiene el viento...!"

PISTÉTERO.- ¡Por Zeus, que vas a ver en qué mane--
ra te refreno el hálito! (Alza alas para tapar--
le la boca.)

CINESIAS. (Huye cantando):

"Tomo el camino del Noto,
la senda del Boreas¹⁵⁰ tomo,
y voy dejando una estela
en la atmósfera sin fin..."

Es lindo juego el que has hallado, oh viejo,
has sido sagaz y lo seguirás siendo."

PISTÉTERO. (Siempre persiguiéndolo.)- ¿No te da --

gusto haber adquirido tus alas?

CINESIAS.- ¿Esa es la forma en que tratas a un poeta que ha enseñado a hacer ciclos poéticos y al que todos los grupos raciales se disputan?

PISTÉTERO.- ¿No quieres quedarte aquí para que se los enseñes a un coro volador de Leotropidas, - el hijillo, una tribu de Cecropis?

CINESIAS.- ¡Claro es, te burlas de mí! Pero yo tampoco me canso. Tenlo entendido. Y no lo haré - hasta que no tenga mis alas para ir volando por los aires.

Llega un delator

DELATOR.- (A Pistétero que lleva en sus manos alas de golondrina.) ¿Qué pájaros son esos que llevan vacío su morral?

¿De plumas voladoras, golondrinas de veloces alas?

PISTÉTERO.- Esto va mal. Otro peor mal se asoma. - Mira, ya llega acá rezumbando sus alas.

DELATOR.- Y con veloces alas, lo repito.

PISTÉTERO.- ¡Ya! Esta canción la dice por su manto lleno de agujeros. Quiere que llegue la primavera, en que ya no hace frío. No habrá nece-

sidad de comprarse otro manto.

DELATOR.- ¿Quién es el que da alas a los que van - llegando?

PISTÉTERO.- Ese soy yo. ¿Qué quieres?

DELATOR.- ¡Alas, alas es lo que quiero... Y no --- preguntes más!

PISTÉTERO.- ¿Es que piensas volar para ir a Pele- - ne?

DELATOR.- ¡Por Zeus que no, yo soy indagador de lo que se hace en las islas, soy delator!

PISTÉTERO.- Te felicito por tu oficio.

DELATOR.- Y también investigador de procesos. Esa es la razón para buscarme alas. Ir y venir de - - prisa de los sitios que inspecciono y delato.

PISTÉTERO.- Y, si adquieres alas, ¿harás mejor tus delaciones y citas?

DELATOR.- Por Zeus que no, pero podré quedar a salvo de piratas, y vendré, como vienen las grullas, trayendo mi lastre, pero ése será de procesos.

PISTÉTERO.- ¡Buen oficio tienes! ¡Dime no más, tan joven y soplón contra los extranjeros!

DELATOR.- ¿Qué quieres tú que yo haga? No sé cavar

la tierra.

PISTÉTERO.- Por Zeus, hay otros modos de ganarse -- la vida, y muy honradamente, sin andar enredando a las gentes en procesos. Y más siendo tú tan joven.

DELATOR.- Vamos, diablo de hombre, no me des conse-- jos: dame alas.

PISTÉTERO.- Ahora hablando te estoy dando alas.

DELATOR.- ¿Cómo con palabras puedes dar alas a un -- hombre.

PISTÉTERO.- Todos con palabras pueden tener alas.

DELATOR.- ¿Todos?

PISTÉTERO.- ¿Es que no has oído nunca en las peluque rías a los papás hablando de sus hijos jóvenes en esta forma: "Qué alas ha dado a mi hijo lo que ha ce y dice Ditrefes para que pueda darse al arte - de la equitación." Y el otro dice: "Mi hijo ha co brado alas para la tragedia, volando en su misma imaginación."

DELATOR.- ¡Vaya, pues, las palabras dan alas!

PISTÉTERO.- Eso digo. Con un pensamiento que se -- eleva, el hombre se eleva. Por eso tú también, -- dándote alas, te quiero dar consejos. Y ve si te

dedicas a una profesión más ajustada a la ley.
DELATOR.- Pero yo no quiero.

PISTÉTERO.- ¿Qué vas a hacer entonces?

DELATOR.- No echar un borrón en mi linaje. De cas ta me viene ser delator. Vamos, ya. Dame alas ligeras, como de halcón o de gavilán, para que pueda ir rápidamente a inspeccionar a los ex -- tranjeros y a traer en vuelo fugaz las pruebas para su acusación.

PISTÉTERO.- Ya entiendo lo que quieres. Ya ha de estar condenado el extranjero antes de llegar -- acá.

DELATOR.- Entiendes muy bien.

PISTÉTERO.- Y en tanto él navega hacia acá, tú vue las a su tierra a robarte sus bienes.

DELATOR.- Todo lo alcanzas tú. Y es preciso que -- yo no tenga diferencia de un trompo.

PISTÉTERO.- Ya entiendo eso del trompo. Y tengo -- para bailarlas lindas alas de Corcira¹⁵², como -- tú estás deseando.

DELATOR.- ¡Ay, infeliz de mí... lo que tienes es -- un fute!

PISTÉTERO.- Este fute es un par de alas que te --

hará bailar como trompo y más bien de lo que - -
piensas. (Le da varios golpes.)

DELATOR.- ¡Ay infeliz de mí!

PISTÉTERO.- ¿Te vas o no volando? ¿No te largas, de-
lator infame? Vas a ver entonces cómo se casti-
ga a un malvado que pervierte la justicia.

Lo hace huir a golpes de azote. (A los esclavos):

Por lo que a nosotros toca, alcen las alas y
vámonos.

Sale con los esclavos que llevan los cestos con alas.

CORO: ESTROFA.- Muchas cosas nuevas y maravillosas -
hemos visto en vuelo y tremendos hechos hemos - -
contemplado.

Lejos de Cardias hay un árbol raro: el mis-
mo Cleónimo¹⁵³; muy alto, muy grande, y para nada
útil.

Cuando es primavera no da gemas verdes, si-
no delaciones. Y cuando es invierno en lugar de
hojas, deja caer escudos. Los escudos suyos.

ANTISTROFA.- También hay una tierra cerca de la re-
gión de las tinieblas. Es tierra desolada en - -
donde los hombres que no tienen lámparas, comen y
comparten con los héroes, menos en la noche.

Nadie a esa hora puede convivir con ellos.
Que si alguno vuelve del banquete a esa hora co-
rrerá el peligro de que Orestes el ladrón lo de-
je sin manto y lo deje maltrecho del costado - -
diestro.

Llega Prometeo¹⁵⁴ con un quitasol y un capuchón.

PROMETEO.- ¡Pobre de mí... que no me vaya a ver - -
Zeus! ¿En dónde está Pistétero?

PISTÉTERO.- ¿Eh, quién es? ¿Quién es ese encubier-
to?

PROMETEO.- ¿Estás viendo a algún dios que me sigue
los pasos?

PISTÉTERO.- Por Zeus que no. Pero... ¿quién eres -
tú?

PROMETEO.- ¿Qué hora del día es?

PISTÉTERO.- ¿Qué hora? Un poco después del medio - -
día... pero, ¿quién eres?

PROMETEO.- ¿Cuándo desuncen los bueyes o más tarde?

PISTÉTERO.- ¡Me estás colmando la paciencia!

PROMETEO.- ¿Qué hace Zeus? ¿Dispensa ya las nubes,
o las va acumulando?

PISTÉTERO.- ¡Mil veces desgraciado...!

PROMETEO.- Entonces me descubro. (Se quita el gorro y cierra la umbela.)

PISTÉTERO.- ¡Amado Prometeo!

PROMETEO.- ¡Quieto, quieto... no grites!

PISTÉTERO.- ¿Pues qué pasa?

PROMETEO.- Guarda silencio y no me des mi nombre. -- Si Zeus me mira aquí, perdido estoy. Y si quieres que todo lo diga, cúbreme tú mismo con este parasol. De esta manera no me verán los dioses que están en las alturas.

PISTÉTERO.- Bien, bien, pensaste bien, como cosa -- de Prometeo, y ponte ya debajo que ahora tengo la umbela. Habla confiadamente.

PROMETEO.- Oyeme ahora.

PISTÉTERO.- Oyendo estoy, ya habla.

PROMETEO.- Se arruinó Zeus.

PISTÉTERO.- Con que sí, y ¿desde cuándo?

PROMETEO.- Desde que ustedes urbanizaron el aire. -- Ya ningún hombre hace sacrificio a los dioses. -- Ni el humo del incienso asciende hasta nosotros. Y ahora hacemos como en las Tesmoforias¹⁵⁵. Estamos ayunando, porque faltan ofrendas. Y peor

aún: los dioses de los bárbaros dan voces como si fueran ilirios, pues los acosa el hambre. Y lanzan amenazas contra Zeus, y aun de venir -- en plan de combate, si no se abren los mercados y se ponen a venta las entrañas de las víctimas.

PISTÉTERO.- ¿Con que hay dioses bárbaros que tienen su habitación sobre nosotros?

PROMETEO.- Si no hubiera dioses bárbaros, ¿de dónde sacara Exequestides¹⁵⁶ un dios para proteger su linaje?

PISTÉTERO.- ¿Qué nombre llevan esos dioses bárbaros?

PROMETEO.- Uno se llama Tríbalo¹⁵⁷.

PISTÉTERO.- Ya entiendo. Por eso suelen decir: -- Que te trillen, que te revienten.

PROMETEO.- Ni más ni menos. Pero ten bien entendido: Van a venir en breve enviados de Zeus y de los Tríbalo. Tú no hagas pacto con él. Es necesario antes, que te entregue Zeus como esposa a Regina.

PISTÉTERO.- ¿Quién es esa Regina?

PROMETEO.- Es una linda muchacha que tiene a su - -
cargos los rayos de Zeus al igual que todas las -
cosas, como son discreción al pensar, buen senti-
do y equidad, modestia... y también los arsenales,
delaciones, ser capataz, y percibir los - -
tres óbolos.

PISTÉTERO.- ¿Es su administrador general?

PROMETEO.- Te lo aseguro. Si algo le sacas, todo -
lo tienes. Vine a darte esta noticia porque en
todo tiempo a los hombres he querido yo.

PISTÉTERO.- El único dios a quien debemos los asados.

PROMETEO.- Bien sabes: yo aborrezco a los dioses --
todos.

PISTÉTERO.- Por Zeus, que sí y fuiste aborrecido.

PROMETEO.- Todo un Timón.¹⁵⁸ Pero me voy. Daca mi -
parasol, que si no, me ve Zeus desde su altura -
y pensará que voy en pos de una canéfora.

PISTÉTERO.- Toma y vete. Llévate esta silla plegadiza.

Se va Prometeo

CORO: ESTROFA.- Cerca de los Esquiápodos¹⁵⁹ hay una
laguna. En este lugar Sócrates, que nunca suele

bañarse, se pone a llamar a las almas y Píandros¹⁶⁰
que perdió su alma estando él aún vivo, ansiaba tener un alma. Como víctima - -
trafa un camello que es cordero. Allí le --
cortó el pescuezo, como un día hizo Odiseo,
y se retiró a un lado. Y vió que de lo profundo se iba elevando para chupar esa sangre Querefón el murciélago.

Llegan Poseidón, Heraclés y un dios de Tribalo

POSEIDÓN. La ciudad de Nubecuculecia es la que
está a nuestra vista. A ese lugar venimos como mensajeros.

Eh, tú, tribaleta, ¿qué haces? ¿te echas el manto al lado izquierdo, cuando es regla que se alce sobre el derecho? ¿O es que tan infeliz has sido que resultas como Lespo--
días?¹⁶¹

¡Oh democracia, a dónde nos empujas cuando los dioses eligen a uno como éste!

¿Te estás o no quieto? ¡Malhaya, bien veo que eres tú el más bárbaro de los dioses!

¿Ahora, Heraclés, qué tenemos que hacer?

HERACLÉS.- Lo oíste ya. Mi intento es apretar el pescuezo al hombre, sea quien fuere, que ha bloqueado a los dioses con estas murallas.

POSEIDÓN.- Pero, mi amigo, hemos sido enviados para hacer un pacto entre ellos y nosotros.

HERACLÉS.- Dos veces tengo razón para ahorcarlo.

PISTÉTERO.- (Con esclavos. Lleva una mesa con varios instrumentos de cocina y aves preparadas para asarlas.)

PISTÉTERO.- Uno deme el raspador del queso, - - otro el silfio¹⁶², y ahora el queso y atiza los carbones.

POSEIDÓN.- Dan su saludo al señor tres dioses - que somos nosotros.

PISTÉTERO.- Yo estoy raspando el silfio.

HERACLÉS.- Y, ¿esas carnes qué son?

PISTÉTERO.- Son aves que se insurreccionaron -- contra el partido democrático. Han quedado -- convictas.

HERACLÉS.- Y ahora les están echando silfio...

PISTÉTERO.- Salve, Heraclés, ¿qué te haces?

POSEIDÓN.- Hemos venido en legación de parte de los dioses para poner fin a la guerra...

PISTÉTERO.- ¡Ay, esta botella ya no tiene aceite!

HERACLÉS.- Y esas aves tienen que estar bien empapadas.

POSEIDÓN.- ...pues nada ganamos con estar en guerra, y ustedes por su parte si hacen amistad con los dioses, tendrán agua de lluvia en sus charcos y gozarán por siempre de iluminados días. Para todo eso traemos plenos poderes de pactar.

PISTÉTERO.- No fuimos los primeros en la agresión, y aun ahora estamos en disposición de pactar la paz, si así lo quieren, pero en forma totalmente ajustada a la equidad. Lo que pretendemos es que Zeus devuelva el cetro a las aves. Si eso les place, vamos a comer, - legados¹⁶³.

HERACLÉS.- Para mí es bastante y yo doy mi voto por...

POSEIDÓN.- ¡Calla, infeliz... un tonto y tragón eres...! ¿Así despojas a tu padre de la realeza?

PISTÉTERO.- ¿De veras? ¿No será que ustedes los dioses serán más poderosos, si reinamos los -

pájaros? Ahora los mortales se doblegan y a - -
través de las nubes que los ocultan juran por -
ustedes, y faltan después a sus juramentos. No
fuera así si reináramos las aves. Si algún hom
bre jurara por Zeus o por el cuervo, vendría el
cuervo en secreto y le arrancaría un ojo con só
lo un picotazo.

POSEIDÓN.- Por Poseidón, eso dices muy bien.

HERACLÉS.- Lo mismo me parece.

PISTÉTERO. (Al de Tríbalo.)- Y tú, ¿qué dices?

TRIBALENSE.- Nai basatreu.

HERACLÉS.- ¿Lo ves? Dice que sí.

PISTÉTERO.- Oigan ahora otra ventaja que nosotros
les daremos. Si un hombre promete a un dios -
inmolarle una víctima y se hace disimulado des
pués y dice: "los dioses pueden esperar..." y
por su vil avaricia no quiere después cumplir,
nosotros lo obligaremos.

POSEIDÓN.- Dime ¿de qué modo eso?

PISTÉTERO.- Un día en que el hombre esté sentado -
en su baño contando su dinerito, vendrá de re--
pente sin sentirlo un halcón y le arrebatará el
valor de dos ovejas, para llevarlo al dios de--

fraudado.

HERACLÉS.- Que debe dárseles el cetro, una vez más.
yo doy mi voto.

POSEIDÓN.- Pregunta al de Tríbalo.

HERACLÉS.- Tribalense, ¿te parece dar gritos de --
amargura?

TRIBALENSE.- Tú no dar golpe a mí.

HERACLÉS.- Dice que digo muy bien.

POSEIDÓN.- Si a los dos les parece, también me pa
rece a mí.

Vaya, Pístetero, ya estamos acordes en de-
volver el cetro...

PISTÉTERO.- ¡Ah, por Zeus, algo más se quedó sin
recordarlo! Que Hera sea para Zeus, y la Regi
na para mí como esposa.

POSEIDÓN.- No queres tú la paz. Nos vamos para -
casa.

Se va Poseidón

PISTÉTERO.- Poco me importa. Cocinero, que la --
salsa esté dulce.

HERACLÉS.- Ah diablo entre los hombres Poseidón,

¿ a dónde vas? ¿Hemos de hacer la guerra nosotros por una mujer?

POSEIDÓN. (Regresando.) - ¿Qué hacer pues?

HERACLÉS.- ¿Cómo qué? Pues la paz bien pactada.

POSEIDÓN.- ¡Me das lástima! ¿No adviertes, insensato, que hace tiempo se está burlando de tí? - Es para tí la ruina. Porque si Zeus concede a éste la soberanía, tú serás pobre. Eres tú el que tendría que heredar todos los bienes al morir Zeus.

PISTÉTERO.- Desdichado, qué bien te está enredando con sus sofismas ¹⁶⁴

Ven acá y te diré todo lo que te hace. Tu tío te engaña. De acuerdo con la ley, tú no puedes heredar ni una uña de sus bienes, porque eres hijo bastardo, no legítimo.

HERACLÉS.- ¿Bastardo yo? ¿Qué dices?

PISTÉTERO.- ¡Por Zeus, tal es! Eres hijo de extranjera. Y si no, dime, ¿cómo Atena sería heredera universal, si tuviera hermano legítimo?

HERACLÉS.- Y, ¿qué tal si mi padre cuando muera me deja sus bienes aun siendo bastardo?

PISTÉTERO.- La ley no lo permite. Oye:

Aquí está Poseidón, y él, que te ha incitado ahora, será el primero en disputarte esos bienes, alegando que es hermano legítimo de tu padre.

Y te voy a citar la ley de Solón.

"No tiene derecho el bastardo a la herencia, si hay hijos legítimos, y, si no hay, el derecho se transmite a los más cercanos parientes legítimos del autor de la herencia."

HERACLÉS.- ¿Nada, entonces, me toca de los bienes de mi padre?

PISTÉTERO.- ¡Nada, por Zeus! ¿O es que tu padre te presentó alguna vez ante las autoridades de la tribu?

HERACLÉS.- Cierto que no y ha tiempo me he admirado de eso.

PISTÉTERO.- ¿Por qué te quedas mirando al cielo? ¿por qué esas miradas tan airadas? Si te quedas aquí entre nosotros, te haré yo rey y te daré hasta leche de pájaro.

HERACLÉS.- Te concedo razón, y aun la doncella -- que pides te la doy, en cuanto está en mi mano.

PISTÉTERO.- (A Poseidón.) - ¿Qué dices tú?

POSEIDÓN.- Me opongo.

PISTÉTERO.- Y tú, dios de Tríbalo, ¿qué dices? En tu mano está el asunto.

TRIBALENSE.- Grande, linda doncella, reina se va a los pájaros. La dejo yo.

HERACLÉS.- Dice que la deja ir.

POSEIDÓN.- ¡Por Zeus, no! Dice que la deja ir, si anda como las golondrinas, sin paso seguro.

PISTÉTERO.- Entonces dice que la da a las golondrinas.

POSEIDÓN.- A ustedes dos les toca hacer el pacto y convenir. Yo me callo la boca, ya que eso desean.

HERACLÉS. (A Pistétero.) - Todo lo que pides concedemos. Vente, por tanto tú, con nosotros al cielo y recibirás a Regina y todo lo demás.

PISTÉTERO.- ¡Tan a tiempo maté estas aves para celebrar mi boda!

HERACLÉS.- ¿No les parece que mientras van allá, yo me quede a asar estas aves?

POSEIDÓN.- ¡Asar tú las aves, tragón de primera! - Vente mejor con nosotros.

HERACLÉS.- ¡Qué bien me hubiera ido si me quedo!

(Se relame los labios).

PISTÉTERO.- ¡Vamos, tráiganme aquí un traje de -- bodas!

Mientras le traen el traje de bodas y se reviste se prepara el.

CORO: ANTISTROFA. _ Hay en Fanes, cerca de Clepsidra, una raza que no tiene sino lengua y estómago. Con la lengua, siembran, con la lengua vendimian y con la lengua tragan los higos.

Son los extranjeros de nacimiento, como un Gorgias¹⁶⁵, como un Filipo,¹⁶⁶

De esos Filipos de lengua y estómago proviene la costumbre de cortar la lengua a las víctimas antes de inocularlas aquí en Atica¹⁶⁷.

Llega un mensajero.

MENSAJERO.- Todos vosotros que con bienes inapreciables habéis sido favorecidos, raza tres veces feliz de las aves, salid a recibir al rey en su precioso palacio.

¡Ya viene hacia acá como nunca astro hubo -- que irradiara rayos de oro, que ni el sol en sus fulgores ha podido aún emular! ¡Y con él viene

la Reina, la Regina reluciente y en su derecha - sostiene vibrante rayo de Zeus!

Perfume sin igual sube a la esfera de los cielos, y llevado por los vientos va en ondulante - columna.

Vedlo aquí, ya está presente. Debe ponerse - atención a los trinos de divina Musa.

Llega Pistétero con Regina, coronados ambos.

CORO: ESTROFA.- Cede el paso, hazte a un lado, para aquí y para allá. ¡Hay que volar en torno de este feliz llenado por la felicidad!

¡Ah, ah, cuánta es su rozagancia, cuánta su -- hermosura!

¡Feliz unión, feliz, para nuestra ciudad!

CORIFE0.- ¡Grandes, grandes dichas la raza de aves logra gracias a este hombre!

Con el himeneo, con cantos nupciales vamos a recibirlo a él y a Regina.

En otro tiempo Hera,¹⁶² la del Olimpo, la que ha ascendido al trono excelso, fue unida en enlace por las sacras Moiras¹⁶⁹, y el canto era el mismo: ¡Himeneo,¹⁷⁰ Himeneo!

ANTISTROFA.- Eros el que florece por todos lados, con sus alas de oro guiaba la carroza de bodas de Zeus y la regia Hera.

¡Himeneo, himeneo!

PISTÉTERO.- Me gozo en los himnos, me gozo en las odas¹⁷¹; me hacen salir de sentido vuestras palabras.

Celebrad ahora al mismo tiempo los tremendos ruidos de la tierra inferior y los rayos lucientes y el rayo estrepitoso de Zeus.

CORO.- ¡Gran luciente y dorada luz! ¡reverberante rayo de Zeus!

¡Estrépitos rugientes de la tierra en sus entrañas! ¡Truenos que van retumbando y que presagian la lluvia!

¡Ahora nuestro rey impera, después de vencer a Zeus! ¡Tiene para siempre a Regina, la reina de todo el mundo, la émula del mismo Zeus!

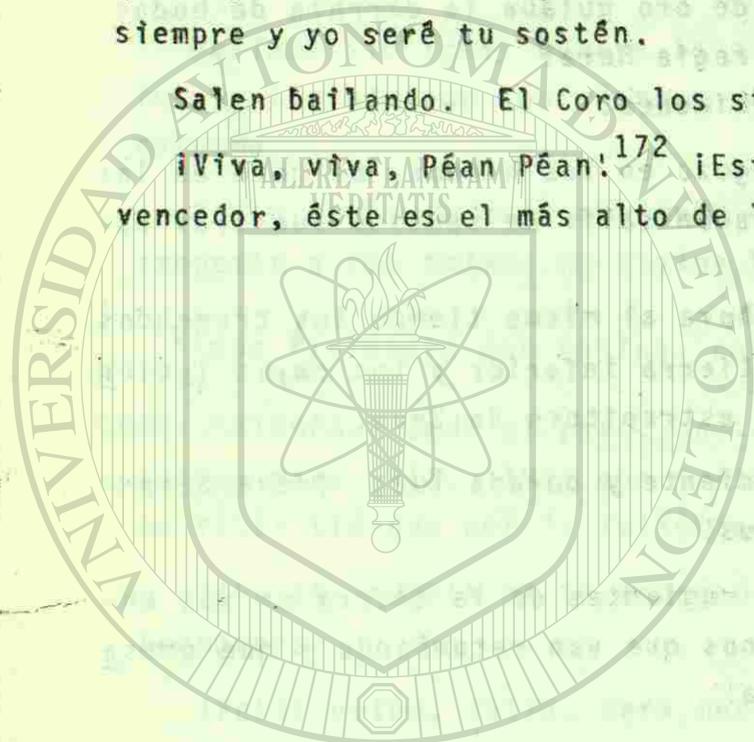
¡Himeneo, himeneo!

PISTÉTERO. Id ya en pos de los casados, todas -- las castas de aves, colegas y partidarios míos, al palacio del gran Zeus y hasta su lecho nupcial.

Y tú, feliz compañera, tómame ya por las alas que voy a bailar contigo. Yo te haré que subas siempre y yo seré tu sostén.

Salen bailando. El Coro los sigue y canta:

¡Viva, viva, Péan Péan! ¹⁷² ¡Este es el sumo - vencedor, éste es el más alto de los dioses!



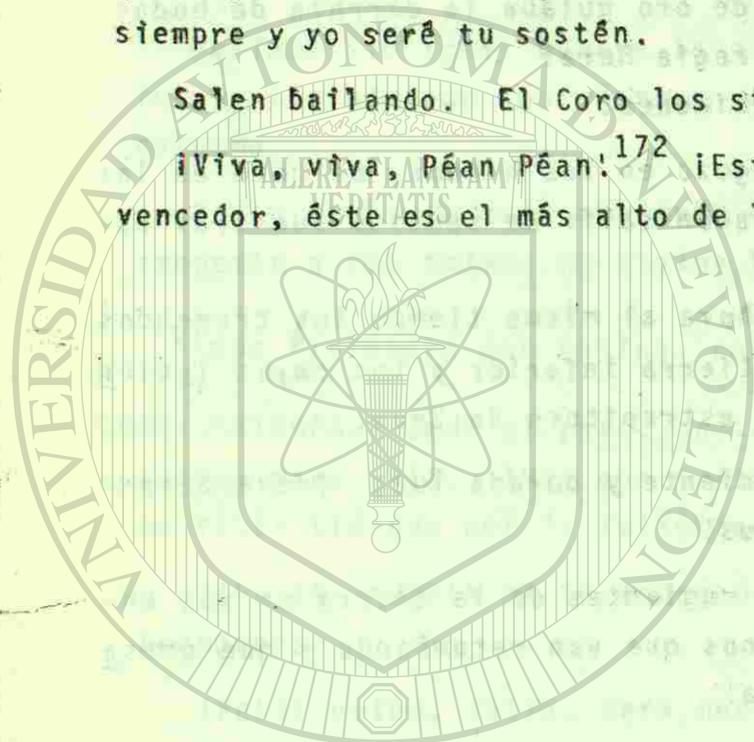
GLOSARIO DE
"LAS AVES" DE ARISTOFANES

- 1) Grajo: ave de plumaje negro.
- 2) corneja: especie de cuervo.
- 3) Sacas: advenedizo de Escitia refugiado en Atenas que se creía atenuense; apodo que daba Aristófanes a un poeta trágico de su tiempo.
- 4) marmita: olla de metal con tapadera ajustada.
- 5) mirtos: arbustos de hojas perennes y flores - - blancas.
- 6) Falero: puerto de Atenas.
- 7) Heracles: dios, conocido también como Hércules.
- 8) Cranao: rey de Atenas en la antigüedad.
- 9) Eritrea: ciudad a orillas del mar Rojo; región - mítica para los griegos.
- 10) Salamina: isla del golfo de Egina.
- 11) Leprea: ciudad.
- 12) Elida: departamento de Grecia en la costa del - mar Jónico.
- 13) Melantio: poeta leproso.
- 14) Lócride: región; también es nombre fingido para herir a un poeta que era tuerto. Toma también -

Y tú, feliz compañera, tómame ya por las alas que voy a bailar contigo. Yo te haré que subas siempre y yo seré tu sostén.

Salen bailando. El Coro los sigue y canta:

¡Viva, viva, Péan Péan! ¹⁷² ¡Este es el sumo - vencedor, éste es el más alto de los dioses!



GLOSARIO DE
"LAS AVES" DE ARISTOFANES

- 1) Grajo: ave de plumaje negro.
- 2) corneja: especie de cuervo.
- 3) Sacas: advenedizo de Escitia refugiado en Atenas que se creía atenuense; apodo que daba Aristófanes a un poeta trágico de su tiempo.
- 4) marmita: olla de metal con tapadera ajustada.
- 5) mirtos: arbustos de hojas perennes y flores - - blancas.
- 6) Falero: puerto de Atenas.
- 7) Heracles: dios, conocido también como Hércules.
- 8) Cranao: rey de Atenas en la antigüedad.
- 9) Eritrea: ciudad a orillas del mar Rojo; región - mítica para los griegos.
- 10) Salamina: isla del golfo de Egina.
- 11) Leprea: ciudad.
- 12) Elida: departamento de Grecia en la costa del - mar Jónico.
- 13) Melantio: poeta leproso.
- 14) Lócride: región; también es nombre fingido para herir a un poeta que era tuerto. Toma también -

el nombre de Opuncio.

- 15) Opuncios: nombre.
- 16) Teleas: ateniense de carácter voluble y alocado.
- 17) proloquio: sentencias, palabras.
- 18) pitonisa: mujer dotada del don de la profecía.
- 19) Delfos: se llamó primero Pytho, luego cambió a Delfos, templo y ciudad en la región de la Fócida.
- 20) Beocia: región de Grecia central, una de sus ciudades era Tebas.
- 21) Itis: Hijo de Pandión y Filomela. Lo concibe forzada y para vengarse se lo hace comer.
- 22) endechas: canciones tristes y lastimeras.
- 23) solio: trono.
- 24) Febo: sobrenombre de Apolo, dios del sol.
- 25) aurícomo: rubio.

- 26) bayas: fruto de ciertas plantas cuyas semillas están rodeadas de pulpa.
- 27) madroño: arbusto de fruto rojo, comestible, parecido a la cereza.
- 28) Maratón: región de Grecia, histórica, porque fue allí donde vencieron al ejército persa de-

Dario.

- 29) policromos: de varios colores.
- 30) púrpura fenicia: colorante violeta sombrío que los fenicios obtenían de un caracol marino.
- 31) Musas: cada una de las diosas que presidían las artes y las ciencias.
- 32) Filoclés: Poeta trágico de Atenas, padre de Melantio el leproso.
- 33) Hipónico: hijo de Calias.
- 34) Cleónimo: rey de Esparta del 309 al 308 AC, hijo menor de Cleomenes.
- 35) Caria: antigua región de Asia Menor.
- 36) taxiarca: jefe de división menor en el ejército de Atenas.
- 37) Nicías: político y general ateniense.
- 38) Cerámico: era un baluarte de Atenas con torre alta.
- 39) Orneas: nombre que da Aristófanes (para relacionarlo con el de las aves "ornites") a Escione, el puerto.
- 40) hoplitas: soldado griego de infantería.
- 41) Hélade: región de Tesalia; antiguo nombre de Grecia.

- 42) Zeus: dios supremo de la mitología griega, -- hijo de Cronos y Rea.
- 43) Cronos: rey de los dioses y padre de Zeus que personificaba el tiempo.
- 44) Titanes: Los seis hijos y las seis hijas de -- Urano (cielo) y Gea (tierra) que se rebelaron contra Zeus.
- 45) Esopo: (620-580), escritor de fábulas de origen griego.
- 46) Céfala: barrio de Atenas; es una palabra griega que significa cabeza.
- 47) Daríos: rey de Persia, 521-485 AC.
- 48) Frigia: región de Asia Menor.
- 49) Halimonte: barrio de Atenas.
- 50) milano: ave rapaz, de plumaje rojizo y cola y -- alas muy largas.
- 51) helenos: griegos.
- 52) Dióniso: dios del vino y la fertilidad, hijo -- de Zeus y Semele.
- 53) óbolo: moneda de escaso valor.
- 54) Agamenón: rey de Micenas, hermano de Menelao.
- 55) Menelao: rey de Esparta, marido de Helena y her -- mano menor de Agamenón.

- 56) Príamo: último rey de Troya, hijo de Laomedon -- te y padre de Héctor, Paris y Casandra.
- 57) Lisícrates: estratega ateniense, fue traidor -- a su oficio.
- 58) Démeter: diosa de la agricultura.
- 59) Lampón: adivino público.
- 60) trapecería: engaño, trampa o fraude en compra -- o venta.
- 61) vestiglos: monstruo fantástico horrendo.
- 62) Cebriones: gigante que fue vencido por Afrodita.
- 63) Porfirio: gigante rey de los gigantes.
- 64) Afrodita: diosa de la belleza y del amor.
- 65) Falaris: ave acuática; aunque Aristófanes hace alusión a Fales, personificación del falo, -- órgano sexual masculino.
- 66) Poseidón: dios del mar.
- 67) Hermes: mensajero de los dioses.
- 68) Niké: diosa de la victoria.
- 69) Eros: dios del amor.
- 70) Iris: diosa del arco iris.
- 71) Homero: poeta épico, autor de "La Ilíada" y -- "La Odisea".

- 72) Olimpo: mitológicamente es la morada de los dioses; geográficamente es un monte culminante de Grecia, al oeste del golfo de Salónica.
- 73) Amón: oráculo que había en el oasis de Siwa; - el dios de Tebas en Egipto.
- 74) Nicias: político y general ateniense muy lento en obrar.
- 75) Procne: hija de Pandión y esposa de Tereo, se transforma en ruiseñor más tarde.
- 76) parábasis: en la comedia es una pieza de canto y recitación de carácter satírico.
- 77) anapestos: pie de la métrica griega compuesto de tres sílabas, dos primeras breves y una larga.
- 78) Erebo: infierno, averno.
- 79) **Caos**: estado de confusión antes de que los dioses creasen y ordenasen las cosas.
-
- 80) Pródico: concepción mitológica.
- 81) la Noche: según el mito, puso un huevo de donde nace Eros.
- 82) Tártaro: el infierno.
- 83) vedijas: mechones de lana.
- 84) Dodona: centro para decir oráculos.

- 85) oráculo: respuesta - según los griegos- dada por los dioses a las preguntas que les hacían.
- 86) agoreras: que predicen.
- 87) Pan: dios pastoril, mitad hombre y mitad macho cabrío, tañía la flauta y asustaba a los hombres y a los animales.
- 88) Frinico: poeta trágico que tuvo auge en 512 AC.
- 89) ambrosía: manjar de los dioses.
- 90) Ebro: río de España.
- 91) hiende: atraviesa.
- 92) Gracias: tres diosas que personificaban la belleza: Aglaya, Eufrosina y Talía.
- 93) Patroclides: poeta trágico muy rico pero avaro.
- 94) Ditrefes: hombre que fabricaba cestos y envases de mimbre.
-
- 95) filarco: jefe de caballería que llevaba pelo largo.
- 96) hiparco: rango.
- 97) oblación: sacrificio u ofrenda que se hace a Dios.
- 98) Esparta: ciudad de Grecia que también se llamó Lacedemonia.

99. esparto: especie de tallo para trenzar cuerdas.
- 100) Teógenes: pobretón de Atenas que hacía alarde de ser rico.
- 101) Esquines: poeta ramplón de los días de Aristófanes.
- 102) Flegra: lugar imaginario que el poeta supone en donde hubo una batalla de dioses con gigantes.
- 103) peplo: túnica sin mangas, abrochada al hombro; se usaba en Grecia.
- 104) Atena: diosa de la sabiduría.
- 105) Clístenes: famoso afeminado del tiempo de Aristófanes.
- 106) Acrópolis: ciudadela o colina fortificada.
- 107) pelárgico: por Pelárgico, juego de Aristófanes.
- 108) Ares: sentido de defensa y ataque personificado como dios.
- 109) Pitia: del oráculo en Pitos (delfos).
- 110) Queris: mal flautista de la época de Aristófanes.
- 111) Hestia: mujer-diosa cuya misión es el mantenimiento del hogar en su forma inicial, que es el fuego.

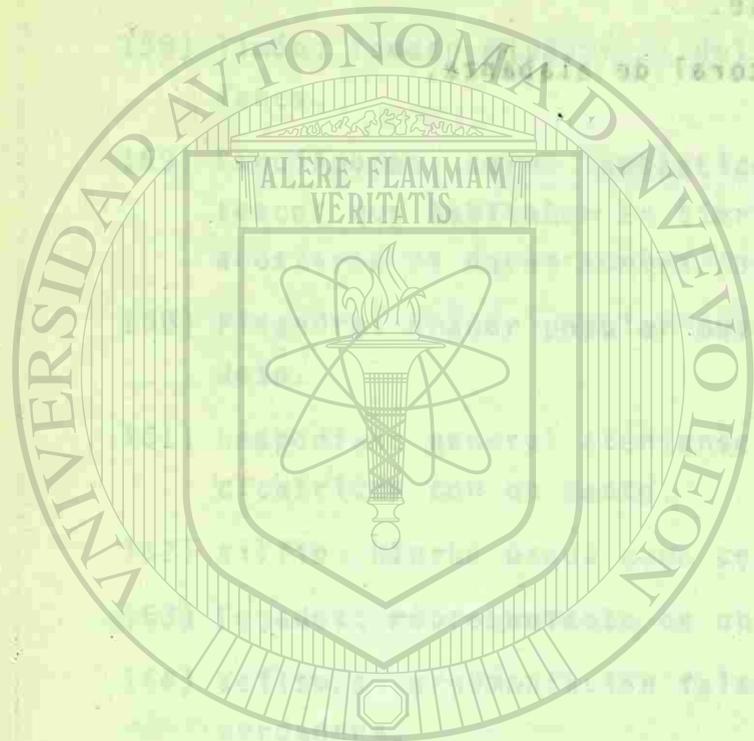
- 112) olímpico (a)s: los dioses del Olimpo.
- 113) Sunto: promontorio al sur de Atica con un templo para Poseidón.
- 114) Pitias: de Apolo.
- 115) Sabacio: dios de origen tracio o frigio identificado con Dionisio.
- 116) Cibele: hija de Urano y Gea, esposa de Cronos.
- 117) Quos: isla del mar Egeo.
- 118) Simónides: poeta lírico griego, 556-468 AC.
- 119) Etna: volcán de Sicilia.
- 120) Píndaro: poeta lírico griego, 522-448 AC.
- 121) Escitas: pueblo bárbaro de Europa al Norte -- del mar Negro.
- 122) Iústral: la que usaban los antiguos para sus ritos de purificación.
- 123) Corinto : ciudad y puerto de Grecia.
- 124) Siquión: ciudad.
- 125) Bacis: nombre usado por varios adivinos.
- 126) Pandora: primera mujer del género humano, -- creada por Hefestos según la leyenda.
- 127) Diopites: epíteto de Artemis, diosa de la caza.

- 128) coturnos: zapatos de suela muy elevada, usados por los actores para lucir más altos.
- 129) Colona: región.
- 130) Tales: uno de los siete sabios fundadores de la escuela jónica.
- 131) próxenos: alcahuetes.
- 132) Sardanápalo: 668-625 AC, legendario rey de Asiria, prototipo del príncipe disoluto y afeminado.
- 133) Teleas: ateniense de carácter voluble y muy alocado.
- 134) Farnaces: gobernador persa de los que invadieron Grecia.
- 135) Muniquion: mes de la cuenta griega, se inicia en Mayo.
- 136) Diágoras, el meliense: poeta oriundo de Melos, notable por su irreverencia a los dioses.
- 137) Filócrates: vendedor de pájaros.
- 138) Alejandro: 356-323 AC, hijo de Filipo, rey de Macedonia.
- 139) Alfeo: río del Peloponeso, notable por su anchura.
- 140) Proxénides: charlatán del tiempo de Aristófanes.

- nes.
- 141) Teógenes: pobretón de Atenas que hacía alarde de ser rico.
- 142) pírrico: danza militar de la antigua Grecia.
- 143) Cernícalos: pequeña ave de rapiña de Europa.
- 144) Diké: personificación de la justicia.
- 145) Licimnio: hermano de Creón, Rey de Tebas.
- 146) Anfión: hijo de Zeus y Antiope, fue fundador de Tebas.
- 147) laconios: lacedemonios.
- 148) Manes: esclavo.
- 149) Tracia: región de los Balcanes, en Grecia.
- 150) ditrambo: composición poética. Fue el precursor de la tragedia griega.
- 151) Boreas: dios de los vientos del Norte, hijo del titán Astreo y de la diosa Aurora.
- 152) Córceira: hoy isla de Corfú.
- 153) Cleónimo: pasaba como símbolo de cobarde.
- 154) Prometeo: Titán a quien Zeus castigó por haber robado el fuego del Olimpo para los hombres.
- 155) Tesmoforias: comedia de Aristófanes.

- 156) Exequestides: esclavo advenedizo.
- 157) Tríbalo: pueblo de Tracia, famoso por la rudeza de sus habitantes.
- 158) Timón: famoso misántropo del tiempo de Aristófanés.
- 159) Esquiápodas: seres fantásticos de pies gigantes que habitaban en tierras cálidas; al acostarse se daban sombra con los pies.
- 160) Pisandro: orador popular muy fantasioso y miedoso.
- 161) Lespodias: general ateniense que tapaba sus cicatrices con un manto.
- 162) silfio: hierba usada como condimento.
- 163) legados: representante de un gobierno.
- 164) sofismas: argumentación falsa con apariencia verdadera.
-
- 165) Gorgias: 483-376 AC, sofista griego cuyas teorías defienden el escepticismo absoluto.
- 166) Filipo: 382-336 AC, rey de Macedonia.
- 167) Atica: región de Atenas.
- 168) Hera: diosa griega, esposa de Zeus.
- 169) Moiras: las parcas o ministros del destino.

- 170) Himeneo: casamiento, himno nupcial.
- 171) odas: composición lírica que originalmente -- podfa cantarse.
- 172) péan: canto coral de alabanza.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ACTIVIDADES (Unidad VII)

I.- CONTESTA LAS PREGUNTAS SIGUIENTES:

1) ¿Quiénes son los representantes de la comedia griega?

2) ¿Quién es el autor que hizo crítica social en su época, y que es el único del que se conservan once comedias?

3) Después de leer en la antología "Las Aves" y su glosario, responde:

a) ¿Pistétero y Euepides son personajes principales o secundarios?

b) ¿Quiénes son los personajes presentados como parásitos de una sociedad?

c) ¿Son los dioses griegos tratados en esta comedia con la misma reverencia que en la-

épica, la lírica o la tragedia? _____

d) Ejemplifica el punto anterior.

e) ¿Qué actitud tienen al principio el coro y el corifeo hacia Pistétero y Evelpi---des?

f) ¿A quién proponen para reinar en lugar de los dioses?

g) ¿Cuál es el nombre de la nueva ciudad?

h) ¿Qué proponen Poseidón, Heraclés y un dios de Tríbalo, hacia el final de la obra?

i) ¿Cuál es el significado de las siguientes palabras?:

mamotretos _____

dracmas _____

diantre _____

numen _____

segur _____

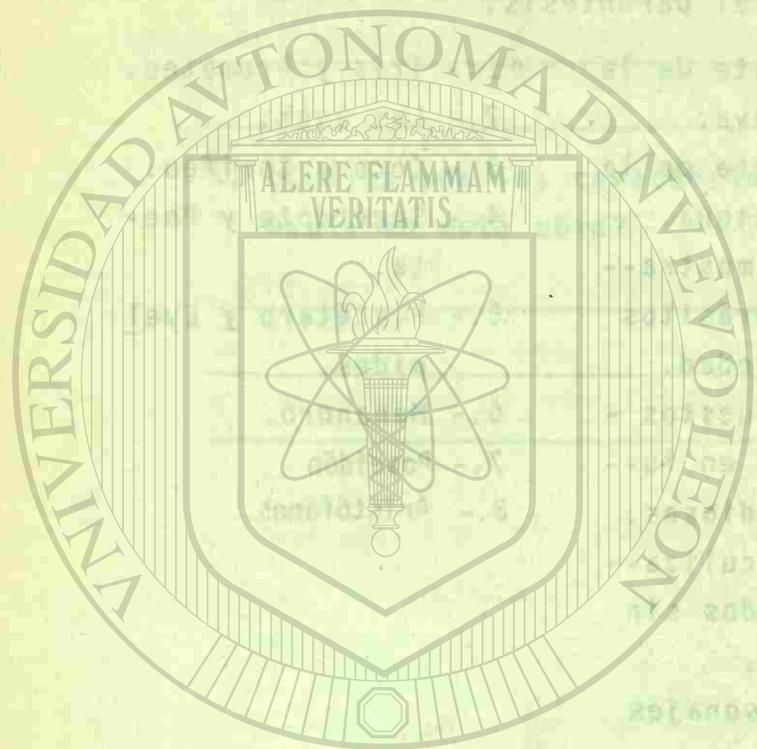
grima _____

parricida _____

canéfora _____

clepsidra _____

oráculo _____



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

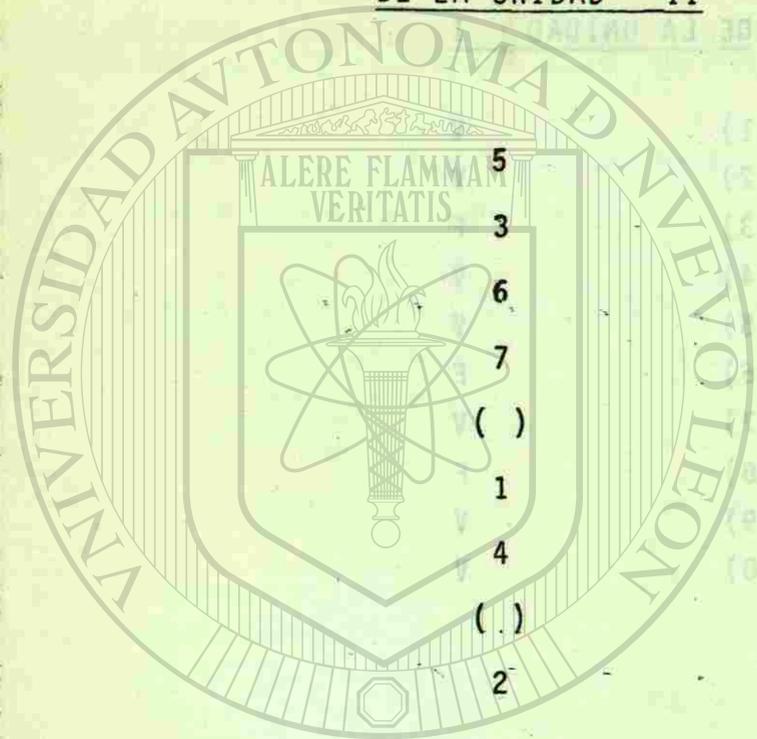
CLAVE DE LA AUTOEVALUACION

DE LA UNIDAD I

- | | |
|-----|---|
| 1) | V |
| 2) | V |
| 3) | F |
| 4) | V |
| 5) | V |
| 6) | F |
| 7) | V |
| 8) | F |
| 9) | V |
| 10) | V |

CLAVE DE LA AUTOEVALUACION

DE LA UNIDAD II



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CLAVE DE LA AUTOEVALUACION

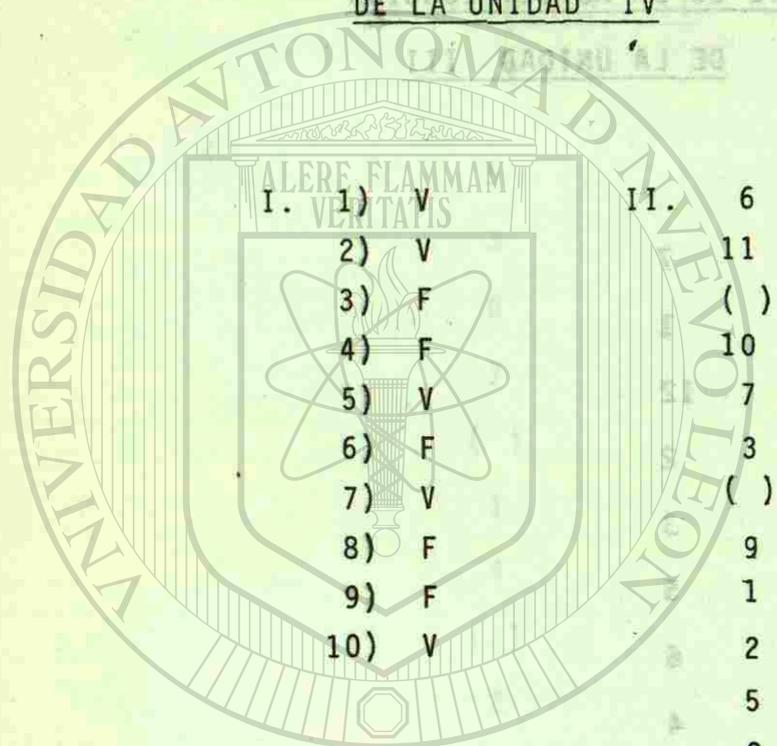
DE LA UNIDAD III

U A N L

7
1
12
2
3
5
6
4
11
9

CLAVE DE LA AUTOEVALUACION

DE LA UNIDAD IV



- | | | | |
|----|-------|-----|-----|
| I. | 1) V | II. | 6 |
| | 2) V | | 11 |
| | 3) F | | () |
| | 4) F | | 10 |
| | 5) V | | 7 |
| | 6) F | | 3 |
| | 7) V | | () |
| | 8) F | | 9 |
| | 9) F | | 1 |
| | 10) V | | 2 |
| | | | 5 |
| | | | 8 |
| | | | 4 |

CLAVE DE LA AUTOEVALUACION

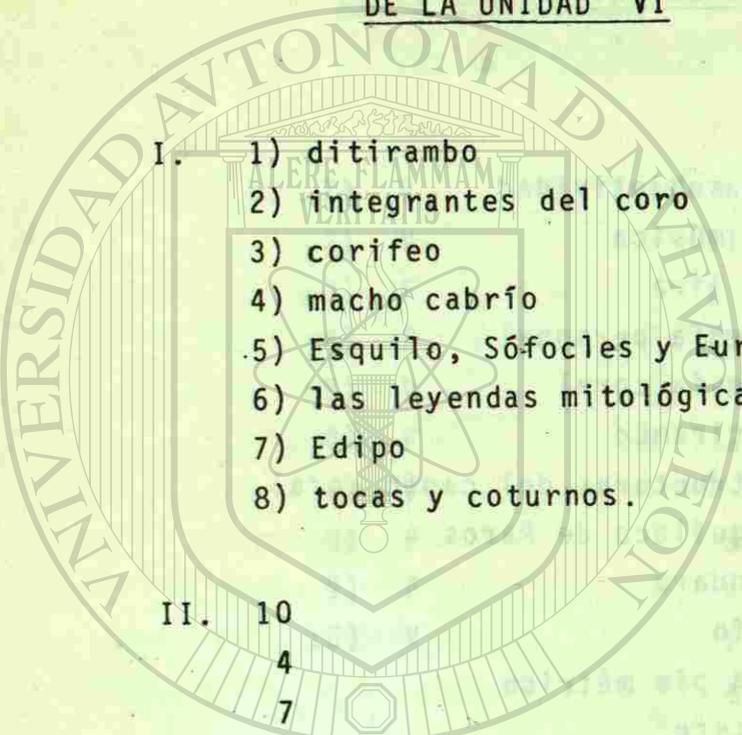
DE LA UNIDAD V

- 1) su subjetividad
- 2) la música
- 3) la lira
- 4) poesía personal
- 5) poesía coral
- 6) ditirambo
- 7) estructuras del canto coral
- 8) Arquíloco de Paros
- 9) Píndaro
- 10) Safo
- 11) una pie métrico
- 12) triste
- 13) mélica
- 14) eolio, dorio y jonio
- 15) los invitados a la boda.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CLAVE DE LA AUTOEVALUACION
DE LA UNIDAD VI

- 
- I.
- 1) ditirambo
 - 2) integrantes del coro
 - 3) corifeo
 - 4) macho cabrío
 - 5) Esquilo, Sófocles y Eurípides
 - 6) las leyendas mitológicas
 - 7) Edipo
 - 8) tocas y coturnos.

II. 10

4

7

9

1

5

2

3

CLAVE DE LA AUTOEVALUACION
DE LA UNIDAD VII

I. 6

8

4

2

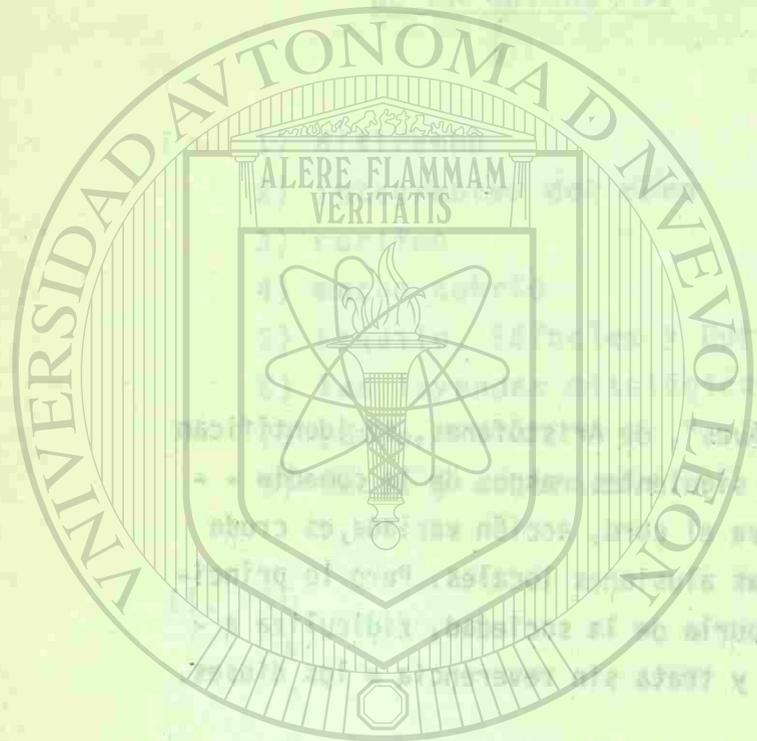
1

5

II.- En "Las Aves", de Aristófanes, se identifican claramente los siguientes rasgos de la comedia - griega: conserva el coro, acción variada, es cruda y hace numerosas alusiones locales. Pero lo principal es que se burla de la sociedad, ridiculiza a los personajes y trata sin reverencia a los dioses.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOGRAFÍA

Adler, Mortimer. Como leer un libro.

Trad. C. Acevedo Dfáz, 2a. Ed.

Edit. Claridad,

Argentina, 1967.

Alceo. Fragmentos.

(Col. Biblioteca de iniciación al humanismo), Edit. Aguilar, Madrid, 1969.

Antología. Textos de Lengua y Literatura.

(Col. Lecturas Universitarias N° 5).
1a. ed., UNAM, 1971.

Aristófanes. Las once comedias.

(Col. Sepan Cuantos N° 67).
Edit. Porrúa, México, 1979.

Aristóteles. Poética.

Biblioteca de iniciación al humanismo.

Edit. Aguilar, Madrid, 1966.

Arquifloco, Tírteo, et al. Poetas Líricos.

(Col. Austral N° 1332),
Espasa-Calpe, Madrid, 1963.

Bowra, C.M. Historia de la literatura griega.

(Colección Breviarios N° 11)
FCE, México, 1967.

Casas, Antonio M. El arte de hoy y de ayer.
(Nueva Colección Labor N° 112),
Edit. Labor,
Valencia, 1971.

Castagnino, Raúl H. El análisis literario.
Biblioteca Arte y Ciencia de la
Expresión.
Nova, Buenos Aires, 1965.

De León Penagos, Jorge E. El Libro.
Temas básicos del taller de lec-
tura y redacción, N° 3.
Edit. Trillas, México, 1980.

De Saint-Victor, Paul. Las dos carátulas.
TI, Trad. Blanco
Belmonte, 3a. Ed.
Edit. Joaquín Gil,
Buenos Aires, 1959.

Del Valle de Montejano, Margarita. Terminología -
básica para los cursos de meto-
dología de la lectura de textos,
literatura y seminarios.
ITESM, Monterrey, 1976.

Del Valle de Montejano, Margarita y Pérez Gutiérrez, Leticia. Metodología de
la lectura.
ITESM-CEMPAE. Monterrey, 1973.

Fernández G. Luis Diccionario enciclopédico universo
y otros.
Fernández Editores, México, 1976

Fleming, William. Arte, música e ideas.
Trad. J.R. Blengio Pinto,
1a. ed., Nueva York, 1971.

Garibay, Angel Ma. Mitología griega.
(Col. Sepan Cuantos N° 31).
Edit. Porrúa, México, 1973.

Gavalda, Antonio G. Dioses, héroes y monstruos.
(Col. Arco Iris II).
Edit. Nauta.
Barcelona, 1973.

Hauser, Arnold Historia social de la literatu-
ra y el arte.
(Col. Punto Omega N° 19), 15a.
ed., Edit. Labor, Barcelona,
1979.

Homero La Ilíada.
(Col. Sepan Cuantos N° 2).
Edit. Porrúa, México, 1979.

La Odisea. ®
(Col. Sepan Cuantos N° 4)
Edit. Porrúa, México, 1979

Jara René, Juan Lertora, et al. Diccionario de términos e "ismos" literarios. (Colección Ensayos), Ed. José Porrúa Turanzas, Madrid, 1977.

Kayser, Wolfgang Interpretación y análisis de la obra literaria. Biblioteca Románica Hispánica. Edit. Gredos, Madrid, 1958.

Lesky, Albin La tragedia griega. (Nueva Colección Labor). Edit. Labor, Barcelona, 1966.

Lozano Fuentes, José Manuel. Historia del arte. Edit. Cecsá, México, 1979.

Mondada A.V. Literatura Griega: Hesíodo, Safo, Píndaro. (Serie: Temas de Literatura N° 3), 1a. ed., Edit. Trillas, México, 1973.

Mukarovsky, Jan. Escritos de estética y semiótica del arte. Trad. A. Anthony-Visova, (Col. Comunicación Visual), Barcelona, 1977.

Müller, Udo Diccionario de literatura. Edit. Rioduero, Madrid, 1977.

Píndaro y otros líricos griegos. Olimpicas, Píticas, Nemeas, Istmicas. Trad. A. Esclasans, (Col. -- Sepan Cuántos N° 248), Edit. Porrúa, México, 1973.

Ruffinelli, Jorge Comprensión de lectura. Temas básicos del taller de lectura y redacción. ANUIES, Edicol, México, 1975.

Ruiz Lugo, M., Ariel Contreras et al. Glosario de Términos del Arte Teatral. 1a. ed., ANUIES, México, 1979.

Sánchez Vázquez, Adolfo Antología: Textos de estética y teoría del arte. 1a. ed., (Col. Lecturas Universitarias N° 14).. UNAM, México, 1972.

Sófocles Ajax, Antígona y Edipo rey. (Prólogo e introducción). (Col. Biblioteca básica N° 25). Salvat, Navarra, 1971.

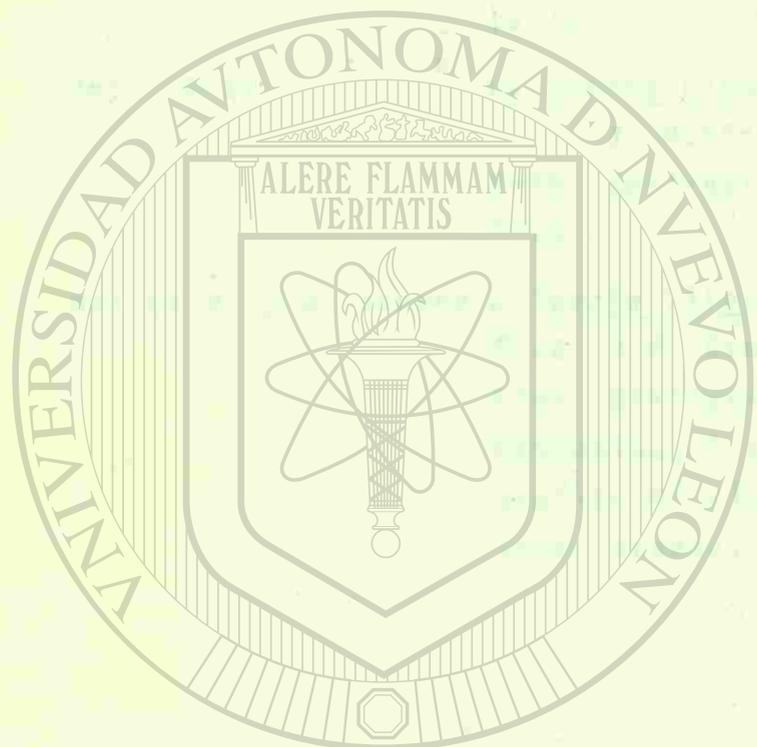
Souriau, E. La correspondencia de las artes.
(Col. Breviarios N° 181), --
1a. ed., FCE, México, 1965.

Vèze, Raúl. La Grecia Literaria.
Trad. J. Muñoz Escámez,
Edit. Nacional, México,
1973.

Wellek R. y A. Warren., Teoría Literaria.
Trad. J.M. Gimeno, 4a. ed.,
(Col. Biblioteca Románica --
Hispánica, Tratados y Mono--
grafías N° 2),
Edit. Gredos, Madrid, 1979.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I N D I C E

	Pág.
Presentación-----	5
Introducción-----	7
Unidad I.- La Lectura-----	9
Objetivos-----	11
Teoría-----	13
Actividades-----	17
Autoevaluación-----	18
Unidad II.- Arte, Literatura y Géneros - Literarios-----	21
Objetivos-----	23
Teoría-----	25
Actividades-----	43
Autoevaluación-----	49
Unidad III.- Metodología para el Análisis de la Obra Literaria.-----	53
Objetivos-----	55
Teoría-----	56
Actividades-----	75
Autoevaluación-----	80
Unidad IV.- La Epica Griega. La Ilfada y La Odissea-----	83
Objetivos-----	85

	Pág.
Teoría-----	86
Patroclea-----	97
Muerte de Héctor-----	135
Rescate de Héctor-----	159
Rapsodia IX - Relatos a Alcino y Ciclopea-----	195
Actividades-----	223
Autoevaluación-----	227
Unidad V.- La Lírica Griega-----	231
Objetivos-----	233
Teoría-----	234
Tirteo-----	243
Arquíloco-----	252
Alceo-----	253
Safo-----	255
Píndaro y Ditirambos-----	260
Hiporquemas-----	261
Anacreonte-----	262
Simónides-----	265
Baquílides-----	267
Meleagro-----	269
Actividades-----	271
Autoevaluación-----	277
Unidad VI.- La Tragedia Griega-----	281
Objetivos-----	283

	Pág.
Teoría-----	284
Antígona-----	289
Glosario-----	355
Actividades-----	361
Autoevaluación-----	364
Unidad VII.- La Comedia Griega-----	367
Objetivos-----	369
Teoría-----	370
Las Aves-----	373
Glosario-----	483
Actividades-----	497
Autoevaluación-----	501
Claves de Autoevaluación-----	503
Bibliografía-----	511



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

ASOCIACIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS